UNIVERSITY OF ILLINOIS
LIBRARY

Class 860.8
Book C67
Volume 77

GERMANIC AND ROMANCE
LANGUAGES
DEPARTMENT

The person charging this material is responsible for its return to the library from which it was withdrawn on or before the **Latest Date** stamped below.

Theft, mutilation, and underlining of books are reasons for disciplinary action and may result in dismissal from the University.

UNIVERSITY OF ILLINOIS LIBRARY AT URBANA-CHAMPAIGN

JUL 27 1978

JUL 14 1978

L161—O-1096

COLECCIÓN DE ESCRITORES CASTELLANOS

OBRAS

DE

D. JUAN E. HARTZENBUSCH

TEATRO

II

LA VISIONARIA
LOS POLVOS DE LA MADRE CELESTINA
ALFONSO EL CASTO
PRIMERO YO

LIBRARY UNIVERSITY OF ILLINOIS URBANA

MADRID
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO
Impresor de Cámara de S. M.
Don Evaristo, 8
1890

E.T.R.T.C.O.S.

COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS.

TOMOS PUBLICADOS.

1.º—*Romancero espiritual* del Maestro Valdivielso, con retrato del autor grabado por Galbán, y un prólogo del Rdo. P. Mir, de la Real Academia Española.—4 pesetas.

2.º—Obras de D. Adelardo López de Ayala: tomo I.—*Teatro:* tomo I, con retrato del autor grabado por Maura, y una advertencia de D. Manuel Tamayo y Baus.—Contiene: *Un hombre de Estado.—Los dos Guzmanes.—Guerra á muerte.*—5 pesetas.

3.º—Obras de Andrés Bello: tomo I.—*Poesías*, con retrato del autor grabado por Maura, y un estudio biográfico y crítico de D. Miguel Antonio Caro.—Contiene todos sus versos ya publicados y algunos inéditos. (Agotada la edición de 4 pesetas, hay ejemplares de lujo de 6 en adelante.)

4.º—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo II.—*Teatro:* tomo II.—Contiene: *El tejado de vidrio.—El Conde de Castralla.*—4 pesetas.

5.º—Obras de D. Marcelino Menéndez y Pelayo: tomo I.—*Odas, epístolas y tragedias*, con retrato del autor grabado por Maura, y un prólogo de D. Juan Valera.—4 pesetas.

6.º—Obras de D. Serafín Estébanez Calderón (*El Solitario*): tomo I.—*Escenas andaluzas.*—4 pesetas.

7.º—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo III.—*Teatro:* tomo III.—Contiene: *Consuelo.—Los Comuneros.*—4 pesetas.

8.º—Obras de D. Antonio Cánovas del Castillo: tomo I.—*El solitario y su tiempo:* tomo I.—Biografía de D. Serafín Estébanez Calderón y crítica de sus obras, con retrato del mismo, grabado por Maura.—4 pesetas.

9.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo II.—*El Solitario y su tiempo:* tomo II y último.—4 pesetas.

10.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo II.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo I (hasta fines del siglo XV).—5 pesetas.

11.—Obras de A. Bello: tomo II.—*Principios de Derecho internacio-*

nal, con notas de D. Carlos Martínez Silva: tomo I.—Estado de paz. —4 pesetas.

12.—Obras de A. Bello: tomo III.—*Principios de Derecho internacional*, con notas de D. Carlos Martínez Silva: tomo II y último.—Estado de guerra.—4 pesetas.

13.—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo IV.—*Teatro:* tomo IV.—Contiene: *Rioja.—La estrella de Madrid.—La mejor corona.*—4 pesetas.

14.—*Voces del alma:* poesías de D. José Velarde.—4 pesetas.

15.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo III.—*Estudios de crítica literaria.*—Contiene: La poesía mística.—La Historia como obra artística.—San Isidoro.—Rodrigo Caro.—Martínez de la Rosa. —Núñez de Arce.—4 pesetas.

16.—Obras de D. Manuel Cañete: tomo I, con retrato del autor grabado por Maura.—*Escritores españoles é hispano-americanos.*—Contiene: El Duque de Rivas.—D. José Joaquín de Olmedo.—4 pesetas.

17.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo III.—*Problemas contemporáneos:* tomo I, con retrato del autor grabado por Maura.—Contiene: El Ateneo en sus relaciones con la cultura española: las transformaciones europeas en 1870: cuestión de Roma bajo su aspecto universal: la guerra franco-prusiana y la supremacía germánica: epílogo.—El pesimismo y el optimismo: concepto é importancia de la teodicea popular: el Estado en sí mismo y en sus relaciones con los derechos individuales y corporativos; las formas políticas en general. —El problema religioso y sus relaciones con el político: el problema religioso y la economía política: la economía política, el socialismo y el cristianismo: errores modernos sobre el concepto de Humanidad y de Estado: ineficacia de las soluciones para los problemas sociales: el cristianismo y el problema social: el naturalismo y el socialismo científico: la moral indiferente y la moral cristiana: el cristianismo como fundamento del orden social: lo sobrenatural y el ateísmo científico: importancia de los problemas contemporáneos.—La libertad y el progreso.—Los arbitristas.—Otro precursor de Malthus.—La Internacional.—5 pesetas.

18.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo IV.—*Problemas contemporáneos:* tomo II.—Contiene: Estado actual de la investigación filosófica: diferencias entre la nacionalidad y la raza: el concepto de nación en la Historia: el concepto de nación sin distinguirlo del de patria.—Los maestros que más han enriquecido desde la cátedra del Ateneo la cultura española.—La sociología moderna.—Ateneístas ilustres: Moreno Nieto; Revilla.—Los oradores griegos y latinos.—Centenario de Sebastián del Cano.—Congreso geográfico de Madrid. —Ideas sobre el librecambio.—5 pesetas.

19.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo IV.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo II (siglos XVI y XVII).—4 pesetas.

20.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo V.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo III (siglos XVI y XVII).—4 pesetas.

21.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo VI.—*Calderón y su teatro.*—Contiene: Calderón y sus críticos.—El hombre, la época y el arte.—Autos sacramentales.—Dramas religiosos.—Dramas filosóficos.—Dramas trágicos.—Comedias de capa y espada y géneros inferiores.—Resumen y síntesis.—4 pesetas.

22.—Obras de D. Vicente de la Fuente: tomo I.—*Estudios críticos sobre la Historia y el Derecho de Aragón:* primera serie, con retrato del autor grabado por Maura.—Contiene: Sancho el Mayor.—El Ebro por frontera.—Matrimonio de Alfonso el Batallador.—Las Hervencias de Avila.—Fuero de Molina de Aragón.—Aventuras de Zafadola.—Panteones de los Reyes de Aragón.—4 pesetas.

23.—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo V.—*Teatro:* tomo V.—Contiene: *El tanto por ciento.—El agente de matrimonios.*—4 pesetas.

24.—*Estudios gramaticales.* Introducción á las obras filológicas de Don Andrés Bello, por D. Marco Fidel Suárez, con una advertencia y noticia bibliográfica por D. Miguel Antonio Caro.—5 pesetas.

25.—*Poesías de D. José Eusebio Caro,* precedidas de recuerdos necrológicos por D. Pedro Fernández de Madrid y D. José Joaquín Ortiz, con notas y apéndices, y retrato del autor grabado por Maura.—4 pesetas.

26.—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo VI.—*Teatro:* tomo VI y último.—Contiene: *Castigo y perdón* (inédita).—*El nuevo Don Juan.*—4 pts.

27.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo VII.—*Horacio en España.—Solaces bibliográficos,* segunda edición refundida: tomo I.—Contiene: Traductores de Horacio.—Comentadores.—5 pesetas.

28.—Obras de D. M. Cañete: tomo II.—*Teatro español del siglo* XVI.—*Estudios histórico-literarios.*—Contiene: Lucas Fernández.—Micael de Carvajal.—Jaime Ferruz.—El Maestro Alonso de Torres.—Francisco de las Cuevas.—4 pesetas.

29.—Obras de D. S. Estébanez Calderón (*El Solitario*): tomo II.—*De la conquista y pérdida de Portugal:* tomo I.—4 pesetas.

30.—*Las ruinas de Poblet,* por D. Víctor Balaguer, con un prólogo de D. Manuel Cañete.—4 pesetas.

31.—Obras de D. S. Estébanez Calderón (*El Solitario*): tomo III.—*De la conquista y pérdida de Portugal:* tomo II y último.—4 pesetas.

32.—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo VII y último.—*Poesías y proyectos de comedias.*—Contiene: Sonetos y poesías varias.—Amores y desventuras.—Proyectos de comedias.—El último deseo.—Yo.—El cautivo.—Teatro vivo.—Consuelo.—El teatro de Calderón.—4 pts.

33.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo VIII.—*Horacio en España.—Solaces bibliográficos*, segunda edición refundida: tomo II. y último.—Contiene: La poesía horaciana en Castilla.—La poesía horaciana en Portugal.—5 pesetas.

34.—Obras de D. V. de la Fuente: tomo II.—*Estudios críticos sobre la Historia y el Derecho de Aragón:* segunda serie.—Contiene: Las primeras Cortes.—Los fueros primitivos.—Origen del Justicia Mayor.—Los señoríos en Aragón.—El régimen popular y el aristocrático.—Preludios de la Unión.—La libertad de testar.—Epílogo de este período.—4 pesetas.

35.—*Leyendas moriscas*, sacadas de varios manuscritos por D. F. Guillén Robles: tomo I.—Contiene: Nacimiento de Jesús.—Jesús con la calavera.—Estoria de tiempo de Jesús.—Racontamiento de la doncella Carcayona.—Job.—Los Santones.—Salomón.—Moisés.—4 pts.

36.—*Cancionero de Gómez Manrique*, publicado por primera vez, con introducción y notas por D. Antonio Paz y Mélia: tomo I.—4 pesetas.

37.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. Eduardo de Mier: tomo I, con retrato del autor grabado por Maura.—Contiene: Biografía del autor.—Origen del drama de la Europa moderna, y origen y vicisitudes del drama español hasta revestir sus caracteres y forma definitiva en tiempo de Lope de Vega.—5 pesetas.

38.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo IX.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo IV (siglo XVIII).—4 pesetas.

39.—*Cancionero de Gómez Manrique*, publicado por primera vez, con introducción y notas por D. A. Paz y Melia: tomo II y último.—4 pts.

40.—Obras de D. Juan Valera: tomo I.—*Canciones, romances y poemas*, con prólogo de D. A. Alcalá Galiano, notas de D. M. Menéndez y Pelayo y retrato del autor grabado por Maura.—5 pesetas.

41.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo X.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo V (siglo XVIII).—5 pesetas.

42.—*Leyendas moriscas*, sacadas de varios manuscritos por D. F. Guillén Robles: tomo II.—Contiene: Leyenda de Mahoma.—De Temim Addar.—Del Rey Tebín.—De una profetisa y un profeta.—Batalla del rey Almohalhal.—El alárabe y la doncella.—Batalla de Alexyab contra Mahoma.—El milagro de la luna.—Ascensión de Mahoma.—Leyenda de Guara Alhochorati.—De Mahoma y Alharits.—Muerte de Mahoma.—4 pesetas.

43.—*Poesías de D. Antonio Ros de Olano*, con un prólogo de D. Pedro A. de Alarcón.—Contiene: Sonetos.—La pajarera.—Doloridas.—Por pelar la pava.—La gallomagia.—Lenguaje de las estaciones.—Galatea.—4 pesetas.

44.—*Historia del nuevo reino de Granada* (cuarta parte de los *Varones ilustres de Indias)*, por Juan de Castellanos, publicada por primera vez con un prólogo por D. A. Paz y Melia: tomo I.—5 pesetas.

45.—*Poemas dramáticos de Lord Byron*, traducidos en verso castellano por D. José Alcalá Galiano, con un prólogo de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.—Contiene: Caín —Sardanápalo.—Manfredo.—4 pts.

46.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo II.—Contiene: La continuación del tomo anterior hasta la edad de oro del teatro español.—5 pesetas.

47.—Obras de D. V. de la Fuente: tomo III.—*Estudios críticos sobre la Historia y el Derecho de Aragón:* tercera y última serie.—Contiene: Formación de la liga aristocrática.—Vísperas sicilianas.—Revoluciones desastrosas.—Reaparición de la Unión.—Las libertades de Aragón en tiempo de D. Pedro IV.—Los reyes enfermizos.—Influencia de los Cerdanes.—Compromiso de Caspe.—La dinastía castellana.—Falseamiento de la Historia y el Derecho de Aragón en el siglo XV.—D. Fernando el Católico.—Sepulcros reales.—Serie de los Justicias de Aragón.—Conclusión.—5 pesetas.

48.—*Leyendas moriscas*, sacadas de varios manuscritos por D. F. Guillén Robles: tomo III y último.—Contiene: La conversión de Omar.—La batalla de Yermuk.—El hijo de Omar y la judía.—El alcázar del oro.—Alí y las cuarenta doncellas.—Batallas de Alexyab y de Jozaima.—Muerte de Belal.—Maravillas que Dios mostró á Abraham en el mar.—Los dos amigos devotos.—El Antecristo y el día del Juicio.—4 pts.

49.—*Historia del nuevo reino de Granada* (cuarta parte de los *Varones ilustres de Indias)*, por Juan de Castellanos, publicada por primera vez con un prólogo por D. Antonio Paz y Melia: tomo II y último, que termina con un índice de los nombres de personas citadas en esta cuarta parte y en las tres primeras publicadas en la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra.—5 pesetas.

50.—Obras de D. J. Valera: tomo II.—*Cuentos, diálogos y fantasías*.—Contiene: El pájaro verde.—Parsondes.—El bermejino prehistórico.—Asclepigenia.—Gopa.—Un poco de crematística.—La cordobesa.—La primavera.—La venganza de Atahualpa.—Dafnis y Cloe.—5 pesetas.

51.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo III.—Contiene: La continuación de la materia anterior.—5 pts.

52.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XI.—*La ciencia española*, tercera edición refundida y aumentada: tomo I, con un prólogo de D. Gumersindo Laverde y Ruiz.—Contiene: Indicaciones sobre

la actividad intelectual de España en los tres últimos siglos.—De re bibliographica.—Mr. Masson redivivo.—Monografías expositivo-críticas.—Mr. Masson redimuerto.—Apéndices.—4 pesetas.

53.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo V.—*Poesías.*—Contiene: Amores.—Quejas y desengaños.—Rimas varias.—Cantos lúgubres.—4 pesetas.

54.—Obras de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: tomo I.—*Poesías,* con la biografía del autor, juicio crítico de sus obras por D. Aureliano Fernández-Guerra y retrato grabado por Maura: primera edición completa de las obras poéticas.—5 pesetas.

55.—*Discursos y artículos literarios* de D. Alejandro Pidal y Mon.—Un tomo con retrato del autor grabado por Maura.—Contiene: La metafísica contra el naturalismo.—Fr. Luis de Granada.—José Selgas.—Epopeyas portuguesas.—Glorias asturianas.—Coronación de León XIII.—El P. Zeferino.—Menéndez Pelayo.—Campoamor.—Pérez Hernández.—Frassinelli.—Epístolas.—Una madre cristiana.—Una visión anticipada.—El campo en Asturias.—5 pesetas.

56.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo VI.—*Artes y letras.*—Contiene: De los asuntos respectivos de las artes.—Del origen y vicisitudes del genuíno teatro español.—Apéndice.—La libertad en las artes.—Apéndice.—Un poeta desconocido y anónimo.—5 pesetas.

57.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XII.—*La ciencia española:* tercera edición corregida y aumentada, tomo II.—Contiene: Dos artículos de D. Alejandro Pidal sobre las cartas anteriores.—In dubiis libertas.—La ciencia española bajo la Inquisición.—Cartas.—La Antoniana Margarita.—La patria de Raimundo Sabunde.—Instaurare omnia in Christo.—Apéndice.—5 pesetas.

58.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España,* por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo IV.—Contiene: Fin de la materia anterior.—Edad de oro del teatro español.—5 pesetas.

59.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España,* por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo V y último.—Contiene: Fin de la materia anterior.—Decadencia del teatro español en el siglo XVIII.—Irrupción y predominio del gusto francés.—Últimos esfuerzos.—Apéndices.—5 pesetas.

60.—Obras de D. J. Valera: tomo III.—*Nuevos estudios críticos.*—Contiene: Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas.—El Fausto de Goethe.—Shakspeare.—Psicología del amor.—Las escritoras en España y elogio de Santa Teresa.—Poetas líricos españoles del siglo XVIII.—De lo castizo de nuestra cultura en el siglo XVIII y en el presente.—De la moral y de la ortodoxia en los versos.—5 pesetas.

61.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XIII.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo VI (siglo xix).—5 pesetas.

62.—Obras de D. Severo Catalina: tomo I.—*La mujer*, con un prólogo de D. Ramón de Campoamor: octava edición.—4 pesetas.

63.—Obras de D. J. E. Hartzenbusch: tomo II.—*Fábulas:* primera edición completa.—5 pesetas.

64.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XIV.—*La ciencia española:* tomo III y último.—Contiene: Réplica al Padre Fonseca.—Inventario de la ciencia española: Sagrada Escritura: Teología: Mística: Filosofía: Ciencias morales y políticas: Jurisprudencia: Filología: Estética: Ciencias históricas: Matemáticas: Esencias militares: Esencias físicas.—5 pesetas.

65.—Obras de D. J. Valera: tomo IV.—*Novelas:* tomo I, con un prólogo de D. Antonio Cánovas del Castillo.—Contiene: *Pepita Jiménez.—El Comendador Mendoza.*—5 pesetas.

66.—Obras de D. J. Valera: tomo V.—*Novelas:* tomo II.—Contiene: *Doña Luz.—Pasarse de listo.*—5 pesetas.

67.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo VII.—*Estudios del reinado de Felipe IV*, tomo I.—Contiene: Revolución de Portugal: Textos y reflexión.—Negociación y rompimiento con la república inglesa.—5 pesetas.

68.—Obras de D. J. E. Hartzenbusch: tomo III.—*Teatro:* tomo I.—Contiene: *Los amantes de Teruel.—Doña Mencía.—La redoma encantada.*—5 pesetas.

69.—Obras sueltas de Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola, coleccionadas é ilustradas por el Conde de la Viñaza: tomo I.—Contiene las de Lupercio: Prólogo.—Poesías líricas.—Epístolas y poesías varias.—Obras dramáticas.—Opúsculos y discursos literarios.—Cartas eruditas y familiares.—Apéndices.—5 pesetas.

70.—*Rebelión de Pizarro en el Perú y vida de D. Pedro Gasca,* por Calvete de Estrella, y un prólogo de D. A. Paz y Mélia: tomo I.—5 pesetas.

71.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo VIII.—*Estudios del reinado de Felipe IV:* tomo II.—Contiene: Antecedentes y relación crítica de la batalla de Rocroy.—Apéndice luminoso con 27 documentos de interés.—5 pesetas.

72.—Obras de D. Serafín Estébanez Calderón *(El Solitario):* tomo IV.—*Poesías.*—4 pesetas.

73.—*Poesías* de D. Enrique R. de Saavedra, Duque de Rivas (en prensa).

74.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo.—*Historia de las ideas estéticas en España*, tomo VII (siglo xix).—4 pesetas.

75.—Obras sueltas de Lupercio y Bartolomé Leonardo de Ar-

GENSOLA, coleccionadas é ilustradas por el Conde de la Viñaza: tomo II.—Contiene las de Bartolomé Leonardo: Posías líricas.—Sátiras.—Poesías varias.—Diálogos satíricos.—Opúsculos varios.—Cartas eruditas y familiares.—Apéndices.—5 pesetas.

76.—*Rebelión de Pizarro en el Perú y Vida de D. Pedro Gasca*, por Calvete de Estrella, tomo II.—5 pesetas.

77.—OBRAS DE D. J. E. HARTZENBUSCH: tomo IV.—*Teatro:* tomo II.—Contiene: *La visionaria.—Los polvos de la madre Celestina.—Alfonso el Casto.—Primero yo.*—5 pesetas.

78.—OBRAS DE D. J. VALERA: tomo VI.—*Novelas:* tomo III.—Contiene *Las Ilusiones del Doctor Faustino.*—5 pesetas.

79.—PIDAL (MARQUÉS DE).—*Estudios históricos y literarios:* tomo I (en prensa).

80.—*Sales españolas ó Agudezas del ingenio nacional*, recogidas por D. A. Paz y Mélia (en prensa).

81.—OBRAS DE D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: tomo IX.—*Problemas contemporáneos:* tomo III (en prensa).

82.—OBRAS LITERARIAS DE D. MANUEL SILVELA (en prensa).

Ejemplares de tiradas especiales de 6 á 250 pesetas.

EN PREPARACIÓN.

Obras gramaticales de Andrés Bello.

Memorias de D. José Pizarro.

Relaciones de sucesos de la Monarquía española, desde 1654 á 1658, por D. Jerónimo Barrionuevo de Peralta, con la biografía del autor y algunas de sus obras poéticas y dramáticas.

Estudios históricos, por D. Aureliano Fernández-Guerra.

Obras completas del Duque de Rivas.

COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

LÍRICOS

- LXXVII -

EX·LIBRIS.

OBRAS

DE

D. JUAN E. HARTZENBUSCH

IV

TEATRO

II

TIRADAS ESPECIALES

5 ejemplares en papel de hilo, del.. . . . . 1 al 50.
10 » en papel China, del . . . . . I al X.

TEATRO

DE

D. JUAN E. HARTZENBUSCH

II

LA VISIONARIA
LOS POLVOS DE LA MADRE CELESTINA
ALFONSO EL CASTO
PRIMERO YO

MADRID
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO
Impresor de Cámara de S. M.
Don Evaristo, 8
1890

LA VISIONARIA

COMEDIA

EN TRES ACTOS EN PROSA.

Estrenada en el teatro del Príncipe á 21 de marzo de 1840.

190260

PERSONAS.

Doña Críspula.
Valentina.
Don Vicente.
Raimundo.
Marcos.

Un escribano, un ordenanza, un médico, dos señoras, un cerrajero, alguaciles.

La escena es en Palma, capital de la isla de Mallorca.

La acción pasa en 1805.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala baja. En el fondo una ventana grande con reja, por la cual se descubre la calle. Á la derecha del actor, la puerta de entrada; á la izquierda otra, con una mampara, que da paso á las piezas interiores. Una mesa, sillas muy altas de respaldo y un bastidor de bordar.

ESCENA I.

VALENTINA, bordando junto á la reja; DOÑA CRÍSPULA, observando á DON VICENTE, que pasea la calle con inquietud.

CRÍSPULA.

Ya lleva una hora de plantón, y no hay trazas de que se retire tan pronto. Imposible que sea mallorquín ese perdulario. ¡Valentina!...

VALENTINA.

¿Manda usted?

CRÍSPULA.

Ven aquí; deja la labor.

VALENTINA.

Si usted me permite concluir este ramo... S dos puntadas.

escalera, dando un pisotón en cada peldaño; silba, canta, golpea con el bastón puertas y paredes... ¿Para qué armará tal estrépito sino para que al oirle te asomes?

VALENTINA.

Todo eso se puede hacer sin objeto determinado. El ocio, el fastidio, la impaciencia...

CRÍSPULA.

Si nunca me salen erradas mis conjeturas.

VALENTINA.

¿Nunca, madre? ¿Se acuerda usted de aquel chasco tan serio?...

CRÍSPULA.

¿Cuando me figuré que robaban ahí enfrente, y era el escribano Don Celedonio que hacía un embargo? Apariencias tan equívocas confundirían á cualquiera.

VALENTINA.

No, yo hablaba de cuando fuimos al santuario de Bonanova.

CRÍSPULA.

¡Ah! ¿El día del Dulce Nombre?

VALENTINA.

¡Buen sofoco me hizo usted pasar, sin culpa ninguna! Porque nos seguía un militar, cojo por más señas, se figuró usted que trataba de entregar-

me un papel. Me agarra usted del brazo, echa á correr conmigo, me riñe, me pellizca... ¿Y qué era todo el misterio? Que usted había perdido su abanico en la ermita; que aquel buen hombre lo había recogido, y quería devolvérselo á usted.

CRÍSPULA.

Y por esa casualidad, ¿querrás tú persuadirme que entre tanto monuelo que te requiebra al paso cuando salimos, no hay quien te guste?

VALENTINA.

Á usted es á quien le desagradan todos.

CRÍSPULA.

¡Y á tí ninguno! ¡Qué desenvoltura! ¡Qué atrevimiento! Me has de quitar á pesadumbres la vida.

VALENTINA.

Madre, madre, por las entrañas de María Santísima, ¿quiere usted decirme en qué falto á los deberes de buena hija? ¿No me ve usted día y noche amarrada á ese bastidor, sin alzar cabeza, para que el fruto de mi trabajo nos saque de la estrechez en que nos pone la corta viudedad que usted goza? ¿Con quién gasto yo conversación? ¿Pone los pies aquí nadie más que Raimundo?

CRÍSPULA.

¡Ah! ese no es de temer. Estoy completamente cierta de que no te quiere.

VALENTINA.

¿Quererme? Ni piensa en mí siquiera. ¡Valiente cabeza de gorrión! Tres días hace ya que no parece por casa.

CRÍSPULA.

En fin, si me aseguras que esotro zángano no ronda por tí...

VALENTINA.

No, señora, no. (*Llama Don Vicente á la reja.*)

CRÍSPULA.

¡Calle! Pues él es el que está llamando. (*Llegándose á la ventana.*) ¿Qué se le ofrece á usted, caballero?

VICENTE.

Perdone usted mi franqueza, señora. Yo tenía precisión de molestar á usted con una visita. La persona que debía presentarme no parece, y me canso de aguardar en la calle.

CRÍSPULA.

¿Y quién es ese sujeto?

VICENTE.

El sobrino del propietario de esta casa.

CRÍSPULA.

¿El sobrino de Don León?

VICENTE.

Pues, Don Raimundo.

CRÍSPULA.

Don Raimundo Torrella. En efecto, muchos días suele venir por aquí á estas horas. Dé usted la vuelta, que voy á abrir.

VICENTE.

Mil gracias, señora. (*Quítase de la ventana.*)

ESCENA II.

DOÑA CRÍSPULA, VALENTINA.

CRÍSPULA.

¿Lo has oído? Á casa viene; yo no le conozco: con que no hay remedio, es á verte.

VALENTINA.

Pues yo no le quiero ver, si viene por mí. Permita usted que me retire á mi cuarto mientras hablan ustedes.

CRÍSPULA.

Bien: así le podré yo sondear más libremente. (*Va á abrir la puerta.*)

VALENTINA.

¿Qué querrá este hombre? ¿Para qué se encar-

gará Raimundo de traer aquí á nadie? ¡Como soy yo tan aficionada á visitas! Merecía que no recibiese las suyas. (*Vase.*)

ESCENA III.

DOÑA CRÍSPULA, DON VICENTE.

CRÍSPULA.

Perdone usted que le haya hecho esperar.

VICENTE.

Por Dios, señora...

CRÍSPULA.

Hará usted el favor de tomar asiento. (*Va á buscar sillas.*)

VICENTE.

No era necesario; pero... (*Aparte.*) No se figurará esta señora que vengo á ver la casa para comprarla.

CRÍSPULA.

Vamos, sin cumplimiento.

VICENTE.

He dado á usted una prueba de que no los uso.

CRÍSPULA.

Mejor: á mí me gusta la gente franca.

VICENTE.

Su rostro de usted no me es desconocido. Yo la he visto á usted no se dónde.

CRÍSPULA.

Sí, como soy tan devota de Santa Eulalia...

VICENTE.

Cierto: en Santa Eulalia se hallaba usted el domingo. Y si no me engaño, la acompañaba á usted una joven.

CRÍSPULA.

Mi Valentina, mi hija única.

VICENTE.

Criatura hechicera.

CRÍSPULA.

¡Eh! Tal cual.

VICENTE.

No, no; que es su vivo retrato de usted.

CRÍSPULA.

Déjese usted de lisonjas.

VICENTE.

Á fe de Vicente Montaner.

CRÍSPULA.

¿Montaner es su apellido de usted?

VICENTE.

Para servirla.

CRÍSPULA.

¿Tiene usted algún parentesco con Doña Dolores Montaner de Bausá?

VICENTE.

Somos primos.

CRÍSPULA.

¿Primos? Pues Dolores es madrina de mi hija.

VICENTE.

Por muchos años.

CRÍSPULA.

De manera que usted y el difunto Don Jaime...

VICENTE.

Éramos hermanos.

CRÍSPULA.

¡Excelente casa! ¡Hombre opulentísimo! Usted habrá tenido parte en su herencia.

VICENTE.

No, señora: la repartió entre los pobres de la familia.

CRÍSPULA, *aparte.*

Es rico.

VICENTE.

Bastante hizo por mí con enviarme á la Habana y ponerme en carrera.

CRÍSPULA.

¡Hola! (*Aparte.*) Es indiano.

VICENTE.

Se empeñó mi hermano en que yo había de hacer mi fortuna en América, y no paró hasta salirse con ello. «Te vas á Cuba (me estaba repitiendo siempre), y cuando hayas adquirido un mediano capital, regresas á tu país, te haces propietario y te casas con una palmesana honrada y bonita.»

CRÍSPULA, *aparte.*

¿Qué tal? ¿Si decía yo bien?

VICENTE.

Cuentas galanas, que luego salen como Dios quiere. En fin, después de quince años de expatriación...

CRÍSPULA.

Vuelve usted á Palma, como buen mallorquín, con los tesoros del nuevo mundo.

VICENTE.

Aún queda por allá lo mejor de mis bienes.—El motivo que me obliga hoy á recurrir á la complacencia de usted...

CRÍSPULA.

Ya me figuro cuál será.

VICENTE.

No extrañaría yo que tuviera usted algún antecedente. Un trato lícito no hay por qué ocultarlo de nadie.

CRÍSPULA.

Mucho que no.

VICENTE.

Pues, señora, yo, á los quince días de haber desembarcado, pasé casualmente por esta calle. Miré aquí... volví á mirar... y me quedé parado más de media hora ahí delante.

CRÍSPULA.

Pues, contemplando las rejas...

VICENTE.

Las rejas y los balcones y toda la casa, porque le confieso á usted sin rebozo que me tiene enamorado, trastornado el juicio.

CRÍSPULA.

Ya lo he conocido yo. Si miraba usted con una ansia, con una inquietud...

VICENTE.

Es furor, es locura. En apasionándome yo de

un objeto, no puedo disimularlo y sacrifico cualesquiera intereses al logro de mis deseos.

CRÍSPULA.

Es decir que cuando usted quiere, quiere bien.

VICENTE.

Con toda mi alma.—Me presenté á Don León...

CRÍSPULA.

El tío de Raimundo.

VICENTE.

Como dueño de la casa...

CRÍSPULA.

Y él le hablaría á usted de nosotras.

VICENTE.

Sí: me dijo que el piso principal estaba desalquilado, y que el bajo le ocupaban una señora viuda y su hija, personas de honor y virtud á carta cabal. Nos vimos varias veces. La última (que fué en la semana pasada) quedamos en que hoy se reuniría aquí Don Raimundo conmigo, y mire usted el grandísimo botarate ¡qué prisa tiene! Yo, no pudiendo sufrir más, dije para mí: Apelemos á la bondad de esta señora, que tal vez se dignará franquearme sus puertas y darme las noticias que necesito.

CRÍSPULA.

Ha hecho usted perfectísimamente. Sin testigos podemos hablar aún mejor.

VICENTE.

Sí, señora. Y me haría usted un obsequio grande si reservara para sí todo lo que ahora tratásemos.

CRÍSPULA.

Corriente.

VICENTE.

Cuando les consta que uno es de los que atropellan por todo, se hacen de rogar y se ensanchan al doble.

CRÍSPULA.

Señor Don Vicente, ya sabe usted el refrán: á buen bocado, buen grito.

VICENTE.

Confieso que las apariencias no pueden ser mejores; pero esto no basta. ¿Cómo puedo yo conocer el fondo, aunque desde la calle me parezca hermosísima?

CRÍSPULA.

Por eso viene usted á verla.

VICENTE.

Para eso esperaba á Don Raimundo.

CRÍSPULA.

Pues ya no es necesario. Cuando usted quiera pasaremos al gabinete, y en seguida...

VICENTE.

Dígame usted primero. Parece que hubo en un

tiempo, con motivo de ciertos amores, una comunicación del cuarto principal á éste.

CRÍSPULA.

¿Amores? ¿Comunicación?

VICENTE.

Secreta.

CRÍSPULA.

Ó no ha habido tal cosa, ó tan secreta ha sido, que yo no he podido descubrirla.

VICENTE.

No lo digo porque sea un defecto.

CRÍSPULA.

Pues, aunque me esté mal el decirlo, sepa usted que ni tiene ese ni otro ninguno.

VICENTE.

Pues entonces es una alhaja.

CRÍSPULA.

Y que la codician muchos.

VICENTE.

Eso ya me lo dijo Don León, y en parte no lo extraño.

CRÍSPULA.

Quizá el exterior es en ella lo que menos vale.

VICENTE.

Pues la fachada es magnífica. Me decido. Robusto cimiento, sólida estructura, capacidad, según dicen... Vamos, será mía.

CRÍSPULA.

Poco á poco: falta que yo quiera.

VICENTE.

¡Ah! ¿Luego consiste en usted?

CRÍSPULA.

¿Pues en quién?

VICENTE.

Don León no me ha dicho palabra.

CRÍSPULA.

Pues yo le digo á usted que el negocio ha de ser á mi gusto.

VICENTE, *aparte.*

(¡Á buena parte he venido á informarme!) Yo he manifestado á usted, quizá imprudentemente, la vehemencia de mi deseo; pero ya lo hice, y no me vuelvo atrás. Dícteme usted las condiciones que exige.

CRÍSPULA.

Ya lo pensaré maduramente, como corresponde á negocio de tal entidad.

VICENTE.

Resuelva usted pronto, por Dios. Ya puede usted haber conocido mi carácter impaciente.

CRÍSPULA.

Sí; pero tengo precisión de saber antes la voluntad de mi hija, porque está más interesada que yo.

VICENTE.

Ya. En ese caso, permítame usted que hable yo también con la señorita.

CRÍSPULA.

Es muy puesto en razón. (*Pasa Raimundo por delante de la ventana.*) Allí viene ya Don Raimundo.

VICENTE.

Ya era tiempo. (*Doña Críspula va á abrir.*) ¡Me he portado! Ahora que sabe esta señora el capricho que tengo, me va á costar un ojo de la cara la casita dichosa.

ESCENA IV.

DOÑA CRÍSPULA, RAIMUNDO, UN CERRAJERO, DON VICENTE.

RAIMUNDO.

Servidor de usted, Doña Críspula; servidor, Don Vicente.

VICENTE.

Amiguito, venturosos los ojos que ven á usted.

RAIMUNDO.

Ríñame usted ahora, cuando vengo desde el puerto en una carrera, y me he dado una costalada que por poco no me desnuco. Yo le decía á mi tío: Ya me ha predicado usted bastante; yo no le hago á usted falta para el embarco, y se la estoy haciendo al señor Don Vicente; pero el buen viejo es tan fecundo cuando regaña ó se despide... Y como hoy tenía que reunir ambos puntos en una plática...

CRÍSPULA.

¿Se despedía de usted?

VICENTE.

¿Don León se ha marchado?

RAIMUNDO.

Sin ánimo de volver á Palma.

VICENTE.

¿Pues con quién he de entenderme yo entonces?

RAIMUNDO.

Mi tío se lo hubiera dicho á usted, si hubiese parecido por allá estos días.

VICENTE.

Ya les previne á ustedes que pasaría en Puerto Pí una semana.

RAIMUNDO.

También hemos andado nosotros ocupadísimos. Como iba diciendo, desde que los ingleses rompieron las hostilidades, principió mi tío á enviar sus fondos á Barcelona; y cuando ha visto que el almirante Nelson ha querido hacernos una visita, ha dicho: «No, zámpome en España de un salto, y no paro hasta el corazón de la Península.»

VICENTE, *aparte.*

Doña Críspula será la encargada de la venta.

RAIMUNDO.

El señor es el cerrajero, y yo traigo las llaves: la de la puerta y la otra. Doña Críspula, con permiso de usted voy á enseñar el cuarto de arriba al señor Don Vicente, que parece nos quiere comprar la casa.

CRÍSPULA.

¿Comprar la casa? Ah, sí, ahora recuerdo...

VICENTE.

Ya he hablado con esta señora...

CRÍSPULA.

Sí, ya sé que el señor Montaner viene de América con ánimo de adquirir propiedades en Palma. (*Aparte á Don Vicente.*) Guarde usted silencio con Raimundo sobre lo que hemos tratado.

VICENTE, *aparte á Doña Críspula.*

Bien está.

RAIMUNDO.

Bajaré luego. Á los pies de Valentinita.

VICENTE.

Adiós, señora.

CRÍSPULA.

Á más ver. (*Vanse Don Vicente, Raimundo y el cerrajero.*)

ESCENA V.

VALENTINA, DOÑA CRÍSPULA.

VALENTINA.

¿No ha estado aquí Raimundo, mamá?

CRÍSPULA.

Sí, ahora sale.

VALENTINA.

¡Y no ha querido saludarme siquiera! Cuidado que se va haciendo descortés hasta un grado insufrible.

CRÍSPULA.

¡Ay Valentina, Valentina! ¡Cuánto peor es la falsedad que la impolítica!

VALENTINA.

¿Por qué lo dice usted?

CRÍSPULA.

¡Valiente cuidado te dará que no te salude Raimundo! El Don Vicente es el que sientes que se vaya sin hablarte.

VALENTINA.

¿Qué Don Vicente?

CRÍSPULA.

El señor Montaner.

VALENTINA.

¿Quién es ese señor?

CRÍSPULA.

El indiano.

VALENTINA.

Pero ¿quién es el indiano?

CRÍSPULA.

Tu novio.

VALENTINA.

Dale. ¿Y quién es mi novio?

CRÍSPULA.

Dale. El que estaba haciéndote guiños á la reja, el que se nos ha encajado en casa sin aguardar á que le presenten, el que me ha declarado que está perdido de amores por tí, el que me acaba de pedir formalmente tu mano.

VALENTINA.

¿Es posible?

CRÍSPULA.

Házteme de nuevas ahora.

VALENTINA.

Crea usted...

CRÍSPULA.

Lo que yo creo es que debes dejarte de misterios y tonterías; que es tiempo ya de pensar con juicio, y determinarse al vado ó á la puente.

VALENTINA.

¿Le ha dicho él á usted que me quiere?

CRÍSPULA.

Con delirio, con frenesí. Y mira que desea una contestación decisiva y pronta.

VALENTINA.

Pero, señora, si yo aún no sé...

CRÍSPULA.

Y va á venir á verte: yo le he prometido una conferencia contigo.

VALENTINA, *aparte.*

Á lo menos le veré entonces, y sabré á qué atenerme.

CRÍSPULA.

¿Y á qué te parecerá á tí que va con Raimundo?

Á ver el cuarto principal, porque piensa comprar esta casa. ¡Una casa con dos viviendas separadas, tres con la del tonelero, que acaso es la única de la ciudad que las tiene!... Don Vicente es hombre riquísimo, y no extrañaría yo que hiciese la compra para regalártela. ¿Te ha hecho alguna indicación?...

VALENTINA.

¿Cómo me ha de haber indicado nada, si le he dicho á usted que jamás?...

CRÍSPULA.

No se desdirá, aunque la maten. Sigue enhorabuena tu sistema de disimulo: á mí, que no he tratado hasta hoy á ese hombre, me ha parecido un sujeto de excelente carácter, un partido superior á lo que tú mereces.

VALENTINA.

¡Merezco yo tan poco!...

CRÍSPULA.

No, eso no: tienes tus defectillos; pero también te me pareces en muchas cosas: bien lo ha reparado Don Vicente. Y no es mal mozo, que es otro *item mas* importante.

VALENTINA.

El hombre que se hace querer es el más hermoso del mundo.

CRÍSPULA.

Su edad... ¿Qué edad podrá tener? ¿La de Cristo? Será todo lo de Dios. Tú vas á cumplir diez y ocho años; con que no es una boda, ahí, desproporcionada. Á tí te gusta vestir bien: siempre te andas quejando de que te traigo como á la hija de un payés infeliz: en tu mano está llevar el tren de una grande de España. Tú gustas de la lectura, de los bailes, de los paseos, de los saraos; en fin, de lucir y de divertirte, como todas las jóvenes: yo no te puedo proporcionar tales desahogos, porque necesitamos trabajar para vivir. Todo eso y cuanto apetezcas te proporcionaría tu boda con Don Vicente.

VALENTINA.

¡Ay mamá! poca experiencia tengo de mundo; pero me parece que la mujer que ame á su marido no necesita fausto para vivir contenta.

CRÍSPULA.

Auto en favor. Piénsalo bien, y entre tanto yo consultaré á tu madrina y tomaré mis informes acerca de Don Vicente. Déjate de melindres, repito, y mira que conveniencia mejor no ha de presentársete nunca.

VALENTINA.

¡Ah! Raimundo. (*Viéndole entrar.*)

CRÍSPULA.

Sí: dejé abierto á propósito.

ESCENA VI.

RAIMUNDO, DOÑA CRÍSPULA, VALENTINA.

RAIMUNDO.

Buenos días, Valentinita.

VALENTINA.

Sea usted bien venido.

CRÍSPULA.

¿Qué hace Don Vicente?

RAIMUNDO.

Anda con el cerrajero registrando los rincones de la casa, empeñado en dar con una puerta condenada, cuya llave dejó mí tío. Yo he venido entre tanto. (*Saca del bolsillo una caja de tabaco y ofrece un polvo á Doña Críspula.*)

VALENTINA.

¿Á regalarle la nariz á mi madre?

RAIMUNDO.

Á regalarme yo con la vista de su hija.

VALENTINA.

Usted me favorece.

CRÍSPULA, *aparte.*

(¡Qué inocentón es este muchacho!) Raimundo,

usted no es de cumplimiento. Valentina le hará compañía mientras me visto.

VALENTINA.

¿Va usted á salir?

CRÍSPULA.

Sí, á casa del escribano Don Celedonio.

RAIMUNDO.

¿Qué negocios tiene usted en la curia?

CRÍSPULA.

Embargaron ahí á un conocido; me pidió que me constituyera su depositaria por unos días, y pasan meses y meses y tengo la casa revuelta con sus trastos. Se ha nombrado por fin otro depositario, á petición mía, que es el tonelero nuestro vecino, y quiero saber en qué consiste que no hayan sacado los muebles de aquí. Después pasaré á casa de la madrina.

VALENTINA, *aparte á su madre.*

No le hable usted todavía de eso.

CRÍSPULA.

¿Y á qué aguardar?

VALENTINA.

Necesitaba yo para decidirme... una... una explicación... (*Mirando á Raimundo.*)

CRÍSPULA.

¡Con Don Vicente! Bien: callaré por ahora.

RAIMUNDO.

(*Durante el diálogo de madre é hija, se ha estado sacudiendo el polvo de la ropa con un pañuelo, y al sacar éste del bolsillo, ha dejado caer al suelo una carterita envuelta en un papel.*) ¡Cómo se empolva uno cuando rueda por el suelo!

CRÍSPULA.

¿Qué hace usted? Tome usted un cepillo. (*Le da un cepillo que saca de un cajón de la mesa.*)

RAIMUNDO.

Viva usted mil años.

CRÍSPULA, *alzando del suelo la cartera.*

¿Qué envoltorio es éste? ¿Es de usted, Raimundo?

RAIMUNDO.

¡Diantre! Se me ha caído sin duda al sacar el pañuelo.

CRÍSPULA.

¿Ha dado usted en la gracia de ser jugador?

RAIMUNDO.

¿De qué lo infiere usted, señora?

CRÍSPULA.

¿No es ésta una baraja?

VALENTINA.

¡Madre!

RAIMUNDO.

Desenvuelva usted, y lo verá.

CRÍSPULA, *desenvolviendo el papel.*

¡Ah! Si es una cartera. Una cartera nuevecita.

VALENTINA.

Muy preciosa.

RAIMUNDO.

Regalo de mi tío, que está á la disposición de ustedes. Siento no poder decir lo mismo de lo que encierra.

CRÍSPULA.

¿Hay billetitos?

RAIMUNDO.

Bastantes.

CRÍSPULA.

¿De la novia?

RAIMUNDO.

De Banco.

CRÍSPULA.

Creo que falsifican muchos de esos ahora.

RAIMUNDO.

De éstos no, porque son muy raros aquí: de vales falsificados verdad es que hay plaga. Por eso ha dado ese bando tan rigoroso el capitán general.

Fusilado á las veinticuatro horas el que resulte reo de falsificación. Para él son estos billetes.

VALENTINA.

¿Para el reo?

RAIMUNDO.

Para el capitán general, señora. He ido á llevárselos, y había salido su excelencia. Hasta la tarde no podré verle.

CRÍSPULA.

Pues si se le antoja á usted sacar el pañuelito en el puerto, hace usted un pan como unas hostias.

RAIMUNDO.

Figúrese usted. Y ahora no tengo tío á quien ir á contarle lástimas.

CRÍSPULA.

¿No le es forzoso á usted pasar por aquí para ir al palacio?

RAIMUNDO.

¡Ah! ¿Quiere usted guardarme la cartera hasta luego?

CRÍSPULA.

Sí, señor, porque más segura estará en mis manos que en las de usted.

RAIMUNDO.

No diré lo contrario. Tómela usted.

CRÍSPULA.

Venga. Voy á aviarme. (*Vase.*)

ESCENA VII.

VALENTINA, RAIMUNDO.

RAIMUNDO.

¡Cuánto me alegro de que nos haya dejado solos mamá! Tengo mil cosas que decir á usted, Valentina.

VALENTINA.

Serán muy agradables, según los indicios.

RAIMUNDO.

Como que estoy de enhorabuena. Tuve antes de ayer con mi tío la trifulca más horrorosa... Vamos, soy el hombre más dichoso de toda la isla. Lo menos que me dijo fué que era un imbécil, un haragán, un perdido...

VALENTINA.

Reciba usted mi parabién.

RAIMUNDO.

Lo acepto con el alma.

VALENTINA.

No es para menos el fortunón. ¿Y por qué hacía esos elogios de usted?

RAIMUNDO.

No fué por equivocar una cuenta, dar en algún pago dinero de más ó cobrar de menos...

VALENTINA.

Á esas habilidades ya estará acostumbrado.

RAIMUNDO.

Si las hago cada día. La cuestión fué puramente personal.

VALENTINA.

¿Y á qué persona se refirió?

RAIMUNDO.

¡Cosa más rara! Á usted.

VALENTINA.

¡Á mí! ¿Con qué motivo?

RAIMUNDO.

Manías de señor mayor. Se ha empeñado en que estoy muerto de amor por usted.

VALENTINA.

¡Por mí! ¿Qué es lo que oigo?

RAIMUNDO.

¡Ya ve usted qué calumnia! Yo que en la vida le he dirigido á usted ni siquiera la vulgar expresión de «buenos ojos tienes.» Y eso que lo podía decir, sin quebrantar el octavo mandamiento.

VALENTINA.

Y usted ¿qué respondió á la acusación?

RAIMUNDO.

Lo que dicen que ya no está en uso: la verdad.

VALENTINA.

Negaría usted.

RAIMUNDO.

Como un hereje. Pero él me arguyó tanto con mis visitas á esta casa, con el gusto que tengo en ver á usted y en ensalzar las cualidades que la distinguen, que yo principié á sospechar si mi tío tendría razón; si mi corazón habría rendido la plaza, sin contar con la voluntad para ello.

VALENTINA.

¡Qué bueno sería!

RAIMUNDO.

Hubo más. Me dijo su merced que apostaba veinte mil libras á que, en haciéndose él á la vela, venía yo aquí sin falta y dejábamos ya entablado nuestro casamiento.

VALENTINA.

No peligra el dinero del buen Don León, por lo visto.

RAIMUNDO.

Señor, si no es propio de la situación. Si yo le digo á usted que la quiero, ¿cómo le he de decir que me marcho?

VALENTINA.

¿Se marcha usted? (*Aparte.*) ¡Cielos!

ESCENA VIII.

DOÑA CRÍSPULA, asomada á una puerta; VALENTINA, RAIMUNDO.

CRÍSPULA, *aparte.*

¿Qué se hablarán estos chicos?

VALENTINA.

¿Y á dónde es el viaje?

RAIMUNDO.

Á Cartagena.

VALENTINA.

¿Pronto?

RAIMUNDO.

De un día, de un momento á otro puedo recibir la orden de partir. En esto paró la sarracina de antes de ayer. Al cabo de una granizada de réspices, sale mi tío con la pata de gallo de que, no sirviendo yo para comerciante, seré militar, seré marino. ¡Yo que lo he deseado toda mi vida! ¡Marino! ¡Yo que siempre me represento la fortuna naciendo, cual Venus, de entre las olas! Como me hallaba tan poco dispuesto á una peripecia del género heróico, me quedé con la boca abierta, se me oprimió el corazón, el agua del mar se me vino á los ojos, y eché á llorar lo mismo que un náufrago cuando cuelga un ex-voto en la ermita de la Bonanova.

CRÍSPULA, *aparte.*

Bien decía yo que de éste no hay que tener recelo. (*Vase.*)

ESCENA IX.

VALENTINA, RAIMUNDO.

VALENTINA.

¿Con que nos abandona usted? ¡Cuánto lo siento! Ahora que quería yo que bailase usted en mi boda...

RAIMUNDO.

¿Usted se casa? ¿Con quién?

VALENTINA.

Eso no lo debo declarar todavía.

RAIMUNDO.

¡Y me lo dice con tanta frescura! Usted que se vendía por mi amiga, que me aseguraba no tener para mí secreto ninguno, ¡me ha ocultado el de más importancia!

VALENTINA.

Ha sido cosa muy repentina; tan repentina como su marcha de usted.

RAIMUNDO.

¡Casarse cuando yo me ausento! ¡Vaya una

aprensión! ¿Pues no podría usted aguardar á que yo volviera?

VALENTINA.

¿Me traería usted algún amante reclutado á bordo?

RAIMUNDO.

Yo quisiera que me dijese usted qué necesidad tiene de casarse tan pronto.

VALENTINA.

Yo quisiera que me explicase usted qué precisión hay de que usted se embarque.

RAIMUNDO.

Mi tío lo manda...

VALENTINA.

Mi madre ha dispuesto mi casamiento.

RAIMUNDO.

Es el caso muy diferente. Usted se casa... sólo por casarse; y yo me hago marino... ¡calla! pues es verdad: yo me hago marino por casarme también.

VALENTINA.

¿También el tío le proporciona á usted boda?

RAIMUNDO.

No, señora: mi tío solamente me desposa con el mar, á lo Dux de Venecia; el que ha pensado en boda soy yo.

VALENTINA.

¿Sí? Pues vaya. Diga usted, diga usted.

RAIMUNDO.

Yo me he puesto á discurrir estos días y he hecho este cálculo: Señor, los inglesitos han dado ahora en la flor de apresarnos en plena paz nuestros buques, y llevarse los millones de las Indias, vía recta, á descargar en el Támesis. Su Majestad, que Dios guarde, invita á sus leales y valientes súbditos (alusión personal de que no puedo desentenderme) á que rechacen la fuerza con fuerza mayor. Cuando se trata de vengar el honor de la patria, ¿ha de permanecer un Torella aquí, acopiando naranjas, aceite y escobas? No, por vida del rey Gerión. Hombre al agua. Yo no sé maniobrar en tierra, porque no es mi elemento; pero en el mar soy más intrépido que un churriguer. Estamos en el año de gracia de 1805: para el de ocho ya se puede haber acabado la guerra. Yo me hallaré seguramente con diez ó quince balazos repartidos por el cuerpo; con un ojo ó una pierna menos, tal vez; pero mandaré tal vez un navío: con que váyase uno por otro. Entonces vuelvo la proa, echo el ancla, me divorcio con la gloria, y me caso con Valentina.

VALENTINA.

¡Conmigo! ¡Qué declaración tan súbita!

RAIMUNDO.

¿Le desagrada á usted?

VALENTINA.

No por cierto.

RAIMUNDO.

Pues está andada la mitad del camino. Yo á nadie desluzco: yo no quito que sea un bienaventurado ese otro novio de usted, sobre todo si Dios le da un tabardillo; pero más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer.

VALENTINA.

Un verdadero cariño suple cien faltas.

RAIMUNDO.

Dicen que el verdadero cariño le trae á uno desvelado; y lo que es el mío no me desvela mayormente, pues aunque sueñe con usted todas las noches, al cabo, para soñar, duermo. Que me lleve Dios si advierto que algún curioso registra esa reja; que no haya insistido en saber de usted quién es su novio, por no verme en la precisión de andar á estocadas con él; que si oigo hablar con poco miramiento de usted, rompa la crisma al lucero del alba: esto quizá no sea una verdadera pasión; no obstante, deje usted que nos casemos, que yo me apasionaré entonces de otra manera.

VALENTINA.

Cualquiera mujer se contentaría con ese amor.

RAIMUNDO.

No, señora, ¡qué diantre! Tenga usted ambición,

como yo la tengo... Y dígame algo de lo que necesito saber.

VALENTINA.

¿Qué quiere usted que yo le diga? Usted no habrá dejado de observar...

RAIMUNDO.

Sí, he observado que nadie la visita á usted sino yo, y he dicho: Puede que Valentina venga á poner los ojos en mi persona, si se hace cargo de que no tiene otra en quién ponerlos.—¡Usted se ríe! Es decir que no se incomoda.—¿Usted calla? Es decir que otorga. Ahora recuerdo que tengo un rival... ¿Se ríe usted también con él de ese modo? ¿Se ríe usted de los dos, Valentina?

VALENTINA.

No, señor: su rival de usted no me inspira gana de reir.

RAIMUNDO.

¿Con que es cierto que todavía no he perdido su amistad de usted? ¡Y yo, majadero de mí, acusándola injustamente! Merecía cien bofetadas, y me las quiero dar con la mano ofendida. (*Se la besa repetidas veces.*)

VALENTINA.

Basta, Raimundo, basta de castigo.

RAIMUNDO.

No tenga usted misericordia de mí. He sido un gaznápiro, que sin la urgente circunstancia de la partida...

ESCENA X.

DOÑA CRÍSPULA, VALENTINA, RAIMUNDO.

CRÍSPULA.

¿Qué hacen ustedes?

VALENTINA.

¡Cielos!

RAIMUNDO.

Señora...

CRÍSPULA.

¿Con esas ceremonias anda usted al despedirse, Dios sabe hasta cuándo? Todo lo he oído. Un abrazo y bien estrecho.

RAIMUNDO.

¡Valentina!

VALENTINA.

¡Raimundo! (*Se abrazan.*)

CRÍSPULA.

Y otro á mí, que yo también soy amiga de usted.

RAIMUNDO.

¡Amiga! Mi madre.

CRÍSPULA.

Cuenta que si tenemos ocasión de volvernos á ver, esta despedida es puramente provisional.

RAIMUNDO.

¡Oh! Por supuesto. Aunque es una ceremonia algo triste, tiene su parte deliciosa también. (*Toma el sombrero.*)

CRÍSPULA, *aparte á su hija.*

Te voy á dejar encerrada, para que no abras á Don Vicente. Que venga á hablarte cuando esté yo aquí.

VALENTINA.

Como usted quiera.

RAIMUNDO.

¿Gusta usted de que la vaya sirviendo?

CRÍSPULA, *aparte á Raimundo.*

Dejo á la chica bajo llave, porque no quiero que reciba visitas peligrosas.

RAIMUNDO.

Bien pensado: sí, guárdela usted de todo el mundo.

CRÍSPULA.

De todos, menos de usted. A mí no me la pega ninguno.

RAIMUNDO.

(*Besando á Valentina la mano á hurto de su madre.*) Eso es claro, ninguno. (*Vanse.*)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DOÑA CRÍSPULA, sentada; VALENTINA, de pié: ambas con gran agitación. Valentina tiene la cartera en la mano.

CRÍSPULA.

¡Jesús! ¡qué lance! Mañana empiezo una novena á San Antonio bendito. Lo estoy viendo, y no lo acabo de creer. Un milagro es, un milagro.

VALENTINA.

¡Ay! ¡qué cartera de mis pecados! Deseando estoy que venga Raimundo y se la lleve, y no la vuelvan á ver mis ojos. ¿Dónde la perdería usted?

CRÍSPULA.

Cuando llegué á la lonja de Don Agustín, la cartera iba conmigo. Yo quería que Don Agustín, como es persona tan inteligente en esto de papel moneda, viese los billetes.

VALENTINA.

¿Y qué necesidad había de que los viera ese hombre?

CRÍSPULA.

Me importaba salir de una duda y prevenir un daño, muy grave tal vez. El Señor ha hecho justicia á la rectitud de mis intenciones.

VALENTINA.

¿Qué daño es el que usted recelaba?

CRÍSPULA.

Suponte tú, como ese Raimundo es tan atolondrado, que antes de venir hoy aquí se hubiese dejado la cartera en paraje donde un pícaro le hubiese podido escamotear los billetes legítimos y ponerle otros falsos...

VALENTINA, *aparte.*

¡Gran Dios!

CRÍSPULA.

Es cosa que puede suceder: esto no es ver visiones.

VALENTINA, *aparte.*

¡Qué sospecha!

CRÍSPULA.

¡Buen lance hubiera sido ir á presentárselos al capitán general, que está deseando ajusticiar á un falsificador! Por eso deseaba yo que registrase Don Agustín la cartera. Yo no me detuve en la tienda ni tres minutos.—¿Está el amo?—No, señora.—Lo siento, porque tenía unos billetes que enseñarle.

VALENTINA.

¿Eso dijo usted?

CRÍSPULA.

Ni una palabra más. Y me marché al punto.

VALENTINA.

¿Y había mucha gente en la lonja?

CRÍSPULA.

Muchísima: media hora costaba el abrirse paso hasta el mostrador. ¡Qué fortuna la de haber envuelto yo la cartera en un sobre dirigido á mí! Se me caería en la calle, y como todos me conocen...

VALENTINA.

¿Si se la robarían á usted en aquella apretura?

CRÍSPULA.

¿Estás en tu juicio? Si le hubiese echado la garra un ladrón, ¿nos la hubiera devuelto? ¡Y con qué circunstancias! En el mismo orden están los billetes que esta mañana: parece que manos no los han tocado. ¡Lástima que no hayas podido ver sino de espaldas á ese siervo de Dios!

VALENTINA.

Yo tenía entreabiertos los postigos del gabinete: siento que tiran de la calle una cosa; miro, y me hallo con la cartera de Raimundo. Me asomo á la ventana, y diviso un hombre embozado que se re-

tiraba apresuradamente de aquí, y al momento dobló la esquina. Me dejó usted encerrada, y así no me fué posible pasar al patio; que si no, llamo á la puerta del tonelero, y como su taller tiene la entrada por la otra calle, tal vez por allí hubiera podido salir al encuentro del incógnito.

CRÍSPULA.

¡Mira tú qué buena alma! ¡Huir cual si cometiera una mala acción, cuando hacía una de que serán capaces tan pocos! ¡Entregar un hallazgo que hubiera podido conservar sin peligro, y no dar la cara porque no le agradeciésemos el favor!

VALENTINA.

Un instante después llegó usted.

CRÍSPULA.

Dios le conceda tanta gloria como pesadumbre me ha excusado.

VALENTINA.

En efecto, ¿qué hubiéramos respondido á Raimundo?

CRÍSPULA.

¡Y ahí es decir que tengo el arca llena para satisfacer lo que hubiese perdido! Si llego á echar de menos la cartera antes de volver á casa, me da un accidente y no vuelvo de él. Te quedas sin madre, Valentina.

VALENTINA.

Mi mamá, si me quiere, no querrá exponer otra vez á su hija á perder su único apoyo.

CRÍSPULA.

Líbreme Dios. ¿Tocar yo en adelante á cosa que no me pertenezca? Ni pensarlo. Guarda, guarda en la mesa ese chisme, porque temo que aún se nos ha de escapar de entre las manos. (*Valentina echa la cartera en un cajón.*) No más conjeturas sobre negocios de esta naturaleza.

VALENTINA.

¡Oh, sí, mamá! Viviremos tan felices entonces en medio de nuestra pobreza...

CRÍSPULA.

Tú, hija mía, ya que sacas esta conversación, tú has nacido para disfrutar una suerte más envidiable. Desde la lonja de Don Agustín fuí á casa de la madrina, que está desazonadilla la pobre, y puede que envíe á Marcos esta tarde por tí. ¿Has pensado ya la contestación que has de dar á Don Vicente?

VALENTINA.

Sí, señora: ¿pues no?

CRÍSPULA.

¿Y es?

VALENTINA.

La que usted puede discurrir.

CRÍSPULA.

Admitirás su mano.

VALENTINA.

¡Cómo! Perdone usted: no es eso lo que pienso decirle.

CRÍSPULA.

¿Con que no? ¿Sabes tú lo que me ha contado Dolores? ¿Sabes la fortuna que pierdes? Don Vicente es un sujeto amabilísimo.

VALENTINA.

No será el único de la ciudad.

CRÍSPULA.

Es poderoso.

VALENTINA.

Yo pobre.

CRÍSPULA.

Acaba de comprar una casa de campo magnífica en Sa-Taulera para pasar los veranos.

VALENTINA.

Yo estoy acostumbrada á pasarlos en Palma.

CRÍSPULA.

Tiene coche inglés.

VALENTINA.

¡Buena recomendación para mí! ¡Mire usted qué hombre! que va á dar dinero á los enemigos de su nación, á los que están cada día cañoneando los buques de bandera española, echándolos á pique, volándolos... ¡Cuántos hijos de Mallorca no han perecido á sus manos ya! ¡Cuántos no están expuestos á perecer!

CRÍSPULA.

¿Qué frenesí patriótico es ese que te ha dado de pronto?

VALENTINA.

¿No nos oyó usted á Raimundo y á mí la conversación que tuvimos esta mañana?

CRÍSPULA.

Sí por cierto; y al subir él al cuarto de arriba, me dijo que su tío le había agregado á la Marina real.

VALENTINA.

Pues si procura usted mi bien, refiera usted á Don Vicente aquel diálogo punto por punto.

CRÍSPULA.

Y á él ¿qué le importa?

VALENTINA.

¿No le ha de importar la noticia de que tiene un competidor?

CRÍSPULA.

¡Raimundo su competidor! ¿Ese badulaque, el único de quien no sospechaba yo, ese se ha atrevido?...

VALENTINA.

¿De qué se admira usted ahora? ¿No dice usted que nos oyó?

CRÍSPULA.

Fué un solo momento.

VALENTINA, *aparte.*

¡Ah! ¡imprudente de mí!

CRÍSPULA.

¿Con que te ama Raimundo?

VALENTINA.

No es tiempo ya de negarlo.

CRÍSPULA.

¿Y por él desprecias á Don Vicente?

VALENTINA.

Despreciarle, no: no hay motivo.

CRÍSPULA.

¡Acabáramos! Me habías dado un susto. ¿Quieres que sepa Don Vicente que tienes otro amante, para que los celos aviven su cariño? No me parece del todo mal ese rasgo de coquetería.

VALENTINA.

¿Coquetería? Usted me atribuye habilidades que yo no tengo.

CRÍSPULA.

Convéncete de que, por más que estudies, no podrás formar un proyecto sin que yo lo adivine. Ya esta mañana dije yo al señor Montaner que no te faltaban pretendientes: con todo, mira cómo te manejas; no te quedes sin uno y sin otro. Sin Don Vicente, quiero decir; pues aunque Raimundo se haya declarado contigo, tú no le habrás escuchado seguramente.

VALENTINA.

¿Cómo no le había de escuchar? Á no taparme los oídos...

CRÍSPULA.

Digo que no le habrás dado la mano.

VALENTINA.

La tomó él.

CRÍSPULA.

Ni palabra ninguna.

VALENTINA.

Palabra no: solamente le dí un abrazo por orden de usted.

CRÍSPULA.

El cual equivale á un pasaporte.

VALENTINA, *aparte.*

Dejémosla ahora con su aprensión.

CRÍSPULA.

Estoy tranquila. Si tuvieras quince años, sí, me inspirarías algún temor, porque á esa edad se encapricha una de cualquiera sin hacerse cargo de nada: á los diez y ocho, ya se reflexiona algo más. ¿Cómo habías de plantar á un hombre de caudal y de mérito, que te ofrece su mano, por un calaverilla que tal vez no se acordará de tí en perdiendo de vista la costa?

VALENTINA.

Puede que sí.

CRÍSPULA.

Puede que no. Puede también acabar su carrera en el primer combate.

VALENTINA.

No lo permita Dios.

CRÍSPULA.

Ni yo lo deseo. Pero demos que tú le quisieras, que él te guardara fidelidad y que las balas se obligaran á respetar su uniforme. ¿Y si yo falto antes que ascienda Raimundo, antes que la campaña concluya?

VALENTINA.

Mamá, usted se deleita en atormentarme.

CRÍSPULA.

¿Quién mirará por tí? ¿Qué amparo te queda? ¿La madrina? Pues nada le sobra; y siendo parienta de Don Vicente, lo que te aconsejará entonces es lo que te suplico yo ahora, y lo único que te está bien. En fin, yo no debo tolerar que malogres tan buena ocasión, te arrepientas mañana y te quejes de la debilidad de tu madre.

VALENTINA, *aparte.*

Me parte el corazón con cada palabra.

CRÍSPULA.

¡Qué veo! ¿Estás llorando? ¡Hija querida! No ha sido mi ánimo el afligirte: ya sé yo que no viene al caso nada de lo que he dicho, sino que unas palabras traen otras y... Mira, mejor es que abandones artificios de que no necesitas, y que te expliques francamente con el indiano. ¿Lo harás?

VALENTINA.

Sí, señora.

CRÍSPULA.

¿Llamó á casa al marcharse?

VALENTINA.

Nadie ha llamado.

CRÍSPULA.

Entonces no volverá hoy.

VALENTINA.

Está arriba: después de comer ha vuelto con el cerrajero y un albañil.

CRÍSPULA.

¡Qué diantre! Puede bajar á vernos, y yo tenía precisión de salir. Desde la tienda de Don Agustín me fuí á casa de la madrina y me olvidé de pasar á la del escribano.

VALENTINA.

No se detenga usted por eso: bien acostumbrada estoy á quedarme sola.

CRÍSPULA.

Te volveré á encerrar.

VALENTINA.

Mire usted que Raimundo tiene que recoger la cartera.

CRÍSPULA.

Se la das por la ventana. El tal Raimundito me ha pegado un chasco, que me servirá de escarmiento. Poca conversación por la reja: tome usted, y abur; nada más.

VALENTINA.

Bien está. Nunca he dado á la vecindad que decir.

CRÍSPULA.

Y si Don Vicente está arriba y lo advierte... ¡No digo nada! Con que, á Dios.

VALENTINA.

Él guíe á usted. (*Vase Doña Críspula.*)

ESCENA II.

VALENTINA.

¡Desdichada de mí! Crueles son las reflexiones que acaba de hacerme mi madre. Crueles... y justas acaso. Por justas que sean, mi corazón grita más fuerte. Raimundo, bien que destituído de cualidades brillantes, tiene para mí la de hacerse amar. Ser suya es la única felicidad á que yo aspiraba. ¿Y he de renunciar á la esperanza que me hacía gustoso el retiro y dulce el afán de mis labores? En mala hora me vió el indiano.—Que ya no soy niña; que Raimundo es un simple...—¿Qué hombre más discreto he tratado hasta ahora? Por lo que ven los ojos es por lo que se aficiona la voluntad. Sí, es necesario que yo hable á Don Vicente ó le escriba: yo no quiero engañar á un hombre de bien. Sepa que mi corazón no es libre; que mientras me quiera Raimundo no puedo ser de otro. (*Abrese en la pared una puerta disimulada de dos hojas, al nivel de una mesa sobre la cual hay dos canastos de ropa, que ruedan al suelo al girar los postigos. Don Vicente aparece en el hueco.*) ¡Poder de Dios! ¿Qué es esto?

ESCENA III.

DON VICENTE, saliendo por la escalera secreta; VALENTINA.

VICENTE.

Señorita... ¡Huy! ¡Qué estropicio he causado! Disimule usted...

VALENTINA.

Caballero... Perdone usted también mi sorpresa. ¿Cómo?...

VICENTE.

¿No les advirtió á ustedes Raimundo esta mañana que estábamos buscando una escalera oculta?

VALENTINA.

Sí, creo que nos habló de una puerta condenada; pero yo lo había olvidado.

VICENTE.

También yo indiqué algo á mamá... Porque supongo que tengo el honor de hablar á la hermosa Valentina.

VALENTINA.

Servidora de usted.

VICENTE.

Señora mía. ¿Me permite usted pasar á la sala para ver cómo se disimula el ajuste de estas puertecillas?

VALENTINA.

Es usted muy dueño. (*Arrima una silla á la mesa.*) Por esta silla bajará usted más fácilmente.

VICENTE.

No se incomode usted.—¡Cuánta bondad! (*Baja.*)

VALENTINA.

(*Aparte, recogiendo la ropa de los dos cestos y poniéndolos en una silla junto á la mesa.*) Ya puedo decir que he visto al rival de Raimundo.

VICENTE.

(*Que ha estado examinando cómo cierran las puertas de la escalera secreta.*) El diantre que conozca el secreto.

VALENTINA.

Mi madre y yo, que vivimos aquí hace una porción de años, ni siquiera lo sospechábamos.

VICENTE.

A Don León le dieron noticia de esa escalera cuando compró la casa; pero nunca había tenido necesidad de buscarla, ni curiosidad tampoco. Yo sí, porque habiendo de ocupar las habitaciones de entrambos pisos, esta comunicación me vendría muy bien. Después de haber buscado el cerrajero y yo la puerta esta mañana, nos convencimos de que había que derribar un tabique; hemos tenido que volver con un operario, y al fin pareció el es-

condrijo: se descubrió la puerta y el agujero de la llave. Á propósito, ¿le ha prevenido á usted su señora madre que yo he solicitado con usted una conferencia?

VALENTINA, *aparte.*

(No me atrevo á decirle en su cara...) Sí, señor. Pero... Ha tenido que salir... y en ausencia suya...

VICENTE.

Bien: hablaremos en otra ocasión. Yo de todos modos he de verme con mi señora Doña Críspula, porque ni he preguntado acerca de la casa nada á Raimundo, ni aunque quisiera hubiera podido. Me autorizó para echar abajo el tabique; me dijo que comía hoy con unos oficiales de Marina, escapó como un rayo, y no le he vuelto á ver.

VALENTINA.

Ni yo.

VICENTE.

Vuelvo á pedir perdón á usted del susto y la molestia que le he causado, y con su licencia me retiro.

VALENTINA, *aparte.*

(Á lo menos no es importuno.) ¿Quiere usted hacerme primero un favor?

VICENTE.

Con el alma y la vida. ¿En qué puedo complacer á usted?

VALENTINA.

En registrar con cuidado los billetes que hay en esta cartera. (*La saca del cajón, dejándolo á medio cerrar.*)

VICENTE.

¿Con cuidado dice usted? Á ver. (*Abre la cartera y mira los billetes uno por uno.*) Fruta rara es ésta en nuestro país: yo creía ser el solo que tuviese algunos.—Pues nada observo reparable. ¿Quiere usted que se los descuente?

VALENTINA.

Examínelos usted como si se los presentaran con ese objeto.

VICENTE, *volviendo á mirarlos.*

¡Hola! Vamos con detención. Estos números se me figuran demasiado marcados, demasiado recientes. El papel y el estampado parecen legítimos... pero en el número... Á ver por el revés.—¡Demontre!

VALENTINA, *aparte.*

Yo estoy temblando toda.

VICENTE.

¿Son estos billetes de usted, Valentina?

VALENTINA.

Míos no.

VICENTE.

¿Ni de su madre de usted?

VALENTINA.

Tampoco.

VICENTE.

Me alegro infinito, porque son falsos.

VALENTINA.

¿Falsos? (*Aparte.* ¡Ah! bien lo temí.) ¿Falsos dice usted? ¿Está usted seguro?

VICENTE.

Segurísimo: no le quede á usted duda.

VALENTINA, *aparte.*

¡Dios de bondad!

VICENTE.

Encargue usted al dueño de estos papeles que los haga ceniza, porque aun el conservarlos en su dominio le puede ser peligroso.

VALENTINA.

¿Peligroso?

VICENTE.

Y mucho. Ya tendrá usted noticia del bando expedido por el capitán general.

VALENTINA.

Es rigorosísimo, es inhumano.

VICENTE.

Rigor indispensable, porque el abuso de la falsificación había llegado en esta plaza al mayor extremo.

VALENTINA.

¿Y si fuese indispensable presentar hoy esos títulos? Si fuesen como un depósito...

VICENTE.

Lo tendría que abonar el depositario.

VALENTINA.

¿Es grande la suma?

VICENTE.

Grande... Conforme. Tres mil pesos.

VALENTINA.

¿Cuántas libras?

VICENTE.

Cuatro mil quinientas.

VALENTINA.

¿Cuatro mil? (*Aparte.*) ¡Madre! ¿qué hiciste?

VICENTE.

¿No podrá el depositario disponer de esa suma?

VALENTINA.

Jamás: es pobre.

VICENTE.

Entonces, según el carácter de la persona á quien se deba el reintegro, así tendrá el asunto mejor ó peor compostura.

VALENTINA.

Es el capitán general: ese dinero es suyo.

VICENTE.

Poco le importaría á su excelencia la cantidad en otra ocasión, y aun ahora mismo; pero necesita hacer un ejemplar de escarmiento.

VALENTINA.

De esa manera...

VICENTE.

El que vaya hoy á palacio con estos billetes, puede estar seguro de que mañana ha dado cuenta al Criador.

VALENTINA, *aparte.*

(¡Oh! yo no puedo consentir que Raimundo peligre.) Pero si ese infeliz es inocente...

VICENTE.

Se justificará, si puede. Pocas diligencias caben en veinticuatro horas; sin embargo, si sus declaraciones dan luz para descubrir el culpable.

VALENTINA, *aparte.*

(Mi madre entonces se verá presa, encausada...) ¡Oh! ¡Qué ignominia!

VICENTE.

Valentina, usted se ha quedado suspensa. Las noticias que he dado á usted le interesan mucho, si no me engaño.

VALENTINA.

No lo sabe usted bien.

VICENTE.

¿Tan de cerca le tocan á usted?

VALENTINA.

Sí, Don Vicente, muy de cerca.

VICENTE.

Si usted quisiera hacer confianza de mí...

VALENTINA, *aparte.*

Si es cierto que este hombre me ama...

VICENTE.

Sin empeño de averiguar quién es la persona que debe restituir la cartera, podría darle algún buen consejo, siempre que me aclarase usted ciertos puntos.

VALENTINA.

Iba á hacer á usted esa súplica.

VICENTE.

Como ésta es la vez primera que nos hablamos, y usted no puede ver mi corazón, no sé si atribuirá á curiosidad mi oferta, si le parecerá temeraria.

VALENTINA.

Hija de la honradez, hija de la bondad la supongo.

VICENTE.

Francamente, yo deseo ser amigo de usted, ya que no me toque aspirar á otro título.

VALENTINA, *aparte.*

Piensa con delicadeza.

VICENTE.

No obstante, si tiene usted otro de quien valerse...

VALENTINA.

¿Amigos? Dos hombres han entrado en mi casa desde que murió mi padre. Usted es el uno.

VICENTE.

¿Raimundo será el otro?

VALENTINA.

Ese es hoy para mí un acreedor.

VICENTE.

¿Cómo?

VALENTINA.

Su tío le entregó esta mañana esos billetes para que los llevase á la capitanía general...

VICENTE.

¡Don León! Imposible que ni por ignorancia ni por malicia diese títulos falsos á su sobrino.

VALENTINA.

Imposible también que los haya falsificado Raimundo.

VICENTE.

Tal creo. Y ese muchacho ¿cómo los paga?

VALENTINA.

Ni está aquí su tío, ni él tiene medios, ni culpa.

VICENTE.

¿Han salido acaso de su poder los créditos?

VALENTINA.

Han salido y no han vuelto. Su excelencia no estaba en palacio, y Raimundo confió la cartera...

VICENTE.

¿Á quién? Sospecho desde luego de esa persona.

VALENTINA.

¿Sin conocerla?

VICENTE.

No tendrá el don de persuadirme cómo usted lo posee.

VALENTINA, *aparte.*

(Padezca yo, y no pierda el concepto mi madre.) Pues... no se admire usted de mi turbación.—No acierto á decirle que aquélla cuya amistad usted solicita...

VICENTE.

Esa es usted.

VALENTINA.

Esa es la que en una tienda llena de gente se ha dejado robar entre la confusión la cartera de Raimundo.

VICENTE.

¡Usted, Valentina! No sé si creerlo.

VALENTINA.

¡Oh! Sí, sí, créalo usted, créame usted, dígame usted que lo cree.

VICENTE.

Basta, no insista usted más. Ese tono me convence... de que me debo dejar convencer.

VALENTINA.

Sí: la cartera ha sido robada, y al cabo de dos horas un desconocido la arrojó por la ventana del aposento inmediato.

VICENTE.

¡Qué infamia! ¡No contentarse con el hurto, sino exponer al robado á pagar el crimen del malhechor! Así aseguraba él su impunidad, así se ocultaba más fácilmente.

VALENTINA.

Lo que yo no comprendo es cómo pudo hacerse tan pronto la falsificación.

VICENTE.

Se conoce que ese pícaro ha ejercido sus habilidades fuera de aquí. Tendría billetes con el nú-

mero en blanco, pilló la cartera, imitó los números en los títulos falsos, y se quedó con los verdaderos.

VALENTINA.

¡Oh! eso ha sido.

VICENTE.

¿Y Raimundo no tiene noticia de este suceso?

VALENTINA.

Aún no. Ni mi madre.

VICENTE.

¿Ni su madre de usted?

VALENTINA.

¡Así ambos lo pudieran ignorar siempre!

VICENTE.

Yo creía que Raimundo alcanzaba con usted amistad más íntima.

VALENTINA, *aparte.*

(Ya está celoso.) No, señor: viene á casa porque mi madre lo permite, porque mi madre le estima... sin hacer caso de él.

VICENTE.

Y su hija le hace caso, le estima y le ama. ¿No es verdad, Valentina? También en esto creeré lo que usted me asegure.

VALENTINA.

Pues le aseguro á usted... puedo jurarlo... que hasta el día de hoy no me ha dicho palabra de amor. Y se halla en vísperas de partir de Mallorca.

VICENTE.

Si usted me lo permite, yo me encargo de terminar este asunto con su excelencia, sin que Raimundo ni mamá lleguen á traslucir lo más mínimo.

VALENTINA.

¡Ah! Si usted me libra de este conflicto, mi gratitud será eterna. (*Quiere arrodillarse.*)

VICENTE.

¿Á dónde va usted con esa demostración? Nada de gratitud: yo también tengo aquí mi particular interés. Yo exijo de usted en cambio...

VALENTINA.

¿Qué exige usted?

VICENTE.

Que haga usted lo posible para que se me venda esta casa.

VALENTINA.

¿No más que eso? De mil amores. Poco valgo; pero yo hablaré, yo trabajaré cuanto esté de mi parte...

VICENTE.

Pues tenga usted la bondad de darme la cartera.

VALENTINA.

Tome usted. (*Llama Marcos á la ventana.*) ¿Quién llama? (*Va á verlo.*)

VICENTE, *aparte.*

Me haré cuenta que alguno de los golosos ha pujado en tres mil pesos la finca.

ESCENA IV.

MARCOS, á la ventana; VALENTINA, DON VICENTE.

VALENTINA.

¿Eres tú, Marcos?

MARCOS.

Servidor de usted, señorita.

VICENTE.

¿Marcos? (*Llegándose á la ventana también.*) En efecto, es el criado de mi prima Dolores.

MARCOS.

¡Oh, señor Don Vicente!

VALENTINA.

¿Es usted primo de mi madrina?

VICENTE.

Primo segundo.—¿Qué le trae al amigo Marcos por esta casa?

MARCOS.

Un recado de mi señora. Se halla un poco in-

dispuesta, y quería que Doña Valentina hiciese el favor de ir á verla al instante.

VALENTINA.

No está madre en casa.

MARCOS.

Ya lo sé: si la he encontrado junto á la del escribano Don Celedonio. La dí el recado que traía, y me dijo que me adelantara y se viniese usted conmigo corriendo.

VALENTINA.

¿Te ha dado la llave?

MARCOS.

¿La llave? No, señora.

VALENTINA.

Pues no puedo salir.

VICENTE.

¿Está usted encerrada?

VALENTINA.

Así me guarda siempre mi madre.

VICENTE.

Así se deben guardar los tesoros.

MARCOS.

Estaba la buena señora tan enfrascada en una

disputa, que no es extraño se le olvidase que tenía la llave consigo.

VALENTINA.

¿Trataban de los muebles depositados?

MARCOS.

Pues: parece que el negocio ha pasado de un escribano á otro, al cual no conoce su madre de usted; y por eso, como que le repugnaba entenderse con él. Don Raimundo procuraba convencerla...

VALENTINA.

¿Estaba allí Raimundo?

MARCOS.

Todos se dirigían aquí.

VICENTE.

(*Adelantándose hacia el proscenio con Valentina, y hablándola en voz baja.*) ¿Vendrá por ventura á buscar la cartera?

VALENTINA.

Sin duda. Y delante de mi madre, yo no sabría qué excusa dar. Si Marcos hubiera traído la llave, me iba, y evitaba una explicación peligrosa.

VICENTE.

¿Quiere usted hacer uso de aquella escalera, y saldremos por el cuarto principal? El cerrajero permanece aún con las llaves arriba.

VALENTINA.

Sí, señor, sí. ¡Feliz casualidad!

VICENTE.

Mi coche se halla ahí al lado: ¿me permite usted que la lleve en él á casa de mi prima?

VALENTINA.

Con mucho gusto. (*Valentina y Don Vicente se acercan á la reja.*)

VICENTE.

Marcos, avisa á mi cochero que arrime.

VALENTINA.

Y luego quédate aquí para decir á mi madre que el señor Don Vicente se ha tomado la molestia de acompañarme á casa de tu ama. (*Aparte á Marcos.*) Si se incomoda, dile que yo la desenojaré.

MARCOS.

Pero ¿por dónde?...

VICENTE.

Dile que hemos salido por la escalera secreta.

VALENTINA.

Y á Don Raimundo que su cartera la tengo yo.

VICENTE.

Y que le será devuelta al instante.

MARCOS.

Bien está: me situaré en la tienda de vinos para ver venir á mamá.

VICENTE, *dando dinero á Marcos.*

Toma esa friolera: esperarás bebiendo.

MARCOS.

Será á la salud de ustedes, señores. (*Quítase de la ventana.*)

VICENTE.

¿Salimos?

VALENTINA.

Cuando usted quiera.

VICENTE.

Voy el primero. Cerraremos para que quede segura la casa.

VALENTINA.

Muy bien.

VICENTE.

Deme usted la mano.

VALENTINA, *subiendo por una silla á la mesa.*

Tengo miedo de...

VICENTE.

Cuidado, por Dios.

VALENTINA.

¡Ay! (*Va á caer; se apoya con una mano en la silla donde están los canastos de ropa, y tira la silla al suelo.*

Don Vicente sostiene á Valentina, que toma al fin la escalera.) No ha sido nada. Vamos. (*Vanse y cierran la puerta secreta.*)

ESCENA V.

DOÑA CRÍSPULA, un ESCRIBANO y Alguaciles, por la puerta de entrada.

ESCRIBANO.

Sí, señora: doy fe, conozco esta casa. Adelante, alguaciles. En cuya virtud dicté la providencia de entrar por la otra calle, por la tienda del tonelero. (*Los alguaciles se colocan, á cierta distancia, delante de los cestos caídos, de modo que Doña Críspula no ve aquel desorden al pronto.*)

CRÍSPULA.

Señor secretario, yo quiero que el vecino presencie la entrega del depósito.

ESCRIBANO.

Si al constituirnos en su oficina nos ha otorgado poder para enviarle allí los efectos en secuestro, ¿á qué es molestarle?

CRÍSPULA, *aparte.*

¡Qué hombre tan negado! ¡Qué cara! ¡Un facineroso parece! Yo me hubiera compuesto mejor con el señor Don Celedonio.

ESCRIBANO.

Yo creía que aquel joven con quien celebró us-

ted comparecencia en la esquina, la había vencido á usted en juicio con sus alegatos.

CRÍSPULA.

Cuando hablé yo con aquel joven aparte, le eché una reprimenda por cierta maula que me ha jugado, y por eso se ha quedado en el taller y no ha venido con nosotros. Yo, como no le conozco á usted...

ESCRIBANO, *sacando un papel.*

Este documento en debida forma es el que debe usted conocer, y le basta.

CRÍSPULA.

Como he tropezado con usted en medio de la calle...

ESCRIBANO.

Usted iba á personarse en la posada de Don Celedonio; yo salía: me interroga usted; declaro: requerimiento de mi parte para que usted suba; rebeldía de parte de usted... Resulta de autos que nuestro conocimiento, tácito ó expreso, goza ya de la autoridad de cosa juzgada.

CRÍSPULA, *aparte.*

¿Será este hombre escribano de veras? Á ninguno he oído hablar como él.

ESCRIBANO.

Reitero la demanda: reclamo la entrega de los

muebles consabidos, como más haya lugar en derecho.

CRÍSPULA.

Déjeme usted antes avisar á mi hija... (*Reparando en la silla y cestos caídos.*) ¡Ay Madre de Montserrat!

ESCRIBANO.

¿Qué le sucede á usted? ¿Qué aspavientos son esos?

CRÍSPULA.

Aquella silla... aquella ropa...

ESCRIBANO.

Están en el suelo: ¿y qué?

CRÍSPULA, *gritando.*

¡Valentina, Valentina! No responde. ¡Hija, muchacha!

ESCRIBANO.

Haga usted una requisitoria y suspenda el pregón.

CRÍSPULA.

(*Encaminándose á la puerta de la mampara y reparando en la mesa.*) Este cajón entreabierto... (*Lo registra.*) ¡Cielos! La cartera no se halla aquí. ¡Valentina! (*Abre la mampara y retrocede llena de espanto.*) ¡Ay, que no está en su cuarto!

ESCRIBANO.

Testimonio fehaciente de que está en otra parte.

CRÍSPULA.

Tenía la llave yo: la he dejado encerrada.

ESCRIBANO.

¡Diantre!

CRÍSPULA.

Aquí ha entrado gente. Habrán retirado allá adentro á mi Valentina; la habrán atado, vendado la boca, muerto quizás. Aquí hay ladrones.

ESCRIBANO Y ALGUACILES, *llenos de miedo.*

¡Ladrones!

CRÍSPULA.

¡Hija de mi alma! Yo no me atrevo sola... Socórranme ustedes. Los infames vendrían por el patio. Ellos no han salido.

ESCRIBANO.

¿No han salido? Salgamos nosotros.

CRÍSPULA.

No, seguidme.

ESCRIBANO.

(*Con gran fuerza de expresión que sorprende á Doña Críspula.*) ¡Silencio!!!

CRÍSPULA.

Yo no callo. Me asomaré á la reja.

ESCRIBANO, *deteniéndola.*

Quieta: usted nos pierde.

CRÍSPULA, *aparte.*

¡Perderlos! Me aterra este hombre.

ESCRIBANO.

Venga usted con nosotros y salvará la vida.

CRÍSPULA.

¿La vida?

ESCRIBANO.

Vamos: pronto.

CRÍSPULA, *turbada y dudosa.*

Pero... ¿No son ustedes... de la justicia?

ESCRIBANO.

¿No nos ve usted temblando de que nos pillen? Nosotros siempre vamos á cosa hecha.

CRÍSPULA, *aparte.*

Ya lo comprendo: todos son unos.

ESCRIBANO.

Escapemos.

CRÍSPULA.

Por Dios... ¡Mi hija!...

ESCRIBANO.

Silencio, repito; silencio.

ESCENA VI.

RAIMUNDO, DOÑA CRÍSPULA, el ESCRIBANO, Alguaciles.

RAIMUNDO.

¿Qué ruido es éste? ¿Qué pasa aquí?

CRÍSPULA.

Raimundo, líbreme usted de estos bandidos.

ESCRIBANO.

Yo soy escribano.

ALGUACILES.

Somos justicia.

CRÍSPULA.

Han sorprendido á Valentina, nos han robado, le han robado á usted... Están adentro.

RAIMUNDO.

¿Adentro? Pagarán con la vida. (*Desenvaina el espadín y se encamina á la puerta de la mampara. En esto el coche ha parado delante de la reja. Don Vicente y Valentina suben á él, y el carruaje arranca.*)

CRÍSPULA.

¡Cielos! No: mirad. Ella es, ellos son. ¡Un rapto!

RAIMUNDO.

¡Don Vicente! ¡Valentina!

CRÍSPULA.

Corred, detenedlos. ¡Que me roban mi hija!... ¡que se huyen!

ESCRIBANO.

¡Á ellos, que huyen!

RAIMUNDO.

Parad, parad ese coche.

ESCRIBANO Y ALGUACILES.

¡Favor á la justicia! ¡favor al Rey! (*Vanse todos apresuradamente.*)

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

DON VICENTE, escribiendo; RAIMUNDO, MARCOS.

RAIMUNDO.

¿Acaba usted?

VICENTE.

La primera carta; principio la segunda.

RAIMUNDO, *en voz baja.*

¿Son para los padrinos?

VICENTE.

Ya sabrá usted para quiénes son.

RAIMUNDO.

Despáchese usted.

VICENTE.

Más flema, querido. Nunca llevo yo prisa para hacer simplezas.

RAIMUNDO.

¿Simpleza llama usted?...

VICENTE.

Simpleza se llama satisfacer á un botarate.

RAIMUNDO.

Usted me insulta.

VICENTE.

Usted no me deja escribir.

RAIMUNDO.

No piense usted que se ha de librar de mí tan fácilmente como de los alguaciles y el escribano. Á mí no se me vence con oro.

VICENTE.

¿Quién sabe?

RAIMUNDO.

¿Qué dice usted?

VICENTE.

Que allá lo veremos.—He concluído. Marcos, toma: á su dirección inmediatamente. (*Vase Marcos.*)

RAIMUNDO.

Supongo que ahora nada le detendrá á usted.

VICENTE.

Supone usted mal, porque lo primero quiero saber si ha vuelto de su accidente esa pobre niña.

RAIMUNDO.

Niegue usted que ese interés que manifiesta es amor.

VICENTE.

Lo que niego á usted, y lo he dicho cien veces, es el derecho de pedirme tales explicaciones.

RAIMUNDO.

Y yo le he repetido á usted otras tantas que soy el amante de Valentina.

VICENTE.

Nada me importa.

RAIMUNDO.

Correspondido.

VICENTE.

No tengo celos.

RAIMUNDO.

Pero usted no se mueve de aquí. Usted quiere hablarla.

VICENTE.

Á su madre. Hágame usted el obsequio de dejarme á solas.

RAIMUNDO.

Hubiera complacido á usted hace rato, si no se hubiera hecho el sordo cuando le pedí mi cartera.

VICENTE.

Ni sordo, ni mudo. Bien claro he respondido que no quiero soltarla.

RAIMUNDO.

¡Don Vicente!

VICENTE.

Al anochecer nos veremos junto á la cueva de la Joana, como usted ha indicado: entonces, antes de medir las armas, entregaré á usted esa prenda de tanto valor.

RAIMUNDO.

Ahora la necesito, ahora la quiero, ahora va usted á ponérmela en la mano.

VICENTE.

Ahora digo que nó.

RAIMUNDO.

Por última vez la reclamo.

VICENTE.

Y yo la niego.

RAIMUNDO.

Mire usted que haré un desatino.

VICENTE.

Cuanto dice usted y hace lo es.

RAIMUNDO.

Mi cartera, ó le envaso á usted de una estocada. (*Desenvaina el espadín.*)

VICENTE.

¿Qué es eso, imprudente?

RAIMUNDO.

¡La cartera! Es empeño de honor el que me obliga á exigirla. ¡La cartera, digo!

VICENTE.

Pero, hombre, considere usted...

RAIMUNDO.

Considero que á usted no le asiste título para retenerla, que yo tengo humos de marino, y que mi sufrimiento se acaba.

VICENTE.

Y también el mío. Tómela usted, y allá se componga.

RAIMUNDO.

Bien está. Me retiro para ir á entregarla.

VICENTE.

Vaya usted con Dios. Feliz viaje.

RAIMUNDO.

Y cuidado con faltar á la cita. (*Vase.*)

VICENTE.

¿Á la cita? Como tú acudas, no será malo. Vaya el muy impertinente á la cárcel, ya que se empeña.

ESCENA II.

DOÑA CRÍSPULA, un MÉDICO, DON VICENTE.

MÉDICO.

Nada, no necesita ni un mal sinapismo. No darle mucha conversación, no molestarla por ahora, y que tome otro par de tazas de salvia. Abur, Doña Críspula. (*Vase.*)

CRÍSPULA.

Dios guarde á usted. (*A Don Vicente.*) Parece que se ha retirado Raimundo.

VICENTE.

Sí, señora: le entregué su cartera, tal como me la dió Valentina, y se fué con mil diablos.—¿Con que sigue la niña tan bien?

CRÍSPULA.

Va cobrando el conocimiento. Á su lado quedan aquellas dos amigas.

VICENTE.

Bien. Yo, como puede usted figurárselo, necesito hablar con usted.

CRÍSPULA.

Yo también debo hacer á usted algunas preguntas.

VICENTE.

Pues diga usted.

CRÍSPULA.

No: usted primero.

VICENTE.

Como usted mande. (*Aparte.* Bueno será que lleve su sermoncito.) Ruego á usted que me escuche con atención.

CRÍSPULA.

Ruego á usted que se siente.

VICENTE.

Pues, señora Doña Críspula de mi alma, yo ni aun quiero recordar el lance en que acabo de verme, por no causar á usted mortificación y disgusto. Usted pudo observar cuál fué mi sorpresa cuando, apenas subimos al coche, resonaron los gritos de ustedes, que nos mandaban detener en nombre de Su Majestad. Se abrieron de golpe las puertas y ventanas de toda la calle; se abalanzó un tropel de gentes á parar las mulas; nos hicieron apear á mí y á la niña; y sin hacer caso del pobre Marcos, nos trajeron aquí entre los denuestos de mil majaderos, que, precisamente porque no me conocían, se consideraban autorizados para calificarme á su arbitrio. Usted y Raimundo me apellidaban raptor, el escribano y los alguaciles ladrón, los vecinos espía de los ingleses, y aun hubo quien dijo

que yo había tenido la culpa de que perdiésemos las cuatro fragatas en el cabo de Santa María. Valentina se acongoja y pierde el sentido, chillan todos, nadie oye.—Repito que me propongo no volver á tratar de acontecimiento tan desagradable.

CRÍSPULA.

Sí, ya veo que usted lo pasa por alto, refiriendo todas sus circunstancias.

VICENTE.

Dejando esto á un lado, yo quisiera merecer de usted el favor de explicarme de qué principio partió, en qué indicios se fundaba usted para creer que me llevaba robada á la chica.

CRÍSPULA.

Amigo, ver que mi hija salía de casa, sin mi permiso, con el hombre con quien sé que está enamorada...

VICENTE.

¿Qué dice usted, señora?

CRÍSPULA.

Que Valentina acaba de revelar todo lo que pasa entre ustedes dos. ¿Lo entiende usted? Todito.

VICENTE.

¿Y ha dicho que me quiere?

CRÍSPULA.

Las vecinas y el médico lo han oído como yo.

¿Y sabe usted lo que añadió después? «¡Infeliz de mí, si Don Vicente no me cumple su palabra!»

VICENTE.

Ya entiendo yo esas expresiones. ¿Hizo mención de la cartera?

CRÍSPULA.

Sí; pero confundiendo las especies. Ya se ve, estaba delirando...

VICENTE.

¡Ya! ¿Con que en medio del delirio fué cuando dijo que me quería?

CRÍSPULA.

Por ese delirio he averiguado yo cosas...

VICENTE.

¿Cuáles? ¿De qué más ha hablado?

CRÍSPULA.

¿De qué? De imprudencias graves... de compromisos...

VICENTE.

¿Sin nombrar á usted?

CRÍSPULA.

Nombrándose á sí misma.

VICENTE.

¡Ah! Pues también lo comprendo.

CRÍSPULA.

Me alegro mucho. Ha hablado después de su honor, de la escalera oculta, y hasta de recurrir al capitán general. Con que yo necesito que usted me explique esta jerigonza. ¿Qué palabras se han dado ustedes? ¿Qué compromisos median entre ambos?

VICENTE.

Uno muy sencillo. Fué el objeto final de la conversación que tuvimos. Valentina me prometió conseguir que se me vendiese la casa.

CRÍSPULA.

¿La casa? ¿Qué casa dice usted, santo?

VICENTE.

¿Qué casa he de decir? Ésta.

CRÍSPULA.

Pero venga usted acá: ¿es suya?

VICENTE.

¿En qué quedamos? ¿De quién es?

CRÍSPULA.

¿No lo sabe usted? De Don León.

VICENTE.

Bien; pero ¿quién me la vende?

CRÍSPULA.

¿Qué sé yo? Pregúnteselo usted á Raimundo.

VICENTE.

¿No me encargó usted que no le hablara sobre el particular?

CRÍSPULA.

Ni lo he pensado. Usted sueña. Usted entiende al revés las cosas.

VICENTE.

Iba á decir á usted lo mismo.

CRÍSPULA.

Caballero, si me he equivocado una vez, por casualidad...

VICENTE.

Usted padece tantas equivocaciones casuales como pensamientos le ocurren.

CRÍSPULA.

No le toca á usted echármelo en cara. ¡Suponer que ha prometido mi hija lo que le es imposible cumplir!

VICENTE.

¿Imposible, señora? Recuerde usted lo que me dijo.

CRÍSPULA.

¿Qué dije yo?

VICENTE.

Que en usted y Valentina consistía la venta.

CRÍSPULA.

¿Yo he dicho eso?

VICENTE.

¿Con que no?

CRÍSPULA.

¿Cuándo? ¿Dónde?

VICENTE.

Hoy, en esta sala.

CRÍSPULA.

Señor, si sólo tratamos de nuestro asunto: para él quería yo contar con la voluntad de mi hija.

VICENTE.

¿Y á qué asunto he venido yo aquí?

CRÍSPULA.

Á uno que esta mañana quedó pendiente, y ahora quedará terminado.

VICENTE.

Sea enhorabuena, porque deseo concluir.

CRÍSPULA.

Por concluído. Señor Don Vicente, es usted mi yerno.

VICENTE.

¡Yerno de usted!

CRÍSPULA.

Sí, señor: le concedo á usted la mano de Valentina.

VICENTE.

¿La mano de?...

CRÍSPULA.

Sí, la que usted me ha pedido con todo el entusiasmo y ahinco de una verdadera pasión.

VICENTE.

¿Yo? (*Aparte.*) ¡Simple de mí, que no había advertido que esta pobre mujer es loca!

CRÍSPULA.

Parece que usted se ha quedado absorto.

VICENTE.

No es para menos... (*Aparte.*) Si la desmiento, arma otro escándalo.

CRÍSPULA.

Verdad es que la sorpresa, el contento...

VICENTE.

Pues.—El anuncio de una felicidad tan inesperada...

CRÍSPULA.

Nada quiero averiguar acerca de las palabras misteriosas que se le han escapado á mi hija. Sin

embargo, las señoras que están acompañando á la niña, no son mudas... Sabrá todo el mundo que ustedes se quieren... Vamos, es indispensable dar prisa á la boda.

VICENTE.

¿La boda? (*Aparte.* Esto va serio: tratemos de eludir la cuestión.) Permítame usted decir dos palabras antes á Valentina.

CRÍSPULA.

No me parece que, en el estado en que se halla, sería oportuno...

VICENTE.

Tiene usted más razón que yo.

CRÍSPULA.

Mañana ó esotro...

VICENTE.

Pues bueno: mañana ó esotro quedará zanjado el asunto.—Yo tengo que practicar esta tarde unas diligencias...

CRÍSPULA.

No se detenga usted por mí.—¿Me promete usted hacer feliz á mi hija?

VICENTE.

Nada omitiré de cuanto esté de mi parte. Con permiso de usted, señora.

CRÍSPULA.

Adiós.

ESCENA III.

DOÑA CRÍSPULA.

Todo se compone perfectamente. Es muy buen sujeto el señor Montaner. Un poco desmemoriado... Achaque de ricos... Un poco arrebatadillo tal vez... Achaque del que ha mandado á negros.

ESCENA IV.

RAIMUNDO, un ORDENANZA DE MARINA, DOÑA CRÍSPULA.

RAIMUNDO.

Un momento, ordenanza. (*Llamando.*) ¡Don Vicente, Don Vicente! (*Á Doña Críspula.*) ¿Dónde está Don Vicente?

CRÍSPULA.

Acaba de marcharse. No sé cómo usted no ha tropezado con él.

RAIMUNDO.

¿Dónde ha ido?

CRÍSPULA.

Á un negocio urgente.

RAIMUNDO.

¿Á su casa?

CRÍSPULA.

No me lo ha dicho.

RAIMUNDO.

Le buscaré, le hallaré donde quiera que pare.

ORDENANZA.

Mire usted que no hay tiempo que desperdiciar: nos están ya esperando. Viene la orden á rajatabla.

CRÍSPULA.

¿Qué orden es esa?

RAIMUNDO.

La de embarcarme.

ORDENANZA.

Con tres luegos.

RAIMUNDO.

Y busco á Don Vicente...

CRÍSPULA.

Ya, por lo de la casa.

RAIMUNDO.

Para darme de estocadas con él.

CRÍSPULA.

¡Un desafío! Raimundo, por Dios... ¿Estamos entre infieles, que no les importa su salvación? Renuncie usted á ese designio.

RAIMUNDO.

No, señora: uno de los dos amantes de Valentina ha de soltar la piel.

CRÍSPULA.

Si usted ama á mi hija, ¿tendrá valor para comprometer su reputación, llenarla de sentimiento, privarla tal vez del que va á ser su esposo?

RAIMUNDO.

No se quedaría sin proveer la vacante.

CRÍSPULA.

No sería para usted.

RAIMUNDO.

¿Luego tanto sentiría su pérdida? ¿Luego tanto le quiere?

CRÍSPULA.

Por supuesto. ¿Se casaría si no le quisiera?

RAIMUNDO.

Es que á veces por salir de soltera y de madre... Es que ustedes suelen disponer de las hijas á lo cabo de escuadra. ¿Quién dice que sí? ¿Usted ó ella? Sepamos.

CRÍSPULA.

Ella lo ha dicho; y si usted se empeña en oirlo de su misma boca, venga usted.

RAIMUNDO.

¡Engañosa, ingrata! Pero ¿cuándo há nacido, cómo ha podido formarse esa inclinación?

CRÍSPULA.

Eso es lo de menos. Olvide usted á Valentina, y considere que la afición de dos personas honradas, dirigida á buen fin, es muy respetable.

ORDENANZA.

Que se hace tarde: al primer cañonazo deberíamos entrar en la lancha.

RAIMUNDO.

Pues, señor, se acabó. Todos me dicen que soy un pollino, y lo merezco por haber sido capaz de enamorarme de tal escorpión. Yo volveré sobre mí. Los ingleses, los marineros, todo el mundo me ha de pagar la rabia que ha sembrado en mi corazón esa pérfida. Doña Críspula, Dios le dé á usted salud, y pídale usted para mí...

CRÍSPULA.

Sí, laureles, victorias.

RAIMUNDO.

Una descarga de metralla lo más pronto posible. Despídame usted de Valentina, y dígale usted que ella... que yo... que usted... que mi tío... Ella sale.

ESCENA V.

VALENTINA, dos Señoras, DOÑA CRÍSPULA, RAIMUNDO, el ORDENANZA.

VALENTINA, *á una de las señoras.*

Basta, lo agradezco: ya no necesito su apoyo de usted.

CRÍSPULA.

¿Cómo te atreves?...

VALENTINA.

Estoy buena ya. ¡Oh Raimundo!...

RAIMUNDO.

Presente.

CRÍSPULA.

Viene á despedirse de tí.

RAIMUNDO.

Sí, señora, vengo porque me voy. Me embarco.

VALENTINA.

¿Ahora?

ORDENANZA.

Sobre la marcha.

RAIMUNDO.

Sí, señora, al instante. Lo estoy deseando con una furia...

CRÍSPULA, *aparte á Raimundo.*

Cuidado con lo que usted dice.

RAIMUNDO, *aparte á Doña Críspula.*

(No tema usted, que sé disimular como la primera.) Valentina, cuando yo era niño, me contaba mi abuela, que santa gloria haya, que el suelo de nuestro país... pues, el de usted y el mío... no criaba sabandijas... es decir, bichos malignos, sierpes venenosas.—Á la abuela de Poncio Pilato le sostendría yo que mientras haya mujeres que con sus ojos, y con su labio, y con su monita, y... (*Suena un cañonazo distante.*)

ORDENANZA.

¿Oye usted? Vamos.

VALENTINA.

¿Qué es eso?

RAIMUNDO.

Es el cañonazo de llamada, el cual nada tiene que ver con usted; conmigo sí. Valentina, Dios le dé á usted lo que más le convenga. Los hombres mudan de parecer según las circunstancias...

VALENTINA.

¿Qué me quiere usted dar á entender con eso?

RAIMUNDO.

Que el mayor favor que puede usted hacerme es considerar como un capricho, como una broma, de que me arrepiento, lo que hablé con usted esta mañana.

VALENTINA.

¿Es posible?

RAIMUNDO.

Hágase usted ilusión; persuádase usted que yo me había desayunado con una cuartera de malvasía de Bañalbufar. En fin, olvídese usted de mí: yo haré otro tanto de usted: pelitos á la mar, y Cristo con todos. Hasta el valle de Josafat, señoras. (*Vase con el ordenanza.*)

VALENTINA.

¡Raimundo! Oiga usted. ¡Raimundo!

ESCENA VI.

DOÑA CRÍSPULA, VALENTINA, las dos Señoras.

VALENTINA, *aparte.*

¡Cielos! ¡Me olvida! ¡Adiós, esperanzas; adiós, ilusiones de tantos años!

CRÍSPULA.

Hija, no hagas caso de tonterías. Vaya bendito de Dios. Doña Lucía, Doña Gabriela, muchísimas gracias por la asistencia. Pueden ustedes retirarse á descansar.

UNA SEÑORA.

Si hacemos falta...

CRÍSPULA.

Suplicaremos á ustedes... Abur, abur. (*Las acompaña hasta la puerta.*)

VALENTINA, *aparte.*

Ha temido á su rival, ha dudado de mi constancia. ¡Qué ofensa!

CRÍSPULA.

¡Eh! ya se nos ha marchado Raimundo. Á menos bultos, más claridad.

VALENTINA.

¡Cuál me ha tratado!

CRÍSPULA.

Nada te ha dicho que deba sentirse. ¿Que te olvidará? Gracias infinitas... ¿Que le olvides tú? Prevención excusada. ¡Cierto que el niño merece tenerle muy en la memoria!

VALENTINA.

¡No lo merecería, no: por ingrato, por injusto, por necio!

CRÍSPULA.

Y por haber faltado á mi confianza. Bien que otros han hecho lo mismo, y se lo perdono.

VALENTINA.

¿Por quién lo dice usted?

CRÍSPULA.

Olvidemos lo pasado. He dado lugar á que te quejes de mí, y no me estaría bien reprenderte.

VALENTINA.

¿Reprenderme? ¿Por qué?

CRÍSPULA.

Por nada, mujer. Se compuso ya todo. Estuviste delirante por un buen rato y dijiste...

VALENTINA.

¿Cosa de que usted pueda ofenderse?

CRÍSPULA.

Yo no soy de mármol: tengo honra y vergüenza...

VALENTINA.

¡Ay! pues le pido á usted perdón, mamá. Yo no sé en qué términos me explicaría; pero lo cierto es que Don Vicente ignora la verdad: Don Vicente ni aun sospecha la ligereza de usted.

CRÍSPULA.

¿Qué ligereza? Sólo falta que me eches la culpa.

VALENTINA.

Mamá, sea usted ingenua: ¿quién la tiene?

CRÍSPULA.

¿Nada te remuerde á tí la conciencia? ¿No estás pesarosa de haberme ocultado tu amor? ¿De haber hablado á solas con el indiano?

VALENTINA.

Á no haber él abierto esa puerta, ¿cómo hubiéramos salido del compromiso de los billetes?

CRÍSPULA.

¿Cuáles?

VALENTINA.

Los de la cartera de Raimundo, que eran falsos.

CRÍSPULA.

¿Falsos? ¿De dónde te consta?

VALENTINA.

Lo dijo Don Vicente. Yo creía que usted lo supiera.

CRÍSPULA.

¿Por qué conducto?

VALENTINA.

Por haberlo dicho yo delirando.

CRÍSPULA.

Mujer, yo creo que cuando realmente deliras, es ahora. Tú nos has dicho entre lágrimas y sollozos que eras perdida, si Don Vicente no te cumplía su palabra. ¿Qué palabra era?

VALENTINA.

La de evitar que usted y Raimundo fuesen acusados como falsificadores.

CRÍSPULA.

¿Qué me cuentas? ¿Con que le habían trocado los billetes? ¿Con que mis sospechas se realizaron? ¿Y Don Vicente por casualidad tenía consigo otros que sustituir?

VALENTINA.

No, señora. De camino que íbamos á casa de la madrina, quería entrar en la suya, verificar el noble cambio y remitir á usted la cartera, para que sin saber nada se la entregase á Raimundo.

CRÍSPULA.

Si digo que mi yerno es un ángel de Dios. Tú te la llevabas, temerosa de que me acometiese otra tentación como la pasada. No hacías mal.—¡Ay! ahora que me acuerdo... ¡Pobre muchacho!

VALENTINA.

¿Quién?

CRÍSPULA.

Raimundo, que antes de embarcarse va á llevar los billetes al capitán general.

VALENTINA.

Y bien, ¿qué?

CRÍSPULA.

Que Don Vicente no ha salido de aquí; no ha tenido tiempo para ir á su casa: la cartera se la ha vuelto al chico, tal como se hallaba antes.

VALENTINA.

¡Cielos! ¿Está usted segura?

CRÍSPULA.

El mismo Don Vicente lo ha dicho.

VALENTINA.

¡Ah! No habrá podido resistir á las instancias de Raimundo. ¿Qué es lo que ha hecho usted?

CRÍSPULA.

¡Dios mío! Le prenden sin remedio.

VALENTINA.

Le van á formar causa; va tal vez á perder la vida.

CRÍSPULA.

Por su imprudencia, por haber fiado la cartera de manos no tan seguras, no tan felices como las mías.

VALENTINA.

¡Pues qué! ¿Aún no ha conocido usted á quién debe el infeliz esta desgracia?—¡Oh! no es tiempo de acusaciones, sino de diligencia. Yo, madre, no sé si podré llegar al palacio: por Dios, corra usted, detenga á Raimundo, pídale la cartera, quítesela usted de las manos, y tráigala usted á las mías.

CRÍSPULA.

Sí, mujer: voy volando.

VALENTINA.

No haga usted más de lo que la ruego: por el día de mi nacimiento, que no haga usted más. Mire usted que si Raimundo entra en una cárcel, le ha de costar á usted lágrimas.

CRÍSPULA.

Sí, porque sería una lástima. ¡Lo que dan que hacer los desaciertos de los muchachos! (*Vase.*)

ESCENA VII.

VALENTINA, y después DON VICENTE.

VALENTINA.

Sálvese ahora; luego sabrá mi madre á qué peligro le expuso. (*Sale Don Vicente por la escalera oculta.*)

VICENTE.

¡Valentina!

VALENTINA.

¡Ah, Don Vicente! Baje usted. Mil cosas tengo que preguntarle. Acabo de saber que la infausta cartera...

VICENTE.

No tema usted. Probablemente cuando Raimundo vaya á entregar los billetes, ya un dependiente mío se habrá anticipado en su nombre.

VALENTINA.

El cielo premie tanta virtud.

VICENTE.

Envié á mi cajero un aviso con Marcos y una carta para su excelencia. Al presentarse Raimundo en la capitanía general, le pondrán en la mano un recibo y le dirán que vaya con Dios. Si Raimundo tomase la delantera al cajero, lo peor que podría

suceder sería que le arrestaran por breves momentos. Tranquilícese usted, pues ni peligra ese joven ni el decoro de usted.

VALENTINA.

Gracias, mil gracias.

VICENTE.

Por usted, por el buen concepto que de usted he formado, he vuelto á pisar esta sala, sirviéndome de la llave de la escalera, olvidada en mi poder. He subido, he aguardado ahí, he sentido salir á madre, y aprovecho la presente ocasión para suplicar á usted que procure quitar á la buena Doña Críspula un capricho de la cabeza.

VALENTINA.

Perdónela usted. La infeliz, entre mil buenas cualidades, tiene una...

VICENTE.

Una con que nos vuelve locos á todos. Para que usted la desengañe, cuando la pille en un lúcido intervalo, informaré á usted de lo que ha de decir.

VALENTINA.

Ya lo espero.

VICENTE.

Es una revelación importante, que por ahora exige secreto.

VALENTINA.

Nadie lo sabrá mientras usted no lo permita.

VICENTE.

De los quince años que he permanecido en la Habana, doce me llevé trabajando sin fruto: en los tres siguientes la casualidad, la bondad del Señor, me hizo rico de un golpe.

VALENTINA.

Bien merecía serlo quien había de hacer tan buen uso de sus caudales.

VICENTE.

Cuando el oro nos abre las puertas de la felicidad; cuando nos allana la posesión de una mujer digna, como usted, de ser adorada, vil y miserable sería quien, favoreciendo al prójimo, no se desquitase de una parte mínima de lo que debe al cielo.

VALENTINA, *aparte.*

Ya se declara.—¿Qué respondo yo á un hombre á quien debo tanto?

VICENTE.

Tres años hará que regresó á la Habana, desde Santiago, una joven cuyos méritos no podré encarecer mejor que comparando con usted su persona. Acababa de cumplir veinticinco años, y era millonaria...

VALENTINA.

Dos méritos que yo no tengo.

VICENTE.

Ignorantes de una circunstancia particular, mil pretendientes le habían ofrecido la mano.—Este mérito no le faltará á usted.

VALENTINA.

Ni le he tenido, ni le deseo.

VICENTE.

Mi habanera decía otro tanto, y al cabo un hombre sin más prenda que su hombría de bien, la hizo mudar de dictamen y envanecerse de ser amada.

VALENTINA.

Cosa naturalísima.

VICENTE.

Pero que ofrecía muy graves inconvenientes.

VALENTINA.

Siendo rica y libre...

VICENTE.

Una madre por el estilo de la de usted, una visionaria á lo divino, la había obligado de niña á que hiciese voto de castidad. Era necesario solicitar dispensa, y dar con el mayor sigilo los pasos, por no apesadumbrar á la madre, la cual, agriada por sus dolencias, que la impedían moverse del lecho, se hubiera escandalizado hasta el punto de maldecir á su hija. (*Viendo entrar á Doña Críspula.*) ¡Maldiga Dios á la que ahora nos interrumpe!

ESCENA VIII.

DOÑA CRÍSPULA, MARCOS, VALENTINA, DON VICENTE.

CRÍSPULA, *á Marcos.*

Ahí tienes al señor Don Vicente.

VALENTINA.

¿Habló usted á Raimundo?

CRÍSPULA.

He hallado á Marcos al salir de esta calle, que para el caso nos da lo mismo.

MARCOS.

Su cajero de usted me manda decirle que ya se ha visto con su excelencia.

VALENTINA, *aparte.*

Respiro.

MARCOS.

Su excelencia queda en admitir los billetes que le presente Raimundo, entregarle su carta de pago, y devolvérselos á usted inutilizados.

VICENTE.

Bien: vete. (*Aparte á Valentina.*) Está usted servida. (*Vase Marcos.*)

VALENTINA, *aparte á Don Vicente.*

Le debo á usted más que el vivir.

CRÍSPULA.

De buen peligro ha libertado usted al pobre Raimundo.

VALENTINA.

¿Se sabe si ya se ha embarcado?

CRÍSPULA.

Yo creo que sí, aunque no he oído el tiro de leva.

VICENTE.

Parece que debía usted inferir lo contrario de esa razón.

VALENTINA.

Sí, sí: miradle.

ESCENA ÚLTIMA.

RAIMUNDO, DOÑA CRÍSPULA, VALENTINA, DON VICENTE.

RAIMUNDO.

Siento mucho tener el gusto de ver á ustedes por última vez, después de la última.

CRÍSPULA.

¿No se ha marchado usted todavía?

RAIMUNDO.

¿Pues no ve usted que estoy aquí? ¡Vaya una pregunta! No, señora, no me he marchado, porque no ha salido el paquebot que había de llevarme; no ha salido, porque están los ingleses á tres millas de aquí, y están á tres millas de aquí los ingleses, porque se han engolosinado con las presas que han hecho esta mañana y acaban de saberse.

VALENTINA.

¿Ha entregado usted los billetes?

RAIMUNDO.

De allá vengo, señorita. Ya sé todo el teje maneje que ha habido. ¿Creyeron ustedes que yo no había de mirar los títulos al tiempo de dárselos al capitán general? ¿Que no había de conocer la falsificación, y quedarme hecho un babieca? ¿Que no había de reconvenir luego á su excelencia que me daba un recibo, en vez de mandarme levantar la tapa de los sesos?

VICENTE.

¿Ha tenido usted una explicación con su excelencia?

RAIMUNDO.

Me ha enseñado la carta de usted.

VICENTE.

¿Quiere usted ahora batirse conmigo?

RAIMUNDO.

Á muerte. Á eso vengo.

VALENTINA.

¡Raimundo!

CRÍSPULA.

¡Hombre de Dios!...

RAIMUNDO.

Yo no tolero que otro pague por mí los descuidos de Valentina.

CRÍSPULA.

¿Qué Valentina? Yo fuí quien perdió la cartera.

RAIMUNDO.

¿Usted?

VICENTE.

¿Usted?

CRÍSPULA.

Valentina no salió esta mañana de casa.

RAIMUNDO.

Ya: se atribuyó la habilidad de usted para sacar mejor partido del novio.

VALENTINA.

Para salvar á mi madre.

RAIMUNDO.

¿Hay estrella más pícara? Ni el consuelo me queda de haber estado expuesto á morir por esta muchacha.

CRÍSPULA.

Diga usted por su mala cabeza. Á usted fué á quien le falsificaron los billetes.

RAIMUNDO.

Á usted habrá sido, en tal caso.

VICENTE.

Á usted debe haber sido.

VALENTINA.

En efecto, madre, ha sido á usted.

CRÍSPULA.

¡Á mí! ¡Jesús! Estoy empecatada, estoy dejada de la mano de Dios.

VALENTINA.

Tres mil duros debemos al señor Don Vicente.

VICENTE.

No me debe usted nada.

RAIMUNDO.

Nada, ni una malla, ni media. Caballero Montaner, es de usted esta casa. Ahora salga usted al campo conmigo.

VICENTE.

¿Qué dice usted?

RAIMUNDO.

Digo que antes que nos demos de cuchilladas, le vendo á usted la casa que quiere, que se la doy por los consabidos tres mil. ¿No lo entiende usted? ¿Y usted? ¿Y usted? Cuidado que es torpeza.

CRÍSPULA.

Criatura, ofrezca usted lo que sea suyo.

RAIMUNDO.

Mío es lo que ofrezco, voto á la campana de la Figuera. ¿No me ven ustedes los ojos hinchados de llorar? Pues no es por usted (*Dirigiéndose á Valentina*): y si lo fuera, me guardaría muy bien de decirlo; es por mi pobre tío, que acaba de entrar en el puerto...

VALENTINA.

¿Cómo?

RAIMUNDO.

¿Cómo? Sin cabeza. Una bala de cañón se la ha llevado al cielo.

VICENTE.

¿Atacaron los ingleses el buque?

RAIMUNDO.

Hecho una granada viene el casco. ¡Y con sesenta á la cola, había hecho el santo varón la tontuna de dejarme por su heredero!

CRÍSPULA.

¿Su heredero?

VALENTINA, *aparte.*

Ya es rico.

RAIMUNDO.

Así me acaba de decir ese escribano que no era ladrón.

CRÍSPULA.

Amigo, reciba usted el parabién del pésame que debemos darle.

RAIMUNDO.

¿De qué me sirve el dinero ahora? Pero no, pero sí; de algo me puede servir. Valentinita, yo voy á hacer testamento también. Lego todos mis bienes á usted; me bato en seguida con el señor; le dejo que me abra en canal, y entonces no tiene usted más remedio que llorarme *coram populo,*

vestir luto por mí y retardar su boda. Después de yo muerto, poco me importa que se case usted con el patriarca de Jerusalén.

VALENTINA.

¿Oye usted esto, mamá?

CRÍSPULA.

Hija, ya es tarde. El señor Don Vicente...

VICENTE.

El señor Don Vicente está ya frito de que no se le deje meter baza en esta baraúnda, y lo echará todo con ciento de á caballo. Señor Don Raimundo, señora Doña Críspula: con una palabra se ataja el raudal de desatinos que vierten ustedes, cada cual con su tema. Yo no puedo casarme con Valentina, por la sencillísima razón de que estoy casado.

RAIMUNDO.

¡Casado!

VALENTINA.

¡Casado!

CRÍSPULA.

¡Casado con ella sin mi permiso!

VICENTE.

¡Vive Dios! No, señora: casado con otra.

VALENTINA.

¿Con la habanera millonaria?

VICENTE.

La misma.

CRÍSPULA.

Me he quedado extática.

VICENTE.

¿Se convencerá usted ahora de que yo no he pedido la mano de su hija? ¿De que sólo hablé de la casa?

RAIMUNDO.

¡Unos amores de cal y canto!

VALENTINA.

¿Creerá usted ahora lo que yo la dije? ¿Que hasta hoy no había visto al señor?

RAIMUNDO.

¿Creerá usted ahora que yo no creo nada de lo que usted me ha dicho?

CRÍSPULA.

Será lo que quieran ustedes; pero yo estaba plenamente persuadida de que mi hija no tenía inclinación á Raimundo.

RAIMUNDO.

Prueba segura de que me quiere, porque usted lo entiende todo al contrario. ¿No es verdad, Valentina? Dígalo usted.

VICENTE.

En efecto, á ella le toca...

CRÍSPULA.

Bien, yo me conformo. Dígalo ella.

VALENTINA.

Entre mentir y desmentir, ¿qué medio hallaría usted, Don Vicente?

VICENTE.

Callar y dejar hacer.

RAIMUNDO.

Usurpo el consejo. Señora Doña Críspula, por usted ha estado en un tris mi pellica; por usted he injuriado á esta palomita sin hiel; por usted he querido batirme con armas desiguales, es decir, con un hombre casado. En satisfacción de tantas ofensas... Don Vicente (*Tendiéndole una mano*), usted es mi amigo. Doña Críspula (*Tendiéndole la otra*), usted es mi madre. Ven aquí tú, pimpollo, tú eres mi esposa. (*Se separa de Don Vicente y Doña Críspula, y abraza á Valentina.*)

VICENTE.

¡Bravo!

CRÍSPULA.

Pues, señor, mi bendición les caiga. Por fin veo á mi hija casada á mi gusto... con quien yo no quería.

VALENTINA.

¡Y eres militar! ¡Y tendrás que dejarme!

CRÍSPULA.

No tal: Raimundo, como ya es rico, tratará de eximirse...

RAIMUNDO.

Por equivocarse usted, hasta en eso lo yerra. No me eximiré, no, señora: ¡la sangre de mi tío pide venganza! Todos los grandes generales han sido casados. Lidiaré por mi patria, por mi Rey, por mi amor, por mi suegra... Me distinguiré, brillaré... No quiero proseguir, porque no digan ustedes que yo también estoy viendo visiones.

LOS POLVOS

DE LA

MADRE CELESTINA

COMEDIA DE MAGIA EN TRES ACTOS

IMITACIÓN DEL FRANCÉS

Estrenada en el teatro del Príncipe á 11 de enero de 1841, refundida en 1855

PERSONAJES.

Don Junípero Mastranzos.
Maese Nicodemus Chirinela.
Celestina.
Don García Verdolaga.
Teresa.
Cigarrón.
Esparaván.
Un mozo de posada.
Un portero.
Un carbonero.
Cuatro lavanderas.
Dos estudiantes.
Dos mozos de silla.

La acción principia en Madrid y concluye cerca de Huesca, y pasa á fines del siglo XVII.

ACTO PRIMERO.

Botica con dos puertas á los costados y dos ventanas en el fondo para despachar. Una mesa, un mortero grande, un sillón, etc.

ESCENA I.

MAESE NICODEMUS y ESPARAVÁN.

(*Maese Nicodemus y Esparaván en la botica; parroquianos de ésta en la calle, agrupados á las ventanas.*)

PARROQUIANO 1.º

Maese Nicodemus...

PARROQUIANO 2.º

Señor Chirinela...

PARROQUIANO 3.º

Maese Nicodemus Chirinela...

TODOS.

Mi receta, pronto.

NICODEMUS.

Ya voy. Esparaván, despacha.

ESPARAVÁN.

Voy, maese.

PARROQUIANOS.

Mi receta, mi receta.

NICODEMUS.

Callen y aguarden vez. ¿Quién está primero?

TODOS.

Yo, yo, yo.

NICODEMUS.

¡Silencio! ¿Para quién es el caldo de víboras?

PARROQUIANO 1.º

Para mí. (*Nicodemus y Esparaván despachan á los parroquianos, yendo de la mesa y volviendo.*)

NICODEMUS.

Tome y escape. ¿Á ver qué es esto? «Bálsamo del (*Lee*) cura de Tembleque...»

UNA MUJER.

Yo soy.

NICODEMUS.

¿Sois vos el cura? Vuestra enfermedad quisiera yo ser.

ESPARAVÁN.

Licor de guijarros.

PARROQUIANO 2.º

Venga.

NICODEMUS.

¿Quién lleva el emplasto de manjar de los Dioses?

PARROQUIANO 3.º

Acá.

NICODEMUS.

Vaya allá.

PARROQUIANO 3.º

¡Huf! Maese Nicodemus, el manjar de los Dioses huele á demonios.

NICODEMUS.

Dios no hay más que uno: los demás son falsos y huelen á infierno. ¡Oh, quién asoma por allí! Esparaván, sirve á esa gente. (*Esparaván despacha á los parroquianos y se retiran.*)

ESCENA II.

CELESTINA, dichos.

NICODEMUS.

¿Qué os trae á mi casa desde Mahudes, madre Celestina?

CELESTINA.

Vengo á Madrid para daros un aviso.

NICODEMUS.

Desde luego digo que no dejará de ser importante. Siempre que me habéis visitado, me habéis traído noticias lisonjeras: la última vez me pronosticásteis que mi mujer se moriría en veinticua-

tro horas. ¡Qué miedo tuve de que os dejara por embustera!

CELESTINA.

Yo no me equivoco nunca, maese Nicodemus.

NICODEMUS.

Aun por eso dicen malas lenguas que sois... ¡Disparate como él! Porque tenéis en vuestro sótano untos y redomas ¡habéis de ser bruja! Untos y redomas tengo yo, y soy boticario.

CELESTINA.

Y no tenéis nada de hechicero.

NICODEMUS.

Á vos hubiera yo querido hechizaros. Pero vos no habéis permitido que la receta de vuestro matrimonio se despache por mi oficina.

CELESTINA.

Os lo he dicho repetidas veces, insigne Chirinela: si he de casarme, ha de ser con un joven.

NICODEMUS.

Un joven, un joven... No debéis olvidar que vuestra fecha es ya respetable.

CELESTINA.

Pues aunque parezco mujer de días, no se me conocen mis años.

NICODEMUS.

¿Tenéis menos que representáis?

CELESTINA.

Tengo más.

NICODEMUS.

Entonces habréis conocido al quinto abuelo de nuestro Don Carlos II, que feliz ó infelizmente reina. En fin, ¿qué venís á decirme?

CELESTINA.

Que Teresita Loreto, la mojigatuela de vuestra cuñada, ya tiene novio.

NICODEMUS.

¡Como que se le he buscado yo! Es un tal Don Junípero de los Mastranzos, un ricote de Fuentidueña de Tajo.

CELESTINA.

Es Don García Verdolaga, poeta de bohardilla.

NICODEMUS.

¡Don García, nuestro vecino! ¡Un coplero, un pelgar! Pues, amiga, esa boda no la he dispuesto yo, ni la consentiré nunca.

CELESTINA.

Así tratan de suplir vuestro consentimiento.

NICODEMUS.

¿De dónde lo sabéis?

CELESTINA.

De esta carta que he cogido al criado de Don García. (*Da un papel á Nicodemus.*)

NICODEMUS.

¡Qué escándalo! ¡Me dejáis hecho una mano de almirez, madre Celestina! ¡Atreverse á escribir de amores á una chicuela á quien educaba yo para monja por darle un dote corto, y á quien caso por no darle ninguno!

CELESTINA.

¿Qué queréis? Los poetas, con el salvoconducto de no sé qué Horacio ó Curiacio, se atreven á todo.

NICODEMUS.

¡Oh! Pues aquí es preciso tomar una medida astringente, á despecho de Horacio y Curiacio. ¡Teresita, Loretito! ¡Teresa! (*Llama.*)

TERESA, *dentro.*

¡Hermanito!

NICODEMUS.

Sal corriendo.

CELESTINA.

Yo me retiro á esa pieza inmediata, porque no gusto de intervenir en negocios domésticos. (*Vase.*)

ESCENA III.

TERESA, NICODEMUS, ESPARAVÁN; después DON JUNÍPERO.

NICODEMUS.

Digo, niña, ¿conoce vuesamerced esta carta?

TERESA.

Sí, cuñadito: es para mí.

NICODEMUS.

¿Para tí? ¡Desenvuelta, desvergonzada! (*Sale Don Junípero.*) ¡Oh, señor Don Junípero! ¡Cuánto me alegro de veros por aquí!

JUNÍPERO.

¿Os alegráis de verme, eh? Pues con todos me sucede lo mismo. En cualquier parte que me presente, produce mi persona tanta alegría que todo el mundo se echa á reir.

TERESA.

¡Ah, ah, ah, ah!

JUNÍPERO.

Ya lo veis: también Teresita se ríe.

NICODEMUS.

Pues ahora me estaba haciendo rabiar.

JUNÍPERO.

Entretenimientos de cuñados. ¿Y por qué era ello?

NICODEMUS.

Por vos. Á lo que voy viendo, no os quiere mucho.

TERESA.

Ya; pero, en cambio...

NICODEMUS.

En cambio se deja querer de otro. Esto acabo de descubrir.

JUNÍPERO.

El descubrimiento no es para brincar de gozo; pero siempre que no pase de ahí...

TERESA.

Pasará, señor Don Junípero.

JUNÍPERO.

¿Pasará? Eso sí que yo no lo paso.

NICODEMUS.

Por lo menos, ya se han propasado esta niña y Don García Verdolaga, su amante, á escribirse con letras que ellos solos entienden. ¿Conocéis vos esa algarabía? (*Da la carta á Don Junípero.*)

JUNÍPERO.

K, 8, 2, Q... ¿Quién (*Mirándola*) descifra esto?

TERESA.

Yo, si gustáis.

NICODEMUS.

Á ver.

TERESA.

Dad acá. Dice aquí Don García.

Ya, Teresa, que el bárbaro cruel,
Que robarte pretende tu caudal,
Te me vende al estúpido rival
Que entre mis manos dejará la piel.

JUNÍPERO.

¡San Bartolomé bendito!

TERESA.

Á media noche bájate al corral:
Yo puedo, armado, penetrar en él,
Y llevaré contra cualquier gandul
Seis jayanes con trancas de abedul.

JUNÍPERO.

Eso del *bárbaro cruel* parece alusión á vuestra persona, maese Nicodemus.

NICODEMUS.

Esotro de *rival estúpido* ha de ser un elogio vuestro, amigo Don Junípero.

JUNÍPERO.

Indirectillas vergonzantes, que no merecen sino desprecio. (*Nicodemus quita á Teresa la carta y la deja después en la mesa. Esparaván hace de ella un cucurucho.*) ¡Seis jayanes! ¡Seis trancas! Mucho hará con ellas el señor Verdolaga, si llevo yo sesenta contra él.

TERESA.

¿Sesenta no más? Ciento siquiera.

JUNÍPERO.

El famoso Cigarrón, corchete mayor del Santo Oficio, es hombre de quien dispongo yo como quiero: figuraos si acudo á él...

NICODEMUS.

Acudid, sí tal; sostened á todo trance vuestros derechos.

TERESA.

¿Cuáles son los de mi señor Don Junípero?

NICODEMUS.

Dos indisputables: mi elección y su mérito. El señor es noble, es rico, es joven...

TERESA.

¿Joven? ¿Cómo cuántos años tendréis?

JUNÍPERO.

No lo sé fijamente; pero he de contar poquísimos, tal vez ninguno.

TERESA.

¡Qué! ¿No habéis nacido todavía?

NICODEMUS.

¿Qué diantre decís?

JUNÍPERO.

La verdad. El Alcalde de Fuentidueña asegura que me lleva quince años; la alcaldesa, diez; el cura, veinte; el barbero, cinco: son tantos á llevarse años míos, que ignoro los que me dejarán.

NICODEMUS.

Agudamente habéis respondido á esta bachillera.

TERESA.

Pero teniendo tan poca edad, ¿cómo puede este niño contraer matrimonio? Vaya, señor cuñado, enviadle á escribir palotes.

JUNÍPERO.

Teresita, me tratáis de manera que, si yo fuese caviloso, recelaría que me íbais á dar calabazas.

TERESA.

Antes os invito á que me las deis á mí. Quiero ofrecer á Dios esta mortificación.

JUNÍPERO.

Sed mi mujer, y yo os aseguro que tendréis conmigo mortificaciones á manta de Dios.

TERESA.

Ya lo supongo; mas quiero yo á mi gusto la penitencia.

NICODEMUS.

Tu gusto supone aquí tanto como un escrúpulo de azúcar en cien libras de agua. Yo soy tu tutor y fuí marido de tu hermana, y quiero y ordeno que te cases con el señor: obedece, ó teme la cólera de un boticario, cólera más temible que el cólera.

TERESA.

Temeré cuanto queráis; pero obedeceros...

NICODEMUS.

Es que te buscaré una celda al instante.

TERESA.

Cuñadito mío, el caballo indócil no se amansa encerrado.

NICODEMUS.

Según el trato que se le dé. Mira que voy á plantarte en el convento de las feas.

TERESA.

Como yo no lo soy, luciré más por el contraste.

NICODEMUS.

Es que, á los quince días, se vuelven las reclusas allí tan horribles, como los mascarones que hay en la fachada del edificio.

JUNÍPERO.

Por Dios, Teresita, mirad que ser fea es mucho peor que ser casada. Mirad que, si mudáis de cara, el señor García no os va á conocer.

TERESA.

Para García siempre será mi cara la misma.

NICODEMUS.

¡Sí, que de un poeta puedes prometerte mucha constancia! Esparaván, la gorra y la capa. Ahora mismo voy á llevarte.

JUNÍPERO.

Poco á poco. Yo espero de la docilidad de Loretito, de su amabilidad, de su disciplinabilidad...

TERESA.

Esperen vuesarcedes de mí lo que quieran, siempre que manden lo que quiera yo.

JUNÍPERO.

En tal caso, no dilatemos el darle esta prueba de nuestro cariño.

TERESA.

¿La de encerrarme?

JUNÍPERO.

Justamente: mi coche está á la puerta; tendré la honra de acompañaros en él al convento.

NICODEMUS.

Vamos.

JUNÍPERO.

Me lisonjeo, ídolo mío, de que en el retiro del claustro feo conoceréis que, enamorado yo de vos tan á machamartillo, y convencido á la par de que soy el esposo único que os conviene, está en el orden que coadyuve á que se pongan en práctica todos los medios coercitivos posibles para haceros dichosa, á fuerza de haceros penar.

NICODEMUS.

Bien puedes olvidarte de Don García, porque no volverás á verle.

TERESA.

Tampoco veré al señor Mastranzos: váyase lo uno por lo otro.

NICODEMUS.

Esparaván, si se descuelga por aquí Don García, échale á palos. Andando, niña.

JUNÍPERO.

Tenga yo la dicha de sentir la pulsación de vuestra hermosa mano. (*Presentando la mano á Teresa.*)

TERESA.

Tomad, sentidla. (*Le da un bofetón.*)

NICODEMUS.

¿Qué ha sido eso, bellaca?

JUNÍPERO.

¡Eh! un bofetoncillo casero que no vale la pena. Vamos al coche. (*Vanse Teresa, Don Junípero y Nicodemus.*)

ESCENA IV.

ESPARAVÁN.

«Si se descuelga por aquí Don García, échale á palos.» Yo lo haría de muy buena gana, si no fuera porque los palos pudieran fácilmente recaer sobre mis costillas; contingencia que merece pensarse. Pero aquí viene el tal Don García sin haberse descolgado de parte alguna: el encargo del maese no puede tener aplicación.

ESCENA V.

DON GARCÍA, ESPARAVÁN.

GARCÍA.

Esparaván, ¿es Teresa la que ha salido de aquí hace un momento? ¿La que va con el maese en un coche?

ESPARAVÁN.

La misma, señor Don García.

GARCÍA.

¿Quién es el que ha subido con ellos?

ESPARAVÁN.

Don Junípero Mastranzos.

GARCÍA.

¡Cielos! mi rival.

ESPARAVÁN.

(Engañémosle.) ¿Sabéis ya que se casa con Teresita?

GARCÍA.

¿Se casa? ¿Cuándo?

ESPARAVÁN.

Yo no sé... pero ellos van á una diligencia concerniente á la boda.

GARCÍA.

¿Es posible? ¿Van á la Vicaría?

ESPARAVÁN.

De vicario es el negocio según parece. (Vicario tendrá el monasterio.)

GARCÍA.

¿Teresa infiel? ¡Oh, no lo creo!

ESPARAVÁN.

¿Queréis una prueba del caso que hace de vos? Mirad vuestra carta convertida en un cucurucho.

GARCÍA.

¡Oh traición! ¡oh profanación! ¡Mis versos envolviendo raíz de chirivía! ¡Pérfida! ¡ingrata! Yo he de verla, yo necesito hablar al punto á esa infiel.

ESPARAVÁN.

Difícil será que la veais.

GARCÍA.

¿Con que la traidora trata ya de evitar mis reconvenciones? ¡Y yo que no tengo medio ninguno para acercarme á ella! Solo, sin recursos, sin un amigo...

ESPARAVÁN.

¿Y los seis jayanes de las trancas?

GARCÍA.

Fué una invención poética, un verso traído por la fuerza del consonante... No tengo más que mi

amor y mi infelicidad y mi rabia. Estoy desesperado.

ESCENA VI.

CELESTINA, DON GARCÍA, ESPARAVÁN.

CELESTINA, *asomándose por la puerta por donde entró.*

Así es como yo deseaba verte. Oigámosle ahora. (*Don Garcia se sienta abatido en un sillón.*)

GARCÍA.

¡Oh suerte! Apurar pretendo,
Ya que me tratáis así,
Por qué culpa merecí
Los males que estoy sufriendo.
Mal pregunto, y bien comprendo
La causa de tu rigor:
Soy pobre con pundonor;
Y en este país bendito
La pobreza es un delito
Que no puede ser mayor.
Mas yo he visto á un pobre idiota
Un puesto anhelar brillante,
Y venírsele al instante
Rodado como pelota.
Hombre ví de mala nota
Meterse determinado
En un negocio arriesgado
Y hacerse de golpe rico:
¿Hay que ser maula ó borrico
Para ser afortunado?
Á tal consideración
En rabia y furor deshècho,

Quisiera arrancar del pecho
Pedazos del corazón.
Destino sin compasión,
Fortuna conmigo en lid,
¿Por qué me negáis, decid,
Gracias que dais, uno á uno,
Al más pobre y al más tuno,
Y al más tonto de Madrid?

CELESTINA.

Con asombro de mirarte,
Con admiración de oirte,
Me resuelvo á interrumpirte,
Aspirando á consolarte.

GARCÍA.

Quite, buena vieja; aparte.

CELESTINA.

Ya que tus males no ignoro,
Tal vez yo, que los deploro,
Los trueque en plácida suerte.
¿Qué es lo quieres?

GARCÍA.

La muerte.

CELESTINA

¿Con qué vivieras?

GARCÍA.

Con oro.

CELESTINA.

Vive, pues, que yo te doy
Cuanto produce el Perú.

GARCÍA.

¿Quién eres para eso tú?

CELESTINA.

Quien puede cumplirlo soy,

GARCÍA.

Dudoso hasta verlo estoy.

CELESTINA.

Lo has de ver. ¡Esparaván!

ESPARAVÁN.

Abuela...

CELESTINA, *dándole un talego.*

Unas piedras van
Ahí que trajo un minero:
Tritúralas.

ESPARAVÁN.

Bien.

CELESTINA, *aparte á García.*

No quiero
Que me oiga ese perillán.

ESPARAVÁN.

Vierto en el mortero el saco.

(*Lo hace así y principia á moler las piedras. Celestina entre tanto saca una cajita que presenta á Garcia.*)

CELESTINA.

Abre esa caja.

GARCÍA.

La abrí.

CELESTINA.

¿Qué hay dentro?

GARCÍA.

Lo que hay aquí...
Es un polvo... y no es tabaco.

ESPARAVÁN.

Duro mineral machaco,
Abuela.

CELESTINA.

Estos polvos son
Un talismán, confección
Mágica de tal poder,
Que otra igual no supo hacer
La ciencia de Salomón.

GARCÍA.

Y ¿para qué sirve?

CELESTINA.

Para
Cumplir cuanto deseares
Al punto que lo declares.

GARCÍA.

Polvos son de especie rara.
Y ¿cómo se usan?

CELESTINA.

Repara.
Cuando quieras algo, dí
En voz alta, ó para tí,
Lo que ha de ser; coge á tiento
Un polvo, espárcelo al viento
De un soplo, y verás así
Cumplida tu voluntad.

GARCÍA.

¿De modo que vos, señora,
Sois una... una encantadora?

CELESTINA.

Pues... ó bruja.

GARCÍA.

Perdonad.
Yo no digo... ¿Es por bondad
El darme estos polvos, ó es
Que hay un poco de interés?

CELESTINA.

De todo lleva la torta.
Valerte de mí te importa;
De tí me valdré después.
Ya hablaremos.

GARCÍA.

¿Dónde? (¡Excita
en mí su oferta inquietudes!)

CELESTINA.

Yo tengo casa en Mahudes.
Ve esta noche.

GARCÍA.

Iré á la cita.

ESPARAVÁN.

¿Sabe usarced, abuelita,
Que estos cantos no se muelen,
Y que los brazos me duelen
De darles encima ya?

CELESTINA.

Polvo el fuego los hará,
Por más que se te rebelen.

ESPARAVÁN.

¿Y para calcinar esto
Queréis que el hornillo encienda?

CELESTINA.

No: yo haré que el fuego prenda
Ahí.

(*Sale una llama que le hace ascua. Esparaván se aparta, sacudiéndose las manos.*)

ESPARAVÁN.

¡Zape! ¡Que me tuesto!

GARCÍA.

Quisiera, si no os molesto,
Ver la virtud peregrina
De este don vuestro.

CELESTINA.

Imagina
Un caso en que experimentes
Los polvos omnipotentes
De la madre Celestina.

(*Esparaván se acerca al mortero y lo examina con interés.*)

ESPARAVÁN.

¡Brotar con tal rapidez
Aquí el fuego!

GARCÍA, *aparte á Celestina.*

Conviniera
Que Esparaván no pudiera
Contar lo del almirez.

CELESTINA.

Redúcele á la niñez
Y pronto lo olvidará.
Abre la caja.

GARCÍA.

Ya está.

CELESTINA.

Habla ahora.

GARCÍA.

Ese mal bicho
Vuélvase lo que habéis dicho.

CELESTINA.

Coge y sopla.

GARCÍA.

Voy.

ESPARAVÁN.

¡Mamá,
Mamá, mamá!

(*Garcia ejecuta lo que previene Celestina, y al punto el pie del mortero se convierte en una pollera, dentro de la cual se queda Esparaván, transformado en niño, vestido de corto y con chichonera. Cruza el teatro con su cesto y éntrase.*)

CELESTINA.

¿Y bien, señor?

GARCÍA.

¡No vuelvo de mi sorpresa!

ESCENA VII.

DON JUNÍPERO, NICODEMUS, CELESTINA, GARCÍA.

NICODEMUS, *á Don Junipero.*

Cuando pase un mes Teresa
Allí...

GARCÍA.

¡Mi competidor!
(*Siéntase en un sillón que le oculta.*)

JUNÍPERO.

Es preciso, es de rigor
Que ella se me rinda al cabo.
Siempre tuve (y no me alabo)
Con las niñas buena suerte.
(*Nicodemus se va á dejar la capa y la gorra.*)

GARCÍA.

¿Sí? Bueno voy á ponerte.
(*Abre la caja y toma de ella un polvo.*)

JUNÍPERO.

¡Soy galán!...

GARCÍA.

¡Oh! Como un pavo.
(*Sopla el polvo Garcia, y Junipero se convierte en pavo.*)

JUNÍPERO.

¡Pau, pau, pau!

NICODEMUS.

¡Calla! ¿Es corral
De avechuchos mi botica?
(*Emprende á puntapies con el pavo.*)
¡Fuera! Mas ¿qué significa
No querer este animal
Salir? ¡Fuera! ¡Voto á tal! (*Echale á palos.*)
¡Fuera! (*Vase persiguiéndolo.*)

CELESTINA.

Niega ya el poder
De mis polvos.

GARCÍA.

Conocer
Lo que pueden es preciso.

CELESTINA.

Tendré que darte un aviso:
Vernos será menester.

GARCÍA.

Á media noche corrida
En tu casa nos veremos.

CELESTINA.

Y un negocio trataremos
Para mí de muerte ó vida.

GARCÍA.

De mi bella fementida
Me lleva el amor en pos.
He de hablarla.

CELESTINA.

Hablad los dos;
Pero anda ya prevenido
Para olvidarla.

GARCÍA.

Si ha sido
Infiel...

CELESTINA.

Fiel ó infiel: adiós. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DON GARCÍA.

¡Fiel ó infiel! ¿Á qué propósito
Lo dirá la nigromántica?
Debo al punto con mi pérfida
Tener un rato de plática.
(*Coge un polvo y sóplalo.*)

Vista exterior del convento de las feas, en cuya fachada hay una colección de bustos de mujeres feísimas. Una taberna á un lado con un moro por distintivo, y en la muestra un letrero que dice «Taberna del Corsario Barbaroja.» Una mesa delante de la taberna.

ESCENA IX.

GARCÍA, después TERESA.

GARCÍA.

¡Qué miro! Me quedo atónito.
¿En tal convento encerrármela!
Aquí recluyen á jóvenes
Que se enamoran románticas;

No á las que burlando al prójimo
Se casan con otro impávidas.
¿Si el aprendiz farmacéutico
Me habrá encajado una fábula?

(*Sale Teresa á una reja, debajo de la cual hay una lápida.*)

TERESA.

¡García!

GARCÍA.

Teresa, explícame
Una mutación tan rápida.
¿Te refugias aquí, huyéndome
Para hacer vida monástica,
Ó es que tu cuñado el cómitre
Te oprime con mano bárbara?

TERESA.

Vino á su poder tu epístola;
Yo me quité la carátula,
Y declaré á Don Junípero,
Sin andarme con metáforas,
Que no le aceptara cónyuge
Aunque en la mano por dádiva
Me pusiera el cetro antípoda
De la región magallánica.
Entonces ambos caníbales,
Poniendo su acuerdo en práctica,
Trajéronme aquí, intimándome
Que no saldré de esta cámara,
Donde habrá de ir convirtiéndose
Mi rostro en horrible máscara,
Mientras no pronuncie explícita

El sí que repugna el ánima,
Y suba al odioso tálamo
Por voluntad ó á la trágala.

GARCÍA.

No encenderá ese cuadrúpedo
Contigo nupciales lámparas;
Romperá mi mano intrépida
Sus mal dirigidas cábalas,
Y asegurará sus vínculos
Nuestro cariño sin mácula.
Ya soy rico.

TERESA.

¿En qué? ¿En imágenes
Para alguna obra fantástica?

GARCÍA.

En oro.

TERESA.

¡Es verdad?

GARCÍA.

Escúchame.

TERESA.

Dí, que me dejas extática.
¿Has heredado en América
De algún opulento sátrapa,
Que hizo doblones sin número
Merced á sus uñas de águila?

GARCÍA.

(Una mentirilla próvida

Será aquí muy diplomática.)
Sí, mi bien.

TERESA.

¿Cierto?

GARCÍA.

Certísimo.

TERESA.

Ten de tu Teresa lástima,
Que, aunque no peca de tímida,
No gusta de la farándula.

GARCÍA.

¿Quieres una prueba auténtica?

TERESA.

Sí tal.

GARCÍA.

El dinero es máxima
Que todo lo puede.

TERESA.

Dícese.

GARCÍA.

Pues bueno: su fuerza mágica
Va á darme á tu celda tránsito
Por esa mansión seráfica.

TERESA.

¿Y eso cuándo?

GARCÍA.

Ahora mismísimo.

TERESA.

¿Ahora? ¡Noticia plácida!
¿Tienes ya la llave?

GARCÍA.

Téngola.
Hoy dejarás la camándula
Y la correa y el hábito
Que has llevado desde párvula,
Y nupcial diadema fúlgida
Lucirá en tu frente cándida.

TERESA.

Te estoy escuchando incrédula
Y vierto de gozo lágrimas.
Ven, García. (*Quitase Teresa de la ventana.*)

GARCÍA.

Voy: retírate.
Conviértete en puerta, lápida.
(*Abrese una puerta en el muro y éntrase por ella Garcia.*)

ESCENA X.

DON JUNÍPERO, NICODEMUS, CIGARRÓN y Alguaciles.

JUNÍPERO.

No dudéis, señor Cigarrón, que el lance pasó ni más ni menos como lo he contado.

CIGARRÓN.

¿Dudar! Un familiar de la Inquisición cree á puño cerrado cuanto mal le digan del prójimo. Creo firmemente que es un hechicero consumado el señor Verdolaga, y ofrezco á voacedes echarle el guante siempre y cuando que se deje pillar.

NICODEMUS.

Él vendrá por aquí á rondar á Teresa.

JUNÍPERO.

Y nosotros le rondamos á él. Yo solo basto para una legión de brujos, eso es claro: por lo mismo, traigo á usarcedes en mi defensa (digo, en mi compañía), para que sean testigos de que mi coraje no es como el de un pavo, cháchara todo.

CIGARRÓN.

Mi gente le acechará desde esa taberna. Adentro, chicos; esperad bebiendo á la salud de este caballero.

JUNÍPERO.

Sí, hijos, bebed á mi salud, que el señor paga. (*Por Nicodemus.*) (*A un alguacil que entra en la taberna.*) ¡Eh, mocito! Que me saquen á mí también para refrescar la garganta. (*Un mozo de la taberna sale un poco después, y pone una botella y un vaso en la mesa que hay á la puerta.*)

NICODEMUS.

Pues, amigo Don Junípero, ya que afortunadamente se os ve desplumado, creed que, si hubiérais

conservado la empavonadura, no hubiera yo faltado á la obligación de hombre de bien. En mi gallinero hubiérais tenido un puesto de preferencia, y se hubieran guardado con vos todas las atenciones debidas á quien muda casaca por fuerza. Eso sí: no hubiera podido casaros con Teresita, en atención á la incompatibilidad de humores: ella nada tiene de pava. Restituído vos á vuestro sér, nada se opone...

JUNÍPERO.

Os doy las gracias por... por... por... (*El moro de la taberna baja y se bebe el vaso de vino que habrá llenado Don Junípero.*) ¿Por qué está sin vino este vaso?

NICODEMUS.

Porque no se le habréis echado.

JUNÍPERO.

Por que alguno se lo habrá bebido. Lo lleno otra vez. (*Lo hace.*) Decía, pues, que os daba mil gracias por vuestra decisión en favor de mi boda, que se verificará sin pérdida de tiempo, porque al fin sólo nos falta el consentimiento de la novia. La chica ha dado en la tontería de aborrecerme y prendarse de otro, con quien se promete casarse; pero quemado vivo que sea el otro, de seguro perderá Teresita las esperanzas de ser su mujer. Y lo que es prender al dichoso rival me parece cosa tan fácil como echarme este trago al coleto. (*El moro baja y se bebe el vino.*) ¡Caspitina! que me lo ha escamoteado el Barbarroja de la muestra.

NICODEMUS.

Hombre, no calumniéis á los pobres moros, que no beben vino.

JUNÍPERO.

Los de carne y hueso puede que no; pero los de madera lo cuelan de lo lindo. Señor Chirinela, por aquí anda nuestro poeta brujo. Miento. (*Salen del convento Don García y Teresa.*) Donde anda es ¡allí!

NICODEMUS.

¡Y con Teresa!

JUNÍPERO.

¡Alguaciles! (*Éntrase en la taberna.*)

ESCENA XI.

GARCÍA y TERESA, por un lado; DON JUNÍPERO, CIGARRÓN y Alguaciles, por otro; NICODEMUS.

NICODEMUS.

¿Á dónde vais, perdidos?

GARCÍA.

Á Mahudes á pasear.

TERESA.

Acompañadnos y veréis que no andamos perdidos, sino muy bien hallados.

JUNÍPERO.

Ya os daremos el hallazgo nosotros. Cortadles (*A los alguaciles*) la retirada.

NICODEMUS.

Prendedlos.

GARCÍA.

Mide tú la espada conmigo.

JUNÍPERO.

¿Para qué la he de medir, hombre? ¿No estáis viendo que la mía es más larga?

GARCÍA.

Aquí os espero. Venid á prenderme, si os atrevéis. (*Súbese Garcia con Teresa á la mesa de la derecha.*)

CIGARRÓN.

Embistamos.

JUNÍPERO.

Abajo con él. (*La mesa de la taberna se convierte en un carro elegante, tirado por genios. Los alguaciles se transforman en volantes, y echan á palos á Don Junipero, Nicodemus y Cigarrón.*)

ALGUACILES.

Fuera estorbos.

Campo de Mahudes; á la derecha un poste con un letrero en una tablilla; al pie del poste un banco de piedra. En el fondo un pueblo arruinado, y delante una pared.

ESCENA XII.

CELESTINA, ESPARAVÁN.

CELESTINA.

Ya estás en Mahudes de sobra. Dale ese recado al maese.

ESPARAVÁN.

Yo se le daré, pero no me creerá.

CELESTINA.

¿Tan buena opinión tiene de tí?

ESPARAVÁN.

No tal: yo no miento nunca sino cuando despacho, porque eso es de cajón; pero me decís unas cosas tan raras... Vengo de parte de maese Nicodemus á noticiaros que el señor Verdolaga se ha metido á brujo, y me respondéis: «Sea enhorabuena...» Que me han convertido en chiquillo gruñón y mi madre me ha desollado á azotes... «Muy bien empleado.» Que á Don Junípero le han incorporado en el regimiento de Pavía. «Perfectamente.» ¿Cómo ha de persuadirse el que una amiga como vos se explique de este modo?

CELESTINA.

Este arcano está fuera del alcance de un enjuagador de redomas. Vete y haz lo que te he dicho.

ESPARAVÁN.

¿Con que iréis mañana por casa?

CELESTINA.

Muy temprano.

ESPARAVÁN.

Hasta mañana. (El diablo que la entienda, que es el único que puede entender á los suyos.) (*Vase.*)

CELESTINA.

Los amantes vienen aquí: les dejo que se entreguen á sus ilusiones de dicha por un instante, ya que será el postrero. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

DON GARCÍA, TERESA.

GARCÍA.

En este despoblado no nos perseguirán.

TERESA.

¿Qué seguridad nos ofrece? Estamos á las puertas de Madrid.

GARCÍA.

Aquí tiene su habitación la célebre maga Celestina; y como ejerce su facultad con real privilegio, nadie se atreverá con nosotros, hallándonos bajo su protección.

TERESA.

Bien extraño es que nos favorezca, siendo tan amiga de mi cuñado.

GARCÍA.

El amor halla siempre auxiliares, y á los tutores codiciosos no les suelen faltar enemigos. ¿Quieres que tomemos algún refrigerio?

TERESA.

Con mucho gusto, porque la amenaza de ponerme en el convento á pan y agua me ha hecho

el efecto de un verdadero ayuno. ¿Pero dónde habrá quien nos sirva?

GARCÍA.

Allí. (*Coge un polvo, se abre la pared y se ve un cenador con una mesa aparada.*)

TERESA.

¡Qué maravilla! Vaya, pues entremos. (*Los amantes se entran en el cenador y la pared se cierra.*)

ESCENA XIV.

DON JUNÍPERO, NICODEMUS, CIGARRÓN y ESPARAVÁN, todos con escopetas. Don Junípero trae además un quitasol cerrado.

JUNÍPERO.

Sí, señor: ya que se han desperdigado los alguaciles, nosotros cuatro daremos el golpe: el refuerzo de Esparaván llega muy á propósito.

NICODEMUS.

Sí por cierto: suplirá por mí, porque me habéis traído tan aprisa que no puedo moverme de puro cansado. Aquí me siento sin aguardar más. ¡Huy! (*Va á sentarse al pie del poste y el asiento se pasa al otro lado.*)

JUNÍPERO.

¿Qué ha sido eso, maese?

NICODEMUS.

Una costalada que me ha descacharrado. Alargadme el quitasol para que me levante.

JUNÍPERO.

Ya le alargo. (*Le desvía.*)

NICODEMUS.

Acercádmelo, he querido decir.

JUNÍPERO.

Vamos, asíos. Procurad no romperle, que el astil es de caña. (*Levántase Nicodemus: el asiento se pone donde estaba.*)

NICODEMUS.

Quitasol y escopeta me parece que se estorban, señor Don Junípero. Además, el día está nublado.

JUNÍPERO.

Si llueve, el quitasol servirá de quita agua: peregrina invención, que á nadie se le había ocurrido.

ESPARAVÁN.

Y ¡es verdad!

CIGARRÓN.

¡Asombroso descubrimiento!

JUNÍPERO.

¡Oh! ¡Yo! ¡Ah! ¡Puf!

NICODEMUS.

Tratemos del asunto del día. ¿Cuál es vuestra receta... digo, vuestra opinión?

JUNÍPERO.

Mi opinión es que nos apoderemos cuanto an-

tes de los fugitivos, pues cuanto más les dejemos correr tanto más lejos se irán de nosotros.

NICODEMUS.

Sabiamente raciocinado. Y ¿cómo y dónde hemos de atraparlos?

JUNÍPERO.

¿Dónde? En su carricoche, si van en él. ¿Cómo? Parándole, si rueda.

NICODEMUS.

Yo, la verdad, no había pensado en esos pormenores, porque, amigo... como estoy tan cansado... (*Va á sentarse y repítese el juego.*)

JUNÍPERO.

Digo, pues, que si han de venir á Mahudes los prófugos, será por un camino; si han de ocultarse de nosotros, habrá de ser en alguna casa. Ahora bien, yo de Mahudes... nunca he salido...

NICODEMUS.

Porque no habréis entrado.

JUNÍPERO.

Cabal. ¿Qué casas hay en él?

ESPARAVÁN.

En pie, creo que no existe más que un ventorrillo, pegado á la casa de la madre Celestina.

JUNÍPERO.

Y ¿dónde está el ventorro? Yo sólo he viajado hasta hoy desde Fuentidueña á Madrid.

NICODEMUS.

Yo tan sólo desde mi casa á San Blas.

CIGARRÓN.

Yo desde la Inquisición hasta el quemadero.

JUNÍPERO, *á Esparaván.*

Condúcenos tú, que has hablado con Celestina.

ESPARAVÁN.

Yo la he hablado en este sitio.

JUNÍPERO.

Pero si tenemos aquí un (*Por el poste*) indicador fiel que nos saque de apuros. Vean vuestras mercedes: «Á la vuelta del cerrillo está el ventorrillo.» (*Lee.*) Desde luego hay que guardar este paso, por si vienen por aquí. (*La tablilla del poste se muda al lado opuesto.*)

NICODEMUS.

No, señor: en tal caso vendrán por allí. Leed... «Á la vuelta del cerrillo está el ventorrillo.»

JUNÍPERO.

¡Es verdad! Yo lo había entendido al contrario. Pues como iba diciendo... Pero no, señor: yo lo (*La tablilla se cambia*) había entendido perfectamente. (*Cámbiase otra vez.*) Ahí está.

NICODEMUS.

Qué ha de estar, ¡pecador de mí! ¡La tablilla señala ese lado!

JUNÍPERO.

Está visto que no sé cuál es mi mano derecha. Maese Nicodemus, vos y Esparaván os apostaréis en este camino; yo me quedaré aquí, y el señor Cigarrón me servirá por este otro punto de centinela avanzada. Cada cual á su puesto, y en avistando á los tránsfugas, un aviso disimulado y acudimos todos.

NICODEMUS.

Vamos. (*Vanse todos, menos Don Junípero.*)

ESCENA XV.

DON JUNÍPERO.

Me parece que no he escogido la peor posición: aquí estoy defendido por ambos flancos. (*Truena y llueve.*) Sostenía el bendito del maese que la escopeta y el quitasol se estorbaban: ¡qué disparate! Ya principia á llover: introduzco la caña del quitasol en el cañón de mi espingarda y manejo los dos trastos juntos. Otra invención feliz de que debe aprovecharse el ejército de Indias, porque allí el sol incomoda bastante. (*Se le va la tela del quitasol.*) Vistoso espectáculo ofrecerá en las pampas de América una columna de arcabucería co-

ronada con seis mil quitasoles. Pero ¡qué demontre! Yo me mojo, aunque estoy debajo de cubierto. ¿En qué consistirá? ¿Llueve al revés? (*Ábrese el muro del fondo y aparecen Don García y Teresa comiendo.*)

ESCENA XVI.

DON GARCÍA y TERESA, en el cenador; DON JUNÍPERO, fuera.

GARCÍA.

Mira, mira tu amante.

TERESA.

¡Qué bien está! ¡Ah, ah, ah!

JUNÍPERO.

No hay que mofarse, niña. Estoy estudiando un problema físico. ¿Son vuesarcedes capaces de explicarme cómo es que llueve sobre mí teniendo encima un quitasol abierto?

TERESA.

Si está sin tela.

JUNÍPERO.

¿Sin tela! No hay duda. ¡Ah! ya lo entiendo: los quitasoles no tienen obligación de quitar el agua, y en sacándolos de su oficio, se despiden del amo.

GARCÍA.

Y nosotros de vos.

TERESA.

Á más ver, señor Don Junípero. (*Ciérrase el muro.*)

JUNÍPERO.

Sí, sí, embozaos con la pared para que no se os vea: no os libraréis por eso. García no lleva armas de fuego, y nosotros sí: los tenemos cogidos. Echo fuera la caña del quitasol. (*La arrima al poste.*) Yo traía la escopeta cargada, con que... ¡Oiga! (*Levanta el rastrillo.*) Le falta el cebo. ¿Le faltará la carga también? (*Mete la baqueta en el cañón.*) Sin carga está. Pues, señor, ¿á dónde han ido á parar la pólvora y la bala que yo le puse? (*Dispárase la caña del quitasol.*) ¡Santo Dios! Á la caña del quitasol se había pasado la carga de la escopeta. ¡En qué tiempos vivimos! Las escopetas rehusan hacer fuego, y las cañas tiran balazos.

ESCENA XVII.

NICODEMUS, ESPARAVÁN, CIGARRÓN, DON JUNÍPERO.

NICODEMUS.

¿Ocurre algo?

JUNÍPERO.

Sí.

ESPARAVÁN.

¿Los habéis visto?

JUNÍPERO.

Sí.

CIGARRÓN.

¿Cómo?

JUNÍPERO.

Comiendo.

NICODEMUS.

¿Dónde?

JUNÍPERO.

En el cenador.

NICODEMUS.

¿En qué cenador?

JUNÍPERO.

Ahí, detrás de la pared. Yo quería hacer á usarcedes una seña disimulada...

NICODEMUS.

Y habéis disparado un tiro. No cabe disimulo mayor.

JUNÍPERO.

Si no he sido yo quien ha disparado.

NICODEMUS.

Pues ¿quién fué?

JUNÍPERO.

Ese tronco.

NICODEMUS.

¡Hombre, por Dios!

ESPARAVÁN.

¡Por la Virgen del Carmen!

CIGARRÓN.

¡Por Santo Domingo el inquisidor!...

JUNÍPERO.

Por toda la corte celestial, crean vuesas mercedes que ese leño es un recluta disfrazado de alcornoque. ¿No vieron antes cómo giraba á derecha é izquierda?

NICODEMUS.

Vos deliráis.

JUNÍPERO.

¿Que deliro? Batid esa pared, Cigarrón: verán usarcedes cómo estan ahí dentro García y Teresa, que tal vez lo habrán visto todo por alguna rendija. (*Dispara Cigarrón y se abren en la pared cuatro agujeros grandes.*) Ya hay brecha: asómese por su boquerón cada uno.

NICODEMUS.

Veamos. (*Mete cada uno la cabeza por un hueco y vuelve á sacarla poco después ridículamente desfigurada con una máscara grotesca.*)

JUNÍPERO, *á Esparaván.*

¿Quién es ucé?

NICODEMUS, *á Junípero.*

¿Quién eres tú?

CIGARRÓN, *á Junipero.*

Tú eres el brujo: preso.

TODOS.

¡Preso! ¡Tú, tú, tú! ¡Á la cárcel, á la cárcel! (*Vanse bregando unos con otros. Truenos, lluvia.*)

Cueva de Celestina en Mahudes, obra de la naturaleza y del arte. Puerta de madera con llave. Unos vasares con redomas excavados en piedra; unas puertecillas como de otro hueco, abierto igualmente en la roca; una cabeza de elefante con trompa, clavada en el muro; chimenea ó fogón irregular á un lado; dos sillones, una mesa, y en ella un libro; en el fondo un alambique, de cuya lumbre cuida una porción de sátiros.

ESCENA XVIII.

CELESTINA, los Sátiros.

CELESTINA.

¿Si vendrá á la cita? Creo que sí, porque le conviene conservar el poder que le he dado, á favor del cual ha podido evitar las persecuciones de sus enemigos. La posesión de un talismán que le hace árbitro de la fortuna, debe lisonjear mucho su amor propio. Con todo, no puedo desechar cierta inquietud. Mis muchos años, el poco juicio de García... Un comerciante, un cortesano me inspirarían más confianza; pero un poeta... Los poetas no han sabido calcular nunca. Ahora anochece, y llueve con furia: mucho tengo que esperar todavía. Pero ¿no es él quien llega? Buena señal es que se haya adelantado.

ESCENA XIX.

DON GARCÍA, dichos.

GARCÍA.

Ya ves, Celestina, que vengo con tiempo.

CELESTINA.

¿Te ha servido mi cajita?

GARCÍA.

Completamente. Con ella he logrado, entre otras cosas, poner á Teresa en Madrid, en paraje seguro. ¿Qué he de hacer para manifestarte mi agradecimiento?

CELESTINA.

Siéntate y escucha. Ya has experimentado hasta dónde llega mi poder: á mi voz obedecen los elementos, y el abismo tiembla; cuantos placeres pueden proporcionar las riquezas están en mi mano. El destino, al darme tan absoluto dominio sobre la naturaleza, me concedió también el don de la inmortalidad; pero lo contrabalanceó con la pensión terrible de que viviese en vejez perpetua. Para el anciano casi no existen goces, y sin ellos una vida sin fin es una desgracia sin límites. Yo puedo, sin embargo, rejuvenecerme; puede reducirse mi vida á la duración común, y lo deseo con ansia.

GARCÍA.

Y ¿por qué no cumples tu gusto?

CELESTINA.

Porque sólo he de recobrar la juventud con una condición muy difícil.

GARCÍA.

¿Cuál?

CELESTINA.

Un caballero mozo y galán ha de darme un abrazo.

GARCÍA.

Si yo soy bastante galán para el caso, yo me ofrezco á regenerar tu persona.

CELESTINA.

El abrazo ha de ser después de haberse casado conmigo.

GARCÍA.

Eso complica la cuestión algún tanto. ¿Has puesto ya la mira en alguno?

CELESTINA.

Lee, García. (*Le da el libro que está en la mesa.*)

GARCÍA.

«Da al olvido tu amor y sé mi esposo,
Y vivirás feliz y poderoso.»

Celestina, mil gracias; no quiero dicha ni poder á ese precio.

CELESTINA.

García, reflexiona que eres pobre.

GARCÍA.

Tengo ingenio.

CELESTINA.

Te falta instrucción.

GARCÍA.

Aprenderé.

CELESTINA.

Tienes mucha vanidad y poca constancia.

GARCÍA.

Escribiré obras ligeras; me dedicaré á la sátira.

CELESTINA.

Te perseguirán.

GARCÍA.

Me haré soldado.

CELESTINA.

Como no te hagas fraile, no vivirás seguro; y entonces también tendrás que renunciar á tu amor. Mira allí. (*Transparéntanse las que parecian puertecillas de armario, y dejan ver un cuadro que representa á Calixto muerto al pie de la pared de un jardin, y á Melibea*

precipitándose de un terrado.) Aquélla es Melibea; aquél es Calixto.

GARCÍA.

¿Eres tú la Celestina de su época?

CELESTINA.

Yo soy, García.

GARCÍA.

¿No te quitaron la vida los criados de Calixto?

CELESTINA.

No: un cadáver desfigurado fué á la sepultura con mi nombre; yo en tanto saboreaba una venganza más ilustre que la que me dió la justicia castigando á mis matadores: el desastrado fin de los dos amantes.

GARCÍA.

¡Cómo! Cuando Calixto cayó desde el muro del jardín al separarse de Melibea...

CELESTINA.

Mi mano invisible precipitó á Calixto; mi aliento inspiró á Melibea la desesperada resolución de arrojarse de la azotea á vista de su padre.

GARCÍA.

¿Qué ofensa te habían hecho esos dos infelices?

CELESTINA.

La que tú me haces ahora: servirse de mi cier-

cia, y despreciarme luego. García, la trágica suerte de esos amantes os aguarda á tí y á Teresa, si rehusas mis ofrecimientos. Teme mi cólera, García.

GARCÍA.

Teme tú mi espada, hechicera infame. Veremos si tu inmortalidad te guarece de mis iras. (*Desnuda la espada y va á herirla.*)

CELESTINA.

¡Venganza! (*Desapareciendo y dejando sus vestidos en la silla. Los sátiros acometen á Garcia.*)

SÁTIROS.

¡Venganza, venganza! (*Ocúltase el alambique y se abre un hueco detrás, por el cual sale la Locura: en el fondo de este hueco se ve una cascada.*)

ESCENA XX.

LA LOCURA, DON GARCÍA, Sátiros.

LOCURA.

Monstruos, huid. (*Huyen los sátiros, y se van también los dos sillones.*)

GARCÍA.

¿Quién eres tú, que vienes á protegerme?

LOCURA.

¿No lo adivinas? Rehusando la mano de Celestina, has rehusado las riquezas, y amiguito, posi-

tivamente hablando, la riqueza es casi la felicidad; prefiriendo tu amor al oro, has hecho lo que llamarán casi todos una locura: razón es que la Locura en persona se declare por tí; los poetas siempre habéis tenido grandes títulos á mi protección.

GARCÍA.

Si tú me favoreces, nada tengo que temer: tú eres la soberana del mundo.

LOCURA.

Sígueme, y vamos á tranquilizar á Teresa. (*Vanse.*)

ESCENA XXI.

DON JUNÍPERO.

¡Ah de casa! ¡Madre Celestina! ¡Doña Celestina! ¡Misa Doña Celestina! (*Da vuelta por sí la llave en la cerradura y se abre la puerta.*) ¡Ya abrieron! Saludo á la gente honrada (*Saliendo*), si la hay por aquí: lo que es yo no la veo. ¡Qué llover! ¡Señor, qué llover! Calado estoy hasta lo más recóndito de mi individuo. Pero Nicodemus exigió que me viera y aconsejara con la señora Celestina, asegurándome que es persona bonísima, sabidorísima y complacidorísima. ¿Dónde colgaría yo esta capa que se enjugase? ¡De los hombros me la han quitado!... (*La cabeza del elefante alarga la trompa, y se queda con la capa de Don Junípero.*) Estimo el obsequio; pero convendría ver dónde me la ponen, porque, á obscuras, buenos somos todos y mi capa no pare-

ce. (*Le sale una luz de la copa del sombrero.*) ¡Ah! ¡Ya veo! ¡Extraña mansión! ¿De dónde viene la claridad? Del techo, no; del suelo, tampoco. ¡Canario! Sale de mi cabeza. No quiero estar en candelero; pueden querer despabilarme: prefiero mil veces la obscuridad. (*Se quita el sombrero y apaga la luz de él: aparece otra sobre la mesa.*) ¡Hola! bien: ahí está bien la luz. Si pudiera encender lumbre con ella, me sería muy útil, porque voy sospechando que tengo frío; y ya que hay allí fogón y leña... (*Sale un fuelle que va á la chimenea, sopla y enciende lumbre.*) ¡Calla! ¡un fuelle andando! Fuelles ambulantes con otra forma no faltan por Madrid: los agentes de policía inquisitorial vienen á ser trastos de la misma especie: soplan y encienden llamas... Con luz y lumbre no se está aquí tan mal; con una silla, y algo comestible, bien colocado en esta mesa, podría esperar sin fastidio la llegada de la madre Celestina, porque la verdad es que me siento con hambre: como he visto á mi novia comiendo con otro, me ha dado apetito. Un libro hay aquí: no pudiendo suministrar pasto al estómago, se le daremos al espíritu. ¡Y un sillón! ¡Soberbio! (*Sale un sillón.*) ¿De qué trata esta obra? (*Abriendo el libro.*) ¡Ah! son las profecías de Pero Grullo. Oigamos al profeta. «Juicio del año. Sabed que el cielo ordenado tiene que haya este año y el que viene guerra y peste y hambre y sed.» ¡Bah, bah! ¡Con tal aviso fácil es el remedio! Mudaremos á este año el número, y ya no será éste, sino otro. En cuanto al que viene, se le avisa que suspenda su viaje. (*La vela á cuya luz lee Don Junipero se alarga cuatro varas*

más.) ¡Digo, digo! ¡Lo que ha dado de sí mi vela! Ningún día de la Candelaria he visto un cirio tan larguirucho. No hay forma de leer si no me pongo al nivel de la luz. (*Súbese en la silla y lee. Mientras tanto sale un pavo desplumado y destripado, se asa en la chimenea y después se sube á la mesa, en la cual se han ido colocando por sí una servilleta, platos, jarros y vaso.*)

«Peste habrá particular
De necios de sí pagados,
Y habrá guerra entre casados
Y en el juego de billar.» (*Baja la vela.*)

Esto es menos incómodo. (*Se sienta.*) Prosigamos desgarrando el velo del porvenir. (*Lee.*)

«Hambre y sed ha de tener,
Sin distinción de fortunas,
Todo cristiano en ayunas
Ó con ganas de beber.»

(*Suben la luz y la silla á una grande altura.*) ¡Ay, Jesús! ¿Dónde me he encaramado? ¡Á ver, una escalera, una gradilla! ¡Miren lo que remanece en la mesa! Servilleta, platos, vaso, jarro... ¿Qué viene en el jarro? Porque si es agua, está de más: ¡harta he recibido sobre mi piel! No, no: ¡es vino! Y ya que vino vino, ¿cómo no vino comida? Pero ya se me presenta un ave. ¡Qué diantre! ¡Es un pavo! Pavo, pavo... como yo lo he sido, aunque interinamente, no me deja de repugnar esa carne. Para mí un pavo es un compañero, casi un prójimo: ser yo pavífago equivaldría casi á ser antropófago. Bien podía haberme servido otro plato esa bruja endia-

blada. (*Truenos, relámpagos: la cabeza del elefante se agita y brama; se oye música lamentable.*) ¡Bestia de mí! Se ha enfadado la vieja maldita porque la he llamado con el nombre de su oficio. (*Queda encerrado Don Junipero en una ratonera: le rodean multitud de gatos; suena música maulladora.*) ¡Qué veo! Todos los trasgos de Madrid me acometen. ¡Eh! señores, á la mesa: allí hay pavo asado; yo soy pavo crudo. ¡Arre, gatería! (*Logra forzar la ratonera y huye seguido de los gatos.*)

Calle con una posada que tiene por muestra un brazo saliente con una redoma en la mano. Á cada lado de la puerta un poyo.

ESCENA XXII.

DON GARCÍA, TERESA y LA LOCURA, saliendo de la posada

GARCÍA.

Pero oye, Teresa.

TERESA.

No tengo que oir: se acabó.

LOCURA.

Deteneos. ¿Á dónde vais?

TERESA.

Á mi casa, al convento, á cualquier parte donde me vea libre de este hombre.

GARCÍA.

¿Oís esto, señora? Cuando soy yo quien debiera quejarse...

TERESA.

¿Vos? ¿Podéis vos formar queja de mí?

GARCÍA.

¿Es poco haberme dicho en mi cara que no debíais haber hecho ningún sacrificio por mí?

LOCURA.

Ha sido una locura decir eso.

GARCÍA, *á Teresa.*

¿No merezco yo ser preferido á un estúpido?

LOCURA, *á Garcia.*

Es otra locura alabaros así.

TERESA.

Yo tenía razón de sobra para estar incomodada con vos. Me dijísteis con tanto énfasis que al proponeros Celestina su mano, la rechazásteis al punto sin atender á lo que perdíais... No pude menos de preguntar si valía tanto como yo esa bruja con más años que Matusalén. Id á buscarla; es partido muy á propósito para un poeta: magia y poesía todo es embuste.

GARCÍA.

¡Teresa!

LOCURA.

Teresita, vos también deliráis.

GARCÍA.

Dejadla: es muy natural que me desdeñe, habiéndome quedado sin el talismán prodigioso, que me proporcionaba riqueza y poder.

TERESA.

Según eso, ¿yo sólo os amaba por interés?

LOCURA.

Locos rematados estáis los dos.

GARCÍA.

Señora, vos no debéis culparnos.

TERESA.

Algo ha de influir en nosotros vuestra compañía.

LOCURA.

Sólo os faltaba indisponeros con vuestra única protectora.

TERESA.

Mil gracias por vuestros favores. Para no abusar de ellos, me vuelvo con mi aleve cuñado. Adiós.

LOCURA.

¡Teresa!

GARCÍA.

Adiós.

LOCURA.

¡García!

TERESA, *retrocediendo.*

¡Ay! que viene por allí Nicodemus.

GARCÍA, *volviendo pies atrás.*

¡Por allí vienen los alguaciles!

TERESA.

Defiéndeme, García.

GARCÍA.

Amparadnos, señora.

LOCURA.

¡Gracias al cielo! El peligro os volvió la razón. Seguidme otra vez á èsa posada. (*Entranse en ella.*)

ESCENA XXIII.

DON JUNÍPERO: NICODEMUS, ESPARAVÁN y varios criados, uno de ellos con un farol: salen por una bocacalle; por la opuesta CIGARRÔN y Alguaciles, también con linternas.

JUNÍPERO.

Tomadas quedan las avenidas por este lado.

CIGARRÓN.

Y por este otro también.

NICODEMUS.

Celestina me ha dicho que están los fugitivos aquí, en la posada de la redoma.

ESPARAVÁN.

Si los he visto yo ahora entrarse y cerrar la puerta.

CIGARRÓN.

Ellos tendrán que abrirla. Á la voz de mi Tribunal no hay puerta cerrada. Yo llamaré. (*Da órdenes á los alguaciles.*)

JUNÍPERO.

Para no perder tiempo, voy á continuar la nota de las brujerías que ese canalla de poeta lleva hechas conmigo. El Santo Oficio está esperando mi relación circunstanciada. Alumbra, tú. (*El criado que trae el farol se acerca á Don Junipero, quien se sienta en uno de los poyos de la posada.*)

CIGARRÓN, *llamando.*

¡Ah de casa!

UNA VOZ DENTRO.

¿Quién es?

CIGARRÓN.

¡La Inquisición!

VOZ.

Chitón. (*Bájase el brazo de la muestra y da un golpe á Cigarrón.*)

CIGARRÓN.

¿Quién me ha pegado, voto al aspa roja! ¡Posadero, salid!

NICODEMUS.

¡Si no hay posadero aquí: se murió!

ESPARAVÁN.

Son sus hijas las que llevan la casa.

CIGARRÓN.

¡Posaderas!

NICODEMUS.

¡Fregonas!

ESPARAVÁN.

¡Mozos!

CIGARRÓN.

Abrid, ó van á arder vivas las posaderas.

JUNÍPERO, *brincando del asiento.*

¡Uff! Las mías ya están ardiendo, ya están abrasadas. (*El poyo se ha transformado en un hornillo de castañera con lumbre y sartén.*)

NICODEMUS.

¿Qué ha sido?

JUNÍPERO.

Que me he sentado ahí, y no sé cómo se le ha prendido fuego al asiento.

NICODEMUS.

¡Toma! ¡Si estábais sobre un tostador de castañas! Mirad, mirad. (*El poyo vuelve á su sér.*)

JUNÍPERO.

¿Tostador? ¿Dónde está el tostador?

ESPARAVÁN.

En efecto, maese: aquí no hay más que un poyo liso, llano y lego.

JUNÍPERO.

Pero abonado, no. Libre está que me siente yo en él.

NICODEMUS.

Ni yo.

ESPARAVÁN.

Yo sí: vedlo. (*Se sienta.*)

CIGARRÓN.

Llamad vos, maese.

NICODEMUS.

Abran aquí: guarden al Santo Oficio el respeto oportuno.

VOZ.

¡Por tuno! (*El brazo pega á Nicodemus.*)

NICODEMUS.

¡Ánimas benditas!

ESPARAVÁN.

¡Santa Bárbara! (*Saltando del poyo, que vuelve á convertirse en tostador.*)

NICODEMUS.

Me han desquiciado la cabeza.

ESPARAVÁN.

Me han achicharrado la retaguardia.

JUNÍPERO.

No hay que amedrentarse: un brazo y un hor-

nillo son débiles obstáculos para hombres como nosotros. Acuchillemos ese brazo y forcemos entre todos la puerta.

CIGARRÓN.

¡Sí, sí!... Paso á la Inquisición.

VOZ.

Pasad á ella.

ESCENA XXIV.

LA LOCURA.

Invadid con frenético alborozo
La mísera posada,
Y os hallaréis en negro calabozo
Donde ministros míos al momento
Pongan á cada cual en un tormento.

DENTRO.

¡Ay! ¡ay!

LOCURA.

Está la burla ejecutada.

Calabozos de tormento, donde todas las personas de la escena anterior aparecen castigadas con alguno.

ESCENA XXV.

DON JUNÍPERO, NICODEMUS, CIGARRÓN y ESPARAVÁN, atormentados por sayones; LA LOCURA.

ESPARAVÁN Y CIGARRÓN.

¡Piedad!

JUNÍPERO.

¡Misericordia, cielo santo!

LOCURA.

No: padeced ahora
La pena del Talión, tanto por tanto.

ESPARAVÁN.

¡Por Dios, por Dios, señora!
Si me sacáis de aquí, mañana pego
Á esta mazmorra fuego.

JUNÍPERO.

Yo también.

NICODEMUS.

Yo también.

LOS CUATRO.

Sacadnos fuera.

LOCURA.

Anticípese el día
Que aplaudirá la raza venidera:
Caiga en escombros la mansión impía
Donde se trata al hombre como fiera.
(*Arruínase el edificio.*)

ACTO SEGUNDO.

Sala de una venta. Una chimenea á la izquierda del espectador; en medio de la pieza un armario y una cómoda; sillas colocadas sin orden como en cuarto sin arreglar.

ESCENA I.

LA LOCURA, DON GARCÍA.

LOCURA.

Escondeos, García; escondeos, vuelvo á decir.

GARCÍA.

Pero ¿y Teresa?

LOCURA.

Teresa está arriba, donde no la verán.

GARCÍA.

Ya que nos habéis sacado de Madrid, ¿por qué no nos habéis llevado más lejos?

LOCURA.

¿Á la Locura vais á hacer cargos?

GARCÍA.

Pero si esta venta se halla á cuatro pasos de la corte...

LOCURA.

Así os han alcanzado tan pronto los que os perseguían.

GARCÍA.

¿Nos favorecéis á nosotros ó á ellos?

LOCURA.

Estoy por vosotros; pero no quiero incomodarlos á ellos, porque al fin son vasallos míos también, son locos de otra especie.

GARCÍA.

Y ¿vais á recibirlos aquí?

LOCURA.

Para eso me he transformado en ventera.

GARCÍA.

Y ¿no os conocerán?

LOCURA.

Nunca.

GARCÍA.

¿Aunque os vean á cada paso?

LOCURA.

Á quien han visto ya es á vos.

JUNÍPERO, *dentro.*

Aquí todos, aquí. (*Escóndese García.*)

ESCENA II.

DON JUNÍPERO, NICODEMUS, ESPARAVÁN, CIGARRÓN, ALGUACILES, LA LOCURA; GARCÍA, en el armario.

JUNÍPERO.

¡Ventera! ¡patrona! ¿sois vos el ama de la venta?

LOCURA.

Hoy es el primer día que ocupo esta casa: por eso, como veis, están los trastos sin arreglar.

NICODEMUS.

Á propósito de trastos: ¿no han entrado aquí una dama y un caballero, á quienes venimos buscando?

LOCURA.

Un caballero que estaba aquí se ha escondido en ese armario al oir vuestra voz.

GARCÍA.

(¿Qué está diciendo esa mujer?)

JUNÍPERO.

¡Oh! pues de aquí no se ha de escapar.

NICODEMUS.

¿Y la dama?

LOCURA.

De la dama no puedo yo daros noticias.

CIGARRÓN.

No andará lejos.

ESPARAVÁN.

¿Si estará en el armario también?

JUNÍPERO.

¡Cáspita! veamos.

NICODEMUS.

Abrid, abrid. (*Abren y salen dos niños.*)

JUNÍPERO.

Un par de angelitos.

ESPARAVÁN.

¿Si serán hijos de mi señora?

NICODEMUS.

Haberse casado y tener familia tan granada en tan pocas horas, no me parece natural.

CIGARRÓN.

Pero si no es natural nada de cuanto nos está pasando.

NICODEMUS.

¿No dijísteis que se había escondido en este armario un caballero?

LOCURA.

Y dije la verdad.

JUNÍPERO.

Si desde allá fuera le he visto yo aquí.

NICODEMUS.

No puede ser.

GARCÍA.

Sí puede ser. (*Abre y cierra.*)

LOCURA.

¿Lo veis?

JUNÍPERO.

¿Lo veis, farmacéutico descreído? Á ver, señor Don García: ya que no podéis escaparos, haced el favor de dejaros prender, y veniros derechitos á la cárcel. (*Salen otros dos chicos.*) ¿Otra parejita tenemos?

ESPARAVÁN.

¡Lo que da de sí mi señora!

CIGARRÓN.

Cuatro sobrinitos, maese.

NICODEMUS.

Los hongos en muy poco tiempo se forman: si hay sobrinos hongos también...

GARCÍA.

¿No hay tíos cermeños?

JUNÍPERO.

Sí, señor; y poetas calabazas, como por ejemplo...

LOCURA.

Esos son calabacines de seis en libra. (*Abre Junípero y salen dos niños.*)

JUNÍPERO.

Señora, ¿es armario esto ó es escuela pía?

LOCURA.

El inquilino del trasto lo sabrá mejor.

GARCÍA.

Aún falta. (*Abre y cierra.*)

JUNÍPERO.

¡Cá! Sobra ya mucho.

NICODEMUS.

Pues ve echando, hija, hija: abrid. (*Abren y salen dos chicos.*)

JUNÍPERO.

¡Ocho pelones! Pues, señor, me parece ya bastante familia.

GARCÍA.

Á mí no. (*Abre y cierra.*)

JUNÍPERO.

No trataréis de mantenerla: maese, de esta vez no hay más que aflojar el dote de la muchacha.

NICODEMUS.

Pero ¿no hemos de atrapar á ese pícaro que atrapó á mi cuñada? (*Abren y salen dos niños más y*

dos amas de cria, cada una con un niño de pecho.) ¡Cristo del Pardo!

CIGARRÓN.

¡Cuatro más!

NICODEMUS.

¡Doce chiquillos!

ESPARAVÁN.

¡Y dos pasiegas!

JUNÍPERO.

¡Libera nos Domine!

LOCURA.

¡Seguid, seguid abriendo!

JUNÍPERO.

Yo he cerrado ya la intención.

NICODEMUS.

Quieto el nido: vamos á ver por otra parte si cazamos la pájara. (*Vanse todos, menos Don Junípero.*)

ESCENA III.

DON JUNÍPERO, luego CELESTINA.

JUNÍPERO.

Siendo ya Teresa mujer de otro, y tan mujer, fuerza será ir pensando en renunciar á ella; mas como pueda yo vengarme del chasco...

CELESTINA, *dentro.*

¡Don Junípero!

JUNÍPERO.

(Esta voz extraña me asusta.)

CELESTINA, *dentro.*

¡Don Junípero Mastranzos!

JUNÍPERO.

(Quiero hacerme el desentendido.) No estoy en casa.

CELESTINA, *saliendo por la chimenea.*

No mientas, cobarde.

JUNÍPERO.

(¡Celestina! ¡Ya se ve! ¿Quién había de venir por una chimenea sino una bruja.)

CELESTINA.

¿Quieres vengarte de tu rival?

JUNÍPERO.

¿Que si quiero! Por tener yo á mi disposición al señor Verdolaga, sería capaz...

CELESTINA.

¿De casarte conmigo?

JUNÍPERO.

¿Cómo es eso?

CELESTINA.

¿Vacilas? ¿rehusas? ¡Adiós!

JUNÍPERO.

Despacio, señora: concededme unos momentos para serenarme. La sorpresa, el empacho juvenil... vacilo; pero no digo que no.

CELESTINA.

Con mi mano te ofrezco riquezas y poder sin límites.

JUNÍPERO.

Es que soy rico también.

CELESTINA.

Yo puedo dejarte pobre, si no hay más obstáculo.

JUNÍPERO.

¿Para qué? Lo que abunda no daña. ¿Con que tan opulenta sois?

CELESTINA.

De más para adquirir un imperio.

JUNÍPERO.

No soy ambicioso: dos ó tres principados me bastarían.—Y ¿como cuántos años contáis?

CELESTINA.

No quiero engañarte: tengo dos siglos y...

JUNÍPERO.

¡Dos siglos! ¡Justo Dios!...

CELESTINA.

Y ochenta y cuatro años.

JUNÍPERO.

¡Friolera es el pico! ¡Doscientas y ochenta y cuatro navidades! Luego ¿sois la mismísima Celestina de Juan de Mena? ¡Es una curiosidad una mujer semejante!—Y sería una moza como unas peladillas cuando nació Don Enrique IV. Vuestra edad me decide, abuela; digo, hermosa. Ahí va mi mano.

CELESTINA.

Toma la mía.

JUNÍPERO.

(¡Huy! Parece un manojo de sarmientos.)

CELESTINA.

Pide ahora lo que quieras.

JUNÍPERO.

Lo primero, que me aseguréis á García y á la boticaria.

CELESTINA.

¿Dónde quieres que ponga á García?

JUNÍPERO.

En una jaula de locos.

CELESTINA.

Concedido: Teresa, por lo pronto, volverá á ca-

sa de su tutor; yo trasladaré dormido á cada uno de los dos al encierro que les hemos destinado.

JUNÍPERO.

Estoy deseando presenciar una prueba de vuestra habilidad.

CELESTINA.

Vuélvete á Madrid sin tardanza, y no te quejarás de que te haya engañado. Mañana nos veremos. Hasta mañana, querido. (*Vase por donde vino.*)

JUNÍPERO.

Adiós, criatura. Me parece que no he hecho del todo mal en renunciar á Teresa, puesto que no había apariencias de que fuera mía.

ESCENA IV.

ESPARAVÁN, CIGARRÓN, DON JUNÍPERO.

CIGARRÓN.

Ea, aquí estamos nosotros.

JUNÍPERO.

¿Qué es eso? ¿Habéis hallado á Teresa?

CIGARRÓN.

No: venimos á extender la diligencia de lo ocurrido con ese condenado armario para conocimiento del santo Tribunal.

JUNÍPERO.

¿Y maese Nicodemus?

ESPARAVÁN.

Anda en descubierta de una cama; pero hasta ahora no ha encontrado más que la del suelo.

JUNÍPERO.

Voy á persuadirle que se acomode en el pajar.

ESCENA V.

ESPARAVÁN, CIGARRÓN.

CIGARRÓN.

Joven farmacéutico, sentémonos.

ESPARAVÁN.

Sentémonos. (*Al sentarse en las sillas, éstas dan una especie de graznido.*)

CIGARRÓN.

Amigo Esparaván, ¿habéis observado?

ESPARAVÁN.

No; pero he oído sin observar. Las sillas han dicho *guay*.

CIGARRÓN.

Sí, han dicho *guay*.

ESPARAVÁN.

Y *guay* quiere decir *ay*. Y *ay* quiere decir quejarse.

CIGARRÓN.

Vaya, vaya, el miedo es el que os aqueja á vos, y no poco. Esto debe ser una ilusión. (*Vuelven á sentarse y repítese.*)

ESPARAVÁN.

¿Lo veis, pecador?

CIGARRÓN.

¡Por el aspa de San Andrés! Ésta es una ilusión que se parece mucho á un graznido.

ESPARAVÁN.

¿No habéis oído decir que todo cuanto existe en la naturaleza tiene vida, y que es delito abusar? ¿Quién sabe si estas viejas sillas?...

CIGARRÓN.

No, señor: la silla, en el mero hecho de serlo, debe saber para lo que sirve, y será una debilidad de nuestra parte atender á tan injusta reclamación. ¡Firmes en ellas!

ESPARAVÁN.

¡Firmes! (*Se sientan, graznan las sillas y ellos se caen.*) ¡Ay Cristo de la caída! Ya estoy lo mismo que Adán al criar Dios á Eva.

CIGARRÓN.

¿Con una buena cara delante?

ESPARAVÁN.

Con una costilla menos detrás.

CIGARRÓN.

Pues de mí pueden haber salido tres Evas ó cuatro. ¡Otra! el legajo que pusimos aquí, voló.

ESPARAVÁN.

Si hubiera volado, le hubiéramos visto. Sin duda hay algún escotillón en el tablero de la papelera, y por él se ha colado dentro.

CIGARRÓN.

Saquemos el cajón de arriba. (*Lo hacen.*) Está vacío, como bolsa de estudiante.

ESPARAVÁN.

Vaya el del medio... Vacío también.

CIGARRÓN.

Á ver el de abajo... Idem, idem.

ESPARAVÁN.

¿Me sabréis explicar, amigo Cigarrón, en qué consiste que, habiendo sacado los tres cajones de este mueble, se quede tan cerrado como antes?

CIGARRÓN.

Consiste en que tiene cajones suplentes para ausencias y enfermedades.

ESPARAVÁN.

Afuera los suplentes. (*Sacan sucesivamente otros tres.*) Uno.

CIGARRÓN.

Dos.

ESPARAVÁN.

¡Tres!

CIGARRÓN.

Y no hemos hecho nada.

ESPARAVÁN.

Repitamos la operación. ¿Ha de ser interminable esta cajonería?... (*Sacan otros tres.*) Uno, y van siete.

CIGARRÓN.

Dos, y van ocho.

ESPARAVÁN.

Tres, y van nueve.

CIGARRÓN.

Cuatro, y van diez.

ESPARAVÁN.

Cinco, y van once.

CIGARRÓN.

Seis, y van doce. ¡Y cerrado como antes! Esto es brujería, y ya pasa de raya. No, pues no se ha de reir de mí el dueño del trasto. Esparaván, saquemos al camino papelera y cajones y hagamos con todo un auto de fe. Ó soy familiar de la Santa... ó no. ¡Hola, muchachos! Venid, ayudadnos.

ESPARAVÁN.

Al fuego con ellos. (*Se van, llevándose los cajones, etc.*)

ESCENA VI.

DON JUNÍPERO, NICODEMUS, LA LOCURA, dichos

NICODEMUS.

Una vez que me aseguráis tan positivamente que Teresa está en casa, quiero marchar sin dilación á Madrid.

LOCURA.

En la venta acaban de parar un coche de retorno y unos mozos con una silla de manos.

NICODEMUS.

Me apodero del coche: Esparaván se volverá despacio con los caballos. (*Vase la Locura.*)

JUNÍPERO.

En la silla iríais más cómodo; pero ya que os empeñáis en que yo la ocupe...

NICODEMUS.

Yo no tengo empeño en tal cosa; pero me urge mucho el estar en Madrid para custodiar á aquella pícara cuñada. ¿Qué le diré de vuestra parte?

JUNÍPERO.

Decidle... que he dicho yo que no le digáis nada.

NICODEMUS.

El recado, aunque se olvide, no compromete á nadie.

JUNÍPERO.

Hasta que yo os avise, alto silencio acerca de mi persona: lo mismo que si no nos hubiéramos conocido. Esto importa.

NICODEMUS.

Está bien: adiós, mi cuñado.

JUNÍPERO.

Si me dais ese nombre, lo echáis á perder. Desentendeos de mí; haceos cuenta que soy un parroquiano mal pagador.

NICODEMUS.

Ya estoy. Dios le guarde.

JUNÍPERO.

Vaya con Dios. (*Vase Nicodemus, y sale la Locura y dos mozos que traen una silla de manos.*)

LOCURA.

Aquí están los mozos con la silla. (Tú pagarás el que Celestina se haya apoderado de los dos pobres amantes.)

JUNÍPERO.

(Á su tiempo sabrá el maese mis relaciones con Celestina.) ¡Eh! ganapanes, llevadme con cuidado. (*Entra en la silla.*)

LOCURA.

Descuidad: es gente hábil y forzuda. Si queréis, os llevarán hasta Madrid de una corrida.

JUNÍPERO.

Que me place. Ea, de un tirón á Madrid. (*Los mozos echan á correr con la silla; cáese el fondo de ésta, y Don Junipero, no pudiendo salir de ella, tiene que correr al paso de los mozos.*)

JUNÍPERO.

¡Eh, eh! muchachos, que esto es peor que ir á pie. Aguardad, ¡deteneos!

LOCURA.

Sin parar, á Madrid. Ya lo habéis oído.

JUNÍPERO.

Parad, parad.

LOCURA.

Paso redoblado. (*Vanse todos.*)

Interior de un hospital: en el fondo el departamento de convalecientes; á la derecha el de los locos.

ESCENA VII.

DON GARCÍA, á una ventana.

GARCÍA.

¡Válgame el cielo! ¡qué veo!
¡Válgame el cielo! ¡qué miro!
Con poco espanto lo admiro,
Con mucha duda lo creo.
En los brazos de Morfeo
Me abandoné por mi mal;
Pues en mi sueño fatal
Aquella mágica maula,
Soplándome en una jaula,

Me instaló en un hospital.
Según yo creí, según
La Locura me decía,
Nada que temer tenía...
¿Si estaré durmiendo aún?
Soñar es cosa común
En mundo tan singular,
Donde se ve sin cesar
Triste experiencia que enseña
Que todo el que vive sueña
Lo que es, hasta despertar.
Yo sueño que arrastro aquí
La cadena que me agobia,
Y soñé que con mi novia
De ceca en meca me fuí;
Á mi costa conocí
Que me engañó el corazón,
Que la dicha es ilusión,
Y el bien mayor muy pequeño,
Y que al fin *la vida es sueño*,
Como dice Calderón.

ESCENA VIII.

DON JUNÍPERO, conducido dentro de la silla con los mozos que vienen corriendo; ESPARAVÁN, que los sigue; DON GARCÍA.

GARCÍA.

Gente llega; no quiero que me vea nadie. (*Éntrase.*)

ESPARAVÁN.

Alto, alto. (*Asiendo al mozo delantero por los cabe-*

zones.) Aquí es. Párate, condenado: ¿quieres matar á ese pobre señor? (*Páranse los mozos y Don Junípero sale de la silla.*)

JUNÍPERO, *apoyándose en él.*

¡Ay, Esparaván! ¡Ay, Esparaván de mi alma! ¡Si no es por tí echo los bofes!

MOZO.

Con que nuestro amo, ¿qué nos da ucé para remojar la palabra?

JUNÍPERO.

Plomo derretido es lo que merecéis, caribes.

MOZO.

Pues me parece que no debe ucé quejarse, ¡caramba! que hemos traído buen paso.

JUNÍPERO.

Volveos con el mismo, si no queréis...

MOZO.

Es que si ucé no nos paga, le llevamos corriendo á la venta.

JUNÍPERO.

Todo menos que eso: prefiero pagar. Tomad (*Les da dinero*) y reventad con ello.

MOZO.

Gracias: Dios le de á ucé lo que desea. (*Vanse los mozos.*)

ESPARAVÁN.

¿Os vais á quedar áquí?

JUNÍPERO.

Sí, avisa á mis criados que no me esperen: quiero refugiarme en esta Santa casa, porque en la mía no estoy seguro de mis enemigos. Veremos si respetan los brujos este sagrado. Llama por ahí á un dependiente.

ESPARAVÁN.

¡Señor comisario, porteros!...

ESCENA IX.

LA LOCURA, de hombre; dichos.

LOCURA, *al salir.*

(Quieres librarte de mis persecuciones, y vienes al lugar donde la sociedad encierra á los menos ofensivos de mis vasallos. Ello dirá.) ¿Quién llamaba? ¿Quién preguntaba por el comisario?

JUNÍPERO.

Un servidor vuestro, que os suplica le sirváis.

LOCURA.

¿Qué es lo que queréis?

JUNÍPERO.

Una cama por mi dinero.

LOCURA.

Al momento. ¡Mozo! (*Llamando.*) ¿Qué enferme-

dad padecéis? ¿Timpanitis? ¿Gastro-enteritis? (*Sale un mozo y trae dos muletas.*)

JUNÍPERO.

Derrengaditis. No puedo conmigo de cansado; y si me tengo en pie, no es sino por decencia y porque Esparaván me sirve de Cirineo.

LOCURA, *al mozo.*

¿Qué llevas ahí?

MOZO.

Las muletas para el número quince. Aquel pretendiente á quien, á fuerza de correr, se le dislocaron las rótulas.

JUNÍPERO.

Dadme acá las muletas del pretendiente, que yo también, por serlo, estoy tan descompaginado, que más necesito de encuadernador que de médico. (*Se apoya en las muletas, que van creciendo.*)

LOCURA.

¿Qué pretendíais?

JUNÍPERO.

¡Casarme! Vea vuestra merced qué bicoca.

LOCURA.

¿Y no lo habéis conseguido estando, como estamos, en minoría los varones?

JUNÍPERO.

Pues á pesar de la minoría, y hacerme pertene-

cer á la mayoría, mi novia me ponía *gratis* un sustituto y... (*Repara en la altura que lo han subido las muletas.*) ¡Virgen de la Asunción! Si el pretendiente subía como sus muletas, habrá sido ministro.

LOCURA.

Á consecuencia de esto se volvió loco. Casi todos paran así.

JUNÍPERO.

¡Socorro! ¡que me caigo!... Ya no me caigo. ¡Ay, el tal pretendiente estaba enamorado! Esparaván, sostenme.

ESPARAVÁN.

Por cierto, señor, que pesáis como disparate ministerial.

JUNÍPERO.

Ruégoos que me deis, y así logréis lo que más falta os haga, un cuarto donde haya muchísimo silencio, muchísima tranquilidad, donde no se sienta volar una mosca.

LOCURA.

Os acomodaré en el departamento de los paralíticos, que son, como podéis figuraros, gente poco bulliciosa.

JUNÍPERO.

Bien: me arreglaré con la paralisis.

LOCURA.

Mozo, llevad al señor al corredor de San Babilés, cuarto número 5.

ESPARAVÁN.

Señor Don Junípero, que descanséis.

JUNÍPERO.

Adiós. (*Se entra con el mozo por la puerta del fondo. Esparaván se va por la izquierda.*)

LOCURA.

Ahora no me falta más que traer aquí al boticario.—Ya he tranquilizado al pobre García con la esperanza de su próxima libertad. Pensaré después en Teresa. (*Paséase cruzando el teatro.*)

JUNÍPERO, *desde el cuarto.*

¿Con que ésta es mi habitación?

LOCURA.

Ya lo veis: es ventilada y tranquila.

JUNÍPERO.

Y está servida como la alcoba de un arcediano. (*Al mozo.*) Á ver tú, dame ese balandrán y un gorro de dormir: necesito estar holgado para descansar. (*Se sienta en un sitial.*) ¡Ay, qué gusto cuando puede uno extender sus miembros doloridos!... (*Abrense todas las ventanas del departamento: en la una aparece un trompeta tocando, en la otra un calderero, en otra un zapatero machacando suela, etc.*) ¡Virgen de Belén! ¿Qué baraúnda es ésta? ¡Ni el caballo del Retiro que lo aguante! ¡Señor comisario! ¡Señor comisario! ¡Señor comisario! (*Quítase de la ventana, ciérranse las otras y cesa el ruido. Sale Don Junípero.*)

LOCURA.

¿Qué sucede, caballero?

JUNÍPERO.

Esto es un horror, una herejía.

LOCURA.

Pero ¿cuál?

JUNÍPERO.

¿Cuál? ¡Friolera! Que me habéis aposentado entre una cáfila de caldereros, de músicos de la murga, de zapateros que arman un estrépito diabólico. (*Ábrense las ventanas y aparecen enfermos, leyendo unos, y otros durmiendo.*)

LOCURA.

Yo no entiendo lo que decís: mirad á las ventanas, y ved si los enfermos que no están durmiendo pueden tener ocupación más silenciosa.

JUNÍPERO.

¿Habrá sido todo aprensión mía? Cierto que los tales camaradas parecen personas bastante quietas: sin embargo, yo juraría que había un *zis-zás*, que aún me anda zumbando en las orejas. Amigo, perdonad; puedo haberlo soñado: veinticuatro horas hace que tengo la cabeza perdida. Me vuelvo á mi cuarto á dormir. (*Vase.*)

LOCURA.

Pesado sueño ha de ser el tuyo, si duermes hoy. (*Ciérranse las ventanas.*)

JUNÍPERO, *desde el cuarto.*

En efecto, me había equivocado: no me vendrían mal unos paños de nieve en la cabeza. (*Se sienta: vuelven á abrirse las ventanas y se repite el alboroto.*) No: pues ahora estoy seguro de que no lo sueño. ¡Comisario!... ¡Mozos! ¡practicantes!... ¡obregones!! (*Cesa el ruido.*)

LOCURA.

¡Dale! ¿Qué ocurre de nuevo? Caballero, vos á cada paso turbáis la tranquilidad del establecimiento.

JUNÍPERO.

No es mala tranquilidad la suya.

LOCURA.

Si no os halláis bien aquí, marchaos.

JUNÍPERO.

Sí, señor, que me marcho: á la hospedería de los cartujos.

LOCURA.

Pues andad con mil diablos.

JUNÍPERO.

Ellos son los que andan conmigo.

ESCENA X.

NICODEMUS, DON JUNÍPERO, LA LOCURA.

NICODEMUS.

Aquí me ha dicho Esparaván que se halla mi hombre. Buen amigo, ¿podréis decirme dónde pára mi cuñado?

LOCURA.

Y ¿quién es ese caballero?

NICODEMUS.

El que se va á casar con mi pupila.

LOCURA.

Pero ¿quién se casa con ella?

NICODEMUS.

El hidalgo.

LOCURA.

Dad esas señas al pregonero para que le busque, que son seguras.

JUNÍPERO, *desde la ventana.*

¡Maese Nicodemus!

NICODEMUS.

¡Don Junípero! Amigo, teníais razón: Teresa está en casa.

JUNÍPERO.

¿No os lo dije yo?

NICODEMUS.

Y ¿qué os ha sucedido?

JUNÍPERO.

Mil calamidades. Venid al cuarto y os contaré más pasos que tiene un vía-crucis.

NICODEMUS.

Con permiso de este señor. (*Vase.*)

LOCURA.

Ya están reunidos como yo deseaba. Rejas y cerrojos que guardáis á tantos infelices, cuya desgracia consiste en no saber ocultar su locura, caed á mi voz. Amantes ofendidos, mujeres olvidadas, venid y gozad un momento de alegría y de libertad. (*Caen las rejas del departamento de los locos, y salen éstos en tropel y gritando. Vase la Locura.*)

ESCENA XI.

DON GARCÍA, locos y locas; DON JUNÍPERO, y NICODEMUS, en el cuarto.

CORO DE LOCOS.

Empiece el ruido
Y los porrazos,
Caigan las rejas
Hechas pedazos:
Y en este día
Atruene el mundo
Nuestra alegría.
La calma y el silencio

Son tristes por demás:
Silencio, pues, y calma
Vayan á pasear.
Cuanto más ruido hagamos
Menos silencio habrá.

GARCÍA.

¡Oid, castellanos! Yo soy
El Conde Fernán González;
Y como el Rey de Aragón
Me tiene mucho coraje,
Tratándome como á joya
Creyó prudente guardarme.
Mas mi esposa la Condesa
Cambió conmigo de traje,
Y salí dando respingos
Con sus sayas por las calles,
Seguido de dos mancebos
Á quien prendó mi talante.
Allí gime la Condesa
Cautiva; con que ayudadme:
Bloqueemos el alcázar,
Traed pertrechos.

LOCOS.

Al instante.

(*Parte de locos se va, y vuelve en el momento con tres escaleras; dos tinajas preparadas á manera de morteros, y dos jeringas á manera de cañones.*)

NICODEMUS.

¿Con que se volvió García
Demente?

JUNÍPERO.

¡Qué disparate!
Desde que nació lo está.
¡Si es poeta!

NICODEMUS.

¡Ya!

GARCÍA, *á su gente.*

Alinearse.
¡Ah! ¡Mirad allí mi esposa!
(*Señalando á Don Junípero.*)
¡Mirad su rostro de Ángel!
Juradme verter por ella
La última gota de sangre.

LOCOS.

Lo juramos.

GARCÍA.

¡Ah bien mío!

JUNÍPERO.

¡Ay! que me toma el salvaje
Por mujer; que me bloquea
El amante de mi amante.
Salvémonos, Nicodemus.

NICODEMUS.

¿Por dónde?

JUNÍPERO.

Por cualquier parte.

GARCÍA.

Hagan fuego los morteros,
Atruene el cañón los aires.
Rifi-rafe.

(*Dispáranse las tinajas y las jeringas; abren boquetes en el piso principal, y lo escalan: al mismo tiempo se ve á Nicodemus y Junípero sobre las dos chimeneas del tejado.*)

NICODEMUS.

¡Ay!

JUNÍPERO.

¡Que me tuesto!

LOCOS.

¡Rafe-rifi-rifi-rafe!

Portal en casa de Don Junípero: á un lado el cuartito del portero.

ESCENA XII.

ESPARAVÁN, un PORTERO.

ESPARAVÁN.

Guárdele Dios, amigo. El señor Don Junípero Mastranzos...

PORTERO.

No recibe hoy á nadie.

ESPARAVÁN.

Hombre, si casualmente vengo á avisar á usarcedes...

PORTERO.

Ya digo que no está en casa.

ESPARAVÁN.

Sí; pero yo tengo que prevenir...

PORTERO.

Lea ese rétulo si sabe, lo que yo no necesito. Ahí dicen que dice que nadie pase sin hablar con el portero.

ESPARAVÁN.

Si yo no trato de pasar: si yo sólo tengo necesidad de...

PORTERO.

Respete usarcé las leyes interliminares.

ESPARAVÁN.

Pero atienda usted á razones.

PORTERO.

Pediré auxilio á la cocina.

ESPARAVÁN.

Pídale usarcé, si quiere, á la caballeriza; pero...

PORTERO.

Y soltaré el perro que muerde.

ESPARAVÁN.

Probablemente será más racional que su amo.

PORTERO.

Mi obligación es echar con cajas destempladas á la gentecilla.

ESPARAVÁN.

La obligación de usarcé es oir á los que le hablan; y aunque le lleve pateta...

PORTERO.

Y por más que ucé se empeñe...

ESPARAVÁN.

Ha de saber que su amo se queda en el hospital descansando, y me envía á decir á usarcedes que acaso no vendrá en todo el día de hoy.

PORTERO, *hablando al mismo tiempo que Esparaván.*

Ha de salir del portal inmediatamente, ó cogeré una tranca y le moleré las costillas... ¡Ah! ¿con que venía usarcé con recado de mi señor?

ESPARAVÁN.

Pues, para que no estuvieran aquí con cuidado.

PORTERO.

¡Qué disparate! Cuando él está en casa es cuando debemos tener cuidado. En saliendo fuera, maldito; pero allí viene ya.

ESPARAVÁN.

Pronto se ha restablecido.

ESCENA XIII.

DON JUNÍPERO, dichos; luego LA LOCURA.

PORTERO.

¡Oh, señor! seáis bien llegado. Este buen hombre me había dado un susto, diciéndome que os hallábais echadillo á perder.

JUNÍPERO.

Ya me he repuesto.

ESPARAVÁN.

En efecto, no se os conoce ya el cansancio de la jornada en silla de pies, quiero decir, de manos.

JUNÍPERO.

¿Qué se ha de conocer? ¿Qué es aquello para un hombre de mi fibra? Yo soy un roble. (Gracias al talismán que me acaba de dar Celestina.)

LOCURA, *dentro.*

¡Calabazas y pimientos!

PORTERO.

Ésta no es la voz de la foncarralera que viene á casa.

LOCURA, *dentro.*

¡Berenjenas y tomates, cebolletas y pepinos! ¡Só, borrico, só!... (*Sale vestida de labradora.*) Guarde Dios á la buena gente. ¿Vive aquí Don Junípero Mastranzos?

PORTERO.

No recibe á nadie.

LOCURA.

Es que...

PORTERO.

No está en casa: está invisible.

JUNÍPERO.

¿Qué le quieres á Don Junípero, prenda?

LOCURA.

¡Toma, que es su mercé! ¿Pues á qué me dice ese tío que no está en casa?

JUNÍPERO.

Es mi portero, y le pago para que mienta.

LOCURA.

No desempeña mal el encargo. Pues, señor, yo soy nieta de la tía Magallona... y la tía Magallona me envía de Fuencarral con una carga de hortaliza para su mercé. Ella no viene, porque como ya es de noche...

JUNÍPERO.

Ha hecho muy bien la abuelita en quedarse por allá. (¡Por la barca de Fuentidueña que la chica es preciosa!)

LOCURA.

Con que voy á entrar el señón.

JUNÍPERO.

No consentiré yo que te tomes ese trabajo. Descargad vosotros la caballería. (*Vanse el portero y Esparaván.*)

LOCURA.

Viva su mercé mil años. (Voy á ver si le quito los polvos de Celestina.) Pues, señor, yo tenía que pedir á su mercé un favor.

JUNÍPERO.

Pide cuanto quieras, hermosa.

LOCURA.

Mi abuela me trujo por navidaes á Madrid, y juimos una tarde al corral de la Cruz á ver una comedia. ¡Ay! ¡lo que yo me divertí en aquella junción! ¡Cómo se me iban los ojos tras de una reina mora con guarda-infante, que la iban á meter monja, y ella no quería, porque estaba casada en secreto con un arzobispo! En fin, ¿qué quiere su mercé que le diga! Yo conocí que aquél era mi sino, y sin más ni más hice voto de ser comedianta.

JUNÍPERO.

Muy bien.

LOCURA.

No, no tan bien; porque cuando allá en el lugar se lo dije á mi abuela, me hartó de mojicones para quitarme de la cabeza aquella aprensión.

JUNÍPERO.

Y ¿qué efecto produjo la retórica manual de la abuela?

LOCURA.

¡Toma! inficionarme más al teatro.

JUNÍPERO.

Y ¿qué es lo que pretendes de mí?

LOCURA.

Que su mercé, que tendrá conocimiento con el autor y el despabilaor y todos los regidores de la compañía, les hable por mí, y les diga que soy muy buena muchacha, y que tengo mucha habilidad, y que no soy fea.

JUNÍPERO.

Eso último ya lo dirán ellos sin que yo se lo advierta. (Vale más que Teresa con tercio y quinto.) Pero, hija, ¿cómo respondo yo de tu disposición cómica, si no veo antes una muestra de ella?

LOCURA.

¡Toma! Cabalitamente quería yo que su mercé me oyera un paso de una trajeria, que he aprendido en menos de seis meses.

JUNÍPERO.

¿De qué pieza es?

LOCURA.

De una que lleva el nombre de una señora

muy pícara, que se llamaba como otra que fué muy buena.

JUNÍPERO.

Esas señas convienen á todo nombre de mujer.

LOCURA.

El nombre de la tal acaba así como en *recia* ó *necia*, y el apellido se parece á alforja.

JUNÍPERO.

¿Lucrecia Borja?

LOCURA.

Eso es.

JUNÍPERO.

Vaya en gracia.

LOCURA.

Y se llamaba Lucrecia.

JUNÍPERO.

Yo sé de memoria todo ese drama. Principia; que sea la escena que fuere, yo te daré las réplicas.

LOCURA.

Comienzo, pues:
Envenenado estás. (*Declamando.*)

JUNÍPERO.

Señora, ¿es cierto?

LOCURA.

Como catorce y diez son veinticua tro.

JUNÍPERO.

Vos me servísteis la traidora copa,
Y bebí sin recelo: soy un asno.

LOCURA.

Deja tus alabanzas por ahora,
Que el lance es peliagudo y apurado,
Y ya verás al acabar la escena
Cómo sobre una silla me desmayo.
Escucha: sabe que mi esposo el Duque
De tí celoso está; se ha figurado
Que eres tú mi cortejo, y me propuso
Que te viese morir á candilazos,
Ó que en el vino que beber debías
Te presentara un tósigo mi mano.
Un veneno terrible, aquel veneno
Cuyo nombre no más cubre de espanto
La faz de todo el que en Italia sabe
Cuántas víctimas ha despabilado.

JUNÍPERO.

Sí, ya estoy: el veneno de los Borjas,
Que son incomparables boticarios.

LOCURA.

Ese es el que bebiste: en el bolsillo
Siempre á la cinta su remedio traigo,
Combinación secreta que en el mundo,
Si no mi hermano, y yo, y el Padre Santo,
Nadie la sabe hacer. En este pomo
Está la vida y la salud, Genaro;

Y de la muerte próxima te libra
Sólo una gota, cuanti más un trago.
(*Registrando á Don Junípero.*)
Su mercé debe tener
Por aquí en la faltriquera
Algo que haga de frasquete.
Esta cajita... ¡qué bella! (*La de los polvos.*)
¿Es de rapé?

JUNÍPERO.

No es rapé.
No sabes lo que te pescas.

LOCURA.

Al contrario, Don Junípero:
Tendí el anzuelo muy diestra;
Y tanto sé lo que pesco,
Que sé que esta caja encierra
Los polvos que Celestina
Os dió de su amor en prueba;
Y como pueden perder
Á García y á Teresa,
Á tenerlos decidida
Vine por ellos resuelta.

JUNÍPERO.

Pero ¡esto es una locura!

LOCURA.

Justamente yo soy esa.

JUNÍPERO.

Y ¿así tratáis á un vasallo?

LOCURA.

No, que vos sois de otra secta:
La de los tontos, la más
Poblada que hay en la tierra.

JUNÍPERO.

Gracias y escuche.

LOCURA.

Soy sorda.

JUNÍPERO.

Mire á lo menos...

LOCURA.

Soy ciega.

JUNÍPERO.

Oiga razones.

LOCURA.

Soy loca.

JUNÍPERO.

Dice bien; y yo un babieca.

Vista exterior de la venta en que principió el acto. Una galera arrimada á la pared.

ESCENA XIV.

CELESTINA, NICODEMUS.

NICODEMUS.

Yo creía que Teresa estaría tan segura en el convento como un aceite esencial en una redoma tapada herméticamente.

CELESTINA.

Las esencias se disipan en las redomas, y las niñas en cualquier punto de la corte están expuestas á la disipación. Por eso os he aconsejado este viaje y que la dejéis conmigo en la casa que acabo de construir á corta distancia de Huesca. No tengáis cuidado ninguno en orden á la chica, ya que me confiáis su custodia.

NICODEMUS.

La tal Doña Teresita Loreto, mi dichosa cuñada, me tenía la paciencia saturada de fastidio. Pero allá en vuestra nueva habitación, ¿os prometéis conseguir que se case con Don Junípero?

CELESTINA.

(No lo verán tus ojos.) Por lo menos se evitará que se case con García.

NICODEMUS.

Y ¿por qué no queréis que Don Junípero nos acompañe? No parece sino que formáis empeño en separarle de su novia y tenerle siempre á vuestro lado. Pues el trato engendra cariño, y viceversa, la incomunicación no engendra nada.

CELESTINA.

(Cederé, para que no sospeche.) Convengo en que marche con vuesas mercedes en lugar de venirse conmigo. Voy á avisarle, y me marcho sola en seguida.

NICODEMUS.

Ea, pues, hasta la vista.

CELESTINA, *al retirarse.*

Buen viaje. (Al cabo Teresa no le quiere, y él sabe que la jornada ha de acabar con nuestro casamiento.) (*Vase.*)

ESCENA XV.

NICODEMUS, TERESA; luego DON JUNÍPERO, ESPARAVÁN y Mozos.

NICODEMUS.

Esta madre Celestina
Me tiene un cariño tal...
Como que los dos untamos,
Es cosa muy natural.
Digo, Loretito, niña.

TERESA.

Cuñadito.

NICODEMUS.

Ven acá.

TERESA.

Estoy furiosa, cuñado.
Según dice Esparaván,
Lo que era una diversión
Es un vïaje formal.
¡Digo! ¡Hasta Huesca!

NICODEMUS.

Eso es.

Hasta Huesca nada más.
El doctor me ha recetado,
Si pretendo pelechar,
Algo de rusticación.

TERESA.

Bien rustiquecido estáis.
Vuestro médico os adula.
¡Á Huesca! ¿Pensáis quizá
Que con la mudanza de aguas
Me parezca más galán
Don Junípero, que es...

NICODEMUS.

Un hidalgo. (*Sale Don Junípero.*)

TERESA.

Un animal.

JUNÍPERO.

Servidor. Yo siempre llego
Con mucha oportunidad,
Según maese. Teresa,
Me gustáis diez varas más
Desde la última jornada
(En que hice la atrocidad
De venderme á Celestina
Por un pedazo de pan).
Tenéis, así, un no sé qué
Y un no sé cuándo... pues.

TERESA.

Ya.

NICODEMUS.

¿Os ha dicho Celestina
Que podéis acompañar
Á vuestra novia?

JUNÍPERO.

Eso mismo
No dijo, pero es igual;
Pues siendo vos...

NICODEMUS.

¿Yo la novia?

JUNÍPERO.

Por merced tan singular
Yo le dí un millón de gracias
(Y le diera otro en metal,
Que por no mirar su cara
No es grande la cantidad.)

NICODEMUS.

Y decidme, Don Junípero,
¿Qué habéis hecho por allá
Dentro? Á ninguna doncella
Antes de matrimoniar
Se la debe buscar sola
En un retrete...

JUNÍPERO.

¡Yo! ¡quiá!
La fuí á decir un requiebro,
Pero ella con esa sal

Que tiene, y esa franqueza
Tan encantadora y tan...
Me dijo tanta insolencia,
Que yo, temiendo quizá
Que me diera en su entusiasmo
Diez arañazos ó más
Para mostrarme su amor
Y dulzura natural,
Desfilé hacia la cocina
Á fin de dejarla en paz
Y á preparar colación:
Lista la tenemos ya;
Pero, amigo, en esta venta
Los cubiertos son de pan,
Á excepción de el del ventero,
Que es de cuerno, y que será
Reservado para vos.
Ahora me voy á buscar
En la maleta el de plata
Para Loretito, y más
Quisiera que fuera de oro,
Que en su boca de coral
Deben entrar sólo cosas
Muy preciosas: esperad. (*Vase.*)

TERESA.

Con que ¿no hay remedio? ¿Á Huesca?

NICODEMUS.

Á Huesca, y sin replicar,
Ó te pongo por badajo
De la campana fatal.

TERESA.

¿No veis que mi novio es tonto?...

NICODEMUS.

De esposo lo será más.

TERESA.

Y feo...

NICODEMUS.

Dios le hizo así,
Y es pecado replicar.

TERESA.

Y presumido, y que yo
No podré amarle jamás.

NICODEMUS.

Esa es cuenta tuya y suya,
Y del diablo cuando más.
Pero ¿dónde estáis metido,
Cuñadito?

JUNÍPERO.

¡Voto á San!...
Si no encuentro mi cubierto;
Lo dicho: él echó á volar
Y yo estoy volado.

VOZ, *dentro.*

Vuela.

(*La galera se despedaza y vuela; Don Junípero queda pegado en una pared. Al ruido sale de la venta una porción de gente.*)

JUNÍPERO.

¡Ay!

NICODEMUS.

¡Virgen del Tremedal!

ESPARAVÁN.

¿No lo dije?

NICODEMUS.

¡Y Don Junípero?

TERESA.

Se ha estrellado... ¡ja, ja, ja!

NICODEMUS.

¿Y aún te ríes? Venga pronto
Una escalera. ¡Trepad!
(*Don Junípero cambia de sitio á medida que colocan la escalera.*)
Despegadle... á la derecha...
No: á la izquierda.

VOCES.

Al centro.

TODOS.

¡Ah!

NICODEMUS.

Junípero, á tus míseros despojos
Consagrará mi fe *kiries* y *oremus;*
Tu pérdida le pone á Nicodemus
Miedo en el corazón, llanto en los ojos. (*Vanse.*)

La sala en que principió el acto.

ESCENA XVI.

DON GARCÍA disfrazado de peregrino viejo, con barba larga, esclavina adornada de conchas, y en la mano un bordón de estoque.

Facilitó Celestina
Mi proyecto con su ausencia;
Sus polvos, que la Locura
Pudo lograr que volvieran
Á mi poder, alejaron
Al galán de Fuentidueña:
Ya solamente me falta
Llevarme de aquí á Teresa.

ESCENA XVII.

NICODEMUS, TERESA, un MOZO, DON GARCÍA.

NICODEMUS.

¡Pobre hidalgo! ¡Pobrecito!
Se quedó como una oblea,
Y una bocanada de aire
Le hará dar mil volteretas.
Todas son calamidades
Para el que una vez se estrella...
No hay consuelo para mí...
Si no me sacan la cena.

MOZO.

Consuélese, buen señor,
Que voy al punto por ella. (*Vase.*)

GARCÍA.

Guárdeos el cielo.

NICODEMUS.

Y á vos.

TERESA.

(¿Qué voz oigo? Me penetra
El alma.)

NICODEMUS.

Hermano conchudo,
¿Á dónde peregrinea
Vuestra merced?

GARCIA.

Á Loreto.

TERESA.

(¡Él es!)

NICODEMUS.

¿Se llama?...

GARCÍA.

Esteban
Chirinola.

NICODEMUS.

¡Hombre! ¡qué diantre!
Yo me llamo Chirinela.

GARCÍA.

Por muchos años. En gracia
De lo poco que discrepan
Los apellidos de entrambos,
Vuestra bondad me conceda

Su compañía esta noche,
Si ha de dormir en la venta.

NICODEMUS.

No tengo dificultad;
Pero, camarada, advierta
Que es con una condición.

GARCÍA.

¿Cuál?

NICODEMUS.

Que no le doy mi mesa.

TERESA.

Yo os la doy, buen peregrino.
(*Dos mozos sacan una mesa aparada y con luces.*)

GARCÍA.

Caritativa doncella,
No tengáis por mí cuidado:
Yo cenaré lo que quiera.

MOZO.

¡Cómo! ¡Por amor de Dios!

GARCÍA.

Por amor de la moneda.

TERESA, *á Nicodemus.*

Una mesa para mí;
Yo no me siento á la vuestra.

GARCÍA.

Ni yo.

NICODEMUS, *sentándose.*

Pues que traigan otras,
Que yo me apodero de ésta.
Siéntese el buen Chirinola
Donde mejor le parezca.

GARCÍA.

Todo puede componerse.
Vuestra merced ¿se contenta
Con la que tiene?

NICODEMUS.

Sí tal.

GARCÍA, *á Teresa.*

Venid vos á la derecha
Y yo pasaré á ese lado.

(*Tira de la mesa, primero por un extremo, y por cada lado sale otra mesa con viandas y luces, quedando sin nada la de en medio, á la cual está sentado Nicodemus.*)

TERESA.

¡Bien,! muy bien!
(*García y Teresa se sientan y comen.*)

NICODEMUS, *levantándose.*

¿Con que me deja
Sin nada el buen Chirinola?

GARCÍA.

Siéntese el buen Chirinela.

NICODEMUS.

(Éste es brujo.) Una ración,
Chico.

MOZO.

Veré en la despensa.

NICODEMUS.

¡Por vida de!...

GARCÍA.

Sin jurar.
Ayune el buen Chirinela.

NICODEMUS.

(Peregrino y viejo... debe
Ser gran hablador por fuerza.
Le haremos que charle, á ver
Si su apetito se templa,
Y á mi estómago infeliz
Alza la terrible veda.)
Usarcé de sus viajatas
Podrá contar muchas nuevas.

GARCÍA.

Sí.

NICODEMUS.

Diga usarced: ¿ha estado
Alguna vez en Judea?
En la Tierra Santa.

GARCÍA.

Sí.

NICODEMUS.

Lacónico es de respuestas
Usarced.

GARCÍA.

Sí.

NICODEMUS.

(¡Cómo traga!)
Y ¿hay también en esa tierra
Boticarios?

GARCÍA.

Sí.

NICODEMUS.

¿Qué tal
Les va por allá? ¿Pelechan?
¿Son ricos?

GARCÍA.

Se mueren de hambre.

NICODEMUS.

Desgracia es de que se queja
También aquí alguno.

GARCÍA.

¡Ya!

NICODEMUS.

Un poco de escamonea
Necesito, porque yo
Tengo una botica en regla,
Y me alegrara infinito

De entablar correspondencia
Con un profesor de allá.
Si vuesarcé conociera
Por acaso á quien pudiere...

GARCÍA.

Sí: yo conocí un babieca,
Tutor de una hermosa joven,
Honrada, amable, discreta,
Viva imagen de la dama
Que enfrente de mí se sienta.

TERESA.

Gracias; lisonjero sois.

GARCÍA.

Cobró afición á un poeta...

TERESA.

¿Quién? ¿El tutor?...

GARCÍA.

La pupila.

NICODEMUS.

¿También hay allí tontuelas
Que se enamoran de coplas,
Como hacen las madrileñas?

GARCÍA.

Un hidalgote cerril
Le quiso la preferencia
Disputar...

NICODEMUS.

¿Qué? ¿También hay
En Palestina nobleza?

GARCÍA.

Y el boticario tutor,
Que usurpaba sin conciencia
Los bienes de su pupila,
Hombre soez, alma hebrea...

NICODEMUS.

¡Por Dios, señor Chirinola!

GARCÍA.

Siéntese el buen Chirinela.

NICODEMUS.

Con que decía usarcé...

GARCÍA.

Que vuestro digno colega
Negó al ingenio la dama
Y la vendió á la riqueza.

NICODEMUS.

¿Y el ingenio se hizo brujo,
Por llevarse la prebenda?

GARCÍA.

Sí; y aunque ya le sobraba
Poder para echar en tierra
Del rival y del tutor

La ridícula soberbia
Y vengar la tropelía
Que sufrió su dulce prenda,
Se contentó generoso
Con resistir la violencia
Y al despedirse decir:
«Mentecato, mira y tiembla.»

(*Desaparecen los vestidos de disfraz que trae Garcia y queda en su traje ordinario. Acércase á Teresa y la coge la mano.*)

NICODEMUS.

Ya miraba yo y temblaba
Sin que ucé me lo dijera.

TERESA.

¡García!

GARCÍA.

Sigue mis pasos.

NICODEMUS.

No hay remedio, ¡se la lleva!

GARCÍA.

Adiós, y véngame á ver
Cuando yo á la corte vuelva,
Que me ha dado ciertamente
Buen rato el buen Chirinela.

TERESA.

Véngame también á ver
Á mí con toda franqueza,
Que en el banquete de boda

Le doy mi formal promesa
De indemnizarle esta noche
De involuntaria abstinencia.

NICODEMUS.

Dios os guarde.

GARCÍA.

No acompañe.
Quédese el buen Chirinela.

NICODEMUS.

¡Cielos! que á un tutor le roben
Su pupila en una venta,
Y que él no pueda romperle
Al robador la cabeza!

(*Sale un mozo trayendo en la frente una cabeza de ternera.*)

MOZO.

Romped ésta, si os parece.

NICODEMUS.

Tal la gazuza me aprieta,
Que sería hasta antropófago.

GARCÍA.

Sedlo, pues.

MOZO.

¡Huy! (*Vase.*)

NICODEMUS.

¡Santa Tecla!
¿Á que en vez de merendar
El manjar se me merienda?
Dile á tu mágico amante
Que mi estómago es un déspota,
Que me pongan donde aplaque
Mis gástricas exigencias.

TERESA.

Vaya á Jauja.

GARCÍA.

Vaya á Jauja
El ínclito Chirinela.

Mutación.

ESCENA XVIII.

NICODEMUS, multitud de cocineros y cocineras

NICODEMUS.

¡Qué veo! ¡Esto sí me gusta!
Jamones, perdices, tencas...
¡Cómo me voy á vengar
De mi forzosa abstinencia!

COCINERO PRIMERO.

Cómase esta polla.

NICODEMUS.

Gracias.

COCINERO SEGUNDO.

Este palomino.

NICODEMUS.

Venga.

COCINERA.

Este pastel.

NICODEMUS.

¡Qué bonita!
¡Bien sirve esta cocinera!

TODOS.

De lo mío, de lo mío.

NICODEMUS.

Señores, que me marean.

COCINERO PRIMERO.

Esta gallina.

COCINERO SEGUNDO.

Este pavo.

COCINERO PRIMERO.

Este salmón.

COCINERO TERCERO.

Esta crema.

TODOS.

De lo mío, de lo mío.

NICODEMUS.

¡Que se me va la cabeza!!

BAILETE Y CORO.

CORO.

Pinches, criados,
Venid, venid,
El forastero
Á recibir.
Las cacerolas
Hagan chis, chis,
Los almireces
Tin-ti-rin-tín.
No es de los nuestros,
Es de Madrid,
Que según dicen
Es buen país...
Donde teniendo
Chispa ó monís
Brilla cualquiera
Chisgarabís.

NICODEMUS.

¡Ay que me ahogo,
Pobre de mí!

CORO.

Pinches, criados,
Venid, venid,
El forastero
Á recibir.
Las cacerolas, etc.

ACTO TERCERO.

Horno de vidriéros.

ESCENA I.

VIDRIEROS, bebiendo y cantando. Después de concluído el coro sale NICODEMUS.

NICODEMUS.

Dios os guarde, mancebos.

UN VIDRIERO.

Igualmente.

NICODEMUS.

¿Habéis visto cruzar por el camino
Una figura de cartón viviente,
Un hombre recortado en pergamino,
Un hidalgo, que, nueva maravilla,
Vuela con rapidez hecho tortilla,
Y convertido en extensión sin peso,
Ancho y largo hay en él, y falta el grueso?

VIDRIERO.

Por las señas que ucé nos proporciona,
No es fácil atinar con la persona:
Yo conozco de hidalgos un enjambre

Ya tan avitelados por el hambre,
Que cuando al sol pasean
Lo mismo que espejuelo se clarean.

ESCENA II.

DON JUNÍPERO, dichos.

JUNÍPERO.

¡Fuego, fuego! que avisen á la villa.
(*Saliendo con el pelo ardiendo de entre un montón de leña.*)

TODOS.

¡Qué es esto?

JUNÍPERO, *sacudiéndose la cabeza con las manos.*

Que se quema mi buhardilla.
¡Socórranme, señores;
Embarguen una runfla de aguadores!
Agua, por Cristo, en mi cabeza á mares;
Traigan en una cuba á Manzanares.

VIDRIERO.

¡Vaya que no es el fuego para tanto!
¡Basta un puchero!
(*Le arroja un puchero de agua á la cabeza.*)

JUNÍPERO.

Gracias: el tal río
Quizá no lleve dos algún estío.

NICODEMUS.

¡Don Junípero!

JUNÍPERO.

¡Insigne Chirinela!

NICODEMUS.

¿Cómo hasta aquí vinísteis?

JUNÍPERO.

Por encanto.
¡Si de hechizos jamás libre me veo!
Cuando no se me empluma, se me pela.
Ya me apagué; mas juraré que humeo.
¿Dónde me dejo ver con esta calva?

NICODEMUS.

En el riesgo de ser cristalizado,
No repara en pelillos quien se salva.

JUNÍPERO.

Es verdad; pero en todas ocasiones
Triste papel hacemos los pelones.
¿Y Teresa?

NICODEMUS.

No sé: me la han robado;
Y si robar se deja una doncella,
Luego sólo el infierno sabe de ella.
Mas ¿de dónde venís?

JUNÍPERO.

Vengo... me olvido
De que debo decir que soy venido.
Parte en mis viajes yo ninguna tengo;

Luego en todo rigor, si bien lo apuro,
Me vienen y me van; no voy ni vengo.

NICODEMUS.

¿Dónde, cuando escapásteis desde el muro
En forma de viviente tan incierta
Que cantamos por vos el *de profundis*,
Hicísteis alto?

JUNÍPERO.

En una isla desierta
Que nunca figuró en los mapa-mundis.
Allí me recibieron al momento
Con los brazos abiertos á porfía.

NICODEMUS.

La isla desierta ¿población tenía?

JUNÍPERO.

¡Jesús, maese! ¡Población sin cuento!
Capital del imperio de los locos.
Digo, ¿serán sus moradores pocos?

NICODEMUS.

¡Oh! si la corte de los locos era
Os debieron hacer los habitantes
Acogida cordial sobremanera.

JUNÍPERO.

Son los tales isleños muy galantes,
Y á trueque de abusar del forastero
Mil cortesías hácenle primero.

Viniéronse hacia mí muy afanados
Más de cien matachines titulados,
Y al verme comprimido de aquel modo,
Volumen nada, superficie todo,
Cada Galeno súbito ambiciona
Ser el restaurador de mi persona.
Cércanme en derredor; citan latines,
Sacan lancetas, abren botiquines,
Me revuelven, me suben y me bajan,
Me pinchan y me sajan,
Y con piedad cruel me dan tormento
Por curarme de un mal que yo no siento.
Harto ya de sufrir, doy un arranque,
Me zampo de cabeza en un estanque,
Me esponjo con el agua, me dilato;
Y á despecho de tanto mentecato,
En mi estado repóngome yo mismo,
Sin deber á la ciencia un sinapismo.

NICODEMUS.

Muy bien.

JUNÍPERO.

Pero ¡ay, amigo! ¡Qué severa
Es la cólera médica extranjera!
La facultad se enoja
De que yo sin ayuda me recobre
Con un baño no más de agua salobre:
Tras mí la turba con furor se arroja;
Por huir de su enojo,
En un montón de cal ciego me arrojo:
Como estaba mojado,
Me quedo con la cal calificado.

Agárrame un vidriero, porque sea
Componente tal vez de un medio chico;
El horno se caldea,
Y aunque con su calor me mortifico,
No quiero que me tueste,
Y salir quiero, cueste lo que cueste.
Salgo á medio tostar, como habéis visto;
Me cogéis, me apagáis: *laus tibi Cristo.*

NICODEMUS.

¿Y qué resolución tomar debemos,
Ya que de mi cuñada no sabemos?

JUNÍPERO.

Eso me desatina.
(Me perdió la maldita verdulera.
¿Quién otra vez tuviera
Los polvos de la madre Celestina?)

NICODEMUS.

Discurrid.

JUNÍPERO.

Discurramos: por mi voto,
Lo que en este momento nos conviene...

NICODEMUS.

Decid, hablad.

JUNÍPERO.

Á lo que observo y noto,
Ninguna duda tiene
Que...

NICODEMUS.

¿Qué?

JUNÍPERO.

Que hace calor.

NICODEMUS.

Pues bien, corriente...

JUNÍPERO.

Cuando tanto calor el cuerpo siente,
Todo el que sabe bien lo que se pesca...

NICODEMUS.

Ó se baña ó refresca.

JUNÍPERO.

Sí; pero es más barato y da más prisa
El quedarse uno en mangas de camisa.

(*Quítase la ropilla y cinco ó seis justillos. Nicodemus se aligera también.*)

NICODEMUS.

¿Todo eso discurrió vuestro talento,
Para calmarme la inquietud que paso?

JUNÍPERO.

No diré que es sublime el pensamiento;
Mas no me negaréis que viene al caso.

NICODEMUS.

Andáis, señor hidalgo, abrigadillo.

JUNÍPERO.

Para aquí, sí; para Madrid, es poco.

NICODEMUS.

¿Cuál viene á ser el último justillo?

JUNÍPERO.

Azul es el primero que me emboco.

NICODEMUS.

Y quitado el azul, que aún no le veo,
¿Qué queda? ¿Algún espárrago? ¿Un fideo?

JUNÍPERO.

No sé; mas sé que aquí me derritiera,
Según lo que esa lumbre me hace daño:
Yo no sé lo que diera
Por poderme encontrar dentro de un baño.

Mutación.

JUNÍPERO y NICODEMUS, en paños menores, dentro de un baño.

NICODEMUS.

¡Vaya! que os sirven á pedir de boca,
¡Voto á cribas!

JUNÍPERO.

¡Señor! ¿No es cosa fuerte
Que cojan la palabra de esta suerte?

NICODEMUS.

¡Sí! ¡Valiente bicoca

El coger la palabra hubiera sido!
Pero ¿y el cogimiento de vestido?

JUNÍPERO.

¡Hif! ¿Cómo estáis?

NICODEMUS.

Más fresco que un aljibe.
¿Y vos?

JUNÍPERO.

Hecho un carámbano ambulante,
Desde cráneo á talones inclusive.
Pero allí hay una choza, que presumo
Que lumbre ha de tener, si no se engaña
El refrán que decimos en España,
De que sin duda hay fuego donde hay humo.

NICODEMUS.

El Señor nos depare hombre que sea
Tan bueno que de ropa nos provea.

JUNÍPERO.

¡Ah de casa! (*Llama á la puerta de la cabaña.*)

ESCENA III.

GARCÍA, que sale de la cabaña con capa y sombrero de labrador, y embozado hasta los ojos; dichos.

GARCÍA.

¿Quién es?

JUNÍPERO.

Dos infelices
Que de frío no sienten las narices.

GARCÍA.

¿Qué se ofrece?

JUNÍPERO.

Ofrecer... Nada tenemos
Sino frío: si os gusta, partiremos.

GARCÍA.

Al caso, sin hacer el resabido:

JUNÍPERO.

Pues digo que no ofrezco, sino pido.

GARCÍA.

¡Vaya! ¿Y qué es lo que piden?

JUNÍPERO.

Hospedaje.

GARCÍA.

Que sepa con quién hablo es necesario.

JUNÍPERO.

El señor es un triste boticario;
Yo caballero soy de alto linaje;
Pero este frío que la sangre hiela
La diferencia entre los dos nivela,
Porque en paños menores
Iguales son plebeyos que señores.

GARCÍA.

Voacedes, caballeros,
Tienen trazas de locos ó rateros
Que tratan de robar.

NICODEMUS.

Nuestros pecados
Nos hicieron venir á ser robados.

JUNÍPERO.

Veis que corre un ambiente que traspasa:
Con que abridnos las puertas de la casa.

GARCÍA.

Gente que no conozco, no la admito.

NICODEMUS.

Por caridad.

GARCÍA.

¡Que no!

JUNÍPERO.

No alcéis el grito.

GARCÍA.

Me da la gana.

JUNÍPERO.

Sepa el zamacuco
Que si en negar porfía,
Y se vuelve la súplica combate...
Somos dos, y formamos mayoría.

GARCÍA.

Entonces habrá empate,
Que también somos dos: yo y mi trabuco.
(*Saca un arma de fuego que ocultaba debajo de la capa, apunta á Don Junípero.*)

Largo de aquí á buen paso,
Porque si no de un tiro los abraso.

JUNÍPERO.

Ese es ya mucho abrigo.

NICODEMUS.

Calentarnos bastaba.

JUNÍPERO.

Adiós, amigo.

GARCÍA, *á los muchachos que están corriendo sobre la laguna.*

Arrojadme á esa gente aventurera.
Chicos, bolas en ellos.

MUCHACHOS.

¡Fuera! ¡fuera!

(*Apedrean con bolas de nieve á Don Junípero y Nicodemus, y van tras ellos.*)

Un lavadero: campo en el fondo; en los tendederos ropa colgada.

ESCENA IV.

CELESTINA, TERESA, ESCUDEROS, LAVANDERAS, ocupadas en su labor.

CELESTINA.

Adelante, niña; adelante, digo.

TERESA.

¿Por qué me llevan presa vuestros escuderos, madre Celestina? ¿Qué mal os he hecho yo?

CELESTINA.

El mayor que pudieras: privarme de dos amantes, de dos maridos.

TERESA.

¿Con cuántos os queríais casar á la vez?

CELESTINA.

Tú tendrás la culpa, si me quedo sin ninguno.

TERESA.

No la tengo yo de que García y Don Junípero me hayan querido; no la tengo de que los hayáis querido vos; no la tengo de que me prefieran á vos tampoco: vos habéis tratado de usurparme mi amante, y yo debiera quejarme de vos si vuestra competencia fuera temible; pero, madre Celestina, dos novios hay, y dos somos nosotras: abandonemos cuestiones poco decentes. Casaos con el Don Junípero, y dejad en paz á García.

CELESTINA.

García no ha querido ser feliz conmigo, y yo no quiero permitir que lo sea con nadie. En la vida volverás á verle: á mi lado estarás siempre, allá en el palacio que ha construído mi saber para celebrar mis desposorios. Vamos, que cerca estamos ya de él.

TERESA.

¿Y no receláis algún peligro de tenerme en vuestra casa? Don Junípero me quiere también;

viéndome á vuestro lado, decid, ¿os favorecerá mucho el contraste?

CELESTINA.

Yo respondo de él y de tí.

TERESA.

Gracias, por lo que toca á García.

CELESTINA.

Vamos. (*Vanse.*)

ESCENA V.

LAVANDERAS, después ESTUDIANTES.

LAVANDERA PRIMERA, *acercándose á los bastidores de la derecha.*

Tomasillo, arrea esa bestia para que descarguemos aquí los talegos.

LAVANDERA SEGUNDA.

¡Qué ufana está la Sidora, porque trae la ropa en un carricoche!

LAVANDERA TERCERA.

¡Ya! si cada una de nosotras tuviese un cortejo carretero, y otro chalán, y otro labrador, á ninguna nos faltaría carruaje, ni caballería, ni pienso.

LAVANDERA SEGUNDA.

¡El demontre de la invención!

LAVANDERA CUARTA.

No se debiera consentir que se alterasen de este modo los estilos del lavadero.

ESCENA VI.

Dichas, GARCÍA y ESTUDIANTES; luego DON JUNÍPERO y NICODEMUS.

ESTUDIANTES.

¡Bien, bien! Siga el jaleo. ¡Vivan las lavanderas!

LAVANDERAS.

¡Vivan los estudiantes!

ESTUDIANTE PRIMERO.

Domina lavatrix, ¿tibi oportet bailare mecum?

ESTUDIANTE SEGUNDO.

Talegos á tierra, y alto á bailar.

GARCÍA.

Bien está que os divirtáis; pero no olvidéis lo que habéis prometido á un antiguo cursante de las aulas de Huesca. Es preciso alborotar la boda de Don Junípero y Celestina.

ESTUDIANTE SEGUNDO.

Todavía no ha venido el novio al palacio; con que no será tan pronto la ceremonia. Pierde cuidado, que no se librarán de la broma dispuesta.

ESTUDIANTE PRIMERO.

Cencerradam habebunt. Accipe guitarram, magister.

ESTUDIANTE SEGUNDO.

Que toque y que cante. ¡Bravo!

ESTUDIANTE PRIMERO.

Recte, pulchre, optime.

ESTUDIANTES.

¡Otra, otra, otra! La última.

GARCÍA.

Sí; pero que la cante el novio, que es ese que llega: hacedle que cante.

TODOS.

Sí, sí, que cante. (*Salen Don Junípero y Nicodemus.*)

JUNÍPERO.

¡Señores, por San Damián!...

ESTUDIANTE PRIMERO.

Que cante ó al lavadero con él.

JUNÍPERO.

No por Dios, basta de baños: yo cantaré.
No saco en las partidas (*Cantando.*)
Nota de bueno,
Pues no tengo más libro
Que tus ojuelos;

Y hace ya días
Que olvido mis derechos
Por tus partidas.

GARCÍA.

Me parece que basta de diversión: acerquémonos al palacio.

ESTUDIANTE SEGUNDO.

Sí, vamos. Adiós, muchachas.

ESTUDIANTE PRIMERO.

Valetote, puellæ.

LAVANDERAS.

Con Dios, señores. (*Vanse Garcia y los estudiantes.*)

ESCENA VII.

LAVANDERAS, DON JUNÍPERO, NICODEMUS.

LAVANDERA PRIMERA.

¿Qué os sucede, buen viejo?

JUNÍPERO.

¡Qué le ha de suceder! Que se figura que está cansado y no quiere andar. ¡Hi, hi, hi! ¡Qué frío hace! En parándome me hielo.

NICODEMUS.

¡Qué ha de hacer frío! Es que se os figura y nada más.

LAVANDERA PRIMERA.

La verdad, sus mercés andan un poco á la ligera. ¿Vienen de echar algún partido de pelota?

JUNÍPERO.

No; pero han andado á pelotazos con nosotros.

NICODEMUS.

Si permitiéseis que me llevaran en ese carrito hasta el pueblo...

JUNÍPERO.

Si me diérais en préstamo una mantita para arroparme...

NICODEMUS.

No os podríamos pagar ahora, porque mi dinero se fué con mi ropilla.

JUNÍPERO.

Cierto que no podemos pagar á toca-teja; pero yo os dejaría en prendas á este prójimo, que es una buena alhaja.

NICODEMUS.

Yo soy un boticario rico de Madrid.

JUNÍPERO.

Tiene rolliza espalda, y por lo pronto puede serviros de mozo de cordel.

LAVANDERA PRIMERA.

Me acomoda. ¡Ea! Subid vos en el carro, y tomad vos esa manta. (*Da una á Don Junípero.*)

JUNÍPERO.

¡Oh lavandera magnánima!

LAVANDERA PRIMERA.

Tomasillo, ven, te diré por qué camino has de llevar al señor: cuidad entre tanto vos de mi ropa. (*Nicodemus ocupa el carro, y se van con él la lavandera primera y el niño.*)

JUNÍPERO.

Desde que no siento tanto el frío, me parece que voy entrando en calor. ¡Ay qué hijo tan desgraciado parió mi madre! ¿Por dónde andará á la hora de esta mi novia Celestina, que no se acuerda de su novio? Verdad es que yo tampoco me acuerdo de ella mucho que digamos, si cuando nos casemos es lo mismo que ahora, vamos á vivir en una paz octaviana: no viéndonos, ¿cuándo hemos de reñir? Saben su oficio estas lavanderas. Dejan la ropa de color ¡blanca como la nieve! (*La ropa desaparece.*)

LAVANDERA PRIMERA, *saliendo.*

Ya va para mi casa ese buen hombre; pero, hidalgo, ¿y mi ropa?

JUNÍPERO.

¿Qué ropa decís?

LAVANDERA PRIMERA.

La que dejé á este lado.

JUNÍPERO.

¡Calle! Pues en efecto que ha desaparecido. Se la habrá llevado el aire.

LAVANDERA PRIMERA.

¿Qué aire, si no se mueve un pelo? Vos la habréis ocultado.

JUNÍPERO.

¿Cómo se entiende? Que me registren, que me reconozcan...

LAVANDERA PRIMERA.

¡No que no! Compañeras, ayudadme á espulgar á este pícaro, que me ha robado.

JUNÍPERO.

Yo no he robado á nadie. Ya quisiera ella tener las manos tan nítidas como yo la conciencia. (*Las lavanderas rodean á Don Junipero.*) ¡Eh! cuidado cómo se hurga, que tengo cosquillas. (*Las lavanderas sacan á Don Junipero, de entre la ropa que tiene puesta, las prendas que dice.*)

LAVANDERA PRIMERA.

¿No lo decía yo? Debajo de la camisa tenía una tohalla.

JUNÍPERO.

¡Dios mío!

LAVANDERA SEGUNDA.

Y una mantilla.

JUNÍPERO.

¡Santa Orosia!

LAVANDERA TERCERA.

Y unos calzoncillos.

JUNÍPERO.

¡Ánimas benditas!

LAVANDERA CUARTA.

Y unas medias blancas.

JUNÍPERO.

¡Esa es más negra!

LAVANDERA PRIMERA.

¡Y una sábana! ¡Es un ladrón!

TODAS.

¡Á la cárcel!

LAVANDERA PRIMERA.

No, señor; hagámonos justicia por nuestra mano: démosle un buen jabón en el lavadero.

TODAS.

Sí, al lavadero, al agua con él. (*Don Junípero consigue escaparse de ellas: siguenle todas.*)

Plaza de aldea; una casa de mediana altura en el fondo.

ESCENA VIII.

ESPARAVÁN, CIGARRÓN.

ESPARAVÁN.

¿Estáis persuadido, en efecto, amigo Cigarrón, de que hemos hecho bien en mudar de amos?

CIGARRÓN.

Lo estoy, y vos debéis estarlo igualmente, porque habiéndome encargado yo de pensarlo por vos, estáis vos obligado á creerlo por mí.

ESPARAVÁN.

Corriente. Creo y confieso que hemos hecho bien en entrar de criados de Doña Celestina.

CIGARRÓN.

Por mil razones: la primera, porque nos conviene.

ESPARAVÁN.

Omitid las demás.

CIGARRÓN.

Si es bruja nuestra ama; si mañana pueden retirarla su salvoconducto y soplarla en la casa negra, ¿qué nos importa á nosotros eso?

ESPARAVÁN.

¿Y si nos llevan á hacerla compañía?

CIGARRÓN.

Mientras estemos allí no tenemos que buscar acomodo. Nos preguntan lo que sabemos, lo declaramos; nos preguntan lo que no sabemos, lo afirmamos como si lo supiéramos. Nos preguntan lo que sabemos que es mentira, decimos que es verdad; nos dan por buenos confidentes, nos echan á la calle y á nuestra ama á la hoguera. Á ella

podrá este porvenir escocerle un poco; á nosotros, ¿qué? Ea, vamos, no nos echen de menos.

ESCENA IX.

DON JUNÍPERO, CIGARRÓN, ESPARAVÁN.

JUNÍPERO.

¡Eh, eh! ¡Cigarrón! ¡Esparaván! Aguardarse.

CIGARRÓN.

¡Señor Don Junípero!

ESPARAVÁN.

Señor nuestro, ¡qué mal perjeñado venís!

CIGARRÓN.

Nosotros os andamos buscando de orden de misa Doña Celestina: sólo á vos esperan para el desposorio. Venid á tomar posesión del palacio que vuestra novia os ha fabricado.

ESPARAVÁN.

Vestíos corriendo, que viene ya mi ama con toda la comitiva para la boda.

JUNÍPERO.

(¡Dios nos asista!)

CIGARRÓN.

Tomad el ropón. Está magníficamente bordado. Es obra de vuestra esposa.

JUNÍPERO.

Es cosa de gusto; pero la cabellera me agrada más. Este color me hace mucha gracia en el pelo y en las medias.

ESPARAVÁN.

Os cogió ese gusto de pies á cabeza. (*Sale Celestina con acompañamiento de damas, caballeros y dueñas.*)

CELESTINA.

Esposo, vos seáis bien venido. Tenéis la cabellera torcida. (*Aparte á Junípero, que se tira la cabellera á un lado.*)

UN CABALLERO.

Lo mismo digo, señor Don Junípero.

CABALLERO SEGUNDO.

Lo mismo añado.

CABALLERO TERCERO.

Repito lo propio.

JUNÍPERO.

¡Qué diablos! (*Don Junípero da vuelta á la peluca, hasta ponerla al revés.*) ¿Quieren vuesas mercedes que me caigan las melenas á las narices?

CELESTINA.

Estos caballeros os daban la bienvenida: no hablaban de más. Vamos al templo.

JUNÍPERO.

¡Ay! Vamos allá.

CELESTINA.

¿Qué ruido es ese?

ESCENA X.

DON GARCÍA; ESTUDIANTES, haciendo estrépito con sartenes, cazos, almireces y cencerros; dichos.

JUNÍPERO.

¡Uy! ¡qué cacofonía!

CELESTINA.

Esposo, alejad de aquí á esos impertinentes.

JUNÍPERO.

Cigarrón, ya lo oís. Echad de aquí á esa chusma.

CELESTINA.

Acometedlos, esposo: mi poder os protege.

JUNÍPERO.

Seguidme, caballeros: ¡á ellos!

CABALLEROS.

¡Á ellos! (*Don Junípero y los caballeros desenvainan las espadas y acometen á los estudiantes: algunos de éstos sacan armas también y combaten; otros continúan la cencerrada.*)

GARCÍA.

Ya te encontré por fin, cobarde. Lidia conmigo.

JUNÍPERO.

Poco á poco. Deje usarcé que haga coraje.

CELESTINA.

Lidiad con él, yo os defiendo. (*Don García tan pronto estará á la derecha como á la izquierda.*)

JUNÍPERO, *acometiendo á García.*

Tu hora ha llegado. ¿Te retiras, eh? No te librarás de la muerte. Ahí está. (*Don García se va retirando de Don Junípero: aparece en el fondo un dragón enorme, que se traga al poeta.*) Si no se le engulle ese bicho, me le sorbo yo. Canallas, allí, allí dentro todos, á pagar la burla que me habéis hecho. (*Persiguiendo á los estudiantes y obligándoles á arrojarse por la boca del dragón.*) Ya no hay enemigos que combatir.

Marchemos al altar, esposa mía,
Y aunque allí se repita la pelea,
Pendiente de mis hombros todavía
Mi formidable acero centellea:
Si cualquier perillán nos cencerrea,
Tuyo el triunfo será, la gloria mía.

Calabozo debajo del palacio de Celestina.

ESCENA XI.

TERESA.

Por más que tiento y que miro,
La escapatoria no encuentro:
Me encerraron aquí dentro
Como al león del Retiro.

Terribles son los enojos
De una enamorada vieja:
Bien lo dicen tanta reja,
Tantas llaves y cerrojos.
Si acaso se me condena
Por ser poeta mi amado,
Si es el quererle pecado,
En él mismo va la pena.
Mas ¡ay! que el que me confina
No entiende de *ego te absolvos:*
Mi delito son los polvos
De la madre Celestina.

ESCENA XII.

NICODEMUS, TERESA, CIGARRÓN.

NICODEMUS, *dentro.*

¡Cigarrón! ¡Por Jesucristo!...

CIGARRÓN, *dentro.*

No hay que cigarronear.

TERESA.

¡Qué oigo!

CIGARRÓN.

Yo os he de encerrar:
Con que adentro... y ande listo.

NICODEMUS.

¡Vos á mí hacerme traición!
¡Á mí!

CIGARRÓN.

¡Calle, ó le deslomo!
Sirvo á Celestina como
Antes á la Inquisición. (*Vase.*)

TERESA.

¿Qué os pasa, querido hermano?

NICODEMUS.

¡Teresa! ¿Tú aquí sujeta?
¿Quién te recluye? ¿El poeta?
Dios me venga por su mano.

TERESA.

No, señor; quien nos abisma
No es el pobre Verdolaga:
Es vuestra amiga, la maga.

NICODEMUS.

¿Quién? ¿Nuestra amiga?

TERESA.

La misma.
Es Celestina, que hoy
Con Don Junípero casa.

NICODEMUS.

Esto ya de broma pasa.
Tú estás loca.

TERESA.

No lo estoy.

NICODEMUS.

¡Ah! ya lo entiendo: sagaz
En mil dudas me sumerges,
Para que me quede asperges
Y calle y te deje en paz.
No lograrás la intención:
Oye, beata embustera,
Mis quejas, y por contera
La más negra maldición.
Por tu loca liviandad,
Que merece mil azotes,
Olvidado de mis botes,
Afrento la Facultad.
Ya no hay poder en Madrid
Que enfrene á su vecindario,
Faltando allí el boticario,
Á quien teme más que al Cid.
Ya el médico más severo
Sufre de la plebe zumbas,
Y se apolillan las tumbas
Y huelga el sepulturero.
Y encima del ataúd,
Que ni al moribundo espanta,
Blasfemando se levanta
Carrilluda la salud.
¡Plegue al cielo, si te pilla
La mano el poeta chirle,
Que nadie llegue á pedirle
Ni una triste redondilla!
Si tuviese algún momento
De feliz inspiración,

Encájese de rondón
Un idiota en su aposento;
Atúrdale con su charla
Y la idea se le vuele,
Y después, aunque se pele,
No consiga recobrarla.
Rabioso él como una hiena,
Vayas á calmarle tú,
Y envíete á Belcebú,
Y ande la marimorena.
Y si aun padeciendo así
Sois de tan pícara estampa
Que no se os lleva la trampa
Á tu marido y á tí,
Conspiren á vuestra ruína
Síncopes, cólicos volvos,
Catarros, y, en fin, los polvos
De la madre Celestina.

TERESA.

Con discurso tan extraño,
Aunque muy de vuestro filis,
Habéis echado la bilis,
Que os estaba haciendo daño.
Me hubiera asustado al pronto;
Pero me queda el consuelo
De que no hace caso el cielo
De una maldición de tonto.
Y al cabo, en esta mansión
Tan enojosa y desierta,
El tener una reyerta
Proporciona distracción.

Pero es muy particular
Que vuestro labio me afrente,
Cuando vos únicamente
De vos os podéis quejar.
No á tontas y á locas hablo,
Porque viene todo el mal
De vuestra afición al tal
Don Junípero ó Don Diablo.

NICODEMUS.

Habla con tono mejor
De tu futuro y de mí.

TERESA.

¿Si querrá asustarme aquí
Un cuñado?

NICODEMUS.

Soy tutor.

TERESA.

Novio tengo.

NICODEMUS.

Rico soy,
Y desprecio á un monigote.

TERESA.

¡Ay si te pido mi dote!

NICODEMUS.

¡Ay si las cuentas te doy!

ESCENA XIII.

CIGARRÓN, NICODEMUS, TERESA.

CIGARRÓN.

Señores, sin replicar
Á un tiempo habéis de partir:
Por allí vos á reir;
Por aquí vos á rabiar. (*Vanse.*)

Gabinete de carácter gótico y construído con mármoles de color obscuro: una alcoba en el fondo.

ESCENA XIV.

DON JUNÍPERO, CELESTINA, DAMAS y CABALLEROS.

JUNÍPERO, *al acompañamiento.*

¡Vaya! ¿Con que era tan tarde!
¡Quién lo hubiera imaginado!
Os estoy muy obligado.

CABALLEROS.

Buenas noches.

JUNÍPERO.

Dios os guarde.
(*Vanse las damas y los caballeros.*)

CELESTINA.

¿No os cansábais de banquete,
Y de bulla y confusión?

JUNÍPERO.

Perdonad, si la función
Ha durado un periquete.

Ó será que la alegría
Hizo minutos las horas.

CELESTINA.

Muy galán con las señoras
Anduvísteis.

JUNÍPERO.

Cual debía.

CELESTINA.

Pero para mí, ni aun
Tuvísteis una mirada.

JUNÍPERO.

Dicen luego que es monada
Propia de gente común.

CELESTINA.

¿Qué miráis?

JUNÍPERO.

Este habitáculo
Que, por triste y melancólico,
Parece algo antisimbólico
Para nupcial receptáculo.

CELESTINA.

Su luto característico
Trocaré en gala magnífica;
Pero en esta hora específica
Sed, por Dios, menos artístico.

Aquí, de contento justo,
Mi corazón desfallece.

JUNÍPERO.

¿Pues y el mío? Si parece
Que me muero...

CELESTINA.

¿Eh?

JUNÍPERO.

¡Pues! ¡de gusto!

CELESTINA.

¡Vuestro tono es tan glacial!

JUNÍPERO.

Nace del respeto inmenso
Que me inspiráis.

CELESTINA.

Te dispenso...

JUNÍPERO.

¿Qué?

CELESTINA.

Todo ceremonial.

JUNÍPERO.

(¡Llegó el tremebundo plazo!)
Sois tan buena...

CELESTINA.

Que permito...

JUNÍPERO.

¿Que me retire solito?

CELESTINA.

¡Eh! Que me deis un abrazo.

JUNÍPERO.

Vuestro pudor me acobarda
Y me convierte en un hielo.

CELESTINA.

¡Si supieras, picaruelo,
La fortuna que te aguarda!...

JUNÍPERO.

Es tanta, que no resisto
Su peso, que me derrienga.

CELESTINA.

Esposo, abrazo y no arenga.

JUNÍPERO.

(Cierro los ojos, y embisto.)
¡Uf!

CELESTINA.

¡Ay!

(*Don Junípero, aunque con repugnancia, abraza á Celestina, y al momento desaparecen las canas y arrugas y deformidad de ésta, lo mismo que su vestido rico, pero extravagante, quedando joven, hermosa y galana.*)

JUNÍPERO.

¡Qué veo! ¡Señora!
¿Sois vos mi mujer? Yo paso
Por el trueque en todo caso,
Y abonaré la mejora.

CELESTINA.

Cumplióse la predicción.
Ya soy joven, sí: lo siento
En mi altivo pensamiento,
En mi ardiente corazón.
¡Y hermosa debo de ser,
Tan hermosa como fuí!

JUNÍPERO.

Treinta años há que nací,
Mal os puedo responder;
Pero aun sin saber yo nada
De vuestra edición primera,
Me parece la postrera
Corregida y aumentada.

CELESTINA.

Quiero mirarme. Un espejo.

JUNÍPERO.

Tomad, tomad.

CELESTINA.

¡Oh ventura!
Volvió á mi tez la frescura:
Ya el arrugado entrecejo

No marca la frente mía,
Ni hay canas en mi cabeza;
Mi pie cobró ligereza,
Mi talle su gallardía.
Respondedme: ¿no es verdad
Que soy bella?

JUNÍPERO.

Como el sol,
Y fresca como un perol
De cuajada en Navidad.

CELESTINA.

¿No es cierto que no sentís
Ahora ser mi marido?

JUNÍPERO.

Siento el haberlo sentido.
He sido un chisgarabís.
Yo daré satisfacción,
Aunque no la reclaméis.

CELESTINA.

¿No es cierto que no valéis
Para mí?...

JUNÍPERO.

Ni un cañamón.

CELESTINA.

¿Y que menos debo echar
Al amante de Teresa?

JUNÍPERO.

Cuestión personal es esa:
Yo me abstengo de votar.

CELESTINA.

Pero, hijo, si os hizo Dios
Tan idiota, que eso espanta.

JUNÍPERO.

Siendo vuestra ciencia tanta,
Desidiotizadme vos.

CELESTINA.

Es que entonces mi poder
Aventuro.

JUNÍPERO.

Pues, amigo...
Hay que apechugar conmigo,
Que al cabo sois mi mujer.

CELESTINA.

No, no; mi felicidad
Es primero: una porción
Os daré de discreción
Y dos de docilidad.
¡Hola!
(*Sale del suelo un veladorcito con una copa.*)

JUNÍPERO.

¿Con que me queréis
Mansito como una malva?

CELESTINA.

Venid, os haré la salva
Para que no receléis.

(*Toma la copa y bebe; se la da luego á Don Junipero.*)

JUNÍPERO.

¡Qué maneras tan galantes!

CELESTINA.

Bebed.

JUNÍPERO.

Bebí.

CELESTINA.

¿Qué será?
Su fisonomía está
Tan estúpida como antes.

(*Suenan voces dentro, que cantan al son de música funeraria.*)

UNA VOZ.

De mal de tontería
Muere la enferma.

MUCHAS.

El que tenga enemigos
Que no se duerma.

CELESTINA.

(¿Si habrá mi poder cesado?)

JUNÍPERO.

¿Quién trajo á mi casa curas?

(*Apáganse las luces del cuarto; húndese la mesita.*)

¡Calla! ¡Nos dejan á obscuras
Sin habernos acostado!

ESCENA XV.

PENITENTES enmascarados, que salen en dos filas, por los dos costados del teatro, cantando y con hachas encendidas; DON JUNÍPERO, CELESTINA.

UN PENITENTE.

Un capricho imprudente
Todo lo arruína.

TODOS.

Ya no valen los polvos
Á Celestina.

JUNÍPERO.

¿Qué demonios me dicen
Éstos que cantan?

PENITENTES.

Que se quedó tu novia
Per istam sanctam.

CELESTINA.

¡Me perdí! ¡La ira me abrasa!

JUNÍPERO.

Pero oyes: ¿estos sayones
Á qué nos vienen con sones?
¿Dónde estamos?

ESCENA XVI.

LA LOCURA; dichos.

LOCURA.

En mi casa.

CELESTINA.

¡Qué veo! ¿Y me ha de vencer
Una rival como aquélla?
Pero ¡ay! ¿Á quién no atropella
La Locura con poder?

LOCURA.

Mágica combinación
Te volvió la mocedad;
Pero también esa edad
Te trajo la imprevisión.
Abriste al amor tu seno,
Discreto esposo quisiste,
Le diste á beber, bebiste,
Y habéis bebido un veneno.
Tal fin reserva la suerte
Á la ambición criminal.
Mirad el lecho nupcial
Trocado en mansión de muerte.

CELESTINA Y JUNÍPERO.

¡Piedad!

LOCURA.

En vano es pedir
Lo que es inútil que ordene:

Vuestro tósigo no tiene
Más remedio que morir.
(*Vanse los penitentes.*)

Gabinete enlutado y baile de esqueletos que aparecen y desaparecen.

CELESTINA.

¿Qué es esto, fortuna mía?

JUNÍPERO.

Un gabinete mortuorio
Y muertos que todavía
Tienen gana de jolgorio.
(*Baile de esqueletos.*)

ESCENA XVII.

CELESTINA, DON JUNÍPERO.

CELESTINA.

¡Esposo!

JUNÍPERO.

¡Mi serafín!

CELESTINA.

¡Nuestro término es llegado!

JUNÍPERO.

Se nos ha dicho rezado,
Cantado, y en baile al fin.
Yo moriré; mas protesto
Para el día de mañana,
Que muero... de mala gana.

CELESTINA.

¡Qué destino tan funesto!

JUNÍPERO.

Dame en tus brazos lugar,
Mientras mi aliento se trunca.
Como no me he muerto nunca,
No sé por dónde empezar.
Siento, á pesar del dolor,
Que el duodeno me destroza,
Que asido á una buena moza
Se muere mucho mejor.
¡Ya la vista se me va!...
¡Ya descubro mil visiones!...
¡Figurillas!... ¡Figurones!...
¡Ay! ¡ay! ¡ay!

CARCAJADAS DENTRO.

¡Ah! ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

Verjel magnífico de la Locura á la orilla del mar. Sale el sol é ilumina la escena.

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos; LA LOCURA, en su solio; NICODEMUS, haciendo que se den las manos GARCÍA y TERESA.

CELESTINA Y JUNÍPERO.

¿Qué es esto?

LOCURA.

Que aunque traviesa

Os tengo ya compasión,
Y os doy vida en atención
Al enlace de Teresa.
Pero tú ten entendido,
Celestina, que de hoy más
Únicamente podrás
Hechizar á tu marido.

JUNÍPERO.

Pregunto, cara de rosa,
¿Y esta chica en adelante
Se queda bruja cesante
Sin sueldo?

LOCURA.

No, poderosa.

JUNÍPERO.

Pues con oro siempre á mano,
Bien que sin polvos quedemos,
Nosotros hechizaremos
Á todo el género humano.

ALFONSO EL CASTO

DRAMA EN TRES ACTOS EN VERSO

Estrenado en el teatro de la Cruz á 25 de junio de 1841

PERSONAS.

ALFONSO, *llamado después el Casto.*
JIMENA.
SANCHO.
ORDOÑO.
BERNARDA.
SILO.
LUPO.
TOIDA.
NEFTALÍ.
UN PLATERO.
UN ESPADERO.
UN ENTALLADOR.
SOLDADOS.
ESCLAVOS.
ESCLAVAS.
DUEÑAS.
PAJES.

La escena en el acto primero es en un valle de Galicia poco distante del monasterio de Samos (anteriormente Sámanos); el segundo acto y el último pasan en Oviedo.

La acción es en el año 792.

ACTO PRIMERO.

Á la derecha del espectador, en las últimas cajas, un cobertizo ó soportal, que da entrada á una casa de labor; á la izquierda, en el proscenio, una cruz grande de piedra sobre un pedestal rodeado de escalones; en el fondo un país fragoso. Debajo del cobertizo una mesa, y sobre una silla una rueca con un copo de lana blanca.

ESCENA I.

SANCHO, BERNARDA, SILO, LUPO; Soldados.

(*Sancho está debajo del cobertizo, sentado á la mesa, escribiendo en un papiro ó pergamino; Bernarda tiene toca de viuda.*)

SANCHO, *á Bernarda.*

Yo daré cuenta en Oviedo
De vuestras declaraciones.

BERNARDA.

Y eso ¿qué me importa?

SILO.

Mucho,
Si le mintiéreis al Conde.

BERNARDA.

¡Conde, y tan mozo! Persona
Será de mérito enorme.
¿Dónde gobierna?

SILO.

En Saldaña
Tierra de León.

BERNARDA.

¡Demontres!
¡Tierra de pan! Si pudiera
Irme trayendo á terrones
Á Galicia tres yugadas
De la buena, era en el orbe
Yo la más feliz.

ESCENA II.

JIMENA, que sale con toca blanca, trayendo unas llaves en la mano; dos esclavos, dos esclavas; dichos.

JIMENA, *á Bernarda.*

Las llaves
De las puertas y los cofres.

BERNARDA.

Téngalas.
(*Tomándolas, y poniéndolas encima de la mesa.*)

SILO, *cogiendo una.*

¡Llave de hierro!
No es utensilio de pobre.

BERNARDA.

No las uso yo de palo,
Gracias á los bienhechores.

SANCHO, *á Lupo.*

Vos registraréis la casa.

BERNARDA, *á Jimena.*

Vaya ella con esos hombres.
Deles cuanto quieran; pero
Ellos, sin pedir, no tomen.

LUPO.

Nada tomarán, villana.

BERNARDA.

Bernarda, no se equivoque,
Bernarda me llamo.

LUPO.

Sepa
Que no trata con ladrones.

SANCHO.

Id.

(*Lupo toma las llaves, y entra en la casa precedido de Jimena y seguido de algunos soldados y de los esclavos.*)

ESCENA III.

SANCHO, BERNARDA, SILO; Soldados.

BERNARDA.

Inútil será.

SILO.

Basta
Con verlo.

BERNARDA.

Aunque se desojen
No hallarán al fugitivo.

SANCHO.

Según todos los informes,
Aquí pasó cuatro días
Ó cinco.

BERNARDA.

Cinco, señores,
Cinco.

SILO.

Y la tarde de ayer.

BERNARDA.

¿La tarde? Y también la noche.
Durmió, se levantó en paz,
Cumplió con sus devociones,
Le dí el almuerzo, me dió
Un abrazo, y acogióse...

SILO.

¿Á dónde?

BERNARDA.

Á otro nido.

SILO.

¿Cuál?

BERNARDA.

Así mi difunto Jorge
Gloria tenga, como es cierto
Que puesta en los escalones
De aquella cruz, le perdí
De vista mirando al bosque.

SANCHO, *á Silo.*

Nada sabrá; y si lo sabe,
Lo callará.

BERNARDA.

Se supone.
¿Había de permitir
Que llevaran en prisiones
Al que yo dí de mamar?
Aunque me hicieran jigote.
Cuando él se vino á Subrego,
Ya tendría sus razones.

SANCHO.

¿Con que en vuestra casa, en fin,
Don Alfonso no se esconde?

BERNARDA.

Á fe de gallega honrada
Lo juro; á fe de mi nombre
Y de nodriza de Rey.

SILO.

Ya no es Rey.

BERNARDA.

No se alborote.
Si Alfonso no reina ya,
Reinó, y en dos ocasiones.
Mas sáqueme, por la Virgen,
El de Saldaña, y perdone,
De una duda; pues con todo
Que he nacido en estos montes,
Tengo un sobrino alarife,
Maestro de gran renombre,
Y fuí de casa del Rey
Fruela, que de Dios goce;
Y allí, de oir platicar
Á guerreros y Doctores
Tantas veces, comprendí
Que ha de haber algún desorden
En Asturias y Galicia
Siempre que haya sucesiones
De reyes; pero elegido
El sucesor, acabóse.
Y como hace un año ya
Que juntos los electores
Admitieron la renuncia

De Don Bermudo, y acordes
Juraron á Alfonso, digo:
Para que así le destronen,
¿Qué habrá hecho?

SANCHO.

Malquistarse
Con la Iglesia y con los nobles.

SILO.

Y basta.

BERNARDA.

Pueden alzar
El Rey que les acomode,
Verdad es; pero á éste dicen
Que van á meterle monje
Si le pillan, y le quieren
Cegar como á los traidores:
¿De qué delito le acusan
Los que tal pena le imponen?

SANCHO.

Quiso hacer guerra á los moros
Contra el voto de la corte,
Y que tuvieran ancianas
Por amas los sacerdotes...

SILO.

Y que al francés Carlomagno
Rindieran los españoles
Vasallaje.

BERNARDA.

Si es verdad

Lo que habéis dicho á la postre,
Merecería por eso
Que le colgaran de un roble.

SILO.

Pues todo es cierto.

BERNARDA.

Pues yo
Me figuro que los próceres
No tendrían mucha gana
De ir á sacudir mandobles;
Los clérigos no querrían
Ver á su lado visiones;
La embajada vino bien
Para achacar mil horrores
Á Alfonso; y si da la gente
En decir que rabia el gozque,
Sea verdad ó no sea,
Todos á matarle corren.

ESCENA IV.

JIMENA, LUPO; Soldados, Esclavos; dichos

LUPO.

No está.

BERNARDA.

Ya lo dije.

SANCHO.

Silo,

Mirad los alrededores
Antes de emprender la marcha,
Si gustáis.

SILO.

Estoy conforme.
Pero escuchad. (*Aparte á Sancho.*) Esa hija...
(*Baja la voz.*)

SANCHO.

No deis en cavilaciones.
(*Siguen hablando aparte.*)

SILO.

Ordoño lo encargó tanto...

BERNARDA, *á su gente.*

Cada cual á sus labores.
(*Los esclavos se retiran; Jimena toma la rueca, se sienta y se pone á hilar.*)

SILO.

¿Queréis que yo la examine?

SANCHO.

Yo lo haré.

SILO.

Á ver qué responde.
(*Se marcha con algunos soldados.*)

ESCENA V.

SANCHO, JIMENA, BERNARDA, LUPO; Soldados.

SANCHO.

¿Con quién vino Don Alfonso?

BERNARDA.

Con su bridón y su estoque.

SANCHO.

¿Llegó solo?

BERNARDA.

Rey caído
Suprime los batidores.

SANCHO.

¿Y su hermana?

JIMENA, *aparte.*

¡Oh Dios! (*Cáesele el huso.*)

BERNARDA.

¿Jimena?

SANCHO.

Pues.

BERNARDA.

¿Corriendo él á galope,
Le pudiera ella seguir?
Ni ¿á qué? Si no la conocen.
¿Hay alguien que la haya visto
En trece años ó catorce?
Donde quiera está segura.
(*Jimena deja caer otra vez el huso; Bernarda le alza.*)
Tenga cuidado la torpe.

JIMENA.

Perdone, señora madre.

BERNARDA.

Vaya adentro.

JIMENA.

No se enoje.
(*Se levanta para retirarse.*)

SANCHO.

Temblando está. Si nosotros
Damos á vuestros temores
Motivo, pronto marchamos.

BERNARDA.

Á su cuarto, y no se asome.

SANCHO.

No me privéis de la vista
De esa bellísima joven,
Que juro que su habla dulce,
Sus angélicas facciones,
La agitación que amortigua
El brillo de sus colores,
La mirada de modestia
Y el señorío del porte,
Impresión hubieran hecho
En un corazón de bronce.
¡Qué poco, serrana bella,
Te ennegrecieron los soles!
¡Qué poco se ha ejercitado
En campesinas labores
La mano con que avergüenzas
El blanco vellón que coges!

BERNARDA.

Ya que el de Saldaña mira
Con ojos tan reparones,
Y lo blanco de la cara
Le ha dado al momento golpe,
¿Cómo es que la blanca toca
No parece que le choque?
Á doncella consagrada
Á Dios, no se dicen flores.

JIMENA.

Denme licencia...

SANCHO.

Esperad.
Hablé así, no porque ignore
Cuánto respeto merece
Quien ese velo se pone,
Sino porque me dejé
Llevar de las ilusiones
Que hace un año á mi memoria
Vienen y se van veloces.

JIMENA.

No me está bien escuchar
Livianas conversaciones.

SANCHO.

Con ese desdén, zagala,
Con que tus elogios oyes,
Me pagó también un día
La ingrata de mis amores.—

Era una tarde de otoño:
Trasponía el horizonte
El sol, dorando la cima
De los árboles mayores
Que daban sombra á una casa
Coronada de una torre;
Cantaban allá á lo lejos
Alegres trabajadores,
Que cerraban los portillos
De unos rotos paredones;
Percibíase á otro lado
El eco de una harpa, dócil
Á una mano, que en la tuya
Hizo el Señor que se copie.
¡Qué bien á la tañedora
Me representas! Al borde
De una fuente se sentaba,
Dando la espalda á unos bojes,
Y clavados en la arena
Los ojos deslumbradores,
Y asomando en su mejilla
Encendidos arreboles...

JIMENA, *aparte á Sancho.*

Callad.

SANCHO.

«Callad, exclamaba,
Si al jardín queréis que torne.»
Pensé que amenazas eran
Para encubrirme favores:
Pronto abatió el desengaño

Lisonjeras presunciones.
Por vez primera veía
La luz de mi sol entonces:
Un año entero ha pasado
Sin gozar sus resplandores.
El ornato de la esquiva
Revelaba sus blasones;
Su lenguaje recatado
No era el de un ánimo doble;
Y atrás tendido el cabello
Sin velos usurpadores,
Por libre la señalaba
Para admitir corazones.
Mas ¡ay! con rigor más duro
Que á la virtud corresponde,
La que sencilla supuse,
Palabras olvida y rompe;
Huye de mí; no parece
Ni en verjeles ni en balcones;
Yo sufro; quiero indignado
Que el alma su imagen borre,
Y á mi pesar en el pecho
Siempre permanece inmoble.

JIMENA.

¡Ah!

SANCHO, *á Bernarda.*

No eran á esta doncella
Mis corteses expresiones.

BERNARDA, *aparte.*

Ahora sí que no lo creo;
Mas nunca peor se logre.

ESCENA VI.

SILO, Soldados; dichos.

SILO.

Conde, á lo largo del río
Sube tropa; los pendones
Son los nuestros, y conozco
El clarín de Ordoño.

SANCHO.

Toquen
El nuestro en aviso, y vamos.

JIMENA, *aparte.*

¡Ay! Á partir se disponen,
Y no puedo vindicarme
De injustas acusaciones.

SANCHO.

Casual, como veis, ha sido
Que mi visita os estorbe.
Perdonad, y á Dios.

JIMENA.

Á Dios.

BERNARDA.

Él de gloria le corone.

SANCHO, *aparte á Jimena.*

No puedo hablaros: tomad

Y leed estos renglones.
(*Dale el pergamino en que escribió.*)

JIMENA, *á él.*

¡Ah! sí.

SANCHO.

Ya que vuestro estado
La obligación os impone
De orar por todos, ¿tendré
Parte en vuestras oraciones?

JIMENA.

Sí.

SANCHO.

No olvidéis la promesa.

JIMENA.

No olvido yo nada, Conde.
(*Vanse Sancho, Silo, Lupo y los demás soldados.*)

ESCENA VII.

JIMENA, BERNARDA.

(*Siguen con la vista por algunos momentos á los que se retiran.*)

BERNARDA.

Ya salimos de afán.

JIMENA.

¡Gracias, Dios mío!

BERNARDA, *á Jimena.*

¡Gracias, Madre de Dios de Covadonga!

Soltad la rueca de silvestre caña:
Es de marfil la que ceñir os toca.
(*Se la quita y la arroja al suelo.*)

JIMENA.

Si vuelven, si te ven...

BERNARDA.

No; que la peña
Que nos oculta de su vista, doblan,
Y al ver la novedad, avisaría
El zagal que aposté sobre la loma.
Ya el Rey puede salir.

JIMENA.

Llamaré gente.

BERNARDA.

Sobro yo aquí para mover la losa.
(*Aparta una piedra del pedestal de la cruz, descúbrese un hueco y sale de él Alfonso.*)

JIMENA, *aparte.*

¡Esta carta del Conde! Mal mi grado,
El ansia de leerla me devora.

ESCENA VIII.

ALFONSO, JIMENA, BERNARDA.

ALFONSO.

¡Hermana! (*La abraza.*)

JIMENA.

¡Alfonso mío! ¡De qué riesgo

Nos liberta una mano generosa!

ALFONSO.

¿Cómo pagar?...

BERNARDA.

Negocio más urgente,
Príncipe amado, resolver importa.
Guía y disfraz sabéis que puedo daros;
La distancia de Sámanos es corta:
¿Persistís en pasaros al convento?

ALFONSO.

¿Qué camino al venir trajo esa escolta?

BERNARDA.

El de Sámanos era, y por la orilla
Del río abajo, la vereda toman.
Libre os dejan el paso.

ALFONSO.

Le aprovecho.

BERNARDA.

Será vuestra partida sin demora. (*Vase.*)

ESCENA IX.

ALFONSO, JIMENA.

JIMENA.

¿Con que partes al fin?

ALFONSO.

Sí, nos separan;

Me separan de tí por breves horas;
En tu busca vendré cuando la noche
Callada tienda favorable sombra;
Pero tiemble de mí, si triunfo un día,
Quien hoy consigue que te deje sola.
Tú fuiste de mi júbilo testigo
Cuando ciñó mi sien esa corona
Que ambicioné, porque valor me siento
Para poderla sostener con gloria;
Viste las miras que abarcaba; viste
Que en lucha fiera con la raza mora
Quise á gallegos, cántabros y astures
Empeñar; que á los hijos de Vasconia
Importuné también y á Carlomagno,
Para que desde Braga á Barcelona
Se alzaran con un fin, con una idea,
Cuantos la cruz del Redentor adoran,
Y de manos del árabe arrancaran
La herencia rica de la estirpe goda.
Ya de aquel porvenir esplendoroso
Me han dejado no más que la memoria:
De trono, de poder, de hacienda y fama
Bárbaros enemigos me despojan;
Y con todo, Jimena, te lo juro,
Más en este momento me acongoja
La idea del peligro en que te veo,
Que la expulsión que mi vergüenza colma.

JIMENA.

Hermano! ¡dulce hermano!

ALFONSO.

En tu presencia

Enmudece mi orgullo, y con su antorcha
Disipa la razón la niebla obscura
Que en el pecho mis iras amontonan.
Á tu lado, el huir, el ocultarme,
Acción no me parece ignominiosa:
Perdido el trono, conservar la vida,
Creo que es un deber; que á toda costa
Debo esa vida conservar, pues ella
Debe ser de la tuya protectora.
Si á tu lado no estoy... ¡Cuánto martirio,
Cuánto! El despecho y el furor me ahogan,
Y me afrenta el vivir.—Si tú quisieras
Bajo nuevo disfraz seguirme ahora...

JIMENA.

Recuerda que hoy, al despuntar el alba,
Contigo iba á partir.

ALFONSO.

¡Ah, sí! Perdona.
Yo fuí quien te detuvo. No es posible:
Fuera la fuga hacer más peligrosa.
Es verdad que el vecino monasterio
De la piedad de nuestro padre es obra;
Que en él hallé refugio cuando, niño,
Me dejó en orfandad mano alevosa;
Que en él, mancebo ya, de Mauregato
Los rencores burlé; mas ya reposan
En la etérea mansión los cenobitas
Que entonces me tuvieron en custodia.
Si almas heladas por mi mal encuentro...
Si también ellos contra mí se tornan...

¡Oh! no; espérame aquí.

JIMENA.

Corta es la ausencia.

ALFONSO.

Cabe en ella vivísima zozobra.
Mas dime... En ese pedestal oculto,
Ni pude ver ni oir. ¿Quién esa tropa
Que me viene á prender, capitanea?

JIMENA.

Un joven...

ALFONSO.

¿Joven?

JIMENA.

De presencia airosa,
Grata conversación, humano pecho...

ALFONSO.

¡Á un enemigo tuyo tanto elogias!

JIMENA.

No es mi enemigo, no; no es tu enemigo.

ALFONSO.

¿Pudiste averiguar cómo se nombra?

JIMENA.

Es...

ALFONSO.

¿Quién?

JIMENA.

El Conde de Saldaña.

ALFONSO.

¿Sancho?

¡Bien la facilidad me galardona
Con que le dí un gobierno! ¡Bien me paga
Los alazanes y la fina cota
Con que le honré después, al concederle
Mi licencia real para su boda!

JIMENA.

¡Qué oigo! ¿Sancho, el traidor que te persigue,
Tiene mando por tí? ¿tiene la esposa?

ALFONSO.

Para dentro de un año difirieron
Del vínculo la santa ceremonia.

JIMENA.

¡Para dentro de un año, que ahora cumple!
¿Y no recordarás quién fué la novia?

ALFONSO.

Fué la hermana de Ordoño.

JIMENA.

¿Floresinda?

ALFONSO.

La que hablaste una vez.

JIMENA.

Sí, y es hermosa.

Bien me acuerdo. Hace un año.—¿Ves, Alfonso?
¿Ves tú qué de perfidias nos acosan?
Marchémonos de aquí. Vuelve á la noche:
Donde quiera que vayas, estoy pronta
Siempre contigo á dividir tu suerte.
¡Qué de ilusiones la ignorancia forja!
Ya en ese Conde contemplé un amigo,
Porque falaz me dirigió lisonjas...

ALFONSO.

¡Sancho á tí!...

JIMENA.

Nada temas: él no sabe
Que era Jimena la villana tosca.

ALFONSO.

¿Qué te dijo?

JIMENA.

Mentiras: que mi rostro
Le recordaba aquél que le enamora.
Tal vez era verdad: á Floresinda
Galanteó tal vez en mi persona.
¡Es el Conde muy fiel!

ALFONSO.

Es deber suyo:
Marido es ya quien el contrato forma.

JIMENA.

Tal es la ley.

ALFONSO.

Pero interés sobrado
Parece que te inspira...

JIMENA.

Me sonrojas.
Como nunca el amor has conocido,
Tú siempre sus indicios equivocas.
Yo tampoco amaré.

ALFONSO.

¡Pluguiera al cielo!

JIMENA.

Para mi hermano mi ternura toda.

ALFONSO.

Y para tí no más Alfonso vive.

JIMENA.

Sí, que jamás Alfonso me abandona.

ALFONSO.

Nunca: mi voluntad irrevocable
Del amor para siempre me divorcia.
Jamás á una mujer al pie del ara
La banda me unirá cándida y roja.
Mira, Jimena mía: este momento
De exaltación sublime y religiosa,
De despedida y riesgo, acaso ofrece
La coyuntura favorable y propia
Para un designio...

JIMENA.

Dile.

ALFONSO.

Nuestro padre
Manchó con un delito sus victorias:
Á su hermano mató, fué asesinado
Él también á su vez...

JIMENA.

¿Y bien?

ALFONSO.

Costosa,
Tremenda expiación, querida hermana,
Debemos á una víctima y á otra.

JIMENA.

¿Y cuál?

ALFONSO.

Por esto quise que tu vida
Corriera en soledad: todos ignoran
Cuáles son las facciones de Jimena;
Sólo Ordoño te ha visto, y veces pocas,
Porque, pariente fiel, de mis intentos
Hícele sabedor.

JIMENA.

Dí, que afanosa
Me tienes.

ALFONSO.

En el reino que fué mío,
No hay hombre que merezca de tu boca
Oir el dulce sí, que llevaría

La obligación de hacerte venturosa.
Yo codiciaba ese deber. Jimena,
Por alcanzar de Dios misericordia
Para el que sér nos dió, por imitarme,
Por orgullo además, la blanca toca
Puesta por mano de mi fiel nodriza,
De otra mano recíbela devota,
Postrada ante el altar.

JIMENA.

Yo lo prometo.

ALFONSO.

¿Lo prometes?

JIMENA.

Lo juro.

ALFONSO.

Tú coronas
Mi esperanza.

JIMENA.

Aniquílese en nosotros
Una prosapia mísera y odiosa,
Que fatigada de mirarse siempre
Blanco de la traición, cede y se postra.

ALFONSO.

Ven, ven, y el respetable juramento
Pronuncia allí, donde el Señor nos oiga,
Delante de la cruz. (*Llléganse á ella.*)

JIMENA, *de rodillas.*

Padre piadoso,

Que nos ofreces del dolor la copa,
Sálvanos del peligro que nos cerca,
Y yo renuncio la mundana pompa,
Y en la morada fraternal viviendo,
Sierva tuya seré y humilde esposa.

ESCENA X.

BERNARDA, ALFONSO, JIMENA.

BERNARDA.

Vuestro mandato en mi aposento espera
Quien os ha de guiar: vestid la ropa
Que ha de encubriros, y partid.

ALFONSO.

Al punto.

BERNARDA.

Por el huerto saldréis.
(*Cierra el pedestal, y éntrase en la casa.*)

ALFONSO.

Blanca paloma,
De carnívoras aves acechada,
Vele por tí quien la naciente rosa
Firme en el frágil vástago mantiene
Cuando furioso el aquilón le azota.
Fía en aquél á quien tu fe dedicas,
Y en el único bien que no me roban:
Mi aliento, mi tesón. Prestado cetro
El que me dieron fué; si le recobran,
Pueden hacerlo. Para destronarme,
Precisa era primero mi deshonra:
Por eso la calumnia les perdono;

El filo de una espada vencedora
Borrará con el tiempo las señales
Que manchan de mi honor la rica joya.
No crean los cobardes enemigos
Que destruyen la fábrica grandiosa
Comenzada por mí, que soy quien pierde:
Son ellos, es la patria. Ruda choza
Tenga, pues, el creyente por asilo,
Mientras huella el sectario de Mahoma
Pavimento de mármoles, y tiende
En él nuestras banderas por alfombra.
Desheredado en el país nativo,
Con mis hazañas en región remota
Quizá más rico patrimonio gane
Que ese que mi altivez hoy abandona.

(*Bernarda se presenta á la puerta con unos vestidos de hombre en el brazo, y se dirige al Rey.*)

BERNARDA, *á Jimena.*

Venid. Quedad aquí vos en acecho.

ALFONSO.

Adiós, Jimena.

JIMENA

Adiós: aguardo ansiosa.

(*Entran en la casa Bernarda y Alfonso.*)

ESCENA XI.

JIMENA.

Él sólo en mi amparo vela,
Sólo él.—Y tiene razón:

Hijos de desgracia son
Los hijos del Rey Fruela.
Piadoso el cielo por mí
Debéis hallar, padre mío:
Con harto dolor expío
Culpa que no cometí.
Por vos de su pecho lanza
Jimena el amor.—¡Ay! no:
Consigo se le llevó
Fugitiva la esperanza.
¡Y el traidor me llama linda,
Y se atreve á darme quejas!
¡Y desertor de mis rejas,
Me olvidó por Floresinda!
Dice que huyo con rigor
Las veces que á verme acude.
¿Cómo libertarme pude
De tanto avizorador?
Deber suyo hubiera sido
Los obstáculos vencer:
De más hice yo en querer
Que los hubiese vencido.
En fin, ya todo le aparta
De mí, ya somos extraños:
Aunque encierre mil engaños,
Bien puedo abrir esta carta.
Yo no sé si la destroce
Sin verla. Sí debería.
No, que ignoro todavía
Si el pérfido me conoce. (*Abre y lee.*)

«Aparentando tomar un informe, trazo estas pa-

labras al pie de un escrito de mano ajena: la ocasión me obliga á no decir sino lo necesario. La única vez que os ví en Oviedo, cuando un presentimiento venturoso me llevó á registrar el jardín del alcázar, os dije mi nombre, y me callásteis el vuestro: indicios recientes me han descubierto quién sois.»

¡Sabe quién soy!

«Yo he solicitado el encargo de perseguir al Rey, para salvarle; pero no he podido traer sino soldados de quienes no me debo fiar. Ordoño es el autor y el jefe de la conjuración, como veréis por ese plan escrito y firmado por él propio, el cual ignora que yo posea este documento, y aun está persuadido de que no existe. Ordoño, que os conoce como sabéis, quiere á toda costa descubrir vuestro asilo, y quizá no se halla lejos. Avisad á vuestro hermano, y huid, Jimena: huid, ó, por lo menos, ocultaos de Ordoño.»

Ni siquiera
Una palabra hay aquí
De lo que esperaba. Fuí,
Fuí demasiado altanera.
Sancho de salvarnos trata;
Como bueno corresponde:
¿Qué más quiero? Gracias, Conde;
No me tengáis por ingrata.
Fuera ya un empeño loco
Volver los ojos atrás:
Ni él debe decirme más,
Ni yo esperarlo tampoco.

Hecha la promesa santa,
¿Quién devaneos medita?
No ambicione la proscrita
Lo que no logró la infanta,
Pues en tal persecución
Es harta felicidad
Que algún resto de piedad
Nos quede en un corazón.

(*Óyese á lo lejos el chasquido de una honda.*)

En la cumbre del collado
El pastor la honda restalla.
Algo que avisarnos halla.
¿Vendrá gente? (*Llégase al fondo á observar.*)
¡Qué he mirado!
¡Es Ordoño! ¡Otra agonía!
¡Ordoño y Sancho! ¿Si habrá
Partido mi hermano ya?
¡Valednos, Virgen María!

(*Éntrase en la casa y cierra.*)

ESCENA XII.

SANCHO, ORDOÑO; Soldados.

(*Los soldados no hacen más que cruzar por el fondo; Ordoño sale reconociendo el sitio.*)

ORDOÑO.

¡Oh! la ventaja es inmensa.

SANCHO.

Distinto es mi parecer.

ORDOÑO.

Aquí se pudiera hacer
Á pedradas la defensa.

SANCHO, *aparte.*

(¿Habrá servido el aviso
Que dí á Jimena?) Pensemos,
Ordoño, qué resolvemos.

ORDOÑO.

Sí, vamos á lo preciso.

SANCHO.

Tiempo quedará después
Para ver esa doncella.

ORDOÑO.

Silo dice que es muy bella;
Pero no tengo interés...

SANCHO.

¿Con que afirmáis que Teudón
Está en Sámanos armado?

ORDOÑO.

Banderas ha levantado
Por Alfonso.

SANCHO.

Es campeón
De gran valor y pericia.

ORDOÑO.

Hombre debe ser de cuenta,

Cuando así que se presenta,
La rebelión se desquicia.

SANCHO.

¿Ya la llamáis rebelión?

ORDOÑO.

No me parece un insulto
Dar este nombre á un tumulto
Que perece en embrión.

SANCHO.

No tomo yo por injurias
Vuestras palabras.

ORDOÑO.

Son copia
Fiel, ó más bien son la propia
Voz de Galicia y Asturias.

SANCHO.

Aunque yo mi voto aprecio,
Cuando son de otro sentir
Los más...

ORDOÑO.

Ir á desmentir
Á todos...

SANCHO.

Es duro.

ORDOÑO.

Es necio.

SANCHO.

Pues ¿qué partido tomar?

ORDOÑO.

Señor, al hundirse un bando...

SANCHO.

Se puede morir lidiando...

ORDOÑO.

Más vale capitular.

SANCHO.

Yo no tengo inconveniente,
Si no le hubiere por vos.

ORDOÑO.

Yo os creía de los dos
El menos condescendiente.

SANCHO.

Más natural es que tema
El autor de la asonada.

ORDOÑO.

¿Y no debe temer nada
Quien se llevó la diadema?
No estéis, buen Conde, tan ancho.

SANCHO.

De asombro me quedo mudo.
¿No fué aclamado Bermudo
Segunda vez?

ORDOÑO.

Lo fué Sancho.

SANCHO.

¡Yo he sido nombrado Rey!

ORDOÑO.

Y por toda una semana
Grandeza y plebe asturiana
Obedeció vuestra ley.

SANCHO.

¿Qué es esto? ¡Sin mi noticia
De mi nombre se abusó,
Mientras he corrido yo
Las montañas de Galicia!

ORDOÑO.

Por ser tan ejecutivo
La noche del alzamiento,
Que partísteis al momento
Tras el real fugitivo,
Se hizo sin vos la elección;
Y después aquí engolfado,
Dar no pudo el enviado
Con vos por ningún rincón.
Yo he llevado en vuestra ausencia
De los negocios el peso:
Con que no tengáis por eso
Escrúpulo de conciencia.

SANCHO.

Debió seros imposible
Conseguir que os aclamaran,

Y haríais porque nombraran
Al rival menos temible.

ORDOÑO.

Ansiaba cada elector
El trono...

SANCHO.

Y más han querido
Cederle á un desconocido,
Que darle á un competidor.

ORDOÑO.

Hallándome desairado
De votos en la asamblea,
Dije: á lo menos, que sea
Rey mi futuro cuñado.

SANCHO, *aparte.*

¿Habrán huído?

ORDOÑO.

¿Qué afán
Os tiene, Conde, perplejo?

SANCHO.

Nada.

ORDOÑO.

Entremos en consejo
Para evitar un desmán.
Á Saldaña gobernó
Vuestro padre tiempo largo;
Y habiendo muerto, el encargo
Que tuvo, se os confió.

Allí donde mil testigos
De vuestros hechos contáis,
Natural es que tengáis
Un gran número de amigos.
El poder del cetro godo
Es en Castilla una sombra:
El Rey los Condes le nombra,
Y libre la deja en todo.
Vos en Galicia estáis mal:
Es claro hasta la evidencia
Que os tomarán residencia
Del reinado semanal.
Si vais á Saldaña al punto
Y dais al moro un avance,
Como salga bien el lance
Se sepulta el otro asunto.
Crecida escolta os daré
Que os libre de un accidente,
Y lo demás de la gente
Al Rey se la entregaré,
Bajo expresa condición
De que yo quede bien puesto,
Y os otorgue, por supuesto,
Completísimo perdón.

SANCHO.

Hablaré al Rey: á mi cuenta
Eso quede.

ORDOÑO.

Es que...

SANCHO.

Acabad.

ORDOÑO.

Hay una dificultad
Para que yo lo consienta.

SANCHO.

¿Dificultad? Y ¿cuál es?

ORDOÑO.

Conde, que no me conviene.
Amigo, cada uno tiene
Que consultar su interés.
Haced lo que os he indicado,
Pues aquí soy el que manda,
Y tenéis fibra algo blanda
Para negocios de Estado.
Entended que yo el favor
De Alfonso puedo alcanzar,
Y vos habéis de pasar
Sin recurso por traidor.

SANCHO.

Hay medio de sincerarme,
Y fácil, os lo prevengo.

ORDOÑO.

Por si es el mismo que tengo
Para mí, debo explicarme.
Aquí vió, según me dijo,
Silo una joven...

SANCHO.

Serrana
Del país.

ORDOÑO.

¿Y si es la hermana
Del Rey?

(*Sancho se turba; Ordoño le da una mirada, y dice después con seguridad:*)

Es ella de fijo.
Cercada la casa está;
La hallaré; se la presento
Al Rey, y este miramiento
Su consecuencia tendrá.
¿Qué decís?

SANCHO.

¿Por qué he salido
Nunca del hogar paterno?

ORDOÑO.

Por alcanzar un gobierno.
Sois Conde... y seréis marido.
Disgusto ya deja ver
Mi hermana; mas no os aflija,
Que aceptada la sortija...

SANCHO.

Nunca será mi mujer.
Descubro con claridad
Que habéis jugado conmigo.

ORDOÑO.

Conde, perdonad si os digo...

SANCHO.

¿Qué me diréis?

ORDOÑO.

Que es verdad.

SANCHO.

¡Ordoño!

ORDOÑO.

Tenéis valor,
Érais útil á mi empresa,
Mi hermana es linda y traviesa:
Os gané con el amor.

SANCHO.

Bien que su artificio ruín
Me ha podido deslumbrar,
Sepa...

ORDOÑO.

Si os hizo olvidar
Á la dama del jardín.

SANCHO.

¿Quién reveló?...

ORDOÑO.

Cierta buena
Mujer que escondida os vió,
Y ella fué la que estorbó
La cita que dió Jimena.

SANCHO.

¡Jimena! ¡Trama infernal!
Ya todo me desengaña...

ORDOÑO.

¿De qué, Conde de Saldaña?
¿De que soy vuestro rival?

SANCHO.

Ordoño... Los de la tierra
Que llaman de los castillos,
Aunque pecan de sencillos,
Rayos son para la guerra.
Fronterizos del infiel,
Vivimos desde la cuna,
Con buena ó mala fortuna,
Lidiando siempre con él.
Siembra y coge sin contienda
Aquí el labrador el grano;
Allí ha de saber su mano
Labrar y salvar su hacienda.
Lanza es la ahijada, chuzo es
El cayado del pastor,
Y la hoz del segador
Alfanje por el revés.
Fe, sin embargo, y decoro
Guarda entre sí el fiel linaje,
Porque allí todo el coraje
Se reserva para el moro.
Como tener deberéis
De noble alguna vislumbre,
Os oí, por la costumbre,
Con la paciencia que veis.
Mas ya que en justo furor
Contra vos el pecho se arde,
Mirad si no sois cobarde,
Que yo sé que tengo honor.

ORDOÑO.

Le tenéis, por de contado;

Pero no hay que blasonar,
Que es algo particular
El honor de un conjurado.

SANCHO.

No: si conspirar fingí,
De salvar al Rey traté.

ORDOÑO.

Veo que no me engañé
Cuando yo me lo temí.
Y á fe que si me descuido,
Me sacrifica mañana
Esa honradez castellana
Que me habéis encarecido.
Es forzoso que partáis.
Ya tendrá Silo informados
De mi plan á los soldados.
Resolved. ¿En qué os paráis?

SANCHO.

Con un enemigo vil,
¿Qué hace un noble?

ORDOÑO.

Acaso nada.

SANCHO.

¿No miráis que tengo espada?

ORDOÑO.

Vos tenéis una, y yo mil.

SANCHO.

Cuando lleguen en tu ayuda,
Ya te habré yo confundido.
Defiéndete, fementido.
(*Sacan las espadas y riñen.*)

ORDOÑO.

¡Soldados!

ESCENA XIII.

SILO, LUPO; Soldados; SANCHO, ORDOÑO.

SILO, *á los que salen con él.*

Mirad: no hay duda.
Rehusa el medio en que estriba
Nuestra salvación.

SANCHO.

¡Villanos!

ORDOÑO.

¡Matadle!

SILO.

¡Á él, asturianos!

ORDOÑO.

¡Viva Don Alfonso!

SOLDADOS.

¡Viva!

(*Retírase el Conde por la derecha, haciendo frente á Ordoño y á los soldados que le persiguen.*)

ACTO SEGUNDO.

Á la izquierda del espectador un ángulo de la torre perteneciente á la primitiva iglesia del Salvador en Oviedo; desde el punto donde termina la pared de la torre, parte hacia la derecha una galería ó pasadizo abierto, que comunica con el palacio de Alfonso. Ventanas en la galería, por donde se verán á lo lejos varios edificios de una plaza aún no acabada de construir. El espacio que media entre el proscenio y la galería corresponde á un jardín, del cual se verá un grupo de árboles á la derecha.

ESCENA I.

ALFONSO, ORDOÑO, SILO, TOIDA, NEFTALÍ; un ENTALLADOR, un PLATERO y un ESPADERO.

(*Salen de la iglesia á la galería.*)

ALFONSO.

Venid por aquí, maestros:
Abreviemos el camino.

ORDOÑO.

La galería nos da
Paso al palacio.

ALFONSO.

Se hizo
Para que fuera mi madre

Desde su aposento mismo
Á la iglesia.

TOIDA.

¿Es necesario
Que la conserve?

ALFONSO.

Preciso.
Vendrá por ella la Infanta
Cada día á los oficios
Al templo del Salvador.

TOIDA.

En lugar de un cobertizo
Como éste, veré de hacer
Algo que merezca el título
De galería, que Ordoño
Por favor le ha concedido.

ALFONSO.

Arquitecto, reservad
La ostentación, ya lo he dicho,
Para la iglesia.

TOIDA.

Señor...
No os enojaréis conmigo.
Yo al Salvador alzaré
Templo decoroso y digno,
En lugar de ese que, hablando
Con el respeto debido,
Manifiesta solamente
La prisa y devoto ahinco

Del Rey vuestro padre; pero
También labraros confío
Mejor casa que tenéis.

ORDOÑO.

Toida, palacio decimos
Á la mansión del monarca.

TOIDA.

Yo la advertencia os estimo;
Pero con todo, si vos
Hubiérais como yo visto
Los alcázares de Córdoba
Y de Sevilla, imagino
Que os repugnaría dar
Igual nombre á los prodigios
Del arte, y á unas paredes
Hechas de barro y ladrillo.

ALFONSO.

Tiene sobrada razón:
Oviedo está en sus principios.
Deba la posteridad
Al afán vuestro y al mío
Una ciudad en que al menos
Halle un remedo mezquino
De la grandeza de aquéllas
Que perdió el triste Rodrigo.
¿Qué me pedís por ahora? (*Á Toida.*)

TOIDA.

Por ahora y siempre os pido

Á vos libertad y manos,
Y dinero á este judío.
(*Señalando á Neftalí.*)

ALFONSO.

Todo lo tendréis: andad. (*Vase Toida.*)

ESCENA II.

ALFONSO, ORDOÑO, SILO, NEFTALÍ; un PLATERO, un ESPADERO, un ENTALLADOR.

PLATERO.

Señor, aún no habéis podido
Ver mi obra.

ALFONSO.

¿Sois?...

PLATERO.

El platero.
(*Presenta al Rey una arquita ó cofrecillo de plata.*)

ALFONSO.

Á ver. ¡Trabajo exquisito!

ORDOÑO.

¡Caja preciosa!

ALFONSO.

A guardar
Una joya la destino
De gran valor. (*Á Silo.*) Vos, oid.
(*Le habla en voz baja.*)

ORDOÑO.

¿Y dónde habéis aprendido
La profesión?

PLATERO.

En Sevilla:
Viví diez años cautivo
En la casa en que se labra
La moneda.

ALFONSO.

Id pronto, Silo.
Tomad, y volved con ella.
(*Dale la arquita.*)

SILO.

Corriendo. (*Vase.*)

PLATERO, *al Rey.*

Estoy instruído
En el arte de acuñar,
Y si queréis...

ALFONSO.

¡Ay amigo!
Ese ya para mi reino
Fuera lujo intempestivo.
Con moneda antigua y árabe
Pasamos cerca de un siglo:
Pasaremos de este modo
Mientras Dios fuere servido.
Maestro, para mi hermana

Quiero un espejo macizo
De plata.

PLATERO.

Lo haré más terso
Que una lámina de vidrio. (*Vase.*)

ESCENA III.

ALFONSO, ORDOÑO, NEFTALÍ; un ESPADERO, un ENTALLADOR.

ESPADERO.

Yo soy espadero.

ALFONSO.

Como
Estaréis ocupadísimo
Mientras yo reine, he rogado
Que os dé licencia el Obispo
Para poder trabajar
Sin pecado los domingos.

ESPADERO.

Por el día, bien; la noche...

ORDOÑO.

Es para el sueño.

ESPADERO.

Y el vino.

ORDOÑO.

¿Quién os ha enseñado?

ESPADERO.

Un moro
De Toledo.

ORDOÑO.

¡Otro discípulo
Del infiel!

ESPADERO.

Infiel ó no,
Quién sabe, tiene legítimo
Derecho para enseñar.

ENTALLADOR.

Yo nada les he debido
Á los árabes.

ALFONSO.

Ya, sois...

ORDOÑO.

Entallador, lo adivino.
Mal pudieran enseñaros
Ellos á hacer crucifijos.

ALFONSO.

Os encargo un elegante
Reclinatorio esculpido...

ENTALLADOR.

¿Para vos?

ALFONSO.

Para mi hermana.

ENTALLADOR.

Espero que he de serviros.

(*Vanse el espadero y el entallador, y sale Silo con la arquita.*)

ESCENA IV.

SILO, ALFONSO, ORDOÑO, NEFTALÍ.

SILO.

Aquí está.

ALFONSO.

Bien.—Neftalí,
Mirad á la plaza: alisto
Gente allí para la guerra,
Y aquí dispongo edificios
Para engrandecer á Oviedo:
Un número muy crecido
De libras de oro es forzoso
En tal ocasión pediros.

NEFTALÍ.

Señor, el Dios de Abraham
Se ha dignado hacerme rico.
Cincuenta años há que soy
Mercader: cuanto he adquirido,
Es vuestro; pero no basta
Mi caudal y el de mis hijos
Para completar la suma
Que necesitáis: me obligo
Á que la den compañeros
En toda España esparcidos;
Sin embargo, no os conocen.
Una prenda necesito

Para que fíen de mí
Como yo de vos me fío.

ALFONSO.

Se había pensado en ello.
Traed ese cofrecillo.

(*Silo se acerca con la arquita; el Rey la abre, y saca de ella un paño de seda en el cual está envuelta una llave grande de hierro.*)

¿Qué os parece, Neftalí,
Que hay dentro de este tejido?
Mirad, mirad: esta llave
De trabajo tan sencillo,
Es la llave del alcázar
De Toledo. En el dominio
Del moro Toledo yace:
De Rey en Rey ha venido
Á mí esta joya sagrada;
Y un siervo de Dios predijo
Que un día con ella propia
Se abrirían los postigos
Del palacio que fué silla
Del gótico poderío,
Y que sería un Alfonso
El Rey, el feliz caudillo
Que plantara en sus almenas
El estandarte de Cristo.
Mirad si sobre esta alhaja
Me prestarán.

NEFTALÍ, *hablando aparte con el Rey.*

Yo la admito...
En apariencia no más:

Hablemos aquí en sigilo.
Diré que tengo la llave,
Y el cofre estará vacío:
Ninguno vendrá á mi casa
A levantar el pestillo.

ALFONSO.

Bien, Neftalí.

NEFTALÍ.

¿Queréis algo
Más?

ALFONSO.

El dinero que al cinto
Llevéis ahora.

NEFTALÍ.

Os lo entrego
En la bolsa, y me retiro. (*Vase*)

ESCENA V.

ALFONSO, ORDOÑO, SILO.

ALFONSO.

Silo, después de apagada
La rebelión que he vencido,
Parece que á competencia
Sus autores y yo fuimos:
Ellos á ocultarse bien,
Yo á no querer descubrirlos.
Pero me dicen de vos
Que os habíais ofrecido
A matarme.

SILO.

Señor, fué...

ORDOÑO, *aparte.*

¿Qué es esto?

ALFONSO.

No hay que afligiros.
Como nunca os hice mal,
No podéis ser mi enemigo:
La necesidad por fuerza
Os convirtió en asesino.
Remediaos con el oro
Que os doy en este bolsillo,
Y haya paz entre los dos;
Porque si un día me irrito,
Con alzar un pie, hago polvo
Semejantes hombrecillos.

SILO, *aparte.*

No puedo hablar de vergüenza.

ALFONSO, *á Ordoño.*

Quería desde este sitio
Ver á mi hermana venir
Del convento, á donde ha ido:
Ya llega. En tanto que salgo
A la plaza y la recibo,
Acabad la conversión
De aquel pecador contrito,
Que os interesa.

ORDOÑO.

¿Creéis?...

ALFONSO.

Yo de vos nada he creído,
Sino solamente aquello
Que á vos decir os convino.
Tenéis mi sangre, tenéis
Talento: Conde, os elijo
De los notarios.

ORDOÑO.

Señor,
Me deja tan confundido
Lo que antes oí, que dudo
Si es favor ese ó castigo.

ALFONSO.

Si os honrare, agradecedlo;
Si os castigare, sufridlo.

ORDOÑO.

¿Con qué?...

ALFONSO.

Lo que dije á aquél,
Tenedlo vos entendido. (*Vase.*)

ESCENA VI.

ORDOÑO, SILO.

ORDOÑO.

Pasmado me deja.

SILO.

A mí
Ciego de rabia. ¡Maldito

Sea quien tiene la culpa
De que me vea corrido!
No volveré á dar lugar
Yo, no, por Dios uno y trino,
A que me eche en cara el Rey
Ni traición ni deservicio.

ORDOÑO.

¿Te resuelves á ser hombre
De bien? Yo te felicito.

SILO.

Felicitarme podéis
De veras; que es muy distinto
De ser partidario vuestro,
Y partidario gratuito,
El tener la bolsa llena
Con el corazón tranquilo.

ORDOÑO.

Me figuro, sin embargo,
Que puedo contar contigo.

SILO.

Para todo lo que fuere
Razonable, justo, lícito,
Sí, señor; pero en trayendo
Al Rey daño en lo más mínimo,
Tan seguro como hay sol,
Que os pierdo.

ORDOÑO.

Aprecio el aviso.

SILO.

Y si manda que os degüelle
Un día, por un capricho,
Para que Alfonso conozca
La lealtad con que le sirvo,
Cierro los ojos y acabo
Con vos.

ORDOÑO.

Sentiré infinito
Dar ocasión á que tengas
Que hacer ese sacrificio.

SILO.

Bien: pues si llegare el caso,
No os coja desprevenido. (*Vase.*)

ESCENA VII.

ORDOÑO.

Necesario es confesar
Que Alfonso es hombre de tino.
Muerto el Conde de Saldaña,
Sepultada en el olvido
La revuelta, honrado yo
Con el cargo de Ministro,
Tengo que servirle bien:
No me queda otro partido.
Ese voto de Jimena...
No es difícil rescindirlo,
Si ella quiere. Y bien, ¿querrá?
Por ahora es un delirio
Pensarlo; más adelante...

Desde que en triunfo trajimos
De Sámanos á los dos
Hermanos, ha concedido
Alfonso más libertad
A la Princesa. Concibo
La razón: fía en el voto.
Pero ella no ha recibido
El velo aún: ¿hallaría
Ya en las bodas atractivos?
La he de sondear.—Alfonso
Le tiene tanto cariño...
Demasiado ciertamente
Para un corazón tan frío.
¡Frío el corazón de un hombre
De aquel ánimo!—¡Qué miro!

ESCENA VIII.

BERNARDA, ORDOÑO.

ORDOÑO.

¡Bernarda! ¿Vos por aquí?

BERNARDA.

¿Vos, Ordoño, en este sitio?
Vuestra hermana se desposa,
¡Y vos no habéis parecido
Por allá!

ORDOÑO.

¿Venís de casa?

BERNARDA.

Es claro: como testigo

De la muerte del primer
Novio...

ORDOÑO.

Cierto: es requisito
Indispensable probar
Que el enlace primitivo
Quedaba disuelto.

BERNARDA.

Pues;
Aunque si hubiera vivido
El Conde, creo que hubieran
Roto al fin el compromiso
Los contrayentes.

ORDOÑO.

El Conde,
Aunque peleó con brío,
Falleció de las heridas
En vuestra casa; y colijo
Que hizo bien, porque ya estaba
Entonces por su delito
Condenado á muerte.

BERNARDA.

Si él
No muriera, tan benigno
Fuera con él Don Alfonso,
Como con otros lo ha sido.

ORDOÑO.

Pidieron esa cabeza
Allá en Sámanos á grito

Unánime cuantos jefes
Se congregaron...

BERNARDA.

Que en limpio
Fué decir: «Pague por todos
Quien tenga menos arrimo.»

ORDOÑO.

Con afecto habláis del Conde.

BERNARDA.

Con afecto... compasivo.
Yo le cuidé, yo le ví
Dar el último suspiro...

ORDOÑO.

¿Y por qué no permitísteis
Que viera el cadáver Silo?

BERNARDA.

Encomendadle al Señor,
Pues iba á ser el marido
De vuestra hermana, y al menos,
Muerto, dejadle pacífico.
¿Temeréis que resucite?

ORDOÑO.

En el ordinario estilo
No es común, pero...

BERNARDA, *aparte.*

¿Qué diantre?...

ORDOÑO.

Todo lo puede el Altísimo.

BERNARDA.

Voy á cerrar, que me envía
(*Llegándose á la puerta que va á la iglesia.*)
Por las llaves mi sobrino.

ORDOÑO.

¿El arquitecto?—Ya pronto
Va á principiar el derribo
De la iglesia.

BERNARDA.

¡Pronto!

ORDOÑO.

Sí.

BERNARDA, *aparte.*

Toida no me lo previno.

ORDOÑO, *aparte.*

Se ha quedado algo parada.

BERNARDA.

¿Lo ha dicho el Rey?

ORDOÑO.

Él lo dijo.
Si tenéis algún tesoro
En sus muros escondido,
Sacadle sin dilación.

BERNARDA, *aparte.*

(Me inquieta.) Ya sé el peligro.
Quedad con Dios.

ORDOÑO.

Anochece,
Y en el lúgubre recinto
Del templo desmantelado,
Quizá tengáis un poquito
De pavor.

BERNARDA.

No creáis tal.

ORDOÑO.

Con mi compañía os brindo
Para...

BERNARDA.

Gracias.

ORDOÑO.

Ha de ser.

BERNARDA.

Si ello ha de ser, no replico.
Venid. (*Aparte.* Si no recelara.)

ORDOÑO.

Vamos. (*Ap.* Haré buen registro.) (*Vase.*)

ESCENA IX.

SANCHO, TOIDA y NEFTALÍ, en la torre.

TOIDA.

Es pieza más ventilada.

NEFTALÍ.

Estaréis aquí mejor.

TOIDA.

El mercader es doctor
Que sabe...

SANCHO.

Mal empleada
Está en curarme su ciencia:
No de su triunfo se loe,
Porque la fiebre que roe
Mi corazón, es dolencia
Sin remedio, Neftalí.

NEFTALÍ.

Si fuere mi auxilio vano,
Imploradle de la mano
Del gran Dios de Sinaí.

TOIDA.

Dice bien; que es algo feo
Que un valiente así se explique,
Y á un cristiano le predique
Resignación un hebreo.

SANCHO.

¡Por un infame vendido,
Por una ingrata olvidado,
Como si fuera un malvado,
En este cuarto escondido!...

TOIDA.

Dejad esos pensamientos.

NEFTALÍ.

Mil veces, si bien se apura,
Suele echar la desventura
De la dicha los cimientos.

SANCHO.

Cuando muerto me juzgaron,
Y del ataúd me alcé,
¿Por qué, Dios mío, por qué
Vinieron y me ocultaron?
Fué una mortaja y arena
Lo que mi tumba encerró,
Sí; pero encima quedó
El baldón de mi condena.
¡Huyo falto de vigor,
Entro de noche en Oviedo,
Busco á Ordoño, ¡ay! y no puedo
Saciar en él mi rencor!

TOIDA.

Se empeñó el Rey en traer
Á su palacio á mi tía;
Faltó allá la que os ponía
Freno, y... adiós, á correr.

NEFTALÍ.

Guiónos á vuestro lado
Un impulso celestial,
Al caer en el umbral
De la iglesia desmayado.

TOIDA.

Bernarda tuvo el acierto

De venirse con nosotros
Aquella noche; que si otros
Os hubieran descubierto...

SANCHO.

Me librásteis de morir,
Lo sé: vida me habéis dado;
Mas para un desventurado,
¿Qué beneficio es vivir?

ESCENA X.

BERNARDA; dichos.

BERNARDA, *aparte al salir.*

Á la calle le envié,
Y va sin que nada note:
Para que no se alborote
Sancho, disimularé.
Una noticia importante (*Al Conde*)
Que es forzoso que sepáis,
Me han dado.—Sobrino, ¿vais
Á derribar al instante
Este edificio desierto,
Que asilo al Conde le presta?

TOIDA.

El Rey siempre me molesta
Con instancias.

BERNARDA.

¿Con que es cierto?
Señor Conde, ya lo oís.
¿Podréis regir un caballo?

SANCHO.

Mejor dicen que me hallo;
Pero...

BERNARDA.

¿Por qué no partís?
¿Por qué habéis de consumiros
En tan amargo despecho?
¿No tengo yo algún derecho,
Conde, para persuadiros
Lo que os conviene?

SANCHO.

Bernarda,
Sé que os expongo á los tres;
Pero tú sabes quién es
Quien mi partida retarda.

NEFTALÍ.

Dejémosla que se entienda
(*Aparte á Toida, y ambos se retiran.*)
Sola con él.

BERNARDA.

No me atrevo,
Señor, lo digo de nuevo:
Es fuerza que se sorprenda
Jimena mucho, si os ve.

SANCHO.

Que sufra.

BERNARDA.

Una reflexión.
No siendo su corazón
Vuestro ya...

SANCHO.

¿Cuándo lo fué?
Sólo yo pude pensar
¡Insensato! que nacida
De un monarca fratricida,
Jimena pudiese amar.

BERNARDA.

Hacéis un cruel ultraje
Á su virtud.

SANCHO.

¡Su virtud!
Si lleva la ingratitud
En la sangre su linaje.

BERNARDA.

Conde, mirad que esa raza
Tiene sangre que me toca,
Y al injuriarla esa boca,
Mereciera una mordaza.
El ingrato aquí sois vos,
Que me estáis atormentando:
Yo, por quien vivís, yo mando
Que me habléis bien de los dos

SANCHO.

¡Generosa recompensa
Le debo á la noble dama,
Cuando ve que se me infama
Y no sale á mi defensa!
Ella debe de guardar
En su poder un escrito,

Que del soñado delito
Me pudiera vindicar;
Y aunque sabe mi inocencia,
Dejó sobre mi memoria
Caer la afrenta notoria
De una bárbara sentencia.
Mas yo comprendo el motivo.
Sí: por Ordoño ha callado.
Le ama, y ha sacrificado
El rival difunto al vivo.

BERNARDA.

Si os dije...

SANCHO.

Bien lo denota
La repugnancia que siente
Á ver ceñida su frente
Con el velo de devota.
No tienes que disculparla.

BERNARDA.

Y aunque la infanta quisiera
Á Ordoño ú otro cualquiera,
¿De qué podéis acusarla?
Si aquella tarde de otoño
Quedásteis por ella ciego,
¿Por qué pretendísteis luego
Emparentar con Ordoño?

SANCHO.

Calla, imprudente, que ignoras
La rabia que en mí despiertas.
Ábreme luego esas puertas,

De mi oprobio encubridoras.
Poco el salir me embaraza
Como estoy, sin un acero:
Se le arrancaré al primero
Que atraviese por la plaza;
Y en alas del frenesí
Que mi sentido enajena,
Iré y quitaré á Jimena
La carta que la escribí,
Y en la hoja la pondré
De un puñal, y por padrón
De infamia, en el corazón
De Ordoño la clavaré;
Que defensa darán, harta
Para destruir mi mengua,
Muda de Ordoño la lengua
Y acusándole la carta.

BERNARDA, *aparte.*

Es capaz de ejecutarlo.

SANCHO.

Yo pagaré la merced
Que te debo. Adiós.
(*Encaminándose á la puerta.*)

BERNARDA.

Tened.
Ya que no puedo evitarlo,
Me resuelvo á daros gusto.
Veréis á Jimena.

SANCHO.

¡Oh gozo!

Falleciera de alborozo.

BERNARDA.

Y tal vez ella de susto,
Si no le aviso con tiento.

SANCHO.

¡Oh! parte, no te detengas,
Pon cuidado en tus arengas,
Y no la des sentimiento,
Y sé breve.—¿En qué paraje
La veré? ¿Cuándo ha de ser?

BERNARDA.

Ahora al anochecer,
Cuando, como suele, baje
Á rezar sobre la losa
De su padre.

SANCHO.

¿Al templo? ¿Aquí?
¡Tan cerca, y no percibí
Las pisadas de mi hermosa!

BERNARDA.

Yo la suelo acompañar.
Os escondéis en lo obscuro,
Y cuando podáis seguro
Hablarla, os iré á llamar.

SANCHO.

¡Voy á verla! Me acobardo...
No, que sabrá la falsía
Del rival que me vendía.
Ven pronto.

BERNARDA.

Voy.

SANCHO.

Allí aguardo. (*Vanse.*)

ESCENA XI.

JIMENA, ORDOÑO; dos Dueñas y dos Pajes con hachas, todos en la galería.

JIMENA.

Llegar hasta aquí permito;
Más allá no lo consiento.

ORDOÑO.

Nunca falta impedimento
Cuando hablaros necesito.

JIMENA.

¿Qué me queréis?

ORDOÑO.

¡Ah señora!
Que recordárais el día
Que os ví en aquella alquería,
Vestida de labradora.

JIMENA.

Con fácil condescendencia
Me hallaréis á vuestro ruego,
Que los lances de Subrego
Los recuerdo con frecuencia.

ORDOÑO.

Si de vuestra indignación

Tal vez provoco el suplicio,
Me valdré de aquel servicio
Para obtener el perdón.

JIMENA.

Aunque no lo divulgué
Por más de un justo respeto,
Ya con usura en secreto
Esa merced os pagué.
Me encontrásteis fugitiva
En poder de unos soldados
Que, de orden vuestra apostados,
Hiciéronme su cautiva.
Llegásteis haciendo muestra
De obsequioso rendimiento,
Con el rostro amarillento,
Manchada en sangre la diestra;
Y aunque la sangrienta mano
Me dió terrible pesar,
De ella me dejé llevar
Á los brazos de mi hermano.
Borrar con aquella hazaña
Quisísteis unos errores,
Y hacer que otros, aún mayores,
No salieran á campaña.
Se cumplió vuestro deseo,
Y mi corazón confuso
Adoró lo que dispuso
El Dios, á quien amo y creo.
Con testimonios bien claros
Os pude entonces perder;
Pero yo quise tener

Un servicio que alegaros.
Y pues, á lo que imagino,
La ocasión propia llegó,
Mirad lo que el Rey no vió:
Mirad ese pergamino.

(*Saca de la escarcela la carta de Sancho, y se la presenta á Ordoño desplegada.*)

ORDOÑO, *aparte.*

¡Cielos! debí de borrar
Otro equivocadamente.

JIMENA.

¿Calláis? Luego es evidente...

ORDOÑO.

Que os dejo continüar.

JIMENA.

Sancho aquí por jefe os pone
Del pasado desconcierto;
Sancho lo dice... ¡y ha muerto!
La razón ya se supone.
Vos me buscásteis á mí...

ORDOÑO.

Para mostraros mi ley,
Para entregaros al Rey.

JIMENA.

Yo me lo persuado así;
Pero ya, según justicia,
Creo que os he satisfecho

Callando lo que habéis hecho
En mi favor en Galicia.
Y si estimáis un aviso,
Guardaos de recordar
Lo que trato de olvidar
Porque así el cielo lo quiso.
(*Esforzándose á disimular el sentimiento con la cólera.*)
Prevenid la ira y sonrojos
Que en mí la memoria labra,
Ó yo con una palabra
Os haré bajar los ojos.

ORDOÑO.

¡Me amenazáis... y se trunca
Vuestra voz entre suspiros!

JIMENA.

Tanto me cuesta el oiros.
No volváis á verme nunca.
(*Vase, y síguenla las dueñas y los pajes.*)

ESCENA XII.

ORDOÑO, y después ALFONSO y SILO.

ORDOÑO.

¿Que nunca la vuelva á ver?
Os veré, bella enojada;
Pero será cuando nada
Tenga de vos que temer.
Preciso es que me apodere
De la carta. (*Salen Alfonso y Silo.*)

ALFONSO.

Silo, estoy
De prisa; á la iglesia voy
Á orar: sea la que fuere,
Decid á Ordoño la urgencia.

SILO.

Á vos.

ORDOÑO.

¿No fiáis de mí?

SILO.

¿Quién reina?

ORDOÑO.

¡Oh! yo no.

ALFONSO.

Yo sí.

SILO.

Á vos toca darme audiencia.

ALFONSO.

La doy.

ORDOÑO.

¡Bondad sin ejemplo!

SILO.

Que salga, y después alabe.

ALFONSO.

Salid.

ORDOÑO.

Voy. (*Aparte.* Cogí una llave
Á Bernarda: torno al templo.) (*Vase.*)

ESCENA XIII.

ALFONSO, SILO.

ALFONSO.

¿Qué es ello?

SILO.

Yo he procedido
Con vos como un desalmado,
Y vos me habéis perdonado.

ALFONSO.

Eso es...

SILO.

Notorio y sabido,
No hay duda; mas viene á cuento
Para añadir que sería
Un vil yo, si ver no hacía
Pronto mi agradecimiento.

ALFONSO.

Muy bien.

SILO.

Pues, señor, salí
De aquí con harto bochorno,
Y paseándome en torno
De la iglesia, hablar oí.

ALFONSO.

¿Dentro del templo?

SILO.

En un cuarto
De la torre; me da gana

De escuchar á la ventana,
Llego, oigo, miro... y me aparto
Al punto con tal asombro,
Que os juro sentí en el cuello
Erizárseme el cabello,
Retirándose del hombro.

ALFONSO.

¿Quién pudo rendir tu brío
Con sólo el aspecto suyo?

SILO.

¿Quién? Un enemigo...

ALFONSO.

¿Tuyo?

SILO.

Es vuestro, de Ordoño y mío.

ALFONSO.

¿Algún conjurado?

SILO.

Pues,
Que allí aguarda por ventura
Favorable coyuntura
Para acabar con los tres.

ALFONSO.

Has obrado cuerdamente
En hablar conmigo solo.

SILO.

En ese escondite hay dolo,
Y el peligro es inminente,

Porque el refugiado es hombre
Capaz...

ALFONSO.

¡Silencio profundo!

SILO.

Sabed que es...

ALFONSO.

A todo el mundo
Has de ocultar ese nombre.

SILO.

¿Ya dais en quién puede ser?
(*Aparte.* Este Rey no tiene precio.)

ALFONSO, *aparte.*

(Aún no ha comprendido el necio
Que no lo quiero saber.)
Te nombro por la lealtad
Que en guardar mi vida pones,
Alcaide de las prisiones
De palacio.

SILO.

Descuidad.
No ha de escapárseme reo,
Poniéndole yo entre barras.

ALFONSO.

Á tu enemigo...

SILO.

Á mis garras

Venir á parar le veo.
Daré de mi celo pruebas.

ALFONSO.

Le buscas.

SILO.

Bien.

ALFONSO.

Llevarás...

SILO.

Espada.

ALFONSO.

Estará de más.

SILO.

Él no la tiene.

ALFONSO.

La llevas.
Te daré, como á hombre fiel,
Un bolsillo.

SILO.

Recibí
Uno ya.

ALFONSO.

No es para tí
Éste.

SILO.

Pues ¿es para él?

ALFONSO.

Justo.

SILO.

¿Para el escondido?

ALFONSO.

Sí.

SILO.

Yo creí que era pago...
Y de la espada, ¿qué hago?

ALFONSO.

Te llegas muy comedido,
Con ella y con el dinero
En la mano, y dices: «Soy
De casa de Alfonso, que hoy
Supo de vos, caballero;
Y no siendo esa morada
La que hombre cual vos merece,
En el alcázar se ofrece
Á daros mejor posada:
Pero si vos aceptar
No queréis la franca oferta,
Un paje os tiene á la puerta
Caballo para viajar;
Y este hierro y este oro
Os darán, si el caso llega,
Favor en una refriega,
Y en toda ocasión decoro.
Partid, pues, sin embarazo,
Y luego volved acá;
Porque si tardáis, irá
El Rey...

SILO.

Y os dará...

ALFONSO.

Un abrazo.»

SILO.

¡Un abrazo! Y yo que quiero
Interpretar... ¡Me he lucido!
Vamos, quedo convencido
De que soy un majadero.

ESCENA XIV.

ORDOÑO, que sale de la iglesia; ALFONSO, SILO.

ORDOÑO, *al Rey*.

¿Aquí estáis? Oid.

ALFONSO.

¿De dónde
Venís?

ORDOÑO.

Del templo, señor.
He descubierto un traidor
Que en esos muros se esconde.
Peligra vuestra corona.

ALFONSO.

No tal.

SILO.

Bien segura está.
Sabe el Rey el caso ya,
Y conoce la persona.

ORDOÑO.

¿Cómo?

ALFONSO, *á Ordoño.*

Que calléis os pido.
Voy á enviarle á decir
Que puede verme, ó partir.
(*Vase, y siguele Silo.*)

ORDOÑO.

Si habla con él, soy perdido. (*Vase.*)

ESCENA XV. (*En la torre.*)

SANCHO, que trae en brazos á JIMENA, desmayada; BERNARDA, con una luz.

BERNARDA.

Colocadla en un asiento.
(*Pónenla en una silla.*)
En el claustro se quedó
Todo el acompañamiento;
Nada han visto.

SANCHO.

¡Respiró!
Albricias. Cobrad aliento,
Señora.

BERNARDA.

Prenda del alma,
Vuelve en tí.

JIMENA.

¡Jesús! dijera...
(*Haciendo ademán como de quien se quiere desasir de una persona.*)
¡Qué osadía tan grosera!

BERNARDA.

No te fatigues; ten calma.

SANCHO.

¡Siempre conmigo severa!

JIMENA, *mirando al Conde.*

Esa voz es conocida.
Habla, habla más, por favor.

SANCHO.

Perdona, bien de mi vida.

JIMENA.

¿Cómo, estando prevenida,
Me asustó mi salvador?
Yo de vos perdón imploro.

SANCHO.

¡Angel del cielo estrellado,
Causa de mi eterno lloro!...

JIMENA.

¿Vos habéis por mí llorado?

SANCHO.

¿Pues no sabes que te adoro?

JIMENA.

Acaso en mi turbación
Hable yo sin fundamento;
Mas tengo en el corazón
La nueva de un casamiento,
La herida de una traición.
Y á no sér hoy liviandad,

Quizá os dijera con ira
Que os culpan de falsedad
Palabras que son mentira
Y acciones que son verdad.

(*Bernarda se retira.*)

SANCHO.

Á escuchar hoy me resigno
Con la humildad que otras veces
Quejas de que no soy digno,
Ya que un labio tan benigno
Todo es para mí esquiveces.
Fué, cuando allá en la quietud
De un aposento enlutado
Me dió el Señor la salud,
Y me encontré abandonado,
Tendido en un ataúd,
Fué el pensamiento primero
Que el alma supo formar,
Pedir al Dios verdadero
Que me dejase llegar
Á decir cuánto te quiero.
Porque yo, luz de mis ojos,
Que te dí sin conocerte
Vida y alma por despojos,
Y sentí más que la muerte
Ocasionar tus enojos,
Yo no entendía que hubiera
Mayor dicha, mayor bien,
Que vivir hasta que viera
Mi amada la fe sincera
Del que llora su desdén.

Aunque adorarte es delito
Que puede costarme caro,
Mi amor, Jimena, es tan raro,
Que tú infanta y yo proscrito,
Yo ni en tí ni en mí reparo.
Media un abismo sin fin
Entre ambos; pero en tí yo
Sólo miro el serafín
Cuya luz me deslumbró
Hace un año en el jardín.
¡Ay! en aquel paraíso
Donde fe pura y ardiente
Juró mi labio sumiso,
Resbalando por el piso
Nos sorprendió la serpiente.
Una mujer, una espía
Por Ordoño asalariada,
Nos miraba, nos oía.

JIMENA, *aparte.*

¡Y respeté á la malvada,
Cielos, cuando me vendía!

SANCHO.

Ese vil calumniador,
Aborto de los infiernos,
Hizo cundir el rumor
De que intentaba vendernos
Tu hermano al Emperador;
Y contra mi sencillez
De soldado, hicieron liga
Dos monstruos de avilantez,

Y me pareció su intriga
Empresa de honor y prez.
Logró Floresinda echar
A mi cuello una cadena
Que no supe rechazar;
Sí.—Yo tenía que amar,
Y no encontré á mi Jimena.

JIMENA.

Sólo de Ordoño el acento
En mi pecho despertaba
Desdén y pesar violento,
Y yo capricho juzgaba
Lo que era presentimiento.
Mas ya vengo á comprender
Que á la invencible aversión
Hacía bien en ceder,
Pues hizo mi corazón
Justicia en aborrecer.

SANCHO.

¿Tú le aborreces? ¿Es cierto?

JIMENA.

Ya á perdonarle me inclino.
Ayer os juzgaba muerto,
Y él era vuestro asesino.

SANCHO.

¡Yo no sé si estoy despierto!
Mas no: todo es ilusión
De que es tiempo que despierte,
Pues me dice la razón

Qué poco sintió mi muerte
Quien permitió mi baldón.
Al Rey le debiste osada
Poner mi pliego en la mano.

JIMENA.

Y al verme en llanto anegada,
¿Qué hubiera en tal abogada,
Qué hubiera visto mi hermano?

SANCHO.

Será mucho presumir;
Pero en esos ojos noto...
Dí, por Dios...

JIMENA.

¿Qué he de decir,
Si el labio me cierra un voto
Que tengo á Dios que cumplir?

SANCHO.

¿Qué amante ese voto hace?

JIMENA.

¿Y qué celosa deslinda
Si es bien que al altar se abrace?
Yo supe el funesto enlace
Tratado con Floresinda.
Tiempo es de que reflexiones,
Tú que con tal arrogancia
Me hiciste reconvenciones,
Que de tí tomé lecciones
De perfidia, de inconstancia.
Tú, con dejarme de ver,

Dejaste en mí de pensar,
Y quisiste otra mujer;
Yo no te debí querer,
Y no te pude olvidar.

SANCHO.

¡Qué oigo!

JIMENA.

En esta confesión,
Conde, sólo tienen parte
Mi decoro y mi opinión,
Porque tengo que anunciarte...

SANCHO.

¿Qué?

JIMENA.

Nuestra separación.
Ser del Señor ofrecí,
Si de un riesgo me salvaba,
Y al punto libre me ví:
Ya del Señor soy esclava,
Pues hizo lo que pedí.
Contra la suerte luchamos,
Y no hay poder que esclavice
Tal poder.—Sancho, cedamos.
Conspiraste, y votos hice:
No es dable que nos unamos.

SANCHO.

¡Separarnos, cuando afable
Tu rostro vine á mirar!
Mas ¿qué tengo que extrañar?

Soy un reo miserable:
Nos debemos separar.

JIMENA.

¡Ingrato! Mi triste duelo
Podrás hacer que se aumente;
Pero yo tendré el consuelo
De haber cumplido igualmente
Con el hombre y con el cielo.
Yo te justificaré,
Para que cobres tu honor;
Yo á mi hermano le diré
Que si conspiraste, fué
Para servirle mejor.
Aquí es fácil que te vean,
Y tu carta es de tal suerte,
Que más habrá de valerte,
Si yo logro que me crean
Y no se duda tu muerte.
Parte á Castilla, y después
De absuelto, podrás sin miedo
Descubrirte donde estés;
Mas no pongas en Oviedo
En mucho tiempo los pies.
Disimular no sabrás
Tu pasión, por más que hicieres;
Y si mi hermano quizás
Adivina que me quieres,
No te perdona jamás.
Renuncia esperanzas vanas,
Y acometiendo las villas
Á la frontera cercanas,

Envíanos á gavillas
Las banderas africanas;
Y un grito de admiración
A cada instante una nueva
Traiga de mi campeón,
De la margen del Carrión
Hasta la orilla del Deva;
Y déme yo el parabién
Si con tierno lloro mancho
El velo que orne mi sien:
Sabré que si quiero á Sancho,
Que si le adoro; hago bien.

SANCHO.

No prosigas de esa suerte,
Que al mirar tanto heroísmo
Se hace mi pasión más fuerte,
Pues conozco por lo mismo
Cuánto pierdo con perderte.
No hagas caso del dolor
A que ves que me rendí:
Ya me grita el pundonor
Que si no tengo valor,
No seré digno de tí.
Bien: partiré, viviremos
En diferente lugar,
En apartados extremos;
Por apartados que estemos,
Al fin nos hemos de hallar.
Rival que mi fe venera,
Gozará en tí señorío
De duración pasajera:

Sólo á Dios yo le sufriera
Que me robe tu albedrío.
Pero la Suma Bondad
Bien querrá favorecernos
Acortando nuestra edad,
Para dejarnos querernos
Por toda una eternidad.
Dí, pues, cuándo partiré,
Aunque el corazón me tronces.

JIMENA.

Con la aurora.

SANCHO.

¿Volveré
Á verte?

JIMENA.

Recibiré
Tu abrazo segundo entonces.

SANCHO.

¿El segundo?

JIMENA.

¿Cuál intento
Fué el que esta noche tuviste,
Que al entrar tan desatento
En la capilla, me hiciste
Perder el conocimiento?

SANCHO.

¡Jimena!

JIMENA.

¡Tú con el manto

La cara de mí ocultar
Cuando hacia tí me adelanto,
Y para mayor espanto
La única luz apagar!

SANCHO.

¡Jimena!

JIMENA.

¡Un rapto! ¿Qué furias
Te hicieron desatender
Los fueros de una mujer?
¡Robar la Infanta de Asturias!
Quien ama, no ha de ofender.

SANCHO.

¿Yo robarte? ¿Qué demencia
Te asalta? ¿Cuándo me oiste?...

JIMENA.

Silencioso á mí viniste;
Que te acusó la conciencia
Y por eso enmudeciste.

SANCHO.

Aguarda, Jimena, aguarda,
Que ya un odioso recelo
Todo el pecho me acobarda.
Mira que te hallé en el suelo
Cuando llegué con Bernarda.

JIMENA.

¡Dios mío!

SANCHO.

Mira que hallamos
En tinieblas la capilla;
Mira que los dos te alzamos;
Mira que mi fe sencilla
Te respetó siempre.

JIMENA.

¡Estamos
Ya descubiertos!

SANCHO.

¿Qué ha sido?

JIMENA.

Sí, cuando yo sola estaba,
Y trémula te aguardaba,
Allí un hombre ha parecido.

SANCHO.

Sus señas, su porte: acaba.

ESCENA XVI.

BERNARDA, JIMENA, SANCHO.

BERNARDA.

Señora, vamos corriendo,
Que el Rey os viene á buscar
Extrañando la tardanza,
Y tengo un susto mortal.
Me falta una llave: Ordoño
Me la debió de quitar,
Y puede entrar en la iglesia.

JIMENA.

¡Él entró sin duda ya!

SANCHO.

¡Ordoño!

JIMENA.

Huyamos.

SANCHO.

Escucha.

ESCENA XVII.

ALFONSO, ORDOÑO, SILO y Soldados, en la galería; SANCHO, JIMENA y BERNARDA, en el cuarto de la torre.

ALFONSO, *á Ordoño.*

Vos esta puerta guardad.
(*Aparte.* ¡Sancho y Jimena en el templo!)

JIMENA.

Adiós: luego me verás. (*Vase con Bernarda.*)

ALFONSO.

Vosotros conmigo.
(*Pasa con algunos soldados á la iglesia.*)

SANCHO.

Voy
Á matar á mi rival
Donde quiera que le encuentre. (*Vase.*)

ORDOÑO.

Las linternas ocultad.
Silo, que sirváis al Rey.

SILO.

Á él, sí; pero á nadie más.

JIMENA, *dentro.*

¡Socorro! ¡favor!

BERNARDA, *dentro.*

¡Socorro!

SANCHO.

Ya tengo con que lidiar.
(*Saliendo á la galería con una espada en la mano, defendiéndose de los soldados que le acosan.*)
Venid.—¡Ordoño! (*Se encamina á él.*)

ORDOÑO.

Prendedle.

ALFONSO.

Prended á ese desleal.
(*Volviendo á la galería con Jimena de la mano.*)

JIMENA.

No es desleal: en mi mano
Su vindicación está.
Conde, soltad esa espada,
Que no la necesitáis. (*La entrega el Conde.*)

ALFONSO.

¿Por qué te hablaba ese aleve?

JIMENA.

Porque viene á reclamar
Un escrito que en Galicia
Me confió. Escucha y haz

Justicia. (*Abriendo la escarcela.*)

ORDOÑO.

Ved el escrito;
Sí, vedle.

JIMENA.

¡Dios de piedad!
¡Me le han robado!

SANCHO.

Ese infame...

ALFONSO.

Basta. Silo, sepultad
Al villano usurpador
De la corona real
En el más ruín calabozo
Que á un esclavo se le da.

JIMENA.

Respétesele su fuero.

ALFONSO.

Le degradó un tribunal.

SANCHO.

Me sentenció sin oirme.

ALFONSO.

Llevadle atado: acabad.

JIMENA.

Eso no. Sancho es mi esposo:
Tratádmele como tal.

ACTO TERCERO.

Sala del palacio de Alfonso. Una mesa con recado de escribir. Algunas armaduras colgadas del muro. Una puerta á cada lado.

ESCENA I.

ALFONSO, sentado cerca de la mesa; BERNARDA, TOIDA y NEFTALÍ, que salen conducidos por SILO.

SILO.

Ordoño, si dais licencia,
Se os quisiera presentar
Después de acabado el juicio.

ALFONSO.

¿Cómo se defiende?

SILO.

Mal;
Pero niega bien.

ALFONSO.

¿Y el Conde?

SILO.

Ó no dice la verdad,
Ó yo no sé conocerla,
Ó él no la puede probar.

ALFONSO.

Traed á Ordoño al volverle
Á la prisión.

SILO.

Bien está. (*Vase.*)

TOIDA.

Los jueces nos encomiendan,
Señor, á vuestra piedad.
Perdonadnos. (*Arrodillanse Toida y Neftali.*)

NEFTALÍ.

¡Perdonadnos!

TOIDA.

Tía, ¿no os arrodilláis
Con nosotros?

BERNARDA.

No pequé:
No tengo por qué rogar.

ALFONSO.

¿Por qué habéis favorecido
Á mi enemigo mortal?

NEFTALÍ.

Era un joven...

TOIDA.

Un guerrero.

NEFTALÍ.

Y quisimos imitar
Vuestro ejemplo.

TOIDA.

Recordamos
Con qué magnanimidad
Les dísteis á los rebeldes
Amnistía general.

ALFONSO.

Á él no.

TOIDA.

Ya; pero nosotros
Dijimos: por uno más...

NEFTALÍ.

Bernarda, señor, que os tiene
Un cariño maternal
A vos y á Jimena, dijo...

BERNARDA.

Que era su deber salvar
A un huésped suyo.

NEFTALÍ.

Que el Conde,
Aunque conoció el disfraz
De la Infanta allá en Galicia,
Se portó noble...

ALFONSO.

Y galán;
Decidlo: es su amante.

TOIDA.

Y bien:
¿Por qué lo hemos de negar,
Si ya la vida del Conde,
Mediando respeto tal,
Nos debió de parecer
Sagrada?

NEFTALÍ.

Considerad
Que nuestro amor á Jimena
Socorro nos hizo dar
Al Conde, y por ella diéramos
La vida.

ALFONSO.

Libres estáis.

BERNARDA.

¡Ah señor!
(*Queriéndose arrodillar con Toida y Neftalí*)

ALFONSO.

Hicísteis bien.

TOIDA.

Mi sangre...

NEFTALÍ.

Mi oro...

ALFONSO.

Marchad.
(*Vanse Bernarda, Toida y Neftalí*)

ESCENA II.

SILO, ORDOÑO, ALFONSO.

SILO.

Aquí está el reo: uno de ellos
Quise decir.

ORDOÑO.

¡Silo!

SILO.

¡Bah!
¿Quién no le sufre á un amigo
Una familiaridad?

ALFONSO.

Dejadnos solos.

SILO.

Entonces
Permitidme colocar
Centinelas á las puertas,
Porque á mí me pedirán
El preso, si se me fuga
Por una casualidad.

ALFONSO.

Cumplid vuestra obligación,
Que él la suya cumplirá. (*Vase Silo.*)

ESCENA III.

ALFONSO, ORDOÑO.

ALFONSO.

¿Os han sentenciado?

ORDOÑO.

Sí.

ALFONSO.

¿Á qué?

ORDOÑO.

Á perder mi caudal
Y á destierro.

ALFONSO.

No esperé
Yo tanta severidad.

ORDOÑO.

Yo sí: os lo dije.

ALFONSO.

¿Y á Sancho?

ORDOÑO.

Á lo que era de esperar,
Se confirma la sentencia
De antes: pena capital
É infamia. Dentro de poco
Os traërán á firmar
Ambos fallos; para mí
Hay una distinción.

ALFONSO.

¿Cuál?

ORDOÑO.

En vista de mis servicios,
Y de que vuestra bondad

Me tenía perdonado,
Una súplica eficaz
En mi favor os dirigen.

ALFONSO.

Bien: atendida será.
Si he permitido á los jueces,
Por no mostrarme parcial,
Que os prendieran, mi palabra
No debe volver atrás.
Conservaréis vuestra hacienda.

ORDOÑO.

Gracias.

ALFONSO.

Con sinceridad
Os declaro que no puedo
Concederos que sigáis
De Conde de los notarios,
Por la grande enemistad
Que ha mostrado en este júicio
Una parte principal
De los nobles hacia vos.

ORDOÑO.

Conspiraron á la par
Conmigo; nada alcanzaron,
Y yo sí: era natural
Que á la primera ocasión
Me quisieran derribar.
Luego, Sancho (yo confieso,
Señor, mi temeridad)

Me ha acusado de un delito
Que á vos no debo negar.

ALFONSO.

¡Cómo!

ORDOÑO.

Compasión imploro:
Es cierto, fuí su rival.

ALFONSO.

¡Tú amas á Jimena, tú
También!

ORDOÑO.

Muchos años há.

ALFONSO.

¿Y no has temblado al hacerme
Revelación tan audaz?
¡Un enemigo, un traidor,
Sus pensamientos alzar
Hasta la hermana de aquél
Que entre ignominia y afán
Hoy viviera desterrado
Lejos del suelo natal,
Si no hubiera una justicia
Que abatiese la maldad!

ORDOÑO.

Señor...

ALFONSO.

¿Qué jueces son esos
Que no saben despojar
El corazón de un culpado

De todo velo falaz?
¡Muerte á Sancho, á vos destierro,
Y ser el delito igual!
Porque ya la acusación
Que no ha podido probar
El Conde, para mí queda
Convertida en realidad,
Pues un rivál de la especie
Que vos, de todo es capaz.

ORDOÑO.

¡Ah! quien ama, y años y años
Tiene su amor que callar,
Porque ve que sus suspiros
Aversión excitarán,
¿Cómo no ha de aborrecer
De muerte al hombre fatal
Que le usurpa una ventura
Que ya no espera jamás?
Vos, que por una excepción,
Harto digna de envidiar,
Tranquilo entráis en los años
De la varonil edad
Sin haber sentido celos
Ni saber lo que es amar,
Achacaréis á delito
Lo que es infelicidad;
Y no podréis entenderme,
Y aun oirme os cansará,
Porque juez que nunca erró
No acostumbra perdonar.
Á las flaquezas ajenas

Las propias disculpas dan;
Y vos, que absoluto imperio
En vuestro pecho gozáis,
Que á vuestro querer las olas
Le detenéis á ese mar,
Que lleváis á la razón
Sujeta la voluntad,
Y miráis una hermosura
Cual un busto de metal,
Vos ¡ah! no podéis en mí
Vuestro retrato mirar.

ALFONSO.

¿Quién os ha dicho que yo
No pagué á la humanidad
El tributo que ninguno
Debe ni puede negar?

ORDOÑO.

Pero si habéis una vez
Amado vos, confesad
Que habrá sido sin tener
Imposibles que allanar.

ALFONSO.

¡Imposibles!

ORDOÑO.

No habréis sido
El testigo presencial
Y continuo de las gracias
Nacientes de una beldad;

No la habréis visto, capullo
Escondido en el rosal,
Crecer, sus hojas abrir,
Y lozano derramar
En las auras el aroma
De su cáliz virginal;
No habréis sentido el horrible
Tormento de codiciar
Una prenda que no había
De ser para vos.

ALFONSO.

Cesad.

ORDOÑO.

No habréis querido á una joven,
Que os escuchara jovial
Como deuda, que os tuviese
Deferencia y amistad,
Y os hubiera aborrecido
En llegando á sospechar
Que por ella vuestro pecho
Ardía en llama voraz.
¡Alfonso! ¡Dichoso vos,
Dichoso os vuelvo á llamar,
Que de amor no habéis sufrido
La dura cautividad!

ALFONSO.

Ordoño...

ORDOÑO.

Compadecednos,
Y no dudéis que será

Horroroso padecer
Y no poderse quejar.

ALFONSO.

¡Qué! ¿Nunca habéis roto vos
Ese silencio tenaz?

ORDOÑO.

Quise atreverme una vez;
Mas al quererme explicar,
Me atajaron los enojos
De la rígida beldad.

ALFONSO.

Si ella os castigó por eso,
No os debo yo castigar.

ESCENA IV.

BERNARDA, LUPO, ALFONSO, ORDOÑO.

BERNARDA.

Señor, la Infanta me envía
Á pedir que permitáis
Que os vea ya.

ALFONSO.

Sí: mandé
Que no me pudiese hablar
Mientras no se sentenciara
Esa causa, y ya lo está.
Que venga. (*Vase Bernarda.*)

LUPO.

Os presento aquí
Los fallos del tribunal.

ALFONSO.

Los veré. Llamad á Silo. (*Vase Lupo.*)

ORDOÑO, *aparte.*

Amansó la tempestad.
Echada está la semilla;
Su fruto producirá. (*Sale Silo.*)

ALFONSO.

Llevad á Ordoño á la torre, (*Á Silo.*)
Y vos mi firma esperad. (*Á Ordoño.*)

SILO, *á Ordoño.*

Vamos.

ORDOÑO.

De un grave negocio
(*Aparte á Silo al irse.*)
Me importa conferenciar
Con Bernarda al punto: creo
Que tú la permitirás
Que venga á la cárcel.

SILO.

¡Oh!
No tengo dificultad.
(*Vanse Ordoño y Silo.*)

ESCENA V.

JIMENA, ALFONSO.

JIMENA.

Ya que hoy el entredicho se levanta
Que en medio de los dos vuestra ley puso,
Fuerza será que me escuchéis. No intento
Quejarme ya del abandono duro
Que por tres días padecí...

ALFONSO.

Jimena,
Jimena, perdonad si os interrumpo.
El Rey de su presencia os alejaba;
Pero el hermano sin cesar estuvo
Viendo á su hermana, por angosto hueco
Disimulado en el macizo muro
Que cerca esa mansión.

JIMENA.

¿Tú me veías?

ALFONSO.

Te ví, te ví, de admiración confuso,
Llanto afrentoso derramar, y al cielo
Dirigir ayes de dolor espurio;
Y la vergüenza que de tí me daba,
Tan sola fué la que impedirme pudo
Que corriese á decir: «Ven, mi Jimena,
Vierte en mi seno la aflicción del tuyo.»

JIMENA.

¡Ah! me queda un hermano todavía;
Todavía no estoy sola en el mundo.

ALFONSO.

¿Qué quieres de tu Alfonso?

JIMENA.

Que no extrañe:
Si por un desdichado le pregunto,
Y su sentencia me revele: á todos
Con iguales palabras importuno,
Y en respuesta me dan vaga esperanza
Con labio alegre y con semblante mustio.
¿Qué falló el tribunal?

ALFONSO.

Míralo.
(*Dándole la sentencia del Conde.*)

JIMENA.

¡Muerte!
¡Y á Ordoño Sancho confundir no supo!

ALFONSO.

¿Con qué pruebas?

JIMENA.

¡Ay Dios! no recordaba
Que fuera allí mi testimonio nulo,
Á tenerle que dar. Á tí, que sabes
Que es incapaz mi boca de un perjurio;
Á tí, que puedes la cruel sentencia
Deshacer con un rasgo de tu puño,
Por esta cruz del sacrosanto leño
(*Poniendo la mano sobre la que lleva al cuello.*)

La inocencia de Sancho afirmo y juro.
Él en Galicia me entregó una carta,
Y en ella el plan del bárbaro tumulto
Por Ordoño su autor; y el vil Ordoño,
Á favor luego del horrible susto
Que mis sentidos embargó un instante,
Medio de recobrar el pliego tuvo.
Falte á mis ojos la celeste lumbre,
Si á Ordoño en algo sin verdad acuso.

ALFONSO.

¡Crédula! Tus palabras son el eco
De la pérfida voz que te sedujo.
Alzarse contra mí, y á los halagos
De mi hermana aspirar, era un insulto
Que tú no habías de sufrir; el Conde
Para evitar tu cólera, supuso
La carta que perdiste, y á mostrarla,
Se volviera tal vez en daño suyo.

JIMENA.

¡Ah! ¡qué mal le conoces!

ALFONSO.

Á sus jueces
Remito mi opinión. Mas ¿qué disputo?
¿Puedes negarme que estalló en su nombre
La rebelión que de mi trono augusto
Con furor me lanzó? ¿Puedes negarme
Que entre ruidosos vítores del vulgo
Fué proclamado Rey, mientras corría
Tras mí con una tropa de verdugos?

Si fué leal á mi persona el Conde,
¿Por qué con tan extraño disimulo
Los lazos ocultó que me tendían,
Y ayudó á los rebeldes para el triunfo?

JIMENA.

Pide sagacidad al cortesano
En las marañas áulicas maduro;
Que un joven de Castilla sólo sabe
Con sangre de Ismael hacer fecundo
El nativo confín. Ordoño, Ufila,
Cuantos crédito dieron al absurdo
Rumor del vasallaje á Carlomagno,
Reos son como Sancho, y á ninguno
Quisiste castigar.

ALFONSO.

Por eso es fuerza,
Si el reino quiero mantener seguro,
Un escarmiento hacer. Yo no buscaba
La víctima; su estrella la condujo
Aquí; la ley sobre su cuello pide
Que hiera; hiero: mis deberes cumplo.

JIMENA.

¡Cielos! Y Ordoño en tanto...

ALFONSO.

Yo no puedo
Distinguir el malvado del iluso.
Ni Ordoño, ni otros ciento de mi corte,
Que son cobardes aunque son astutos,

Conspirarán jamás, á no ofrecerles
El Conde su valor. Muy útil juzgo
Que la ambiciosa juventud aprenda,
Viendo á Sancho morir, cuál es el fruto
De la imprudencia y la traición.

JIMENA.

¡Ingrato!
El Conde libertarte se propuso.

ALFONSO.

Perfidia doble: pues á dos vendía,
Tome venganza por los dos el uno.

JIMENA.

¡Sancho, Sancho morir! Es imposible
Que puedas tú pensar lo que iracundo
Tu labio dice sin querer. ¿Olvidas
Que yo le tengo amor?

ALFONSO.

Ese es un hurto
Que haces á Dios, á quien te liga un voto.

JIMENA.

Yo lo quise cumplir, aunque me indujo
Á formarlo el pesar, más que el deseo
De que tuviera fin nuestro infortunio.
Aquella noche que prendiste á Sancho,
Noche cubierta para mí de luto,
¿Sabes cuál fué la ley que irrevocable
Mi varonil resolución le impuso?
La de alejarse para nunca verme,

La de morir por libertar del yugo
Musulmán españoles, que aumentaran
Fuerzas á tu poder, glorias al culto.
Esto me prometió, y esto cumpliera,
Sin el lance fatal que le detuvo.

ALFONSO.

¿Cómo al verme después, se convirtieron
Tan bizarros propósitos en humo?

JIMENA.

Tú quisiste en mi amado envilecerme,
Y eso jamás lo sufrirá mi orgullo.

ALFONSO.

Lo tendrá que sufrir. La decantada
Separación entiendo, el fin descubro.
Esperabas que al Conde sus proezas
Engrandecieran á tan alto punto,
Que pudiese pedir tu mano en premio,
Y en mí negarla pareciera injusto.
Acaso calculásteis los azares
De la guerra también, á que conduzco
Mi nación hasta hoy adormecida,
Y os prometísteis el aciago nudo
Estrechar algún día, siendo el ara
De esa unión que detesto, mi sepulcro.
No, que te hará otra tumba con oprobio
Buscar en una celda tu refugio.

JIMENA.

Se estrechará, se estrechará primero
Esa unión infeliz, contra tu gusto.

De mi voto el prelado me dispensa,
Y esposa puedo ser; niega el indulto
Á Sancho, manda que su sangre corra:
Mujer que á costa de su honor sostuvo
Que era esposa de un hombre, ya es forzoso
Que la mano le dé.

ALFONSO.

Será difunto
Un instante después.

JIMENA.

Sancho del golpe,
Yo de la pena, moriremos juntos.

ALFONSO.

¡Cuánto le ama, oh Dios!

JIMENA.

¿Que si le amo?
Tú no lo puedes comprender, y dudo
Si yo misma hasta aquí supe que fuese
Mi amor tan entrañable como puro.
Pocos instantes por la vez primera
Le hablé cuando la suerte le condujo
Al verjel cuya cerca levantaban;
Pocos instantes, que cortés anduvo
(Acaso por demás) en retirarse
Cuando vió mi desdén sobrado adusto;
Y sin embargo, sus palabras fueron
Por todo un año mi placer, mi estudio,
Mi continua ilusión. En nuestra fuga

Veloz, en medio del peligro sumo,
Sólo me consolaba el pensamiento
De que siguiera Sancho nuestro rumbo.
¿Que si le amo? Por amarle sólo,
Disimulando mi dolor agudo,
Que á Saldaña partiera le pedía;
Porque le amo, resistí el impulso
De tus iras, al ver que con afrenta
Le iban á hundir en calabozo inmundo;
Porque le amo, en fin, ves que á tus plantas
De la altivez de Infanta me desnudo,
Y te pido piedad, perdón, la vida
De Sancho, que es la mía.

ALFONSO, *aparte.*

(¡Cuánto sufro!)
Levanta.

JIMENA.

No, derramaré en el suelo
Mi ardiente lloro sin reparo alguno,
Aunque á tus pies me vean, y me ahogue
Mi sonrojo después.

ALFONSO, *aparte.*

¿Dónde me oculto?

JIMENA.

Tú, benigno con todos, ¿es posible
Que con tu hermana rígido y sañudo
Sólo vengas á ser? Sélo en buen hora.
Yo cedo á tu rigor y no murmuro,
Si la víctima soy: muera yo y viva
Sancho.

ALFONSO.

¿Por él?... (*Con un violento ademán de cólera.*)

JIMENA.

Tu rostro furibundo
Me anuncia que te enojo con hablarte
De mi amor; está bien: ya le sepulto
En el pecho, ya callo, y me levanto.
No te irrites; mudemos de discurso;
Hablemos del cariño que te tengo,
Del que me tienes tú: siempre mi escudo
Fué mi hermano, mi guía. Alfonso, dime:
Con mi fatal pasión, ¿en qué te injurio?
¿Temes acaso que te olvide? Mira:
Primero á Sancho. Indúltale, y pronuncio
Mi voto. Pero lloras. ¡Ah! yo venzo.
Naturaleza cobra su tributo.
Vivirá el Conde.

ALFONSO.

Vivirá.

JIMENA.

Consiente
Que mis brazos...

ALFONSO.

Aparta. Restituyo
Á Sancho sus honores, si le dices...

JIMENA.

Habla: ninguna condición rehuso.

ALFONSO.

Le dirás, y de modo que lo crea,
Para atajar á su ambición el curso,
Que se olvide de tí, que no le amas
Ni le amaste jamás.

JIMENA.

¿Qué es lo que escucho?
¡Yo desmentir mi amor! ¡Mentirle á Sancho!

ALFONSO.

Con tu primera falsedad te arguyo.
Mentísteme diciéndote casada;
Mentira fué que deshonor produjo:
Miéntele al Conde por honor ahora.
Ó mientes, ó perece: no hay efugio.

JIMENA.

No morirá, que tu palabra tengo:
La diste y eres Rey.

ALFONSO.

Tiembla si abuso
De mi poder, Jimena. Mi mandato
Se ha de cumplir.

JIMENA.

Tirano sin segundo,
Ya te conozco: porque nunca puerta
Para el amor en tus entrañas hubo,
De nuestras almas desterrar pretendes
El dulcísimo afecto que no plugo
Al cielo coronar. Odio quisiste

Sembrar entre nosotros: harto justo
Es que recaiga en tí.

ALFONSO.

Calla: no digas
Que me aborreces, no.

JIMENA.

Lo digo, y huyo
De tu presencia.

ALFONSO.

Ve, ve á prepararte
Para tus bodas, que al momento, al punto
Las voy á celebrar; no con el Conde,
No con el Redentor: con un verdugo
Cuya vista no más te martirice;
Con Ordoño: tus votos oportuno
El prelado anuló. Parte, no temas;
El Conde vivirá, yo lo aseguro.

JIMENA.

Un sacrificio que me dé la muerte
Será un favor: te lo agradezco mucho. (*Vase.*)

ESCENA VI.

ALFONSO, y después LUPO.

ALFONSO.

Vivirá, vivirá; mas no imagines
Que ha de volverte á ver. Fallemos.—¡Lupo!
(*Siéntase á la mesa, examina las dos sentencias y toma la de Sancho.*)
La sentencia de Ordoño, la del Conde...

(*Sale Lupo.*)

(*Á Lupo.*) Aguardad. (*Dictase y escribe.*)
«Quiero como Rey, en uso
De mi prerrogativa, la sentencia
De muerte mitigar.» Me tiembla el pulso.
«Cárcel perpetua y...» (*Sigue escribiendo.*)

ESCENA VII.

BERNARDA, ALFONSO, LUPO.

BERNARDA.

Necesito hablarle.
(*Á Lupo desde la puerta.*)

LUPO.

Ocupado le veis.

ALFONSO.

Firmo y concluyo.
(*Toma la otra sentencia.*)
Á Ordoño en libertad.
(*Ve á Bernarda y á Lupo que se le acercan.*)
Lejos, espías.
(*Sigue escribiendo, firma y sella.*)

BERNARDA, *aparte.*

Por Dios, que este despecho tan profundo
Es un indicio más.

ALFONSO.

Tomad: entrambas
(*Levantándose y dando á Lupo ambos pliegos.*)
Sentencias al alcaide, y que no excuso

Ni la más leve dilación.

(*Lupo va á retirarse, el Rey le detiene y le habla un momento al oído.*)

LUPO.

Entiendo. (*Vase*)

ALFONSÒ, *aparte.*

No ha de volver á verla: yo lo juro.

ESCENA VIII.

ALFONSO, BERNARDA.

BERNARDA.

Quisiera, si nó os enoja,
Decir...

ALFONSO.

¿Alguna mentira?
¿Qué hace Jimena?

BERNARDA.

Suspira
De modo que da congoja.

ALFONSO.

¿Qué le has oído?

BERNARDA.

Enmudece
Con empeño pertinaz;
Manda que la deje en paz;
Replico, y se ensoberbece.

ALFONSO.

Su cólera es el castigo
Justo de tus libertades.

BERNARDA.

Mayores (y no te enfades)
Me voy á tomar contigo.

ALFONSO.

Soy hombre, y es diferente,
Que al fin te debí el primer
Sustento; pero haz por ser...

BERNARDA.

¿Qué?

ALFONSO.

Menos impertinente.

BERNARDA.

Lo haré.

ALFONSO.

¿Cuál es el asunto
Que á verme te determina?

BERNARDA.

Esa boda repentina.

ALFONSO.

¿Quién te dió parte? pregunto.

BERNARDA.

Respondo: si en una casa
Se grita cuando se alterca,
Y hay quien escuche de cerca,
Se ha de saber lo que pasa.

ALFONSO.

¿Cómo en tal negocio cabe
Que tengas tú que mediar?

BERNARDA.

Te voy á comunicar
Un escrúpulo muy grave.
Si se entrara en religión
La Infanta, yo callaría,
Pues un esposo elegía
Que nunca fué reparón;
Pero Ordoño es caballero
Que mira (y yo se lo alabo)
Mucho por su honor, y al cabo
La conciencia es lo primero.

ALFONSO.

Por Dios, que me apurarás
La templanza antes que empieces.
Al caso.

BERNARDA.

Si te enfureces
Ahora, luego ¿qué harás?

ALFONSO.

Sigue, Bernarda: adelante.

BERNARDA.

Ten.
(*Presentándole un espejo pequeño de plata.*)

ALFONSO.

¡En la mano me pones
Un espejo!

BERNARDA.

En tus facciones
¿Hallas algo semejante
Á las de Jimena?

ALFONSO.

Absorto
Me dejas. ¿Qué relación?...

BERNARDA.

Será tu contestación,
Echando por lo más corto,
Que no.

ALFONSO.

Pero ¿á qué te vales
Hoy de tan extraordinarios
Reparos?

BERNARDA.

¿No son contrarios
También vuestros naturales?

ALFONSO.

¡Contrarios! ¡Ay! ¡Ojalá
No lo fueran tan de lleno!
Pero, Bernarda, que peno
Demasiado. ¿Á dónde va
Á parar esa prolija
Cuestión con que me molestas,
Que entre mil dudas opuestas
Yo no sé lo que colija?

BERNARDA.

Á ofrecer un testimonio

De honradez, aunque yo pague
Sola por dos, y naufrague
De Jimena el matrimonio.

ALFONSO.

¿Naufragar? ¿Por qué?

BERNARDA.

Faltó
Hacer una diligencia.

ALFONSO.

¿Cuál?

BERNARDA.

Obtener la licencia
De su madre, que soy yo.

ALFONSO.

¡Su madre! ¡Dios infinito!
¿Es cierto lo que escuché?
Dime que no me engañé.
¡Tú su madre!

BERNARDA.

Lo repito.
Madre de Jimena soy.

ALFONSO.

¡Cielos hasta aquí tiranos!
¿Con que no somos hermanos?
¡Qué misterio rompéis hoy!

BERNARDA.

Muerta desgraciadamente
De la vida en el umbral

La hija del lecho real,
Hallándose el Rey ausente,
Quiso la Reina...

ALFONSO.

Lo entiendo.
Quiso excusar el dolor
De mi padre, ó su furor:
Uno y otro era tremendo
En aquel carácter fuerte
Incapaz de reprimir.
No tienes más que decir:
Yo necesito creerte.
No es mi hermana: ¡si el cariño
Fraternal tiene otros goces,
Si lo está diciendo á voces
Mi corazón desde niño!
Sal ya de mi pecho, sal,
Secreto que yo temblaba
De averiguar, y hoy acaba
De mostrárseme cabal;
Sal, que ya la Providencia
De toda culpa te exime:
Ya es puro mi amor, sublime
Le hizo mi resistencia.
Parte, y á mi hermana dí
(No es mi hermana, que es mi cielo,
Mi bien, mi gloria) que el velo
Que me cegaba rompí,
Que ya no será de Ordoño,
Que en vano se desconsuela,
Que la sangre de Fruela

No ha de quedar sin retoño.
Pero no me satisface
Que tú... (*Hace que se va.*)

BERNARDA.

¿Vos amáis?...

ALFONSO.

Sí á fe.
Siempre á mi Jimena amé:
La adoro quince años hace.

BERNARDA.

¿De veras la amáis?

ALFONSO.

Con loca
Pasión: ¿no ves mi alegría?

BERNARDA.

Eso es lo que yo quería
Escuchar de vuestra boca.

ALFONSO.

Bernarda, me dan recelos...

BERNARDA.

Niega ya, desalumbrado,
Que á tu hermana has castigado
Y al Conde, sólo por celos.

ALFONSO.

La pasión me despeñaba
Sin conocerlo yo mismo.

BERNARDA.

Tu rigor en un abismo
De males hoy sepultaba
Á dos, cuyo amor honesto
Es digno de compasión.

ALFONSO.

¿No lo es también mi afición?

BERNARDA.

Rey, la tuya era un incesto.

ALFONSO.

Mas ya sin crimen aspira
Á que Jimena...

BERNARDA.

No esperes
Nada, no: su hermano eres.
Cuanto has oído, es mentira.

ALFONSO.

¡Oh!

BERNARDA.

Lo cierto es que poseo
Tu secreto, y esta vez
No podrá vengarse juez
Quien se ha confesado reo.

ALFONSO.

Pues bien, mi furor se aquiete
Con sangre de quien le atiza.

(*Toma una espada, que hay con otras armas colgada del muro.*)

BERNARDA.

¡Infeliz! ¡Á tu nodriza!

ALFONSO.

¡Insensato de mí!—Vete.

(*Soltando la espada y sentándose abatido.*)

(*Pausa. Bernarda da algunos pasos para retirarse, y luego se para; el Rey vuelve la cabeza y manifiesta en su rostro su sentimiento: entonces Bernarda se acerca á él.*)

ALFONSO.

¿No quieres obedecer?

BERNARDA.

Señor, os oigo gemir.

ALFONSO.

Quita.

BERNARDA.

No me puedo ir,
No, que os veo padecer.

ALFONSO.

Déjame.

BERNARDA.

Aunque no me cuadre
Tan excelsa dignidad,
Llorad conmigo, llorad,
Que no tenéis otra madre.
Forzoso ha sido que apele
Al secreto que os amengua;
Pero cortadme la lengua
Si teméis que lo revele.
Vos solo y yo lo sabremos:

Jimena lo ignora todo,
Y aun podéis hacer de modo
Que vos y yo lo olvidemos.
De una pasión una hazaña
Las consecuencias ataje...
Y pagadme el hospedaje
Que hallásteis en mi cabaña.
Ofrecísteisme por Dios
Una gracia; lo sabéis:
Os pido que me otorguéis
Mi perdón... y el de otros dos.
(*Se arrodilla.*)

ALFONSO.

Alza, que no debe estar
Á mis pies, ni un breve espacio,
La que tiene en mi palacio
Derecho para mandar.
Que venga mi hermana.

BERNARDA.

¡Ahora
Sí que tenéis sangre mía!
(*Corriendo hacia la puerta.*)
¡Señora!—Me ahogaría
Si no llorara.—¡Señora! (*Vase.*)

ALFONSO.

¡Hola!—Afortunadamente
(*Siéntase á la mesa y escribe con rapidez unas líneas.*)
Sé que no tuvo lugar
Silo para ejecutar
Esa sentencia inclemente.

ESCENA IX.

LUPO, ALFONSO.

ALFONSO.

Volad: esa orden entregad á Silo.
(*Lupo toma la orden y se va.*)
Mandé que con la trompa me avisara
Luego que la sentencia ejecutara;
No sonó la señal: estoy tranquilo.

ESCENA X.

ORDOÑO, ALFONSO.

ORDOÑO.

Á vuestros pies la gratitud me guía...

ALFONSO, *aparte.*

¡Cielos!

ORDOÑO.

Os dejo al punto, sin embargo.
Sentencia bien distinta de la mía
El momento presente os hace amargo.
Dignaos de leer estos renglones
(*Le da un pliego cerrado.*)
Que acabo de escribir con prisa grande:
Conoceréis aquí mis intenciones,
Y en casa espero que mi Rey me mande.

ALFONSO.

Partid á vuestra casa en derechura,
Y con ninguno habléis. (*Vase Ordoño.*)

ESCENA XI.

ALFONSO, y luego SILO, dentro.

ALFONSO.

Me da martirio
El ver esa sardónica mesura.
¡Casarle con Jimena! Fué un delirio.
(*Abre el pliego y lee.*)

«El secreto de vuestro corazón no le ha sorprendido Bernarda, sino yo, que se lo he confiado á ella, por ser de los que humillan mucho revelados por un hombre. Si este secreto se divulgara, perderíais el concepto de todos los que admiran la pureza de vuestras costumbres: vuestros enemigos aprovecharían la noticia para completar vuestro descrédito, y os arrojarían del trono. He oído vuestra conversación con Bernarda, de quien no me quejo porque haya servido á su señora y no á mí; pero os aviso que el premio de mi silencio es la mano de Jimena.»

Primero el corazón sabré arrancarte.
(*Se encamina á la puerta por donde salió Ordoño.*)
La puerta me cerró. ¡Mísera treta!
(*Va á la puerta del lado opuesto.*)
¿Dónde de mi furor has de librarte,
Infeliz?
(*Ruido á la derecha de voces y armas, y al mismo tiempo tocan una trompeta.*)
¡Cielos santo! ¡La trompeta!

VOCES, *dentro.*

¡Arma! ¡Traición!

SILO, *dentro.*

Á él: ved que os engaña.

(*Alfonso toma una maza de armas; al mismo tiempo salen por la izquierda algunos pajes, que á una señal del Rey corren á echar abajo la puerta de la derecha.*)

ALFONSO.

Aquí...

SILO, *dentro.*

¡Muera!

ALFONSO.

Tened.—¡Piedad divina!

SILO, *dentro.*

No respetéis que es Conde.

ALFONSO.

¡Le asesina!

(*Fuerza la puerta de un golpe de maza.*)

Ya abrí.

(*Franca la puerta, va á la pieza inmediata; pero se detiene al oir la voz de Silo, que sale precipitado con la espada desnuda.*)

SILO, *saliendo.*

Traed al Conde de Saldaña.

ESCENA XII.

SILO, ALFONSO.

ALFONSO.

¿Á quién esos crueles mercenarios
Han muerto? ¿á quién?

SILO, *á los pajes.*

Salid. (*Vanse los pajes.*)

ALFONSO.

Responde luego.

SILO.

Á ese Conde traidor de los notarios,
Que á Lupo quiso arrebatar el pliego.

ALFONSO.

¿Detener el perdón Ordoño quiso?

SILO.

Y ciego queda Sancho, si la Infanta
Por un momento más no se adelanta,
Dándome ya de la merced aviso.
Lupo la entrega del perdón resiste,
Le hiere Ordoño, de prenderle trato,
Lidia, tocan sin orden á rebato,
Y el criminal espira.

ALFONSO.

¿Ya no existe?

SILO.

Mirad. (*Señalándole la puerta.*)

ALFONSO.

¿Nada al morir ha descubierto?

SILO.

Nombró á Sancho y á vos: «Erré el camino,»
Dijo; después: «Merezco mi destino,»
Y le faltó la voz al labio yerto.

ESCENA ÚLTIMA.

JIMENA, SANCHO y BERNARDA, por la izquierda; ALFONSO, SILO.

JIMENA.

¡Hermano!...

SANCHO.

¡Mi señor!...

JIMENA.

Siempre esperaba...

BERNARDA, *á Jimena.*

Bien os decía yo.

SANCHO.

Mientras respire
Sancho, vuestro será.

JIMENA.

Seré tu esclava.

ALFONSO.

Callad, ó haréis que de vergüenza espire.
Oid. Porque no hay crimen sin castigo,
Porque os defiende el cielo soberano,
Libres ambos estáis de un enemigo.
Ordoño ha muerto.

JIMENA, SANCHO Y BERNARDA.

¡Ordoño!

SILO.

Por mi mano.

ALFONSO, *á Sancho.*

Acaso declarar vuestra inocencia
Quiso, y en vano fué, ya moribundo:
Justificado estáis en mi conciencia;
Pero falta la prueba para el mundo.
Un escarmiento mi dosel reclama,
Que haga á la rebelión temer su estrago:
Sacrificadme, Conde, vuestra fama,
Y la ventura vuestra os doy en pago.
Con un anuncio que sospechas borre,
Se mostrarán de Ordoño los despojos;
De vos se contará que en una torre
Gemís, privados de la luz los ojos.
De Jimena dirán que sin su amante
Eligió en su dolor un monasterio;
Huid en tanto, y en región distante
Vivid cercados de feliz misterio.

JIMENA.

¡Separarnos de tí!

ALFONSO.

No es sin motivo.

SANCHO.

¿Permitiréis un día que volvamos?

JIMENA.

Nadie sabrá...

ALFONSO.

Jamás: os lo prohibo.
La vez postrera viéndonos estamos.

JIMENA.

¿La vez postrera?

ALFONSO.

Sí. Para tu dote
Los bienes todos de mi padre cedo,
Y á la noche en secreto un sacerdote
Os unirá.

JIMENA.

Á tu vista.

ALFONSO.

No, no puedo...

SANCHO.

Señor...

ALFONSO, *á Sancho.*

Si el cielo os concediere un hijo
Que retrate á Jimena, de ese aguardo
Que ser el padre me otorguéis.

BERNARDA.

Yo exijo
Que se le ponga el nombre de Bernardo.

ALFONSO, *á Bernarda y Silo.*

Adiós.—Vosotros seguiréis su suerte.
Mudad de nombre. Partiréis mañana;
(*Á los amantes.*)
Y nunca me verás, nunca he de verte.
(*Á Jimena. Hace que se va.*)

JIMENA.

¿Te vas sin un abrazo de tu hermana?
(*Vuelve Alfonso, abraza á Jimena y da la mano á Sancho.*)

ALFONSO.

Adiós, hermana. Adiós.—Tú que mi pena
(*Aparte á Bernarda, separándose de Sancho y la Infanta.*)
Sabes, si el cielo de mi vida el plazo
Acorta en una lid, dile á Jimena
Cuánto habré padecido en ese abrazo.

APÉNDICE.

Los malaventurados amores de la Infanta Doña Jimena y el Conde de Saldaña, de quienes nació, según el Arzobispo D. Rodrigo, el célebre Bernardo del Carpio, pasan hoy generalmente por una fábula, y aun se niega que haya existido ninguno de estos tres personajes, porque, á la verdad, ni los dos escritores de aquella época, Sebastiano y el Monje de Silos, ni aun el Obispo D. Pelayo en las adiciones que hizo al primero, dicen una palabra acerca de los padres ni del hijo, cuyas primeras noticias aparecen en dos escritores del siglo décimotercio. Éste no es inconveniente para el que pretenda introducirlos en un poema dramático, porque si tiene facultad el poeta para crear personajes de su invención y ponerlos al lado de los que realmente existieron, nadie podrá impedirle que al presentar en la escena una figura histórica, le coloque alrededor otras inventadas por los historiadores, y que han pasado como históricas también por espacio de muchos siglos. Sin embargo, aun en estos últimos tiempos hay escritor

bien respetable que ha admitido la existencia de la Infanta y del Conde, negando sólo que dieran el sér á Bernardo: ponemos las palabras del autor á quien nos referimos, al frente de las otras autoridades que abajo se copian, para manifestar en qué fundamentos estriba la parte histórica del drama.

«Fruela... tuvo un hijo que reinó después con el nombre de Alonso el Casto, y una hija llamada Doña Jimena, tan célebre en las antiguas fábulas españolas por sus amores y casamiento clandestino con el Conde de Saldaña, y por las hazañas de su supuesto hijo Bernardo del Carpio.»—D. Alberto LISTA, *Historia de España*, tomo XXVI de la *Universal*.

«Alonso II, sucesor de Bermudo é hijo de Fruela I, empuñó el cetro en el día 14 de septiembre del año 791. No lo recibirían todos con igual gusto, pues, según refiere el Monje de Albelda, hubo gente rebelde y poderosa que al año siguiente (no diez años más tarde, como dice Rodrigo Jiménez) se atrevió á encerrarlo er un monasterio, de donde lo sacaron con noble denuedo algunos fieles vasallos, entre quienes se distinguió Teudan por su fidelidad y constancia.»—MASDEU, *Historia crítica de España*, tomo XII.

«Alonso, joven á la sazón (791) de veinticinco años, y educado en la escuela del infortunio, desplegó todas las virtudes necesarias en su situación. Manso y afable con los suyos, terrible contra los enemigos, intrépido en los combates, prudente en el consejo, no quiso reinar sino para el bien de los cristianos y engrandecimiento de la fe.

. . . . . .

Teudio y otros señores principales, apenas supieron la maldad, le sacaron de su retiro y le restituyeron al trono. No son conocidos en la historia ni los nombres de los conspiradores, ni el objeto que se propusieron en su empresa, ni las resoluciones que tomaron después de haberla logrado, ni el castigo que se les dió.»—LISTA.

Como hubo razones para que Sebastiano callara un

acontecimiento de tanto bulto, y el Silense, que lo menciona, guardara profundo silencio acerca de las personas que intervinieron en él y acerca de sus pormenores, ¿no pudo haberlas también para omitir la noticia del casamiento de Jimena y Sancho? ¿No pudo esta razón ser la misma? ¿No pudo el casamiento coincidir con la rebelión, y haber tenido parte en ella los dos amantes ó el uno? Por lo menos es innegable que la pena de perder los ojos no se imponía por la legislación gótica sino á los reos de alta traición, á quienes el Rey perdonase la vida: el casamiento clandestino era castigado con mucha menos severidad. Véanse las leyes siguientes:

«Si alguno probare de matar al príncipe, ó de le toler el regno, á cualquier que se le pruebe estas cosas ó algunas de ellas, despois que fuere fallado, reciba muerte, é non sea dejado vevir: é si el príncipe por piadat le quisiere dejar vevir, nol' deje, que nol' saquen los ojos, porque tal non vea el mal que cobdizó facer, é que haya siempre amargosa vida é penada.»—*Fuero Juzgo*, lib. 2.°, tít. 1.°

«Si la moyer libre casar con ome libre, el marido déla debe fablar primeramientre con sos padres; é si la podier haber por moyer, dé las arras á los padres así como es derecho; é se non la podier ovier, finque la moyer en poder de los padres; é si ela casar sen voluntad del padre ó de la madre, é elos non la quisieren recebir de gracia, ela nen los fiyos non deben heredar en á buena de los padres, por que se casó sen voluntad délos; mas sel' quisieren dar alguna cosa los padres, bien lo poden facer.»—*Ibid.*, lib. 3.°, tít. 2.°

«Si los hermanos tardan el casamiento de la hermana... por tal que la podan meyor casar, é ela (non catando so ondra) tomar marido de menor guisa que non debe, pierda todel derecho que debe haber de la bona de sos padres.»—*Ibid.*, *ibid.*

Estas conjeturas serán de poquísima importancia mi-

radas bajo el aspecto histórico; pero bajo el aspecto dramático no las creo sin interés, porque al aplicar la historia á la escena, casi vale tanto lo que pudo ser como lo que fué.

«El buen Rey D. Alfonso que vió al tirano (Mauregato) con tantas fuerzas que era imposible resistirle... salió de Asturias, y fuese á meter á Álava... Estuvo también huído y escondido en el monasterio de Samos... Parece como estuvo agora el Rey allí escondido, por un privilegio que tienen los monjes... Dice en castellano: Estuvo despacio allí en Sámanos y en otro lugarejo llamado Subrego en la ribera del río Daura, y con los monjes mucho tiempo en el tiempo de su persecución.» —MORALES, *Crónica general*, tomo VII.

«El Arzobispo D. Rodrigo cuenta luego tras esto cómo se le rebelaron al Rey D. Alfonso algunos de los suyos con tiranía, y lo pusieron en tanto estrecho, que se hubo de retirar á un monasterio llamado Abeliense... —Tierra de Abelania... se llama aquélla de Samos; y hemos de entender que el Rey estuvo en Samos siendo niño, y en tiempo de Mauregato, y agora también. Así que estuvo tres veces.»—MORALES, *ibid.*

«Los gloriosos principios del reinado deste Príncipe tan señalado se amancillaron y escurecieron con un desastre y afrenta que aconteció en la casa real; y fué que su hermana, la Infanta Doña Jimena, olvidada del respeto que debía á su hermano y de su honestidad, puso los ojos en Sandia ó Sancho, Conde de Saldaña, sin reparar hasta casarse con él... Acusáronle (al Conde) de traición y de haber cometido ofensa contra la majestad.»—MARIANA, tomo V de la edición de Sabau.

Masdeu observa que la simple falta de honestidad, cometida voluntariamente entre solteros ingenuos, ni se castigaba en tiempo de los godos, ni daba derecho á la doncella para pretender la mano del autor de su deshonra. Por la ley 5.ª del libro 3.º título 4.º del Fuero Juzgo, se permitía al padre, hermano ó tío que sorprendiese

en aquel delito dentro de la casa paterna á la hija, hermana ó sobrina, matarla ó hacer de ella lo que le pareciese; pero la calificación de *adulterio* que allí se da al crimen, y la disposición última de la ley 12 del mismo título, manifiestan que se trata de doncellas ya desposadas con otro que su corruptor. Las penas que señala la ley 11 del título anterior, comprenden á los que seducen solteras con engaño, por medios de tercería y faltando á lo que prometieron, ó bien se casan por fraude con ellas y contra la voluntad de la contrayente. Nada de esto hubo en el casamiento de Sancho y Jimena, tal como se pinta el suceso; y así no es de creer del virtuoso Rey Alfonso II un rasgo de crueldad y tiranía tan escandaloso. Si existieron aquellos dos personajes; si fué cegado el Conde y encarcelado por vida, y la Infanta reclusa, otras circunstancias más graves debieron ocurrir en su culpa; y si ésta no fué más que un matrimonio clandestino, por ella no pudo imponérseles el castigo citado. En tal duda, el autor del drama, aprovechando la frase última de Mariana, conciliadora de ambos extremos, ha manejado el asunto del modo que favorecía más á los personajes, dejando la tradición á cubierto; pues reputado el hecho por fabuloso, no había motivo para guardar á la ficción el miramiento y consideraciones que ni aun se suelen guardar á los fueros de la historia.

«También algunas doncellas, sin salir de su casa paterna, se vestían de religiosas, profesando virginidad por toda su vida, y se llamaban, ya *vírgenes sacras*, y ya *devotas*, por corrupción de la palabra latina *Deo votas*, que equivale á *consagradas á Dios*. Cuando el Obispo las recibía en la iglesia á la profesión, no sólo las bendecía como á las viudas, pero también las cubría con un velo blanco, que habían de llevar siempre sobre la cabeza,

como por testimonio glorioso de su virginidad.»—MASDEU, *Historia crítica de España*, tomo XI.

Romey copia á Masdeu este pasaje como otros muchos...

Conde de los notarios era, según Masdeu, cargo que entre los godos equivalía al de secretario de Estado; según Salazar, se daba este nombre á los *notarios mayores*, á los *notarios principales*. La autoridad de Masdeu es de más peso, y la idea que da más clara.

Tioda es el verdadero nombre del arquitecto de Alfonso el Casto: se ha invertido el orden de las dos primeras vocales por hacer su pronunciación más suave en el teatro. Alteraciones de esta especie eran comunes en los nombres de aquella época: Teudis, Teudio, Teuda, Teudas, Teudan, Teudo, Teudon y Teudonio son variantes de un nombre mismo, y acaso el Tioda lo sea también.

El personaje de *Ordoño*, amigo falso del Conde y enamorado de la Infanta, está ideado á semejanza del *Conde don Rubio* que introduce Cubillo en la conocidísima comedia titulada *Primera parte del Conde de Saldaña*, cuyos dos primeros actos se han tenido presentes al escribir este drama.

PRIMERO YO

DRAMA EN CUATRO ACTOS EN VERSO

Estrenado en el teatro del Príncipe á 14 de abril de 1842 (1)

(1) El asunto de este drama está tomado de un episodio ingerido en la novela filosófica de Enrique Zschokke, titulada: *Alamontade der Galeeren-sklave*, Alamontade el Galeote. El medio empleado para hacer que el protagonista se descubra, recordará al lector el personaje de lady Macbeth, el cual ha sido imitado con el mismo objeto por varios autores franceses de diferentes épocas.

PERSONAS.

Luciano.
Rosalía.
Isidoro.
Mariana.
Don Fabián.
Don Blas.
Agapito.
Damas.
Caballeros.
Monjes.
Guardias de Corps.
Soldados.
Alguaciles.
Un Oficial.
Un Escribano.
Una Criada.
Un Hujier.

La escena es en el Escorial.

La acción principia el día 11 de octubre de 1757.

ACTO PRIMERO.

Á la derecha del actor la peña que llaman LA SILLA DE FELIPE II; á la izquierda la subida á una casa grande de guardas, de la cual se verá un ángulo; en el fondo, á lo lejos, se descubren los lienzos de oriente y mediodía del Monasterio del Escorial.

ESCENA I.

MARIANA, en lo alto de la peña, y mirando hacia dentro; LUCIANO, al pie, apoyado en un árbol en ademán de persona débil y fatigada.

MARIANA.

Sí, tío, no dude usted:
Esa es la casa del guarda.

LUCIANO.

¿Con que nos tienen ahí
La merienda preparada?

MARIANA.

Pues, ahí.

LUCIANO.

Me alegro mucho,
Porque ya me fatigaba.

MARIANA.

Sí, para un convaleciente...

LUCIANO.

Es bien grande la distancia
Desde el Escorial aquí.

MARIANA.

Es tal que fastidia.—Nada,
No parecen Isidoro
Ni mi tía.

LUCIANO.

Se cansaban
También, y se detuvieron
Junto á la fuente que llaman
De las Arenitas.

MARIANA.

Ya,
Pero...

LUCIANO.

¿Qué?

MARIANA.

¡Qué flema gastan!

LUCIANO.

Pues tenla tú.—En esa peña
Cada día se sentaba
El Rey Felipe segundo
Para fijar sus miradas
En la fábrica que había
De ser maravilla octava.
Para él se labró el asiento
Donde estás encaramada.

MARIANA, *bajando.*

Pues si hubiera sido yo
Entonces Reina de España,
Tuviera un defecto menos
Esta especie de atalaya.

LUCIANO.

¿No ves bien desde ese punto
El Monasterio?

MARIANA.

No basta.
Se había de ver también
Una senda despejada,
Por la cual se descubriera...

LUCIANO.

Sí, ya estoy: á los que tardan
En llegar, como Isidoro.

MARIANA.

Excusado verbigracia:
Como otro cualquiera.

LUCIANO.

Vamos,
Vamos, yo sé lo que pasa.

MARIANA.

Eso es decir...

LUCIANO.

La verdad:
Que estás muy enamorada.

MARIANA.

¿Yo enamorada? ¿De quién?

LUCIANO.

De Isidoro.

MARIANA.

Yo pensaba
Que no.

LUCIANO.

Pues cree que sí.

MARIANA.

Como usted me lo persuada,
Lo confesaré. ¿Qué hacen
Dos, así, cuando se aman?

LUCIANO.

Si se quieren, y no pueden
Hablarse...

MARIANA.

Eso preguntaba.

LUCIANO.

El galán en ese caso
Procura ver á la dama
En la calle, en el paseo,
En la iglesia... donde vaya.

MARIANA.

¿Sí?

LUCIANO.

Suele alquilar un cuarto
Enfrente de sus ventanas...

MARIANA.

¡Oiga!

LUCIANO.

Suele con frecuencia,
Si maneja la guitarra,
Cantar alguna canción
Tierna, y en un anagrama
Decir, en secreto á voces,
El nombre de su adorada.

MARIANA.

¡Mire usted!

LUCIANO.

Suele la niña,
Cuando hay pajarera en casa,
Llevar á los pobrecitos
Canarios pamplina y agua,
Y de camino asomar
Furtivamente la cara
Por una guardilla, y luego
Dar dos ó tres ojeadas
Á las tejas, á las nubes,
Á las veletas; arranca
Un yeso de la pared,
Se le tira á un papanatas
Que cruza la calle, ríe
La señorita la gracia,
Y oye entonces una voz
Que en tono jovial exclama:
«¿Con que usted tira la piedra
Y esconde la mano?» Pára
La atención, y en la guardilla

De enfrente ve que se halla
El que los pasos le sigue
De día, y de noche canta:
Se turba la niña un poco,
Pero se sonríe; baja
Los ojos, huye; y con esto
No más (¿quién lo imaginara?)
Ya queda fija la base
Del tratado de alianza.

MARIANA.

¿Con que usted todos los días
En Madrid nos acechaba,
Á mí y á Isidoro?

LUCIANO.

Soy
Tutor, y la vigilancia
Es mi obligación primera.

MARIANA.

Pero, tío, unas niñadas
De esa especie ¿son amor?

LUCIANO.

Son su carrera ordinaria:
Por ahí principia.

MARIANA.

¿Hicimos
Mal?...

LUCIANO.

Tú querrás ser casada,
Supongo.

MARIANA.

Muy bien supuesto.

LUCIANO.

Entonces es circunstancia
Precisa que trates gentes
Para ver el que te agrada.

MARIANA.

Ese camino ya está
Andado.

LUCIANO.

¿Haciendo escapadas
Á la pajarera?

MARIANA.

Pues.

LUCIANO.

Ya vas siendo buena pájara
Tú.

MARIANA.

Con todo, usted me quiere
Mucho: no seré tan mala.

LUCIANO.

Porque te quiero, deseo
Verte bien acomodada.

MARIANA.

Creo que Isidoro...

LUCIANO.

Es pobre.

MARIANA.

Yo soy rica: eso se gana.

LUCIANO.

No es de ilustre cuna.

MARIANA.

¿Qué
Importa? Un sí nos iguala.
¿No quiere usted que me case (*Afligida*)
Con él?

LUCIANO.

Pero, atolondrada,
¿Quién le admitió en la familia
Sino yo? ¿quién?

MARIANA.

Principiaba
Á temer ya... ¡Qué locura!
Cuando veo que le tratan
Mi tía y usted lo mismo
Que á un hermano, y que le pagan
Una pensión, á pretexto
De que nos tenga ordenada
La biblioteca, y es sólo
Para que adelante salga
Mientras que se llegue á hacer
Jurisconsulto de fama.

LUCIANO.

Todo eso y algo más hice
Cuando ví que te prendabas
De él.

MARIANA.

¡Cuánto debo á mi tío!

LUCIANO.

Y á tu parecer (sé franca),
¿Te quiere mucho?

MARIANA.

Yo ¿cómo
Lo he de saber? No se apartan
Ustedes nunca de mí,
Y él no me dice palabra.

LUCIANO.

Ya rondará por las noches
Tu reja en esta jornada.

MARIANA.

¡Ay! no, señor: ¡ay! ¡qué miedo!
¿Y si viene la fantasma?

LUCIANO.

¿La fantasma? ¿Viste tú
La de la noche pasada?

MARIANA.

Sí, señor.

LUCIANO.

¿Sí? Yo creía
Que fuese alguna patraña.

MARIANA.

No, no.

LUCIANO.

Yo he dormido fuera
Del palacio, y como nada
Turbó mi sueño... Dí.

MARIANA.

Anoche,
Un poco antes que sonaran
Las cuatro, como yo estoy
Hace días desvelada,
Me puse un rato á la reja.

LUCIANO.

Ya se adivina la causa.

MARIANA.

Por tomar el fresco.

LUCIANO.

Y ver...

MARIANA.

¡Ay! ¡lo que ví!

LUCIANO.

¿Qué fué? Acaba.

MARIANA.

No sé de dónde salió,

Si brotó de las entrañas
De la tierra, si... ¡Jesús!
Era una figura blanca
Tan grande... ¿cómo diré?
¡Oh! mayor que las estatuas
Que en el patio de los Reyes
Hay puestas en la fachada.

LUCIANO, *aparte.*

(¿Qué será esto?) Y bien, ¿qué hacía?

MARIANA.

Hacía temblar. Vagaba
Entre los árboles, ya
Lenta, ya precipitada;
Vino hacia palacio: entonces
Dió un alarido...

LUCIANO

¿Gritaba?

MARIANA.

Gritaba, y también reía;
Pero como cosa mala,
Como cosa de otro mundo:
Por último, alzó con rabia
La mano, haciendo ademán
De dar una puñalada,
Y pronunció...

LUCIANO.

¿Una blasfemia?

MARIANA.

Peor que si blasfemara,
Mucho peor: lo que dijo
Fué mi nombre, fué «¡Mariana!»

LUCIANO.

¡Mariana! (*Aparte.*) Debí soñando
Levantarme de la cama.
¡Maldito achaque!

MARIANA.

Al oirlo,
Yo me caí desmayada.

LUCIANO.

Eso ¿lo has contado?

MARIANA.

Á nadie.

LUCIANO.

Sintiera que me engañaras.

MARIANA.

Que no: como me mandaron
Ustedes que me acostara,
Y no obedecí...

LUC'ANO.

Pues es
De muchísima importancia

Que acerca de esa visión
Guardes silencio.

MARIANA.

Bien.

LUCIANO.

Trata
De ser también desde ahora
Un poco más reservada
Con Isidoro.

MARIANA.

¿Por qué?

LUCIANO.

Sólo el que yo lo indicara
Te debía bastar.

MARIANA.

Una
Razoncita más no daña.

LUCIANO.

Hija, el hombre estima poco
Lo que sin afán alcanza;
Y harto temprano comienza
La mujer á ser esclava,
Sin que se abrevie los días
Que tiene de soberana.
Tú, que en la senda de amor
Fijas la inexperta planta,
Y que bella, virtuosa

Y pura, mereces que ardan
De cien y cien albedríos
Las ofrendas en tus aras,
Apréciate en lo que vales;
Mantén oculta la llama
De tu pasión; mira y oye
Siempre con desconfianza
Promesas que hace el deseo
Y las borra la inconstancia,
Suspiros hijos acaso
De miras interesadas,
Y obsequios que han de parar
En tiranía mañana;
Que si rindes sin defensa
El baluarte del alma,
Bien pronto del vencedor
Te mirarás despreciada,
Cual contrario que no supo
Capitular con ventaja;
Y olvidándote, irá en busca
De otra conquista más ardua.

MARIANA.

Y con esa alegoría
¿Quiere usted decirme en plata
Que sea con Isidoro
Eso que, á estilo de Francia,
Llaman *coqueta*?

LUCIANO.

No; pero
Cuanto más desvío, cuanta

Más indiferencia afectes,
Has de ser más cortejada,
Más querida de tu amante.

MARIANA.

¿De veras?

LUCIANO.

De fijo.

MARIANA.

Basta.
Si fomenta la pasión
Tenerla y disimularla,
No ha de saber Isidoro
Que yo le estoy inclinada,
Si no pena más por mí
Que Amadís por Orïana.
Algún escrúpulo tengo
De que es traidorcilla y falsa
Esta conducta, con todo
Que mi vanidad halaga;
Pero mi tutor lo exige;
Yo le estoy subordinada:
Si peco en obedecerle,
Sobre él mi culpa recaiga.

ESCENA II.

SIDORO, LUCIANO, MARIANA.

ISIDORO.

Señores...

LUCIANO.

¡Hola, Isidoro!

Ya aquí de menos te echaban.

ISIDORO.

¿Á cuál debo de los dos
El favor?

MARIANA.

Al tío.

ISIDORO, *aparte.*

¡Ingrata!

MARIANA, *aparte á Luciano.*

¿He mentido bien?

LUCIANO.

¿Qué has hecho
De mi esposa?

ISIDORO.

La acompaña
Don Fabián, y no he podido
Sufrir su enfadosa charla.

LUCIANO.

Pues es un viejo muy guapo.

ISIDORO.

Como yo me adelantaba
Aquí, me dió Rosalía,
Que por tu salud se afana
Más que tú mismo, este pomo.

LUCIANO.

Mi medicina: tomarla
Debo á esta hora; es verdad;
Voy arriba á pedir agua
Y azúcar.

MARIANA.

El brazo.

LUCIANO.

No.
(*Aparte á ella.*) Si ahora Isidoro hablara
De amor, le podías dar
Unas medias calabazas.

MARIANA, *aparte á su tío.*

Bien.

LUCIANO, *aparte.*

Serás mía, aunque todo
El mundo me lo estorbara. (*Vase.*)

ESCENA III.

MARIANA, ISIDORO.

ISIDORO.

¡Luciano venturoso!
¿Quién no le tiene envidia?
Joven, rico, adorado
De una consorte fina,
Cuya virtud encanta,
Cuya beldad admira,

Él tan sólo parece
No conocer su dicha.

MARIANA, *aparte.*

No me divierten estos
Elogios á mi tía.

ISIDORO.

¿No piensa usted lo mismo?
¿No es verdad, Marianita,
Que es muy feliz el hombre
Á quien el cielo envía
Un ángel que á su lado
Continuamente asista,
Que le haga más preciosos
Los goces de la vida,
Y con su cauta mano
Desvíe las espinas
Que cercan el sendero
Donde á su bien camina?

MARIANA.

Y ese ángel ¿sólo puede
Llamarse Rosalía?

ISIDORO.

Ídolo de mi pecho,
No cautelosa finjas;
Que, bien lo sabes, eres
Alma del alma mía.
Mil veces lo dijeron
Los ecos de mi lira,

Y hoy, dulce prenda, el labio,
Que de temor vacila,
Humilde te declara
Que eres por quien suspira.

MARIANA, *aparte.*

¡Ay! ¡qué bien enamora!
¡Ay! ¡lo que perdería,
Si su fervor menguara,
Mi inclinación sabida!

ISIDORO.

¿Callas? ¿Nada respondes?

MARIANA.

Prosiga usted, prosiga.

ISIDORO.

No imagines que ciega
Mi presunción olvida
Que soy hidalgo pobre,
Y eres ilustre y rica;
Lo sé, y mi amor se engríe
Con mi pobreza misma.
Nombre, blasones y oro
Son del saber conquista:
¡Cuán dulce es consagrarlos
Á la beldad querida!
¡Qué de veces que el sueño
Dobló mi frente encima
Del libro á cuyas hojas
Robaba la doctrina,

Lisonjeó mi gusto
Grata la fantasía,
Y vime colocado
En eminente silla,
Y ví que por la esfera
Volando á mí venía
Deidad que coronada
De mirto y siempreviva,
La sien se despojaba
Para ceñir la mía!
Y eras, Mariana hermosa,
Tú la que me traías
Amor y dicha en premio
De afanes y vigilias;
Y yo, no hallando entonces
Palabras expresivas
Para el inmenso gozo
Del alma agradecida,
Mudo ante tí doblaba
La frente y la rodilla. (*Lo hace así.*)

MARIANA.

No se punce la pierna
Usted con las ortigas.

ISIDORO.

Perdóname, Mariana;
Perdona mi osadía.
Si en infeliz albergue
Mi cuna fué mecida,
Yo sabré hacerme digno
De merecerte un día.

Entonces, y no ahora,
Te rogaré que admitas
El homenaje puro
Con que mi fe te brinda.
Dime entre tanto sólo
Que no lo desestimas.

MARIANA.

Lo estimo mucho.

ISIDORO.

¡Oh gloria!

MARIANA.

Pero alce usted: arriba.

ISIDORO.

Mi gratitud eterna...

MARIANA.

¿Cómo no estimaría
Al hombre que me dice
Cosas tan divertidas?
Me jura que me adora,
Me llama usted bonita,
Me quiere dar la mano
Vestido de golilla
Luego que el Rey le nombre
Corregidor en Indias;
Si esto no es de apreciarse,
Venga Dios y lo diga.

ISIDORO.

Ese tono ligero,
Mariana, me intimida.

MARIANA.

¿Prefiere usted que calle?

ISIDORO,

No, siga usted, prosiga.

MARIANA.

Admiro la franqueza,
La heróica bizarría
De un amante que ofrece
Bienes en perspectiva,
Suerte que yo no dudo
Que al cabo la consiga;
Mas si un galán mañana
Mi mano solicita,
Rico, gallardo, amable,
¿No fuera bobería
Dejar por la dudosa
La oferta positiva?
Corren, Don Isidoro,
Los años muy aprisa,
Y plazos dilatados
Aterran á las niñas.
Quizá será muy bueno
Pasar embebecida
En esperanza alegre,
Que cumplirá tardía,

La verde primavera
De juventud florida;
Pero ir á desposarse
Y ser ya talludita,
Para mi gusto, vamos,
Es cosa que horroriza.
Así, Don Isidoro...

ISIDORO.

No siga usted, no siga.
Ya veo la sentencia
Que contra mí fulmina.

MARIANA.

No se fíe usted mucho
Tampoco de su vista.

ISIDORO.

¿Qué quiere usted decirme?
Sea usted compasiva,
Que no sabe la pena
Con que me martiriza.
Declare por lo menos...

MARIANA.

Prosiga usted, prosiga.

ISIDORO.

Que me permite amarla.

MARIANA.

¿Cómo lo impediría?

ISIDORO.

Que espere.

MARIANA.

¡Ay! Á ninguno
La esperanza se quita.

ISIDORO.

Prométame el consuelo
De escucharme benigna.

MARIANA.

Si hiciese lo contrario,
No fuera buena amiga.

ISIDORO.

Ya nada más deseo.
Nada; y en pago, exija
Usted la sangre toda
Que por mis venas gira.

MARIANA.

No es tanto lo que quiero.

ISIDORO.

Dígalo usted, prosiga.

MARIANA.

Quiero que usted á todos
Amarme les permita.

ISIDORO.

¿Cómo?

MARIANA.

Y que no se enfade
De sus galanterías.

ISIDORO.

¡Mariana!

MARIANA.

Y que les deje
Que esperen.

ISIDORO.

¡Señorita!

MARIANA.

Pues, y que sus requiebros
Oiga yo complacida.

ISIDORO.

Eso es decir...

MARIANA.

Que gusto
De la igualdad estricta,
Y no de que un privado
Mande mi monarquía.
Usted, que hace ya tiempo
Que reina me apellida,
Medite bien ahora

La ley que se le dicta,
Y vea en sus amores
Á qué se determina,
Que á mí me da lo mismo
Que cesen ó prosigan.
No hago mal de coqueta (*Aparte al irse.*)
Para quien hoy principia. (*Vase.*)

ESCENA IV.

ISIDORO.

¿Qué lenguaje es el que oí,
Que me aflige y maravilla?
¿Ésta es la joven sencilla
Que era un ángel para mí?
Yo por ídolo escogí
Dentro de la mente un sér
Que me forjé á mi placer;
Pero al tocar la verdad,
Hallo, en lugar de deidad,
Solamente una mujer.
Á la que sin distinción
Ha de admitir al momento
El galante rendimiento
De cualquiera inclinación,
Niego yo la posesión,
Niego en mi pecho la entrada;
Pues cuando doy á mi amada
La llave del albedrío,
Exijo en cambio del mío
Todo un corazón, ó nada.
Mariana, tú á nadie quieres,

Presumiendo más que vales:
¿Serán á Mariana iguales
Todas las demás mujeres?
¿Serán sueño los placeres
Que yo del amor espero?
¿Existe amor verdadero?
Si Mariana me engañó,
Preciso será que yo
Sospeche del mundo entero.
En mi retiro profundo
Con los libros encerrado,
Temo haberme figurado
Mejor de lo que es el mundo.
Por dicha en poco lo fundo.
No hace ley un ejemplar.
Otra mujer puedo hallar
Que ame como un serafín,
Porque la mujer al fin
Ha nacido para amar.

ESCENA V.

LUCIANO, ISIDORO.

LUCIANO.

Mi específico tomé;
Mas aunque por él abogas,
Pronto bebidas y drogas
Á la calle arrojaré.
Les tengo un odio mortal,
Y voy estando valiente:
Me prueban perfectamente

Los aires del Escorial.
Libre del todo me advierto
De las punzadas rehacias
Ya del dolor, á Dios gracias.

ISIDORO.

Y á tu mujer.

LUCIANO.

Es muy cierto.
Me cuidó... ¡de qué manera
Rosalía me cuidó!
Quince noches se llevó
Clavada á mi cabecera.
Yo nunca lo olvidaré.

ISIDORO.

¿Nunca?

LUCIANO.

Ya lo verás tú.
Vale mi esposa un Perú:
Es de lo que no se ve.
Tratarla, confesarás
Que es un rato de los buenos.

ISIDORO.

Alábala un poco menos,
Y quiérela un poco más.

LUCIANO.

Yo soy con ella finura
Todo, todo cortesía.

ISIDORO.

Pues ella preferiría
Más franqueza y más ternura.
Mira, cuando tú me hiciste
Salir de mi guardillón
En Madrid, mi situación
Era harto infeliz y triste.
Débote mi entendimiento,
Que ensanchó por tí su esfera:
Con miseria, ni siquiera
Se puede tener talento.
Me honraste con tu amistad,
Y para pagarla en parte,
No puedo hacer más que hablarte
Con toda sinceridad.
Civil sin afectación,
Apoyo del desgraciado,
Justamente has alcanzado
General estimación.
Á brindarte varias veces
Con cargos de honra han venido,
Y no los has admitido:
Señal de que los mereces.
Voz de numerosa grey
Que tu mano socorrió,
Tu nombre en Madrid llevó
Á los oídos del Rey,
Que, de su favor en señas,
Te dió de su mano esposa,
Noble, bella, poderosa,
La flor de las madrileñas;

Logrando así por modesto,
Sin que pretendieras nada,
Casarte con una ahijada
Del mismo Fernando el sexto.
Pues bien, Luciano, á pesar
De tu mérito eminente,
Que te hace ser justamente
El ídolo popular,
Yo, puesta al pecho la mano,
Diré, si me das licencia,
Que hay en tí gran diferencia
Del esposo al ciudadano.
Tú das á la gente rica
De honor y virtud ejemplo;
Tu devoción en el templo
Á los fieles edifica;
Y vertiendo diversión
En la plática tu labio,
Nunca se inclina al resabio
De la vil murmuración:
Por eso es tan de sentir
Que estés haciendo á la par
En tu casa suspirar,
Y en las ajenas reir;
Que á un mendigo tu favor
Ofrezcas con bizarría,
Y tengas á Rosalía
Necesitada de amor.
Luciano, este proceder
Es culpable, y, no lo dudes,
No autorizan mil virtudes
Para faltar á un deber.

LUCIANO.

Sufrida la reprensión,
Mi panegírico emprendo;
Pero hay que empezar diciendo
Que no te falta razón.
Confesar en la querella
De Rosalía es preciso,
Que ella me quiere, ó me quiso,
Más que yo la quiero á ella.

ISIDORO.

¿Hay alma que al aliciente
De tal belleza resista?

LUCIANO.

Ese es placer de la vista,
Cuando el alma no lo siente.
No basta con la hermosura
Sola para enamorar:
Á nadie ví requebrar
Una imagen de escultura.

ISIDORO.

Tiene ingenio tu señora,
Y es de admirar esa dote.

LUCIANO.

Aunque admiro el Don Quijote,
Maldito si me enamora.
Por cálculo y reflexión
Mi voluntad no se inflama:

Cautívemela mi dama,
Porque esa es su obligación.
Si vivo interés no tomo
Por ella, que no haga extremos:
Queremos y no queremos
Sin saber por qué ni cómo.
Y pues á esto nos conduce
La cuestión, sufre que diga
Que es oro con mucha liga
Ese que tanto reluce.
Con su belleza hechicera,
Mi mujer no es tan cabal
Que no tenga tal y cual
Defecto, como cualquiera.

ISIDORO.

Me dejas de asombro lleno.
Yo no he descubierto...

LUCIANO.

Eso es
Porque tú todo lo ves
Sólo por el lado bueno.
Su modesta mansedumbre,
Que de una santa parece,
No es más sino que obedece
El genial á la costumbre.
Largo tiempo con afán
Sus sentimientos acalla;
Pero al fin rompe y estalla
Bajo la nieve el volcán.
Celosa hasta el frenesí,
Su disimulo me asusta:

Yo soy franco, y no me gusta
Que me quiera nadie así.
Y á no haber separación
De cuartos, ¡ay! recelara
Que el mejor día me ahogara
Por exceso de pasión.
Aquí tienes de qué modo
Nació en mí la indiferencia
De su reserva y violencia,
Por ser yo blandura todo.
Mas yo siempre he de seguir
Con ella galán y atento.

ISIDORO

Y ¿no es eso fingimiento,
Luciano?

LUCIANO.

Es saber vivir.

ISIDORO.

Esa ciencia y la honradez
No suelen juntas andar.

LUCIANO.

Tú das en equivocar
La virtud con la sandez.

ISIDORO.

¿Qué prometiste al casarte?
Rosalía no es feliz.
Mientras no incurra en desliz
Que de tus brazos la aparte,

Justicia es que el voto augusto
Cabal cumplimiento tenga.

LUCIANO.

Lo que al hombre le convenga,
Aquello sólo es lo justo.

ISIDORO.

Ninguna ventaja toco
De hacer el mal que señalo.

LUCIANO.

¿Qué sabes tú lo que es malo,
Ni lo que es bueno tampoco?

ISIDORO.

Por mi conciencia instruído,
Me consta con evidencia.

LUCIANO.

Una cosa es la conciencia,
Y otra el hábito adquirido.
Antes de saber hablar,
Nos dan para que estudiemos
La pauta porque debemos
Obrar, sentir y pensar;
Y hombre que con vanagloria
Cree por sí discurrir,
No hace más que repetir
Una lección de memoria.
El que eleva más la vista,
Y en el mundo colocado,
Sabe que Dios se le ha dado

Por herencia ó por conquista,
Busca la felicidad,
Que es la mira que le rige,
Y de los medios elige
Según la oportunidad,
Siendo, en todo lo que intenta,
Su axioma regulador,
Que es el arbitrio mejor
Aquél que tiene más cuenta;
Y así juzga, con desdén
De la voz universal,
Malo lo que sale mal,
Bueno lo que pinta bien.
Como de ser mero amigo
De mi mujer, hasta aquí
Ningún perjuicio sufrí,
Creo que hago bien, y sigo;
Y de tu sermón apelo
Al público testimonio,
De que á más de un matrimonio
Soy citado por modelo.
En fin, hacer los casados
Con su mujer de galanes
Es propio de ganapanes,
No de hombres acaudalados;
Y aun raya en usurpación
Que un enlace, cuya esencia
Fué la pura conveniencia,
Resulte de inclinación.
Y pues por tí me cansé
Con un discurso tan largo,
En represalia un encargo

Te voy á dar, que olvidé,
Y es llevar á Doña Mónica
La viuda estos treinta duros,
(*Saca un bolsillo.*)
Para que de sus apuros
Salga en su dolencia crónica.
Le has de ocultar, claro está,
Quién socorre su vejez,
Y sufrir tanta chochez
Como allí te encajará.
Mi mujer viene: ahí te entrego
La bolsa. Haga este favor
El señor procurador
De casadas, y hasta luego.
(*Vase dejándole á Isidoro el bolsillo en la mano.*)

ISIDORO.

¿No es cosa particular
Tener esas opiniones,
Cuando tan bellas acciones
Las desmienten sin cesar?

ESCENA VI.

DON BLAS, con un paraguas abierto; AGAPITO. Algunos Caballeros y Damas que cruzan la escena en dirección á la casa del guarda; ISIDORO.

BLAS, *á Isidoro.*

Á la orden.

ISIDORO.

Don Blas Querol,
Salud.

BLAS.

Ya no necesito
De sombra: toma, Agapito;
Guárdame ese quitásol.

AGAPITO.

Soy paje, no soy lacayo.

BLAS.

Soy médico, y si te coge
Una fiebre...

AGAPITO.

No se enoje
Usted, que voy como un rayo.

(*Le toma el paraguas y se va corriendo.*)

BLAS.

¡Qué día de baraúnda
Tendremos!

(*Saca del bolsillo un pañuelo para limpiarse el sudor, y deja caer al mismo tiempo una funda de paraguas.*)

¡Eh, muchacho, eh!
Ponle al quitasol... Tendré
Que ir á llevarle la funda. (*Vase.*)

ESCENA VII.

LUCIANO, ROSALÍA, DON FABIÁN, ISIDORO.

LUCIANO.

Descansa, estarás rendida.

ROSALÍA.

Yo no. ¿Tú cómo llegaste?

LUCIANO.

Bien.

ROSALÍA.

¿Por qué te adelantaste?

(*Aparte á Luciano.*)

Me ha traído consumida
Don Fabián.

FABIÁN.

Vuelvo el pañuelo.

(*Dando á Rosalía un pañuelo con un poco de arena.*)

ROSALÍA.

¡Ah, sí! Repara, Isidoro,
¡Qué polvos! Parecen oro.
Los cogí en un arroyuelo.

ISIDORO.

Veamos.

ROSALÍA.

¿Cómo se llama
Eso, ó para qué se aplica?

ISIDORO.

Le dan el nombre de *mica*...

FABIÁN.

Usted confunde á esta dama.

¡Mica! ¿Y de qué nos informa
Usted? ¡Buena explicación!
Señora, esas cosas... son...
Son... cosillas de esa forma.
Yo no me atengo á la letra,
Sino que lo especifico:
No digo mica ni mico,
Sino tal y cual, ecetra.

LUCIANO.

¡Viva nuestro regidor!

ROSALÍA.

Dí nuestro alcalde.

FABIÁN.

Interino,
Y de usted atento y fino
Y seguro servidor.

ROSALÍA.

¿Bebiste ya?...

LUCIANO.

Al punto.

FABIÁN.

Á ver
(Con perdón de la conjunta,
Don Luciano), una pregunta
En materia de beber.

(*Apártanse los dos á un lado. Rosalía se sienta.*)

LUCIANO.

¿Qué hay?

FABIÁN.

Que según casualmente
Ví ayer tarde en la farmacia
De la villa, por desgracia
Dejó usted un ingrediente
Por notar, cuando me dió
La receta cuyo uso
Le prueba tan bien.

LUCIANO.

La puso
Mi mujer, que se encargó
Tiempo há de ser mi enfermera,
Y ese remedio fabrica.

FABIÁN.

Entrando yo en la botica,
Me hallé al mancebo Mosquera,
Que al paje Agapito daba
Una droga, que dijeron
Ser para usted.

LUCIANO.

Pues fingieron
Eso.

FABIÁN.

Mosquera ocultaba
El bote; yo no soy manco,
Y soy alcalde: cogí
El bote, el rótulo ví...

LUCIANO.

Y ¿decía?...

FABIÁN.

Espejo blanco.

LUCIANO.

¡Hombre!

FABIÁN.

Es, creo, un anodino
Para...

LUCIANO.

¡Oh! sí, todo lo cura.
(*Aparte.* ¿Si mi mujer por ventura
Querrá hacer un desatino?)
¿Leyó usted bien?

FABIÁN.

Specul. al.
Speculum album.

LUCIANO.

Marchemos
De aquí, Don Fabián, y hablemos
De ese lance original. (*Vanse los dos.*)

ESCENA VIII.

ROSALÍA, ISIDORO.

ROSALÍA, *aparte.*

Sin mirarme se fué.

(*Pausa de algunos instantes, durante los cuales Rosalía clava tristemente la vista en el Escorial.*)

ISIDORO, *aparte.*

¿Qué he de decirle?
¿Por qué miras allí con tal ahinco?

ROSALÍA.

Isidoro, ¡qué amargas reflexiones
Me inspira ese magnífico edificio!
¡Qué paz debe ofrecer al desgraciado
La sagrada quietud de su recinto!

ISIDORO.

¿No habitamos en él?

ROSALÍA.

No recordaba
Que es palacio además. Ni sé qué digo.
Ver los muros creí del monasterio
Que dedicado á Juana y á Francisco
Allá en Madrid de levantar acaba
La regia cristiandad de mi padrino.
«¿Querrás vivir en él?» me dijo un día:
¡Oh! ¡si entonces el hábito me visto!
Dios por boca del Rey el bien me daba;
Lo deseché: mi vanidad expío.

ISIDORO.

Lanza esas melancólicas ideas.

ROSALÍA.

¿Qué fué lo que de mí Luciano dijo?
¿Cómo disculpa su desdén? Responde.
¿Por qué no paga mi leal cariño?

ISIDORO.

¡Ay Rosalía! Quien de veras ama,
Yerra en darlo á entender, yerra en decirlo,
Que un amor entrañable declarado
La ingratitud engendra y el olvido;
Y tú cuya pasión...

ROSALÍA.

Del blanco lejos
Tu pensamiento da. ¿Pues no me ha visto
Ese esposo cruel, para agradarle,
Caricias alternar con el desvío,
Trocar la seriedad en travesura
Y dejar la razón por el capricho?
¿Qué mas puede exigirse de una esposa?
Ni tanto. De furor pierdo el sentido.
Si acaso una rival...

ISIDORO.

¡Oh! no delires.
¡Luciano serte infiel!

ROSALÍA.

¡Con regocijo
Supiera su traición! Así vería
Que no es su pecho de insensible risco,
Y que puedo esperar.

ISIDORO.

No desconfíes:
A tu afecto y virtudes sometido
Un día ha de quedar.

ROSALÍA.

¿Y cuándo llega?
Seis años hace que por él suspiro.
¡La virtud! ¿Qué le importa al que la llama
Flaqueza de un espíritu mezquino?
¿Qué es el amor para quien no conoce
Su tierno afán, su encantador delirio,
Y en vez de abandonarse al bien que adora
Para vivir en él más que en sí mismo,
Sufre con repugnancia que le quieran
Y guarda con candado su albedrío?
Ahora que mi fe, mis oraciones
Del Señor la salud le han conseguido,
¡Mira tú lo que obtengo de mi esposo
En recompensa del desvelo mío!
Más abandono aún: le es insufrible
La fiel constancia de mi porte digno;
Con su estudiada indiferencia intenta
Mi orgullo exasperar; está ya visto:
Quiere que le aborrezca, y hay instantes...
Muchos... en que ha logrado su designio.

ISIDORO.

¡Rosalía!

ROSALÍA.

Isidoro, impulsos tales
Me dan alguna vez, que me horrorizo.
Ayer... ¡Jesús!—Mas ¡ay! ¿De qué me quejo?
En esta sociedad en que vivimos,
De pegadiza liviandad francesa
Y española esquivez extraño mixto,
Un sentimiento que avasalle el alma

Befa merece y general ludibrio.
No hay en la corte corazón que sepa
Dar á un cariño fiel premio debido;
No le hay que sepa amar.—Le hay, me equivoco.
Hay éste al menos con que yo respiro,
Y otros habrá también: es suerte suya
Que nunca se han de ver dos reunidos.

ISIDORO, *aparte.*

(¡Ah Mariana cruel! ¡si el tuyo fuera
Como el de esta infeliz!...) Sí, bien has dicho.
Jamás se unen, jamás, porque era entonces
Trasladar á la tierra el paraíso.

ROSALÍA.

¡Dichoso tú mil veces, Isidoro,
Que jamás el amor has conocido!

ISIDORO.

¡Qué! ¿te figuras que mi pecho alberga
Un corazón indiferente y frío?

ROSALÍA.

Indiferente no. ¿Cómo ha de serlo
Quien es con mi pesar tan compasivo?
Mas la razón en tí por dicha tuya
Someterá el amor á su dominio.

ISIDORO.

Lo espero así.

ROSALÍA.

¿Lo esperas?

ISIDORO.

Lo deseo.

ROSALÍA.

¿Lo deseas también?

ISIDORO.

Lo necesito.

ROSALÍA.

¿Con que no eres feliz?

ISIDORO.

Es imposible.
Feneció mi esperanza, y es preciso
Renunciar para siempre á la ventura
Y al bien que codicié.

ROSALÍA.

¿Le habrás perdido?
¿Murió tu dama?

ISIDORO.

Vive.

ROSALÍA.

Desahoga
Por un momento tu dolor conmigo.
Dí, ¿quién es la mujer que preferías?
De casa rara vez salir te vimos,
Y al venir con el Rey á la jornada,
Tú sin dificultad nos has seguido.
Poco debiste verla.

ISIDORO.

A todas horas.

ROSALÍA.

¿Cómo?

ISIDORO.

Un techo á los dos nos daba abrigo.

ROSALÍA.

¡A los dos! No prosigas, Isidoro.

ISIDORO.

Era en mí presunción, era delito
Sobrado grande pretender...

ROSALÍA.

¡Ah! Cesa;
Líbrame, al menos, del rubor de oirlo:
Demasiado mis ojos, demasiado
Mi corazón callando me lo dijo.

ISIDORO.

¡Señora!...

ROSALÍA.

Una imprudente confianza
Nos conduce á los dos al precipicio:
Tiempo es de retirarnos todavía
De la garganta horrible del abismo.
Sólo un camino que seguir nos queda,
Y buscarlo te toca y elegirlo.
Necesitaba amar, y sé que amo;
Pero yo quiero amar á mi marido. (*Vase.*)

ESCENA IX.

ISIDORO.

¡Va engañada, y lo tolero,
Y no destruyo su idea!

Pero ¿á quién no lisonjea
Que se le diga: «te quiero?»
¿Á qué corazón de acero
No mueve tanta pasión?
¡Y eché á Luciano un sermón
Poco antes con tanto brío!
Vamos, ó yo desvarío,
Ó empiezo á ser un bribón.
¿Soy el que se prometía
Nunca á Mariana olvidar?
En mí puede escarmentar
El que en propósitos fía.
Ni ver debo á Rosalía,
Ni ya pensar en Mariana.
Pues ¿qué he de hacer? ¿Qué? Mañana
Huir del peligro. Sí:
Mañana salgo de aquí,
Y no paro hasta la Habana.

ACTO SEGUNDO.

Vista de la Galería de los convalecientes, y á la derecha del actor la bajada desde la botica á los jardines del convento. Una fuente hacia la izquierda. Varias banquetas esparcidas por el teatro.

ESCENA I.

LUCIANO, ISIDORO.

LUCIANO.

¿Aún me persigues aquí?
Deja ya esas tonterías.

ISIDORO.

Hace una porción de días
Que andas huyendo de mí.

LUCIANO.

Es claro: si el porfiar
Lo has tomado por costumbre,
Y á mí me da pesadumbre
Cuando tengo que negar.
Por eso de tí me escondo.

ISIDORO.

Pero es hacerme un ultraje...

LUCIANO.

Si vas á tratar de viaje,

Cuenta con el *no* redondo.
Tu partida se frustró.

ISIDORO.

Me es de precisión extrema.

LUCIANO.

Á mí no, y en mi sistema,
Primero yo y siempre yo.

ISIDORO.

Pues el viaje se hará.

LUCIANO.

¡Bravo!
¿Y los medios, caballero?
Usted no tiene dinero,
Y yo no suelto un ochavo.

ISIDORO.

Las razones considera
Que tengo manifestadas.

LUCIANO.

Si son mentiras forjadas
Mal y de mala manera.

ISIDORO.

¡Luciano! ¿con que tendré
Que revelar el misterio?

LUCIANO.

¡Hombre! ¡qué tono tan serio!
Vamos: ¿qué es el caso? ¿qué?

ISIDORO.

¿No has sido tú negociante?

LUCIANO.

Sí: noble y pobre nací;
Contraté, me enriquecí...
Vaya el misterio adelante.

ISIDORO.

Algo la conservación
De tu oro te importaría.

LUCIANO.

Mi bienestar dependía
De él y mi reputación:
No era, pues, de descuidar.

ISIDORO.

¿Fía un mercader prudente
Sus arcas de un dependiente
Que le pudiera robar?

LUCIANO.

No doy con la aplicación
Del ejemplo que has citado:
Yo no sé que de letrado
Te hayas metido á ladrón.

ISIDORO.

¿Y no hay en tu casa joya
Que pueda yo codiciar?

LUCIANO.

Acabara usted de hablar.
Ya comprendo la tramoya.

¡Pobre Isidoro! vacila
Tu juicio, y todo lo yerras.
¿Con que, en suma, te destierras
Porque amas á mi pupila?

ISIDORO.

No, no.

LUCIANO, *desentendiéndose.*

¿Y á qué es la rareza
De tal determinación?
¿Es por desesperación,
Ó bien por delicadeza?

ISIDORO.

Si me oyes...

LUCIANO.

Por la presente,
Puede ponerse una tacha
Á tu amor á esa muchacha
Que goza un caudal decente.

ISIDORO.

Yo no aspiro...

LUCIANO.

Su tutor
Soy, y al fin me alcanzaría
Alguna bachillería
Del vulgo murmurador.
Si falto de clientela
Con la niña hago que cases,
Dirán que es porque me pases
Embrollos en la tutela.

ISIDORO.

¡Dale!

LUCIANO.

Sigue en tu bufete,
Trabaja y prosperarás,
Que no te envejecerás
Tanto en seis años ó siete.

ISIDORO.

Pero dime, ¿cuándo cesas?...

LUCIANO.

Mientras tanto á Marianita
Nos la tendrá guardadita
La madre Ana en las Salesas.

ISIDORO.

Es inútil, es absurda
La separación que trazas.

LUCIANO.

¡Qué! ¿te ha dado calabazas?
¡Diantre! La niña no es zurda.
Pues bien, para que no veas
Á la que tu descontento
Causa, entrará en el convento.

ISIDORO.

Abandona esas ideas,
Por Dios, que me desatina
Tu empeño en favorecerme.
¿Es justo, por no quererme,
Oprimir á tu sobrina?

Ella procedió discreta
En hacer desaire y mofa
De un amante de mi estofa,
Insubstancial y veleta.
Debió hacerle presentir
Su espíritu perspicaz
Que era mi pecho capaz
De olvidar, de delinquir,
De abandonarse al furor
De una pasión reprobada,
De querer á una casada
Mujer de mi bienhechor.

LUCIANO.

¡Á mi esposa!

ISIDORO.

Su presencia
Debo evitar: es preciso.

LUCIANO.

Yo te agradezco el aviso,
Y obraré en su consecuencia.
Pero si parece cuento.
¿Quién se pudo figurar
Que hubiese de tropezar
En ese mal pensamiento
Joven de prendas tan altas,
De tanta sabiduría,
De... vamos, el que me hacía
Avergonzar de mis faltas?

ISIDORO.

Con esa idea importuna
Lidio también sin cesar,
Y me quiero disculpar
Y no hallo disculpa alguna.
¿Cómo hallarla? No la hay, no.
Porque, al fin, Mariana ha sido
Por quien de amor el latido
Primero mi pecho dió.
Y después... ¡ah!

LUCIANO.

No te asombres
De lo que pasó después,
Que lo mismo que en tí ves
Sucede á todos los hombres.
Nos sale una empresa mal;
Se tiene un rato molesto;
Luego... á rey muerto, rey puesto:
No hay cosa más natural.
Tú casi de veinticinco
Á enamorar principiaste;
Por lo mismo que tardaste,
Quieres con mayor ahinco.
Si es forzoso: á cierta edad,
Á no ser uno de leño,
Tener un galante empeño
Es una necesidad.
Á nadie ves, ni te trata
Nadie sino dos personas:
Llega un día, y te aficionas...
Pues... de la más inmediata.

Ella es mujer de entusiasmo,
Y ese que caracteriza
Tu natural, simpatiza
Con el suyo que es un pasmo:
Fuera de ser cosa clara
Que, teniendo que elegir,
Nos hemos de decidir
Por la que nos hace cara.

ISIDORO.

Tu mujer no...

LUCIANO.

Me adelanto
Á la disculpa que alegues,
Pues aunque tú me lo niegues,
Yo sé que te quiere y cuánto.
Y no me perdone Dios
En mi hora, si no es cierto
Que lo había descubierto
Antes que vosotros dos.

ISIDORO.

Todo eso es acrecentar
De mi partida la urgencia.

LUCIANO.

¿Qué gano yo con tu ausencia,
Ni á qué fin te has de alejar?
Poco tiene por su honor
Un marido que temer,
Cuando el que le ha de ofender
De sí propio es delator.

Para que en tí se sofoque
Ese fugaz frenesí,
Bastará que por ahí
Veas otra que te choque.
Y si sois tan infelices,
Que la pasión que brotó
En vosotros, extendió
Ya tan hondas las raíces,
Que á la razón se rebela
Y al tiempo; que toda extremos,
Es de aquéllas que no vemos
Sino escritas en novela;
Entonces, aunque viváis
Tú en Lima y ella en Madrid,
¿Quién os quitará, decid,
Que os améis cuanto queráis?
No más la cuestión entables
De fuga; oye mis consejos:
Objetos hay que de lejos
Parecen más agradables.
Yo sé el respeto á que obligo;
Yo sé que no faltaréis
Jamás á lo que debéis
Á vosotros... y á un amigo.

ISIDORO.

No, jamás: si mi flaqueza
Me infundía desaliento,
Con tu confianza siento
Que renace mi entereza.
Me quedo: no partiré,
Ya que tú no lo aprobaras;

Pero sólo veces raras
Á tu mujer hablaré;
Y en ellas, si algún instante
Nos quedamos sin testigo,
En tu nobleza conmigo
Tu honor tendrá un vigilante.
Cuando me tendiere lazos
La ingratitud seductora,
Sabré buscar, como ahora,
Seguro asilo en tus brazos;
Y aquí la debilidad
Será entre llanto propicio
La ofrenda del sacrificio
Que selle nuestra amistad.

ESCENA II.

MARIANA, una Criada, LUCIANO, ISIDORO.

MARIANA.

Tío.

LUCIANO.

¿Qué hay?

MARIANA.

Para usted vino
Visita, así que salió.

LUCIANO.

¿Quién?

MARIANA.

Don Fabián el alcalde,
Y con él Don Blas Querol.

LUCIANO.

¿El médico? Doy la vuelta
Al punto á mi habitación.

MARIANA.

Se fueron ya.

LUCIANO.

¿Sin dejar
Un recado?

MARIANA.

No, señor.
Se vendrán á los jardines,
Poco antes de la oración,
Aquí, frente á la botica
Del convento.

LUCIANO.

¡Ah! Bien.

MARIANA.

Yo voy
Con Ramona á visitar
Á Doña Inés Calderón;
Pero como no hay allí
Sino viejos, y yo estoy
Á matar con ellos, pido
Á usted autorización
Para abreviar la visita
Y hacérsela de doctor.

LUCIANO.

Bien. Si quieres que Isidoro
Te acompañe... (*Aparte á ella.*) Dí que no.

MARIANA.

No, no. (*Aparte.*) Según le desairo,
Debe estar loco de amor.

ISIDORO.

Gusta poco Marianita
De que esté á su lado yo.

MARIANA.

Es Isidoro sujeto
De rara penetración.

LUCIANO.

Si no me engaño, hace días
Que aquella amistad cesó,
Que tomábais al principio
Con demasiado calor.

MARIANA.

¡No sino que una estuviera
Obligada á pensar hoy
Del modo que ayer!

ISIDORO.

Las damas
Gustan de la variación.

LUCIANO.

Los hombres también.

MARIANA.

Á mí,
Lo confieso, me da horror
Ver siempre lo mismo.

LUCIANO.

Entonces
La idea que me ocurrió
Hace poco, debo al punto
Ponerla en ejecución.

MARIANA.

¿Y es?

LUCIANO.

Aunque Su Majestad
Habitaciones nos dió
En palacio por hacer
A Rosalía favor,
Y estamos cómodamente,
He pensado acá *inter nos*
Que ya te fastidiaría
El Escorial.

MARIANA.

Se engañó
Usted.

LUCIANO.

Por lo cual mañana
Tendrás la satisfacción
De salir para Madrid
Antes que despunte el sol.

MARIANA.

¡Para vivir sola en casa!
Vaya, tío, ¡qué aprensión!

ISIDORO.

Yo me opuse.

MARIANA.

Hizo muy bien
Usted, y gracias le doy.
Me aburro en viéndome sola.

LUCIANO.

Es que estás en un error.

MARIANA.

¿En cuál?

LUCIANO.

No es á casa á donde
Te envío.

MARIANA.

¿Á dónde si no?

LUCIANO.

Á las Salesas.

MARIANA.

No me hace
Falta más educación
Que la que me dió mi tío.

LUCIANO.

Pero el tío decidió
Que á su sobrina conviene
La paz de aquella mansión.

MARIANA.

Replicará la sobrina
Á su tío y su tutor
Que le contrista en el alma

Tan dura resolución;
Pedirá que la revoque;
Y él, que nunca la afligió,
Renunciará á sus ideas,
Ganándose en galardón
Un abrazo de la niña,
Y si uno no basta, dos.

LUCIANO.

Deberá entonces el tío
Revestirse de valor
Para poder resistir
Á tan fuerte seducción,
Porque le es forzoso hacer
Lo que primero pensó.

MARIANA.

Pero cuando ella la mano
Le bese con sumision, (*Bésasela.*)
Cuando algún tierno sollozo
Ponga por intercesor,
Él, compadecido entonces,
Se rendirá á discreción.

LUCIANO.

Él la enjugará piadoso
Las lágrimas que vertió;
Procurará con cariños
Disiparla el mal humor;
Y con la risa en los labios,
Con la sincera efusión
Del hombre que ha obrado bien,

Dirá: «Me cuesta un dolor
Inexplicable, hija mía,
Negarme á tu petición;
Pero ésta es la vez primera
Desde que se me encargó
La tutela, que me opongo
A tu voluntad: por Dios,
Cede siquiera una vez,
Una, á quien tantas cedió.»
¿Qué haría la niña oyendo
La postrera observación?

MARIANA, *abatida*.

Probablemente callar
Y obedecer, como yo.

ISIDORO, *aparte*.

Este empeño de alejarla
Me llena de admiración.

MARIANA.

¿Quiere usted venir conmigo,
Isidoro, á donde voy?

ISIDORO.

Por mí, Marianita...

LUCIANO, *aparte á Isidoro*.

(Espérate.)
Recuerdo una ocupación
Ahora, y le necesito.

MARIANA.

No es día de gracias hoy
Para mí.

LUCIANO.

Adiós.

MARIANA, *aparte á Isidoro.*

(Isidoro,
Tenemos que hablar.) Adiós.
(*Vase con la criada.*)

ESCENA III.

LUCIANO, ISIDORO.

ISIDORO.

¿Con que hospedas en tu casa
Á un amigo seductor,
Y echas fuera á tu pupila?
¡No es mala contradicción!

LUCIANO.

Mariana entre palaciegos,
Frailes y guardias de Corps,
Iba por días aquí
Tomando el resabio atroz
De recibir los obsequios
De todos sin distinción;
Y la maña de traer
Siempre un ciento alrededor,
Si se arraiga, no se quita
Con la nupcial bendición.
En la quietud del colegio
Se irá ese primer hervor
De la edad amortiguando;
Y si hace comparación

Á sus solas de los hombres
Que en la corte conoció,
Quizás en su aprecio salgas
Declarado vencedor.
Entonces ya te habrán hecho
Perder toda la ilusión
Las manías de mi esposa
Y tu propio pundonor;
Entonces irá Mariana
Ganando tu estimación
Cada vez que en el convento
Charléis un rato los dos,
Y al fin parará en noviaje
Formal el que se frustró.

ISIDORO.

Pero tú...

LUCIANO.

Quéjate ahora
De lo que hago en tu favor.

ISIDORO.

¿Te figuras?

LUCIANO.

Es inútil
Dar vueltas á la cuestión.
Salga verdadero ó falso
Mi pronóstico anterior;
Lleguéis á quereros bien,
Ó á cobraros aversión
Tú y Marianita... Isidoro,
Te digo en buen español

Que me conviene apartaros
Ahora, y... antes soy yo. (*Vase.*)

ESCENA IV.

ROSALÍA, AGAPITO, ISIDORO.

(*Durante esta escena y la siguiente cruzan algunas personas por el jardín.*)

ROSALÍA, *bajando la escalera.*

Tanto misterio me pasma.
¿Sólo eso saber quería
Don Fabián?

AGAPITO.

Pues, que sí había
Visto yo el duende ó fantasma.

ISIDORO, *aparte.*

Rosalía con su paje.
Nada la debo ocultar.

AGAPITO.

Un modo tiene de hablar
Don Fabián, que da coraje.
Y está de Dios que el maldito
Se halle en todo cuanto pasa.
Con las manos en la masa
Nos vió en la botica...

ROSALÍA.

Chito,
Y aguarda cerca. (*Vase Agapito.*)
(*Á Isidoro.*) Según

Ví desde la galería,
Hablabas...

ISIDORO.

Sí, Rosalía,
Con nuestro amigo común.

ROSALÍA.

¿Le has hecho ya convenir
En tu partida?

ISIDORO.

No cede:
Tanto insiste en que me quede,
Que ya no pienso partir.

ROSALÍA.

¿Ya no partes? ¡Ay! me expones
Con loca temeridad.
Isidoro, por piedad
Te pido que me abandones.
Si hemos de vivir luchando
Siempre en continua zozobra,
Pon ese viaje por obra:
Yo lo exijo, yo lo mando;
Que si ausentes apagar
Nuestro amor no conseguimos,
El esfuerzo último hicimos
Para poderlo alcanzar.

ISIDORO.

Quedarse aquí y resistir
Hazaña más grande fuera.

ROSALÍA.

Amando, la verdadera,
La única hazaña, es huir.
Quien busca con fe ilusoria
La ocasión para triunfar,
Ese antes de pelear
Ha perdido la victoria.
No me inspires valentía
Que me haga más desgraciada:
Quiero ser mujer honrada,
Ya que lo soy todavía.
Recuerda que me engañé
Creyendo que fiel esposa,
Sólo por estar celosa,
De Luciano me quejé.
Aquel lenguaje feroz
No era de amor ultrajado:
Para engañar disfrazado,
Fingía el crimen la voz.
El tiempo rinde los bronces;
Y cuando de mí sin nuevas
Me olvides, lo que no apruebas
Hoy, lo aplaudirás entonces.
Vete, olvida, y ¡ojalá
Su auxilio el Señor te preste,
Y el olvidar no te cueste
Lo que á mí me costará!

ISIDORO.

Pero aquí ¿no olvidaremos
También, si nos empeñamos?

ROSALÍA.

¿Y si conocen que amamos,
Y no el valor que tenemos?
¿Y si á Luciano el rumor
Llega, y engañado entiende
Que su consorte le vende,
Que su amigo le es traidor?

ISIDORO.

Luciano de la malicia
Desprecia el lenguaje impuro,
Y ya estoy yo bien seguro
De que nos hace justicia.

ROSALÍA.

Quizá con ruín complacencia
Mi descrédito verá,
Pues así disculpará
Conmigo su indiferencia.

ISIDORO.

Le haces una ofensa grave
Sospechando de ese modo.
Luciano lo sabe todo.

ROSALÍA.

¡Dios mío! ¿Cómo lo sabe?
¿De quién?

ISIDORO.

Yo lo revelé
Por vencer su resistencia
Á mi fuga.

ROSALÍA.

¡Qué imprudencia!
Me perdiste.

ISIDORO.

Te salvé.
No era para él un arcano
Nuestra inclinación naciente.

ROSALÍA.

¡Y calla y no te consiente
Huir á país lejano!
Á nadie debo acusar
Yo que tan débil me muestro;
Pero ese porte siniestro
Da mucho que recelar;
Y en los golpes desiguales
Con que mi pecho se explica,
Desgracias me pronostica,
Bien que yo no entienda cuáles.
Ya no puedo sin sonrojo
La vista á mi esposo alzar;
Y así, ó me has de abandonar,
Ó á un monasterio me acojo.

ISIDORO.

¿Cómo sufro que reciba
La honra tuya ese baldón?
No resiste mi tesón
Á tan dura alternativa.
Podrá Luciano, podrá
Culparme de veleidoso;

Mas su pecho es generoso,
Y al cabo me excusará.
Yo de tu casa ahuyenté
La quietud con mi llegada:
Con mi pronta retirada
Á dárosla volveré.

ROSALÍA.

Pronta debe ser; no aguardes
Á mañana: por instinto
Preveo un riesgo indistinto,
Pero terrible, en que tardes.
Verás en tu gabinete
Un bolsillo que he bordado:
En él hay oro sobrado
Para el viaje. Por Dios, vete.

ISIDORO.

Partiré al instante.

ROSALÍA.

Ahora.
Sepárenos mar y tierra.
Mientras te veo, me aterra
Angustia devoradora.

ISIDORO.

¿Podré esa mano estrechar
Que otro tiempo más risueño
Fué de amiga?

ROSALÍA.

Tiene dueño,
Y no te la debo dar.

El alma se fuera en pos
De tí: la estoy deteniendo
Por estarnos aquí viendo,
No sólo los hombres, Dios.
Vete ya.

ISIDORO.

¿Cómo obedezco,
Si ese llanto reprimido?...

ROSALÍA.

Atiende á que te despido;
No mires lo que padezco.

ISIDORO.

¡Ah!

ROSALÍA.

Ni esto es padecer; lucho
Por no llorar: lo notaran...
Y al fin... dos que se separan,
No se habrán querido mucho.

ISIDORO.

Adios: con más apacible
Estrella te veré un día.

ROSALÍA.

Pronto, imprudencia sería;
Más tarde será imposible.
Adios. (*Vase Isidoro.*) Por fin ha partido,
Por fin ya puedo llorar.
Basta de disimular, (*Rompe en sollozos.*)
Basta.—¡Jesús! ¡mi marido!

ESCENA V.

LUCIANO, ROSALÍA.

LUCIANO.

Todavía no han llegado
Querol ni Don Fabián.—¡Hola!
¿Tú aquí? Pues ¿cómo tan sola?

ROSALÍA.

Así estoy bien.

LUCIANO.

¿Has llorado?

ROSALÍA.

Sí.

LUCIANO.

¿Gustarás de decirme
La razón?

ROSALÍA.

Sí.

LUCIANO.

Represéntate
Mi sorpresa de que...

ROSALÍA.

Siéntate.

LUCIANO.

Y cuánto debe afligirme
Verte... (*Se sientan.*)

ROSALÍA.

Cuando de mi mano
Te hizo dueño nuestra unión,
Yo, por tu reputación,
Adoraba en tí, Luciano.

LUCIANO.

Poníamos á la par
Nuestro estudio en complacernos.
Y al cabo de seis inviernos,
¿Cómo estamos de adorar?

ROSALÍA.

Sabes que te conocía
Muy poco al tiempo de hacerse
Nuestra boda.

LUCIANO.

Á conocerse
Mejor, ¿quién se casaría?

ROSALÍA.

Pronto observé con dolor
Que no tenía en mi esposo
Un amigo cariñoso,
Sino un especulador,
Que después que le condujo
La fortuna ó su destreza
Al lujo de la grandeza,
Si se casó, fué por lujo.

LUCIANO.

Fuese una especulación
Ó no mi objeto al casarme,
Ninguno podrá negarme
Que hice muy buena elección.

ROSALÍA.

¿Cómo luego paso á paso
Cesaste de ser galán?
¿Es un sistema, es un plan
También el no hacerme caso?

LUCIANO.

¡Un plan! ¿Y con cuál intento?...

ROSALÍA.

Tal vez quisiste irritar
Mi venganza, y provocar
Por último un rompimiento.

LUCIANO.

Ya ves que te oigo tranquilo;
Con que háblame francamente.
¿Te parece conveniente
Que nos separemos? Dilo.

ROSALÍA.

¡Ah!

LUCIANO.

Si no hay quien se convenza
Más pronto que yo.—Batallas
Entre tí...

ROSALÍA.

¡Luciano!

LUCIANO.

¿Callas?
Accedes.

ROSALÍA.

No. ¡Qué vergüenza!

LUCIANO.

¿Cómo?

ROSALÍA.

No quiero exponerte
Á hablillas del vulgo rudo,
Ni debe romper el nudo
Sagrado, sino la muerte.
¡Separarnos! ¿Qué concepto
El Rey de mí formaría,
Si viera tal rebeldía
Contra su gusto y precepto?
Dios y el Rey en su lugar
Nos han unido: suframos
Nuestra cadena, y veamos
Si se puede aligerar.
Yo tu abandono lamento;
Tú puedes también quejarte:
Pues cada cual, por su parte,
Que olvide el resentimiento.
Juntos hemos de vivir;
Da pena el aborrecer;
La amistad es un placer:
Ella nos puede servir
De áncora fiel y segura
Que evite un naufragio cierto,

Y que nos ponga en el puerto
De la paz y la ventura.
La ejecución de esta idea
Necesita soledad:
No más corte ni ciudad;
Marchémonos á una aldea;
Y allí, en la quietud del campo,
Entre sencillos placeres,
Mientras yo de mis deberes
La ley en mi pecho estampo,
Mi esposo lo que no supo
Ver antes advertirá,
Y á estimar aprenderá
La consorte que le cupo.
Yo al menos para querer,
Si veo mi amor pagado,
Mucho tengo adelantado,
Y poco esfuerzo que hacer.

LUCIANO.

Yo con una condición
Áprobaré que emigremos
Á un pueblo y resucitemos
Á Baucis y Filemón.
La mudanza climatérica
Que me propones, requiere
Un testigo, y si viniere
Isidoro...

ROSALÍA.

No, va á América.

LUCIANO.

No tal, si me ha prometido....

ROSALÍA.

Yo después le he aconsejado
Bien, y le he facilitado
El viaje, y ya habrá partido.

LUCIANO, *vivamente agitado.*

¡Partido ya!

ROSALÍA.

Sí.

LUCIANO, *después de una pausa.*

¡Es tan serio
El campo!...

ROSALÍA.

Y bien...

LUCIANO.

¡Tan groseras
Las gentes!—¿No te pudieras
Retirar á un monasterio?

ROSALÍA.

¡Luciano!

LUCIANO.

Mariana va
Á las Salesas mañana:
Yo creo que con Mariana
Estarías bien allá.

ROSALÍA.

¿Eres tú quien me propuso?...

LUCIANO.

Un retiro necesario.

ROSALÍA.

Me agradara voluntario;
Forzoso, no: lo rehuso.

LUCIANO.

Será inútil.

ROSALÍA.

Pues ¡qué!...

LUCIANO.

Irás.

ROSALÍA.

No, nunca.

LUCIANO.

¿No?

ROSALÍA.

Aunque perezca.

LUCIANO.

Sé hacer que se me obedezca,
Y así... me complacerás.

ROSALÍA.

¿Tú separarme pretendes
De tí de ese modo infame?
Tú no quieres que te ame;
Tú amas á otra y me vendes.

LUCIANO.

Esa es una inculpación

Bien difícil de probar:
Más te puedo yo asustar
Con igual acusación.

ROSALÍA.

¡Oh!

LUCIANO.

Pero es un miserable
Quien usa de armas vedadas:
Quiero, sí, que te persuadas
De que es mi orden inmutable.
¿Cómo he de desconocer
Que el amor propio se irrita?
Pero esto conviene.
(*Acércase á tomarla una mano.*)

ROSALÍA.

Quita.
No creas que he de ceder.
Incansable acechadora
Tus pasos he de seguir
Desde hoy, hasta descubrir
Mi oculta competidora.

LUCIANO.

Eso muda ya de aspecto.
La energía de ese tono
Da á entender...

ROSALÍA.

Que no abandono
Mi plan.

LUCIANO.

Ni yo mi proyecto.

Siento la desavenencia
Que nos viene á perturbar,
Porque ahora iba á implorar
De tí una condescendencia.

ROSALÍA.

¿Cuál?

LUCIANO.

Días há que no tomo
Mi bebida acostumbrada
Que tú me tienes guardada.
¿Quisieras traer el pomo?

ROSALÍA.

Para irritar mi altivez
Me encargas ese mandado.
Muy bien: haré de criado
Tuyo, por última vez. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DON FABIÁN, DON BLAS, LUCIANO.

(*Poco á poco va llenándose el jardín de caballeros, damas y guardias de Corps: unos se sientan y otros pasean.*)

BLAS.

Buenas tardes.

LUCIANO.

Bien venido,
Doctor.

FABIÁN, *á Rosalía, que va ya lejos.*

Á los pies de usted,

Señora.—Enojada va,
Según al llegar noté.

LUCIANO.

No ha sido nada. Sentémonos.

FABIÁN.

Sí, que estoy cansado.

(*Siéntanse los tres junto á la fuente, y Don Blas pulsa á Luciano.*)

BLAS.

Á ver
El pulso.

FABIÁN.

Aunque mil negocios
Acometen de tropel
Hoy á mi interenidad,
Yo le reconciliaré
Á usted con madama, en caso...

LUCIANO.

Fuera una ridiculez.
No hay necesidad.

FABIÁN.

Mejor.
Cuando dos se quieren bien,
¿Qué valen tres, cuatro ó quince
Quimeras en medio mes?

BLAS.

La otra mano.

LUCIANO.

Usted estuvo
En mi casa.

FABIÁN.

Y no le hallé.

LUCIANO.

Me lo han dicho, y he sentido
No haberme...

BLAS.

Va para seis
Días que usted no adelanta.

LUCIANO.

Será porque no tomé
La medicina.

BLAS.

Pues hace
Usted mal: es menester
Seguir.

FABIÁN.

Como iba diciendo,
Estuve allá...

LUCIANO.

¿Para qué
Era?

FABIÁN.

Su Majestad quiere
Que averigüe...

BLAS.

Hay pesadez
Aquí, plenitud.

FABIÁN.

Que informe
Sobre lo que puede ser
Esa maldita fantasma,
Que una noche, la del diez,
Alborotó el Sitio todo,
Y puso en arma el cuartel.
Usted se quedó esa noche
En casa de Don Andrés,
Y por si acaso notó
Algo...

ESCENA VII.

MARIANA, dichos.

MARIANA.

Tío, ¿qué papel
Es éste que desde un coche,
Que sale á todo correr,
Isidoro me ha arrojado
Sin detenerse?

LUCIANO, *aparte levántandose.*

(Se fué
Ya.)—Sepamos lo que dice.
(*Lee.*) «Adiós para siempre.»

FABIÁN.

Amén.

LUCIANO.

Esto es decir que se marcha...

FABIÁN.

Y que no piensa volver.

MARIANA.

Pero, tío, ¿qué ha pasado?
(*Llevándose á un lado á Luciano y hablándole aparte.*)
¿Á qué se ausenta? ¿Por quién?
¿Cómo así se desvanece
La esperanza que formé?
Si me ha tomado aversión
Por mi fingido desdén,
Usted, que tiene la culpa,
Debe el yerro deshacer.
Disponga usted que le sigan,
O yo gente buscaré
Que le detenga y le traiga.

LUCIANO.

Sí, no hay tiempo que perder.
Envía á Luis.

MARIANA.

Voy. (*Aparte.*) No quiero
Decir que ya le envié. (*Sube la escalera.*)

FABIÁN, *aparte á Don Blas.*

Bromas hay en esta casa.

BLAS, *aparte á Don Fabián.*

Malos síntomas se ven.

LUCIANO, *aparte.*

Aunque le alcancen, yo creo
Que no se querrá volver.

ESCENA VIII.

ROSALÍA, AGAPITO, dichos.

ROSALÍA.

Mariana, escucha.
(*Encontrándose con Mariana en lo alto de la galería.*)

MARIANA.

No puedo
Escuchar hasta después. (*Vase.*)

FABIÁN.

Pues como iba diciendo, esa
Fantasma de Lucifer
Me tiene fuera de juicio,
¿Estamos? Ya consulté
Al Padre Pavón, al Padre
Cañaveral...

(*Agapito, á una seña de su ama, pone encima del brocal de la fuente un estuche ó cajita, y se retira luego á corta distancia. Rosalía saca de la caja un frasco pequeño con agua, una copa y un pomito que entrega á Luciano.*)

ROSALÍA.

Tome usted.

LUCIANO.

Gracias. (*Aparte á ella.*) ¿Te has determinado
Á ir?

ROSALÍA, *aparte á Luciano.*

No señor, no iré.

LUCIANO.

Don Blas, tomo la bebida.

BLAS.

Salud.

FABIÁN, *aparte á Don Blas.*

Es de suponer
Que usted receta eso.

BLAS.

Mucho.

FABIÁN.

Sobre esa agua pregunté
Una cosa á Don Luciano,
Y no quiso responder.
Será algún secreto, pero
Ya sé yo lo que entra en él.
¿Á que tiene *espejo blanco*?

BLAS.

Hombre, no: ¿qué ha de tener?
Si ese es uno de los nombres
Del arsénico.

FABIÁN.

¿Sí?

LUCIANO, *á Rosalía, volviéndola el pomo.*

Ten.

ROSALÍA.

No.

LUCIANO, *aparte á ella.*

Repórtate, no demos
Que hablar.

ROSALÍA, *aparte.*

Me consumiré.
(*Toma el pomo y lo coloca en el brocal de la fuente.*)

LUCIANO.

Prosiga usted, Don Fabián.
Siéntate. (*Á Rosalía.*)

ROSALÍA, *aparte.*

¿Eso más? (*Se sienta.*)

FABIÁN.

Pardiez,
Si he de hablar, diga primero
Usted si me ha de atender.

LUCIANO.

¡Oh! Sí.

FABIÁN.

¿Vió usted la fantasma?

LUCIANO.

No, señor, no desperté
Aquella noche, á pesar
Del ruidoso somatén
Que hubo.

FABIÁN.

Por más que huroneo,
Nada, no puedo coger
El hilo de esta aventura;
Y era ganar un laurel,
Pues Su Majestad me ha dicho
Que tiene sumo interés
En saber la procedencia
Del duende que armó el belén.
El mismo Rey, como estuvo
La Reina tan mala ayer,
Y en tal caso el primerito
Que la vela siempre es él,
Toda la noche de Dios
Al balcón tuvo un hujier,
Que le avisara si el trasgo
Aparecía otra vez.
Mas no.

LUCIANO.

Dame el abanico
Si gustas, me aventaré,
Que me ahogo de calor.

ROSALÍA, *aparte.*

¡Cómo se burla el cruel!

FABIÁN.

Dígame usted su dictamen.

LUCIANO.

Si es la aparición un sér
Sobrenatural, entonces...

FABIÁN.

Yo el flaco le buscaré.
Hisopazo y tente, perro,
Hasta que diga quién es
Y qué pide y cómo y cuándo.

LUCIANO.

También puede suceder
Que sea un tuno que quiera
Jugar con la timidez
Supersticiosa del pueblo.
¡Ay!

ROSALÍA.

¿Qué tienes?

LUCIANO.

Yo no sé.

FABIÁN.

Si es un pícaro, y le cojo,
Y no tiene un cuarto, ¡ay de él!

BLAS.

¿Y si es un loco?

FABIÁN.

La pena
Le hará en su juicio volver.

LUCIANO.

¿Y si fuere... algun somnámbulo?

FABIÁN.

No es cosa de ese juez.

Los que andan y hablan dormidos,
¿Cómo se han de entretener
En disfrazarse de espectro?

LUCIANO.

El señor dirá...
(*Manifiesta gran desasosiego y fatiga.*)

BLAS.

Diré
Que hay quien tenga esa manía
De hacer soñando tal vez
Algo de lo que trató
De día. Murió en Uclés
Há tiempo un amigo mío
Íntimo, á quien yo curé;
Y al tal, si no sè le ataba,
Le solía acontecer...

ROSALÍA.

Tú te indispones, Luciano.

LUCIANO.

Sí, mucho.

BLAS.

El pulso.—Esta piel
Abrasa.

FABIÁN.

¡Hombre!

BLAS.

Usted padece...

LUCIANO.

Horrible dolor... y sed
Devoradora.

ROSALÍA.

¡Dios mío!

LUCIANO.

Las entrañas siento arder.

FABIÁN.

¿Si será que la bebida?...

ROSALÍA.

No, si yo la preparé.

BLAS.

¿Usted? Á ver ese pomo.
(*Echa en la copa algo del líquido que contiene el pomito.*)
Voy á la botica.
(*Sube apresuradamente la escalera.*)

ROSALÍA.

Ven
Á casa, ven.

FABIÁN, *aparte.*

¡Qué sospecha!

LUCIANO.

Por Dios, no me abandonéis.

ESCENA IX.

MARIANA, ISIDORO, dichos.

(*Varios caballeros y damas que han observado la indisposición de Luciano, se acercan á él con interés.*)

MARIANA.

Aquí está, aquí estamos.

LUCIANO.

¡Ah!
No veo.

ISIDORO.

¡Qué palidez!

MARIANA.

¡Querido tío!

LUCIANO.

¡Mariana!
¿Eres tú?

ROSALÍA.

¡Esposo!

BLAS.

Corred.
(*Desde la galería á dos religiosos que bajan corriendo la escalera, uno con un vaso y otro con una redoma.*)
Beba el antídoto al punto.
Ese hombre va á perecer.
Le han dado veneno.

ROSALÍA.

¡Cielos!

TODOS.

¡Veneno!

FABIÁN.

¡Favor al Rey!
Guardias, prended á ese paje.

ROSALÍA.

No, no.

FABIÁN.

Es culpable, lo sé.
De la farmacia del pueblo
Ese doméstico infiel,
Engañándome, ha sacado
Un tósigo.

ISIDORO.

¡Infame!

AGAPITO.

Fué
Por orden de mi señora.

TODOS.

¡Por orden de su mujer!

ISIDORO.

¡Rosalía!

ROSALÍA.

¡Estoy perdida!

MARIANA.

¡Tía!

ROSALÍA.

Yo se lo mandé.
Quise... no puedo... (*Se desmaya.*)

TODOS.

¡Qué horror!

ISIDORO.

Yo no acabo de creer...

FABIÁN.

En tanto que al Rey aviso,
Que presa en palacio esté.

ACTO TERCERO.

Galería alta de la Iglesia por el costado del Palacio, vista de ángulo: descúbrese por los vanos parte de la bóveda de la capilla mayor, una pechina y el arranque del cimborio.

ESCENA I.

MARIANA, DON FABIÁN.

FABIÁN, *al salir, dirigiéndose hacia dentro.*

Vaya usted con el hujier;
No se detenga un momento,
Y vuelva después aquí,
Porque es necesario vernos.
Yo le haré á usted compañía (*Á Mariana.*)
Mientras tanto.

MARIANA.

¿Qué hay de nuevo,
Don Fabián? Me habla usted hoy
Con un aire tan risueño,
Que á no ser descortesía
Y pecado el juramento,
Jurara que usted va á darme
Buenas noticias.

FABIÁN.

Es cierto.
Mi interinidad es época
De...

MARIANA.

¿De?

FABIÁN.

De grandes sucesos.

MARIANA.

Sí, pero tristes.

FABIÁN.

Y alegres
También.

MARIANA.

Dígame usted esos.

FABIÁN.

En primer lugar, su tío
De usted, mi señor y dueño...

MARIANA.

Sí.

FABIÁN.

Si quiere contentarse...

MARIANA.

¿Qué?

FABIÁN.

Puede dar un contento...

MARIANA.

¿Á quién? ¿Sobre qué? ¿Por qué?
Diga usted.

FABIÁN, *aparte.*

(Por poco entrego
La carta.) ¿Por qué será?
Cosa es que la viera un ciego.
Porque se pudo morir
Del tósigo, y no se ha muerto.

MARIANA.

¿Y á qué fin Su Majestad
Llama hoy al tío? ¿Qué objeto
Le parece á usted que tiene
Semejante llamamiento?

FABIÁN.

El Rey desde la tribuna
Donde há poco estaba oyendo
Misa, reparó en ustedes...

MARIANA.

Ya lo ví.

FABIÁN.

Tiene un proyecto:
Me le ha confiado...

MARIANA.

¿Y cuál,
Cuál es?

FABIÁN.

Hija, es un secreto,

Y no un secreto interino,
Sino vitalicio, eterno.

MARIANA.

Pero ¿y mi tía? ¿y mi pobre
Tía? ¿Cuándo la veremos?
¿Cómo está?

FABIÁN.

Sin novedad.
Afligida...

MARIANA.

Ya lo creo.
¿Es cosa de diversión
Lo que la está sucediendo?
¡Acusada injustamente
De ese delito tan feo!

FABIÁN.

¿Injustamente? Eso es mucho
Decir.

MARIANA.

Pues yo lo sostengo,
Y lo he declarado así
Una vez, y lo haré ciento.
Y usted, que la puso presa
Con tal escándalo; el médico
Don Blas, que sólo debió
Callar y aplicar remedios,
Y el juez, que aún no ha sabido
Hallar la verdad del hecho,

Son ustedes, todos tres,
Unos...

FABIÁN.

¿Qué?

MARIANA.

Unos majaderos.

FABIÁN.

Eso fué lo que de mí
Sus Majestades dijeron.
Ni era posible otra cosa:
Como tienen tal extremo
Por su ahijadita, no había
Forma de que diesen crédito
Á los indicios; después
Ya se han ido convenciendo.

MARIANA.

No hay tal; antes cada día
Quieren con mayor empeño
Salvarla: por eso fué
Nombrar comisario regio
Para esta causa, y se altera
En ella el procedimiento
Ordinario: al fin, mi tía
No padece en un encierro;
Está en su cuarto, y aún viene
Aquí, donde le han dispuesto
Una tribuna, á oir misa.
Todos estos privilegios
Prueban que Sus Majestades

Tienen el presentimiento
De que es inocente.

FABIÁN.

Ó quieren
Que lo parezca á lo menos.

MARIANA.

Pero ¿puede usted creer
Que ella haya dado veneno
Á su marido?

FABIÁN.

Yo no;
Mas ¡qué diantre! el argumento
Del juez es tal que, hija mía,
No hay con qué desvanecerlo.
Su tía de usted confiesa
Que por su mandato expreso
Se compró el tósigo. Aquí
De Dios. Señora, ¿qué objeto
Llevaba usted al hacerse
Con esa droga?—Silencio
Á esta pregunta.—¿Es usted
La que desde que anda enfermo
Su marido, le prepara
Las bebidas?—Yo.—¿Y hay medio
De que alguna otra persona
Pueda intervenir en ello?
—Yo guardo las medicinas
En un botiquín, y llevo
Siempre conmigo la llave.

—Venga la llave.—Se ha abierto
El botiquín, se ha encontrado
En él la droga que dieron
En la botica: faltaba
Un poquito para el peso,
Y ese poco es justamente
Lo que se ha encontrado dentro
Del pomo de que bebió
Don Luciano: ellos tuvieron
Aquella tarde palabras;
Ella hacía mucho tiempo
Que no se llevaba bien
Con su esposo...—Santo y bueno
Será que uno no calumnie
Al prójimo; mas confieso
Que con tales datos, yo
Sospechara del lucero
Del alba.

MARIANA.

¿Será posible?
Pero no, no; algún misterio,
Algún misterio horroroso
Hay aquí, y no le comprendo.
¿Ha confesado mi tía
Que cupo en ella el intento
De envenenar á su esposo?

FABIÁN.

¡Qué candidez! Por supuesto
Que no; pero eso ¿qué prueba?
Que quiere salvar su cuello.

MARIANA.

¿No espera usted que la den
Por libre?

FABIÁN.

¿Libre? Sospecho
Que nadie le ha de quitar
Un calabozo perpetuo.
Y aun así, cuando se sepa,
Se ha de alborotar el pueblo,
Según está furibundo
Contra ese atentado horrendo.

MARIANA.

¡Ay Jesús!

FABIÁN.

Pero yo estoy
Aquí para contenerlo.
¡Pese al diantre! Si se armara
Una bolina por eso
Cuando llevase la tropa
De aquí á su confinamiento
Á Rosalía, y hubiera
Pedradas y tiroteo,
Y pudiéramos coger
Unos cuantos prisioneros
Que sacar luego á caballo
Á recibir los doscientos
De costumbre, entonces sí
Que quedaba en San Lorenzo
Una memoria indeleble
De mi interino gobierno.

MARIANA.

¿Y no es mejor dejar fama
De virtudes sin estruendo?
¿Fama de ser complaciente
Con las damas, por ejemplo?

FABIÁN.

Como eso se sabe poco...

MARIANA.

Si no hay más que ese tropiezo,
Permítame usted hoy ver
Á mi tía, y yo le ofrezco
Declarar á todo el mundo...

FABIÁN.

¡Que he faltado al cumplimiento
De mi deber! Usted quiere
Hacerme perder mi empleo
Quince días antes.

MARIANA.

Vamos:
¿Y si callo?

FABIÁN.

Ya veremos.

ESCENA II.

LUCIANO, un Hujier, dichos.

LUCIANO.

Marianita, estimaría
Que me hicieras el obsequio

De dejarme hablar á solas
Con Don Fabián...

MARIANA.

Obedezco.

LUCIANO.

Te acompañará el señor (*Por el hujier.*)
Hasta tu cuarto.

MARIANA.

Voy.
(*Aparte á Don Fabián.*) Cuento
Con usted, y vuelvo al punto.

FABIÁN.

Veré, digo; más, no puedo.
(*Vanse Mariana y el hujier.*)

ESCENA III.

LUCIANO, DON FABIÁN.

FABIÁN.

¿Vió usted á Sus Majestades?

LUCIANO.

Sí, amigo.

FABIÁN.

¿Y le convencieron?

LUCIANO.

Á la primera palabra:
Fuera de que yo respeto
Mucho el querer de mi Rey,

Soy á la piedad propenso,
Y bien á disgusto mío
Contra mi mujer pleiteo.
Si no fuera porque el lance
Del semi-envenenamiento
Fué en público, y la justicia
No pudo desatenderlo,
Yo no me hubiera mostrado
Parte.

FABIÁN.

Me admiro y me alegro
De esa generosidad.

LUCIANO.

Amigo, todos tenemos
Necesidad de indulgencia
Y de perdón, yo el primero.
El Rey quiere que lo olvide
Todo: ya procuro hacerlo,
Que este lance para mí
Nada tiene de halagüeño.

FABIÁN.

La acusada niega; el juez
Dice que, á no usar de apremios,
No adelantará la causa
Un paso más; el Rey, tierno
De corazón, no ha querido
Permitir que den tormento
Á esa desgraciada joven,
Á quien mira con afecto
De padre; por otro lado,

El atropellar los fueros
De la justicia, era indigno
De un Rey concienzudo y recto.
En tal conflicto ¿qué se hace?
Lo que la Reina ha propuesto.
Que se escape la acusada,
Y se la sentencie luego.

LUCIANO.

Sus Majestades querían
Que se entrara en un convento;
Mas yo les he persuadido
Que abandonen el proyecto,
Pues con esa condición
No huye mi mujer.

FABIÁN.

¡Es genio
Indómito!

LUCIANO.

Hagámonos cargo.
Sin la confesión del reo,
No se le puede imponer
La pena de muerte: vemos
Que ella niega; la sentencian
Á reclusión: monasterio
Y cárcel allá se van.
Ó no nos determinemos
Á perdonarla, ó si no
Que sea el favor completo.
Váyase fuera de España;
Proporcionémosle medios

De vivir sin estrechez;
Y, si le es posible serlo,
Que sea feliz.

FABIÁN.

Pero, hombre,
Dejándola libre y lejos,
¿La conducta de una esposa
No le importa á usted un bledo?

LUCIANO.

El lazo que nos unía
Pronto quedará disuelto.
Su Majestad me promete
Interceder al efecto
Con el Pontífice.

FABIÁN.

Así
Ya de nada me sorprendo.

LUCIANO.

Mal pudiera yo olvidar
Que he nacido caballero.

FABIÁN.

¿Y cuándo ha de ser la fuga
De Rosalía?

LUCIANO.

Probemos
Antes...

FABIÁN.

¿Á qué?

LUCIANO.

Á decidirla.

FABIÁN.

¡Voto al cimborio! ¿Tendremos
Que pedirle por favor
Que se libre del aprieto?

LUCIANO.

Como afirma que no está
Culpada...

FABIÁN.

Algún desacierto
Voy á hacer yo, si al hablarla
Me sale con embelecos.

LUCIANO.

Por eso no debe ser
Usted quien le hable.

FABIÁN.

Convengo;
Pero para tal encargo,
¿De qué hombre nos fiaremos?

LUCIANO.

De Isidoro: es un amigo,
Es persona de talento,
Y creo que á Rosalía
Persuada sin gran esfuerzo.

FABIÁN.

Cuando venga á misa, haré
Que se hablen en este puesto;

Y si accediese, á la noche
Tomará el pájaro vuelo.

LUCIANO.

Corriente.

FABIÁN.

Oiga usted ahora
Una ocurrencia.

LUCIANO.

Ya atiendo.

FABIÁN.

No puede usted figurarse
Qué pesadumbre que tengo
Por no poder descubrir
Si es espíritu, si es cuerpo
La fantasma aquélla.

LUCIANO.

Y bien...

FABIÁN.

Para atravesar el reino,
Es claro que Rosalía
Necesita un compañero.

LUCIANO.

Un auxiliar bien pagado.

FABIÁN.

Pues, hombre, si dispusiéramos
Que su paje favorito,
Que es muchachón, ó el mancebo

De la botica, que está
También de resultas preso,
La acompañara...

LUCIANO.

Es muy fácil.

FABIÁN.

Se pondría el paje un cuévano
En los hombros, que le alzase
Vara y media ó más, y envuelto
En dos sábanas ó tres
Que fueran barriendo el suelo,
Podía sacar tapada
Con aquellos faldamentos
A Rosalía, y lográbamos
De esta suerte dos objetos:
Hacer esa escapatoria
De un modo ruidoso y nuevo,
Y que el público creyera
Que los fugitivos fueron
Autores de la fantasma
Anónima.—¿No es invento
Curioso el mío? ¿Qué tal?

LUCIANO.

¿Y si un centinela, viendo
Aquella mole, dispara
Un tiro?

FABIÁN.

No hay que temerlo.
Á gente del otro mundo

Nadie le pierde el respeto.
Se hará que estén de servicio
Á esas horas dos gallegos,
Cada cual por sí capaz
De hacer frente á un regimien to
De esguízaros; pero al ver
El alma en pena, yo apuesto
Á que le rinden las armas,
Dándose golpes de pecho.

LUCIANO.

Pues bien, buscaré á Isidoro
Para que venga corriendo. (*Vase.*)

FABIÁN.

Que no tarde.

ESCENA IV.

DON FABIÁN.

Ea, por fin
Se me logran mis deseos.
Un hombre como yo, es claro
Que debe dejar impreso
En cuanto mano pusiere
De su carácter el sello.
Huyen hoy los dos, se sabe
Mañana, se hacen extremos,
Se envían requisitorias
Por un camino diverso,
Me llama el juez descuidado
Y torpe, yo hago el modesto,
Regresa el señor alcalde

Propietario al Sitio, y ceso;
Y entonces gritan á coro
Gentecilla y palaciegos:
«Por los desatinos que hizo
Don Fabián, le depusieron.
Tiene colérico al Rey.
Van á ponerle en arresto.
Cuando menos se lo espere,
Le envían á Ceuta.»—¡Necios!
El Rey me dirá entre tanto:
«Buen Fabián, ya sé que puedo
Servirme de tí.—Señor,
Yo sé guardar un secreto.»
Pero ¿qué demonios hago?
¡Pues no estoy hablando recio
Conmigo solo! ¿Hay tal pico?
Si me hubiera estado oyendo
Alguno, por vida mía,
Que daba un golpe maestro.
¡Comprometer á mi Rey!
¿Yo? Vamos, si no me enmiendo:
Soy un badulaque, digno
De ser declarado inepto
Para poder ejercer
Otro interinazgo nuevo.

ESCENA V.

ROSALÍA, de negro y con el velo echado, acompañada de dos alguaciles de vista; DON FABIÁN.

ROSALÍA.

Vamos de prisa, que nadie
Me vea.

FABIÁN.

¿Tiene usted miedo
También de mí?

ROSALÍA.

¿De usted? ¡Yo
Que tantos favores debo
Á mi compasivo alcaide!
Pero con todo, hoy me quejo
De usted; hoy me ha abandonado,
Y hoy precisamente siento
Un afán inexplicable
De preguntar... Yo preveo
(Me lo dice el corazón
Sin cesar) que decidieron
Ya mi suerte, y de usted solo
Que me la revele espero.

FABIÁN.

¡Yo revelar!

ROSALÍA.

No se enoje
Usted, por Dios se lo ruego.

FABIÁN.

¡Faltar yo á la confianza
Que en mí el soberano ha puesto!

ROSALÍA.

No, sólo quiero saber...

FABIÁN.

¡Saber! Pues: ahí está el cuento.
Pues sepa usted que he hecho voto

De callar como un madero,
Porque así me importa á mí
Y á otro, y porque presiento
Que por ustèd, sí, señora,
Por usted seré depuesto,
Quizá con mengua, del cargo
Que interinamente ejerzo,
Y la clase de interinos
Perderá su buen concepto.

ESCENA VI.

ISIDORO, un Escribano, dichos.

ISIDORO.

Orden del juez.
(*El Escribano da un pliego á Don Fabián.*)

ROSALÍA, *aparte.*

¡Isidoro!
Por fin á esperar empiezo.
No se ofrecerá á mi vista
Sin traerme algún consuelo.

FABIAN.

¡Albricias! Puede usted ver
Á quien guste.

ROSALÍA.

¡Dios eterno!

FABIAN.

Y sin escucha. Por tanto,
Nosotros nos correremos

Á los lados, mientras hablan
Usted y este caballero.
(*Vanse Don Fabián y los alguaciles.*)

ESCENA VII.

ROSALÍA, ISIDORO.

ROSALÍA.

¡Cuánto ansiaba esta visita!
¡Cuánto al Señor agradezco
Que ver ya se me permita
Un rostro en que venga escrita
La compasión que merezco!
Dime pronto si han creído
Las gentes esas maldades
Que se me han atribuído;
Qué piensan Sus Majestades,
Qué ha pensado mi marido.
Dime qué debo inferir
De que me vengas á ver.
Junto me lo has de decir:
No lo podré comprender;
Mas yo lo sabré sentir.

ISIDORO.

Mucho pides á la par.
Al vulgo murmurador
No es bien importancia dar.

ROSALÍA.

¿Se ceba en mí con furor?

ISIDORO.

Harto digo con callar.

ROSALÍA.

Si hay quien mi honor despedace,
¿No hay quien favor me dispense?
¿No hay quien mi defensa abrace?

ISIDORO.

Uno.

ROSALÍA.

Dios le recompense
La justicia que me hace.
No en vano esperé, no en vano
Le consta que en mi decoro
No cabe un hecho villano.
Su nombre será Isidoro,
¿No es cierto?

ISIDORO.

El nombre es Luciano.

ROSALÍA.

¡Cómo! ¿Salió á defenderme
Quien más debiera acusarme,
Y en tanto, viéndome inerme,
Tú, debiendo conocerme,
Tú, pudiste abandonarme?
Creí que si rehuías
Ser esta vez mi abogado,
Sólo era porque temías
Luchar con las arterías
De otro más ejercitado;
Pero jamás concebí
Que tan negra sordidez
Imaginaras de mí.

¿Qué debo esperar del juez,
Si tú me juzgas así?
No sabes cuán hondo hirió
El puñal que ahora me clavas.
¡Yo envenenadora! ¡yo!

ISIDORO.

Yo me persuadí que amabas
Con delirio...

ROSALÍA.

¡Ojalá no!
Mucho, mucho te he querido.
¡Dios mío! Soy pecadora,
Lo soy, y perdón os pido;
Pero ¡ay! ¡envenenadora!...
Yo creo que no lo he sido.

ISIDORO.

¡Pues qué!...

ROSALÍA.

Mira allí un altar:
Casa del Señor es ésta
Que hace á la culpa temblar;
Da crédito á la protesta
Que de mí vas á escuchar.
Hubo un día de extravío
Para mí, de aberración,
En que al pie de mi mansión
Sentí que no hubiera un río,
Y eché menos un balcón.
Fué un día en que al oponer
De la traición á la idea

La flaca voz del deber,
Quise acortar la pelea
Por no dejarme vencer.
Hice un tósigo buscar,
Y lo llegué hasta la boca,
Lo dejé y volví á tomar.
No sé más: estaba loca
Entonces, loca de atar.
Cuando cobré la quietud,
Encerré el polvo homicida
Donde mi solicitud
Guarda siempre la bebida
Que da á Luciano salud.
En aquel sueño fatal
De un alma sin luz ni freno,
Ignoro si maquinal
Mi mano pasó el veneno
De un cristal á otro cristal.
Todo cabe en la batalla
Que traje; mas si despliega
La razón los velos que halla,
Cuando ella vacila y calla,
El corazón habla y niega.
Juzga tú si estoy demente,
Si estragos en mí habrán hecho
Las penas que el alma siente,
Cuando hasta dudo y sospecho
Si mi conciencia me miente.

ISIDORO.

Y esa duda, desgraciada,
¿No ves que es fuerza que indique?...

ROSALÍA.

No, por Dios, no soy culpada.
¿No hallas en mi acento nada,
Nada que me justifique?
Ahora sí que comienzo
Á temblar por fama y vida.
¿Por qué vine á San Lorenzo?
De seguro estoy perdida
Cuando á tí no te convenzo.
De seguro que la suerte
En ludibrio me convierte
Y horror del pueblo español,
Y me condenan á muerte
Ó á no ver la luz del sol.

ISIDORO.

¡Ay! sí, yo te lo confieso:
Víctima indefensa caes
De infame sentencia al peso.

ROSALÍA.

¡Isidoro! ¿es todo eso
El consuelo que me traes?

ISIDORO.

No, yo te vengo á salvar:
Serénate, el llanto enjuga.

ROSALÍA.

¿Cómo me has de vindicar?

ISIDORO.

Tiempo es preciso ganar,
Apelando...

ROSALÍA.

¿Á qué?

ISIDORO.

Á la fuga.

ROSALÍA.

¿Yo huir?

ISIDORO.

Que adviertas te pido...

ROSALÍA.

¿Yo huir? ¿yo dar á entender
Que un crimen he cometido,
De que no me han convencido
Ni me pueden convencer?
Eso nunca.

ISIDORO.

No te ciegue
La fuerza de ese reparo:
Huye hasta que se sosiegue
La borrasca, y día llegue
Para tu opinión más claro.
Mientras no hicieres saber
Que con lícito motivo
Te decidiste á querer
Comprar el veneno activo
Encontrado en tu poder,
Ni nombre, ni calidad,
Ni acción, nada te disculpa.

ROSALÍA.

Y si digo la verdad,

Entonces doy á la culpa
Mayor probabilidad.

ISIDORO.

Huir, huir te conviene.
El Rey, que tu fuga aprueba,
Medidas tomadas tiene,
Sin que su real nombre suene,
Para que partas.

ROSALÍA.

¡Qué nueva,
Qué inagotable bondad!

ISIDORO.

Hay más: para esta evasión
Luciano á Su Majestad
Ha dado su aprobación.

ROSALÍA.

¿La dió sin dificultad?
(*Con amargura, en tono casi afirmativo.*)

ISIDORO.

Poniendo una condición.

ROSALÍA.

Pesada para él la ley
Era de nuestro consorcio:
Huyendo yo á extraña grey,
¿Qué más desea?

ISIDORO.

Que el Rey
Le facilite un divorcio.

ROSALÍA.

¡Un divorcio! ¡Ah! ya reuno
Con más fuerza mis rencores.
Cese el combate importuno,
Y un pecho entre dos amores
Álcese libre del uno.
Ya es mengua titubear:
Apariencia, realidades,
Todo tiende á desatar
La unión de dos voluntades
Que no se pudo formar.
Sea. ¡En hora venturosa
Nació, nació con estrella
Luciano maravillosa!
Basta que quiera una cosa
Para salirse con ella.
Se cansó de mí el cruel;
De sí alejarme anheló;
Sirvióle el destino fiel:
Goza las ventajas él;
Sufro la ignominia yo.
Mientras me llamen en tropa
Mis amigos y parientes
Mengua de mis ascendientes,
Y sea por toda Europa
Escándalo de las gentes,
Él del yugo detestado
Sacudiendo la cerviz,
De mí vivirá olvidado,
Cada vez más estimado
Y cada vez más feliz.

Yo á la mano sometida
Cuya ley adoro y sigo,
Cedo, y á sufrir me obligo
La pena no merecida
Por otra culpa en castigo.
Pero ¿tanto delinquí
Dando entrada á una pasión
Cuya fuerza reprimí?
¿No me dieron ocasión?
¿Me quiso Luciano á mí?
¡Ay cielo! Si pude errar,
Bien pago mi error, bien caro.
¿Y Dios lo ha de tolerar?...
No quiero de Él murmurar,
Porque no tengo otro amparo.
(*Aparece Mariana en el fondo y se queda escuchando.*)
Huiré; que su Providencia
Quizá en premio de que postro
La altivez de mi inocencia,
Y el peso bárbaro arrostro
De la vil maledicencia,
Quizá un día protector
Se me declare, y yo alegre
Vea deshecho el error,
Y mi fama se reintegre
Y adquiera más esplendor.
Huiré.

ISIDORO.

De carcelería
Sales hoy.

ROSALÍA.

Á Luciano antes
Y á Mariana ver querría.

ISIDORO.

Sí, los verás.

ROSALÍA.

¿Y quién guía
Luego mis pasos errantes?

ESCENA VIII.

MARIANA, ROSALÍA, ISIDORO.

MARIANA.

¡Oh! No lo pregunte usted.

ROSALÍA.

¡Mariana!

MARIANA.

Lo entendí todo.
Quien á usted la salvará
Seré yo, con Isidoro.
¿No es verdad?

ISIDORO.

Sí, Rosalía:
Yo te libraré, yo solo.
Yo he de acompañarte...

MARIANA.

Aun cuando
Partiese á un país remoto.

ISIDORO.

Ese es mi deber, Mariana.

MARIANA.

Y si no, yo se le impongo.

ROSALÍA.

¿Tú?

MARIANA.

Puedo mucho con él.

ROSALÍA.

¿Mucho?

MARIANA.

Me sirve á mi antojo.

ISIDORO.

Déjeme usted arreglar
Entre ambos el tiempo y modo
Para...

MARIANA.

Aunque yo me quedara,
No serviría de estorbo.

ISIDORO.

No es menester.

ROSALÍA.

Sí, sí, quédate.
(*Aparte.*) No sé lo que en ambos noto.

MARIANA.

Pues, y esta ocasión podemos
Aprovecharla nosotros.

ISIDORO.

¿Para qué?

MARIANA.

Hablemos delante
De mi tía sin rebozo.

ISIDORO.

Otra vez, otra vez.

ROSALÍA.

Habla,
Mariana.

ISIDORO.

Es el tiempo corto.
Y...

ROSALÍA.

Calle usted.

MARIANA.

Dice bien.
¿Es algún pecado gordo
Lo que se va á revelar
Para hacer el vergonzoso?
En suma, el señor y yo
Nos queremos.

ROSALÍA.

¿Qué es lo que oigo?
¡Tú y él! ¡Cielos! ¿Desde cuándo?

MARIANA.

Hace más de un año.

ROSALÍA.

¡Cómo!

¿Desde antes que entrada en casa
Le concediera mi esposo?

MARIANA.

Desde mucho antes.

ROSALÍA, *aparte.*

Cayó
La venda: ya nada ignoro.

MARIANA.

Yo, por consejos ajenos
Que me salieron costosos,
Fingí no amarle...

ISIDORO.

¡Fingía!

MARIANA.

Y el buen señor fué tan bobo,
Que se lo creyó de veras;
Y si me descuido un poco,
Ó se me escapa á las Indias,
Ó aquí busca su acomodo.

ROSALÍA, *aparte.*

Me hablaba de ella sin duda,
Y yo creí... ¡Oh! ¡qué sonrojo!

ISIDORO.

¡Mariana!

MARIANA.

Aunque para amar
De veras á otra, era pronto.

ROSALÍA.

Muy pronto, sí, y yo no creo
Que lo desmienta Isidoro.

MARIANA.

Mi tío, que se ha encargado
Del papel de ángel custodio,
No nos ha dejado nunca
Explicarnos; y hoy, que logro
Esta entrevista, de usted
El beneplácito imploro,
Pues aunque Isidoro calla,
Sospecho que dice: «Otorgo.»

ROSALÍA.

Entiendo yo su silencio
También, y por él respondo.
Yo bendigo vuestra unión:
Hágaos el cielo dichosos.
No quiero que se difiera
Por mí vuestro matrimonio.
Yo no necesito ya
De nadie.

ISIDORO.

Á tus pies me arrojo,
Y pido en favor del celo
Que en salvar tu vida pongo...

ROSALÍA.

Mi vida va á terminar
En un cadalso afrentoso.

ISIDORO.

¡Señora! pues ¿qué?...

ROSALÍA, *llamando.*

¡Justicia!

MARIANA.

¡Tía!

ROSALÍA.

¡Ministros!

MARIANA.

¿Qué enojo,
Qué despecho es ese?

ESCENA IX.

DON FABIÁN, Alguaciles, dichos.

FABIÁN.

Aquí
Estamos.

ROSALÍA.

Oidme todos,
Para que de mis palabras
Deis ante el juez testimonio.
Hoy el arrepentimiento
Ha penetrado en el fondo
De este corazón, guarida
De delitos horrorosos.
El veneno, aquel veneno
Que me procuró el soborno,
Para un vil asesinato
Lo destinaba mi encono,

Y con tan bárbaro intento
Yo misma lo eché en el pomo.

TODOS.

¡Oh!

ROSALÍA.

Llevadme donde vea
Si de mí propia me escondo.

MARIANA.

¡Jesús!

FABIÁN.

¡Infeliz!

ISIDORO.

¡Dios mío!
Ya para ella no hay socorro.

ACTO CUARTO.

Sala adornada de tapices perteneciente al Palacio, á la cual están inmediatas la habitación de Rosalía por un lado y la de su marido por otro. En el fondo una puerta, y más allá un largo corredor ó claustrillo. Es de noche: hay una luz sobre la mesa.

ESCENA I.

ISIDORO, MARIANA.

ISIDORO.

Sosiégate, hermosa mía.

MARIANA.

¡Ay Dios!

ISIDORO.

Todo está en reposo
Por aquí: vuelve á tu cuarto.
¿Vas perdiendo el miedo?

MARIANA.

Un poco;
Pero hasta que no amanezca
No entro yo en mi dormitorio.
Aquí tengo el paso libre,
Si asoma otra vez el coco,
Y echo á correr.

ISIDORO.

Eso ha sido
Un sueño.

MARIANA.

¡Es mucho negocio
Que no pueda convencerte
De lo que ví con mis ojos!
Era la fantasma.

ISIDORO.

¡Qué!
No.

MARIANA.

Mira, por temoso,
Merecías que viniera.

ISIDORO.

Que venga.

MARIANA.

No fuera flojo
El susto que te daría.

ISIDORO.

Ahora que reflexiono,
Creo entender lo que tú
Miras como prodigioso.
Me parece que tendremos
Mañana un día de gozo;
Que aún podrá su vida triste
Salvar del último oprobio
Aquella infeliz.

MARIANA.

¿Mi tía?
Me dejas llena de asombro.
¿Qué tiene que ver con ella
La visión?

ISIDORO.

Yo estoy absorto
Como tú; pero á este lance,
Si tal solución no adopto,
No encuentro ninguna.

MARIANA.

¿Cuál?

ISIDORO.

Don Fabián, que es medio loco,
Discurrió, para la fuga
De Rosalía, que un mozo
Se vistiera de fantasma.

MARIANA.

¡Qué sacrilegio espantoso!

ISIDORO.

Mas con esa confesión,
Quedó el plan deshecho y roto:
Los Reyes se arrepintieron
De haber sido tan piadosos
Con la culpable, y la dejan
En el mayor abandono;
Fallo de muerte pronuncia
El juez, y sin fruto imploro

Por ella el perdón; el Rey
Se hace á mi súplica sordo,
Y hasta me vedan que llegue
Con más instancias al trono.

MARIANA.

Yo no puedo persuadirme
Que ha de morir.

ISIDORO.

Yo tampoco,
Y á cada momento aguardo
Algo de maravilloso.
En fin, si Dios no la libra,
Tal vez la salve un arrojo.
Á Madrid han de llevarla:
Ni sé cuándo ni sé cómo,
Porque ella y el juez y el Rey
Todos son para nosotros
Invisibles hoy; no obstante,
Ánimo tengo...

MARIANA.

Y yo oro.

ISIDORO.

Pero tal vez estén ya
Satisfechos nuestros votos.
La Reina está en cama; el Rey,
Afligido y melancólico,
Habrá usado de piedad
(Como en acto meritorio
Para que Dios con la Reina

Deje de ser rigoroso),
Y Luciano y Don Fabián
Acuden al trampantojo
De la fantasma que viste,
Para que entre el alboroto
Que produzca, huya la presa.
Hubiera sido muy propio
Haber contado conmigo;
Pero yo se lo perdono.

MARIANA.

Ya verás cómo los hechos
Te dejan por mentiroso.
Ninguno de ambos pudiera
Tener el capricho tonto
De darme un susto capaz
De ocasionar un trastorno.
Mi tío cierra mi cuarto
Cada noche á piedra y lodo;
Yo sentí andar con la puerta,
Y descorrer los cerrojos
Y volverlos á correr
Muy despacio; me incorporo,
Llamo, no me oyen, me visto,
Doy á la lámpara un soplo,
Abren, una luz lejana
Me deja ver un coloso
Blanco... y entra en mi aposento
Diciendo en acento ronco:
«¡Mariana, Mariana!»

ISIDORO.

Vamos,
Eso...

MARIANA.

No la eches de docto
Incrédulo; que de nuevo
Te digo, y no me equivoco,
Que ví la visión, y oí
Nombrarme como me nombro.
El hecho es que está mi cuarto
Abierto, que no tiene otro
Picaporte que el que guarda
Mi tío tan cuidadoso,
Que le hemos llamado, y duerme,
Por lo visto, como un tronco.
Pues ¿quién será la fantasma?
No es hombre, es un duende.

ISIDORO.

En golfo
Tal de confusiones, yo
El rumbo ya desconozco.
Vamos otra vez al cuarto
De Luciano: es ya forzoso
Que despierte y abra.

MARIANA.

Siempre,
Con tener sueño de plomo,
Cierra su alcoba lo mismo
Que si fuera un calabozo.

ISIDORO, *profundamente pensativo.*

¿Qué habrá sido?

MARIANA.

Oigo rumor.

ISIDORO.

Alguien viene.

MARIANA.

¡San Antonio
Me valga!

ISIDORO.

Nos llevaremos
La luz. (*La toma.*) Ven.

MARIANA.

¡Ay! yo me ahogo
De miedo.

ISIDORO.

Estando á mi lado,
No temas.

MARIANA.

Huyamos pronto. (*Vanse.*)

ESCENA II.

ROSALÍA, escoltada por varios Soldados mandados por un Oficial. DON FABIÁN, con algunos Alguaciles. Un Soldado trae una luz y un Alguacil otra.

FABIÁN.

Pisad quedo.—¡Qué torpeza!
No sonar esos fusiles.
Vosotros, los ministriles,
Volveos desde esta pieza.
(*Vanse los alguaciles.*)

ROSALÍA.

Sígalos usted, no baje.

FABIÁN.

Pues ¡qué! ¿no mereceré
Que usted la mano me dé
Al tomar el carrüaje?
Deseo es bien natural
En momento tan amargo.

ROSALÍA.

¡Ay Dios!

FABIÁN.

Mucho se la encargo
Á usted, señor Oficial.

ROSALÍA.

No trate usted de impedir
Que él por sus impulsos obre:
Todo es igual á una pobre
Que es conducida á morir.

(*Isidoro, que á este tiempo volvía y llegaba á la puerta con la luz en la mano, oye á Rosalía, sale precipitadamente, deja la luz en la mesa y rompe por entre los soldados.*)

ESCENA III.

ISIDORO, dichos.

ISIDORO.

¡Á morir!

ROSALÍA.

¡Cielos! ¡qué veo!

FABIÁN.

Fué en vano todo el sigilo.

ROSALÍA

Llevadme.

FABIÁN.

Llevadla en vilo
De aquí, cumplid su deseo.
Ella no ha querido hablar
Á nadie de la familia.

ISIDORO.

¿Y quién no se reconcilia
Cuando se va á separar,
Y cuando va á ser eterna
La separación?

ROSALÍA.

¡Ay triste!
¿Por qué al paso me saliste?

ISIDORO.

El que todo lo gobierna
Me trajo á esta habitación,
Para que, al verte salir,
Pudiera á tus pies gemir
Implorando compasión.

ROSALÍA.

¡Quién la pide á quién!—Paraos,
(*Á los soldados.*)
Si gustáis, aquí un minuto.

FABIÁN.

¿No han de gustar? Sólo un bruto
Se negaría.—Apartaos.
(*Los soldados se desvían.*)

ROSALÍA.

Mariana no podrá oirnos.

ISIDORO.

No, se halla de aquí distante.

ROSALÍA.

Sintiera verla delante
Al tiempo de despedirnos.
Ni ella ni mi esposo pueden
Saber lo que á tí te diga,
Si la angustia y la fatiga
Que concluya me conceden.
Mis desventuras me eximen
De miramientos, pues creo
Que todo es lícito al reo
Que muere y paga su crimen.

ISIDORO.

No: por fuerza ó por ardid
Ó consiguiendo tu indulto...

ROSALÍA.

Va á ser mi suplicio oculto
Así que llegue á Madrid.
No hay que esperar.

ISIDORO.

Sí: yo vuelo
Tras tí con gentes...

ROSALÍA.

¡Ah! cesa.
Mi esperanza está en la huesa

Y en la muerte mi consuelo.
Esta infeliz, hoy odiosa
Al mundo, tuvo al nacer
Cuanto pudo apetecer
La mujer más ambiciosa;
Mas de un funesto vaivén
Nadie en la tierra se libra,
Porque al fin siempre equilibra
La suerte el mal con el bien.
Yo, para mi perdición,
Para mi oprobio y afrenta,
Recibí un alma sedienta
De goces del corazón;
Y en esa frívola corte
Que enamora por oficio,
Que tiene por moda el vicio
Y el vil interés por norte,
De cuantos amor postró
Á mis pies, ninguno ví
Que me quisiera por mí,
Que sintiera como yo.
Pero no es gran maravilla;
Pues ¿quién sospechara, quién,
Que hoy, empolvada la sien,
Vistiendo bata y cotilla,
Pudiera haber ni una sola
Castellana palaciega
Que supiese amar tan ciega
Como una antigua española?
Muda el tiempo las naciones,
Varían los personajes,
Y lo mismo que los trajes

Se cambian los corazones.
De esta ley se exceptüó
El mío para su daño,
Y vióse en un mundo extraño
Y el mundo le atropelló,
Cual flor que vino á brotar
En vereda pasajera,
Donde sólo haber debiera
Pedernales que pisar.
Pensé que aquél á quien dí
De esposo el sagrado nombre,
Me amaba: ví luego un hombre
Que sólo se amaba á sí.
Por él á casa viniste
Tú, en quien mi cariño acopio:
No te engañes á tí propio,
Tú tampoco me quisiste.

ISIDORO.

¡Oh! sí: mi estrella maligna...

ROSALÍA.

No, yo te aplaudo imparcial:
Mi amor era criminal,
Y yo del tuyo era indigna.
Éste, éste es el verdadero
Crimen en que yo he caído,
Y éste á pensar me ha inducido
Otro, y por pensarlo, muero.
Yo jamás quise atentar
Á otra vida que la mía:
Por lo amarga que sería,

Fué el quererme envenenar.
Ya estaba resuelta á huir;
Supe tu callado amor,
Y me pareció mejor
Acabar ya de sufrir.
Del vulgo la necia charla
Cuanto quiera me atribuya:
Vida que no ha de ser tuya,
No he querido conservarla.

ISIDORO.

¡Oh nueva que me aniquila!
Yo te libro, ó moriré.

ROSALÍA.

No, no: me desahogué
Con esto, y me hallo tranquila.
Nos vimos aquí los dos;
Venció el impulso terreno;
Mas ya partó, y me sereno
Para dirigirme á Dios.
Conmigo espero que ablande
Su justicia rigorosa;
Que si es mi culpa horrorosa,
La expiación es bien grande.
Cuando mi alma descargada
Del peso de la existencia,
Llegue ante la Omnipotencia
Que nos hizo de la nada;
Si en las etéreas regiones
Algún recuerdo subsiste
De este miserable y triste

Valle de tribulaciones;
Si es lícito del Señor
Que fulminó en Sinaí,
Para el que se queda aquí
Gracia implorar y favor,
Yo sólo le rogaré
Que me permita bajar
Á ser ángel tutelar
Del hombre á quien tanto amé.
¡Oh! y aún debo cuando así
De nuevo á la tierra me uno,
Velar también sobre alguno
Y alguna que aborrecí.
Ya no aborrezco, ya amansa
La tormenta pertinaz
Del pecho, y ansio la paz
Del que en la tumba descansa.
Dí al que sin querer me pone
Hoy en esta situación,
Que yo le pido perdón
Para que Dios me perdone.
Dí que le ruego otra cosa
Que mi afán último fué,
Y es que, muerta yo, te dé
Á Mariana por esposa.
No la reveles que amamos
Á un hombre mismo ella y yo,
Y hazla, pues te mereció,
Hazla feliz. Adiós. Vamos.

(*Vase y síguela el Oficial y los soldados: Isidoro detiene á Don Fabián.*)

ESCENA IV.

ISIDORO, DON FABIÁN.

ISIDORO.

Don Fabián, aguarde usted;
No se marche usted aún.

FABIÁN.

No, déjeme usted.

ISIDORO.

Por Dios,
Que no vivo de inquietud,
Y ocurre una novedad
De especie nada común.

FABIÁN.

¿Cómo?

ISIDORO.

La fantasma ha vuelto
Á aparecerse.

FABIÁN.

¡Jesús!
Pero ¿será algún difunto
Mal hallado en su ataúd,
Ó es quizá que me ha robado
Mi pensamiento un gandul,
Y sale á espantar las gentes
Con faldas y con capuz?
¿Por dónde anda?

ISIDORO.

Por palacio.

FABIÁN.

¿Aquí? ¡Voto á Belcebú!
¡En la morada del Rey!
Pues no me dé Dios salud
Si no descubriese el duende;
Y aunque sea ángel de luz
Ó de tinieblas, le enseño
Á no turbar la quietud
Del Sitio donde gobierna
Don Fabián Villaragut.

ISIDORO.

Le han visto en nuestro aposento.

FABIÁN.

¿Quién?

ISIDORO.

Mariana.

FABIÁN.

¡Huy, huy, huy, huy!
Lo entiendo: algún mozalbete,
Que no es de la sangre azul,
La quiere, y no puede verla,
Y se encaja á bultuntún
Donde ha de costarle el chiste
Ir á comer alcuzcuz
Á Morería. Es preciso
Domar á la juventud.
¿Lo sabe ya Don Luciano?

ISIDORO.

Aún no.

FABIÁN.

Avisárselo. Abur. (*Yéndose.*)
Pido una patrulla, rondo,
Le vemos: ¿no se da? ¡Plum!
Cuatro tiros, que le dejen
Sin que diga tus ni mus. (*Vase.*)

ESCENA V.

ISIDORO.

Un estorbo menos.—Fuera
La más vil ingratitud
Abandonar á su suerte
Á Rosalía. Según
Dijo Mariana... Con su oro,
Si acudo con prontitud,
Podré ganar los soldados;
Y si no, aunque la segur
De la justicia provoque
Con algún delito, algún
Desacierto, yo la salvo:
Lo juro á Dios y á una cruz. (*Vase.*)

(*Queda el teatro solo algunos momentos, durante los cuales el reló del convento da las cuatro. Entonces en el fondo del claustrillo, que está obscuro, aparece un hombre envuelto en una sábana que le cubre de pies á cabeza: adelántase con paso lento y vacilante; y cuando entra en la sala, donde Isidoro ha dejado la luz que trajo, descubre el espectador las facciones de Luciano. Trae en la mano unas llaves, y cerrados los ojos: su ademán y voz son los de una persona afectada del somnambulismo.*)

ESCENA VI.

LUCIANO.

Lo que importa es cerrar.

(*Entorna la puerta del fondo, haciendo con una de las llaves el movimiento para cerrar. Después da unos pasos hacia el proscenio; alza la mano como para colgar las llaves y encerrarlas en una relojera, y las deja caer sobre una silla.*)

Nadie lo sabe.
Mi precaución no ha sido sin provecho.
Nadie me ve, cerrado bajo llave,
Si tal vez me levanto de mi lecho.
Á Madrid, á Madrid, que ya estoy harto
Del Sitio donde vive Rosalía.
¡Qué cerradura aquélla de mi cuarto!
Mejor que las de aquí: no la abriría.
Todo en el Escorial, todo me asombra.
Aun el peligro que corrí, me pasma.
¿Con que yo soy á quien el vulgo nombra
Cada vez que recuerda la fantasma?
¿Yo entre sueños hablar? ¿Qué estoy diciendo?
No: yo soy mi mejor, mi único amigo.
Veinte años há que el disimulo aprendo,
Y nunca fuí traidor para conmigo.
Yo primero.—¡Mariana! ¡Oh mi tesoro!
¡Rosalía! ¡Qué fe! ¡qué virtüosa!
Es un pobre infeliz el Isidoro.
Ella y él, ¡qué pareja!—¡Qué enfadosa!

ESCENA VII.

ISIDORO, LUCIANO.

ISIDORO.

No hay tiempo que perder: llevo dinero,
Y pistolas también, por si es preciso.
Luciano no responde. (*Repara en él.*)

LUCIANO.

Yo primero.

ISIDORO.

¡Luciano!

LUCIANO.

Yo primero: te lo aviso.

ISIDORO.

Esos ojos cerrados...

LUCIANO, *sonriéndose.*

Mi cautela
Con la verdad á descubierto engaña.

ISIDORO.

Somnámbulo es: el corazón me hiela
Una sospecha atroz.

LUCIANO, *aterrado.*

¿Quién me acompaña?
¿Quién en mi asilo entró sin mi licencia?
¿Quién eres tú que estremecer me has hecho?

ISIDORO.

¿Le hablaré?

LUCIANO.

La conozco: es mi conciencia.

Huye: te he desterrado de mi pecho.
¡Una copa! Da aquí, la haré pedazos:
No puedo ver las copas de esa hechura.
¿Qué dama es esa que me traes en brazos?
¿Cómo pudo romper la sepultura?

ISIDORO.

¿Me es lícito escuchar? ¡Oh! no me aparto
Sin ver...

LUCIANO.

¿Espejo blanco? Observaremos.
Otra tarde los dos juntos iremos.
Sal hoy sin mí. Te aguardaré en tu cuarto.
Salió.—¡La llave falsa de la arquita!

(*Dirigese hacia el lado donde figuró guardar las llaves, y hace que las vuelve á tomar. Isidoro sigue sus movimientos; repara en las llaves que están en la silla, y las coge y examina una pequeña, dejando, al hacer esto, las pistolas en una mesa. Luciano vuelve al medio de la sala, y ejecuta la pantomima de una persona que abre y registra un mueble, temiendo ser visto.*)

ISIDORO.

¡Llave falsa!

LUCIANO.

¿Me ven?

ISIDORO.

¡Es ésta!

LUCIANO.

Ahora.
No acierto... ¡Qué temblor! Mano cobarde,
Sírveme bien. Sin miedo, sin demora.

¿Helada estás? ¡y mi cabeza se arde!

(*La congoja de los remordimientos se apodera de él por un instante, y prorrumpe en sollozos.*)

Una gota que abrasa me ha caído...
¡Yo llorar! ¿No abrí ya? ¿Qué me detengo?
Ya debe estar mi pecho encallecido
Con la pasión voraz que en él mantengo.
¿Renunciaré?... ¿Y mi bien? No hay que hacer caso.
Este pomo... un papel... Veamos. Corro,
Analizo... ¡Es veneno! Eso me ahorro.
Acerté. Mudo el líquido á mi vaso.

ISIDORO.

¡Oh!

LUCIANO.

¿Y he de envenenarme? Sí, me atrevo.
Se trata de la dicha. Se prepara
La ocasión...—Si de mí se separara,
Quizá... Si no consiente, pido y bebo.
Ya minoré la dosis: tendré á mano
El doctor y el antídoto...—Era cierta
La traza...—Y en efecto, ya estoy sano,
Y libre voy á estar.

ISIDORO.

Monstruo, despierta.

(*Sacudiendo reciamente á Luciano de los brazos para hacerle volver en sí.*)

LUCIANO.

¿Quién llama? ¿Dónde estoy?—¿Tú me observabas?

ISIDORO.

Sí, y en tu lenguaraz somnambulismo,

Delator imprudente de tí mismo,
Tu iniquidad de revelar acabas.

LUCIANO.

¿Hablé?

ISIDORO.

De todo ya tengo noticia.

LUCIANO.

¿De qué?

ISIDORO.

De todo. Es fuerza que repares
(*Mostrándole la llave falsa del botiquin.*)
Ese crimen atroz, y á la justicia
Inocente á tu víctima declares.

LUCIANO.

¿Cómo?

ISIDORO.

Escribe un papel y huye de España.

LUCIANO.

¿Puedo libre salir de este recinto?

ISIDORO.

Sólo tu amigo, por ventura extraña,
Sólo yo te escuché.

LUCIANO, *aparte.*

Ya es muy distinto.

ISIDORO.

Y yo á mi bienhechor no seré ingrato,
Aunque bien lo merezca su alma impura.

LUCIANO.

No es tiempo ya de hacer el mojigato:
Hablemos, Isidoro, con lisura.

ISIDORO.

¡Eh! nada ya de cuanto digas creo.
Yo escribiré el papel, fírmalo y vete.
Ya te conozco, y con vergüenza veo
Que todos te servimos de juguete.

LUCIANO.

¿Me creerás si digo que lo aciertas?

ISIDORO.

¡Qué audacia!

LUCIANO.

¿Será audacia si te digo
Que olvidas que, al abrírsete mis puertas,
Eras, tú que me insultas, un mendigo?

ISIDORO.

Al mendigo en tu casa recogiste;
Mas ¿cuál de tu bondad era el misterio?
Tú cerca de tu esposa me pusiste
Para acusarla un día de adulterio.

LUCIANO.

Sobrado lejos de mi fin has ido.
Otra fué mi intención.

ISIDORO.

¿Otra? ¿Cuál? Dila.

LUCIANO.

Que siendo del tutor favorecido,
Te abstuvieras de amar á la pupila.
Rosalía después cedió al arrullo
De la afición: me aproveché del lance;
Pero tú solo amaste por orgullo,
Y ella dió en ser honrada á todo trance.
Prueba de que es su amor débil centella,
Bien inferior á mi pasión tirana,
Que por cualquier obstáculo atropella
Para adquirir la mano de Mariana.

ISIDORO.

¿De Mariana? ¡Gran Dios! ¿Somos rivales?

LUCIANO.

¡Ah!—No entendía que ignorabas esto.

ISIDORO.

¿Tú amarla?

LUCIANO.

Sí, y en competencias tales
El uno tiene que ceder el puesto.

ISIDORO.

No quien sabe querer.

LUCIANO.

¿Y el que en el orbe
No halla fuerza capaz de detenerle,
Muestra que sabe amar? ¿Debe temerle
Quien caminar hacia su fin le estorbe?
Sirva de ejemplo mi infeliz esposa

Para que nadie resistirme emprenda.
Dueño he de ser de mi pupila hermosa.
¡Triste del que robármela pretenda!

ISIDORO.

¡Triste del criminal!

LUCIANO.

Declamaciones
Á un lado: por tu bien te lo suplico.
Necesario será que reflexiones
Que no cede jamás el fuerte, el rico.

ISIDORO.

El fuerte aquí soy yo: puedo perderte,
Y salvar á tu esposa es mi conato.

LUCIANO.

Sin que nada mi plan se desconcierte,
Yo la puedo librar dentro de un rato.
Yo la he dejado sin defensa alguna
Porque en la idea de morir se aferra;
Pero contigo parto mi fortuna,
Si á llevarla te obligas á Inglaterra.

ISIDORO.

No: vuélvele su honor, vil asesino.

LUCIANO.

Por tí lo voy á ser, hombre insensato.
(*Coge las pistolas.*)
Aquí hay armas: salgamos al camino;
Pero ten por seguro que te mato.

Si combatir prefieres con espada,
No rehuso tampoco la palestra:
Contra tu mano inhábil y turbada,
Tengo la mía imperturbable y diestra.
Y si, muriendo tú, se te figura
Que mi vida á la ley daré en tributo,
Te engañas: la opinión de que disfruto
De toda ruín sospecha me asegura.
No en balde beneficios he sembrado;
No en balde todo el mundo me venera.
Mi proceder me tiene autorizado
Para hacer sin peligro cuanto quiera.

ISIDORO.

Vamos donde tu vil hipocresía
Víctima caiga de mi noble aliento:
Pudo triunfar hasta el presente día;
Pero hoy va á ser mayor el escarmiento.
En vano con su bárbara prudencia
Los hilos de una red el crimen ata:
Con un golpe no más la Providencia
El pérfido artificio desbarata.
Veslo en tí: cuando nada necesitas
Para que el triunfo horrible se corone,
Tú vienes, y la máscara te quitas,
Y el labio tuyo contra tí depone.

LUCIANO.

Conoce tú (y acaso te estremezcas)
Si al destino le tengo avasallado,
Cuando por mí dispone que hoy padezcas
Error tan de notar en un letrado.

Tú debiste llamar quien me escuchara:
No hay de mi confesión acusadores.
¿Quién, cuando mueras, contra mí declara?

ESCENA VIII.

DON FABIÁN, abriendo de golpe la puerta del fondo y saliendo acompañado de Palaciegos y Soldados; dichos.

FABIÁN.

¿Quién? Mírelos usted: estos señores.

ISIDORO.

¡Oh cielo!

LUCIANO.

Me perdí.

FABIÁN.

Vaya usted viendo
Si gente son que confianza inspira.
Y otro mas principal estaba oyendo,
Que haciéndose mil cruces se retira.

ISIDORO.

¿Quién?

FABIÁN Y PALACIEGOS.

El Rey.

FABIÁN.

Al andar por este lado,
Sentimos bulla: comprendí el asunto,
Dí aviso, vino el Rey, mandó un soldado,
Y á su ahijada recibe en este punto.
Yo, como alcalde, pues, aunque interino,

De la bondad de Don Luciano espero
Que se ponga la capa y el sombrero,
Y me siga al lugar de su destino.

LUCIANO.

No hay remedio. (*Éntrase en su habitación.*)

FABIÁN.

Seguidle y desarmadle.

(*Á dos soldados, que entran en la habitación de Don Luciano.*)

VOCES, *dentro.*

¡Viva el Rey, viva el Rey!

ROSALÍA, *dentro.*

Señor, clemencia.

ISIDORO.

Es ella: ya está aquí.

ROSALÍA, *dentro.*

No, perdonadle.

UNA VOZ, *dentro.*

Muera el calumniador de la inocencia.

ESCENA ÚLTIMA.

ROSALÍA, apareciendo en la puerta del fondo; MARIANA, que sale de su cuarto poco después; dichos.

ROSALÍA.

¡Ah! nada he conseguido.

ISIDORO.

¡Rosalía!

ROSALÍA.

¡Isidoro!

(*Óyese un pistoletazo en el cuarto de Luciano.*)

ISIDORO.

¡Dios mío!

ROSALÍA.

¿Qué he escuchado?

ISIDORO.

¿Será posible?

MARIANA, *saliendo.*

¡Él, él! ¡se ha suicidado!

ISIDORO.

No llores: ni piedad merecería.

ROSALÍA.

Perdónale, mi Dios.

MARIANA.

¡Oh desventura!

ROSALÍA.

Yo, mientras permanezca entre vivientes,
Yo rogaré con súplicas ardientes
Por él en la estrechez de una clausura.

ISIDORO.

El siglo aún te dará días serenos.

ROSALÍA.

Quiero una celda.

MARIANA.

¿Y yo?

ROSALÍA.

¡Ruego importuno!
Ya nadie me ha de ver.

ISIDORO.

¡Nadie!

ROSALÍA.

Ninguno.

MARIANA.

Pero nosotros sí.

ROSALÍA.

Vosotros menos.

ÍNDICE.

Páginas.

La Visionaria..... 7

Los Polvos de la Madre Celestina..... 189

Alfonso el Casto..... 299

Primero Yo..... 447

Este libro se acabó de imprimir
en Madrid, en casa de
Manuel Tello, el día
24 de marzo
del año de
1890.

ALARCÓN (D. P. A. de). Obras: diez y seis tomos, 55 pesetas.
BALAGUER (D. Víctor). *Las ruinas de Poblet*: un tomo, 4 pesetas.
BELLO (D. Andrés). *Poesías*. (Agotada la edición ordinaria, hay ejemplares de lujo, de 6 pesetas en adelante.)—*Derecho internacional:* dos tomos, 8 pesetas.
BYRON. *Poemas dramáticos*, traducidos en verso por D. J. Alcalá Galiano; un tomo, 4 pesetas.
CALVETE DE ESTRELLA. *Rebelión de Pizarro en el Perú y vida de D. Pedro Gasca:* dos tomos; 10 pesetas.
CÁNOVAS DEL CASTILLO (D. Antonio). *El Solitario y su tiempo:* dos tomos, 8 pesetas.—*Problemas contemporáneos*: dos tomos, 10 pesetas.—*Artes y Letras:* un tomo, 5 pesetas.—*Obras poéticas:* un tomo, 4 pesetas.—*Estudios del reinado de Felipe IV:* dos tomos, 10 pesetas.
CAÑETE (D. Manuel). *Escritores españoles é hispano-americanos:* tomo I, 4 pesetas.—*Teatro español del siglo XVI:* tomo I, 4 pesetas.
CARO (D. José Eusebio).—*Poesías:* un tomo, 4 pesetas.
CATALINA (D. Severo). *Obras.*—Tomo I, *La Mujer:* 4 pesetas.
CASTELLANOS (Juan). *Historia del nuevo reino de Granada:* dos tomos, 10 pts.
ESTÉBANEZ CALDERÓN (D. Serafín: El Solitario). *Escenas andaluzas:* un tomo, 4 pesetas.—*De la conquista y pérdida de Portugal:* dos tomos, 8 pts.—*Poesías:* un tomo, 4 pesetas.
FUENTE (D. Vicente de la). *Estudios críticos sobre la Historia y el Derecho de Aragón:* tres series, 13 pesetas.
GÓMEZ MANRIQUE. *Cancionero:* dos tomos, 8 pesetas.
GUILLÉN ROBLES. *Leyendas moriscas:* tres tomos, 12 pesetas.
HARTZENBUSCH. *Obras.*—Tomo I, *Poesías:* 5 pts.—Tomo II, *Fábulas:* 5 pts.—Tomo III: *Teatro*, I, 5 pesetas.—Tomo IV: *Teatro*, II, 5 pesetas.
LEONARDO DE ARGENSOLA (Lupercio y Bartolomé).—*Obras sueltas:* dos tomos, 10 pesetas.
LÓPEZ DE AYALA (D. Adelardo).—Obras completas.—Siete tomos, 29 pts.
MENÉNDEZ Y PELAYO (D. Marcelino).—*Odas, epístolas y tragedias:* un tomo, 4 pts.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomos I, II, III y IV (siete volúmenes), 31 pts.—*Estudios de crítica literaria:* un tomo, 4 pts.—*Calderón y su teatro:* un tomo, 4 pts.—*Horacio en España, solaces bibliográficos:* dos tomos, 10 pts.—*La ciencia española:* tres tomos, 14 pts.
PIDAL Y MON (D. Alejandro). *Discursos y artículos literarios:* un tomo, 5 pts.
ROS DE OLANO (D. Antonio). *Poesías:* un tomo, 4 pesetas.
SAAVEDRA (D. Enrique R. de). *Poesías:* un tomo, 4 pesetas.
SUÁREZ (M. F.) *Estudios Gramaticales*: un tomo, 5 pesetas.
SCHACK (A. F.) *Historia de la literatura y del arte dramático en España:* cinco tomos, 25 pesetas.
VALDIVIELSO (El M. José de). *Romancero Espiritual:* un tomo, 4 pesetas.
VALERA (D. Juan). *Obras.*—Tomo I, *Canciones, romances y poemas:* 5 pesetas. Tomo II, *Cuentos, diálogos y fantasías:* 5 pesetas.—Tomo III, *Nuevos estudios críticos:* 5 pesetas.—Tomo IV, *Novelas: Pepita Jiménez* y *El Comendador Mendoza:* 5 pesetas.—Tomo V, *Doña Luz* y *Pasarse de listo:* 5 pesetas.—Tomo VI, *Las Ilusiones del Doctor Faustino:* 5 pesetas.
VELARDE (D. José). *Voces del alma:* un tomo, 4 pesetas.

Ejemplares de tiradas especiales de 6 á 250 pesetas.

EN PRENSA.

Estudios históricos, por D. Aureliano Fernández-Guerra.
Estudios históricos y literarios, por D. Pedro José Pidal, Marqués de Pidal.
Obras de D. J. Eugenio Hartzenbusch, tomo V. *Teatro*, tomo III.
Sales españolas ó Agudezas del ingenio nacional, recogidas por D. A. Paz y Melia.
Obras literarias de D. Manuel Silvela.
Obras de D. A. Cánovas del Castillo, tomo IX. *Problemas contemporáneos*, tomo III.
Obras completas del Duque de Rivas.

Los pedidos de ejemplares ó suscripciones se harán directamente á la librería de D. Mariano Murillo, calle de Alcalá, 7.

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 078031421